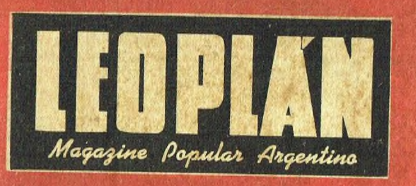


En este número:

EL PADRE GORIOT

célebre novela de
HONORATO DE BALZAC

DESPUES DE CASEROS...

páginas dramáticas de la historia argentina,
por HECTOR PEDRO BLOMBERG



HACIA UN FUTURO MEJOR



¿Puede usted contestar así?... El puesto es bueno y el sueldo, tentador. Ahora bien; ¿posee usted los conocimientos requeridos?... Si es así, le felicitamos. Pero si no los tiene, comience a estudiar hoy mismo algún curso práctico y especializado, de los que enseña por correspondencia la acreditada UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA.

IMPORTE TOTAL DE LOS CURSOS QUE SE ABONAN EN COMODAS CUOTAS MENSUALES

Teneduría de Libros. $ 80	Aritmética Comercial $ 32	Montador Electricista $ 85	Química Industrial . $ 155
Asesor Mercantil ... $ 255	Redacción y Ortogr. $ 50	Electrotéc. de Usinas $ 143	Vinos y Cervezas... $ 112
Técnico Mercantil .. $ 180	Escr. Com. y Caligr. $ 30	Electrotéc. Bobinador $ 174	Pinturas y Barnices. $ 60
Empleado Bancario . $ 150	Inglés .... $ 155	Telegrafía .... $ 110	Grasas y Aceites... $ 90
Empleado de Comer. $ 40	Procurador .... $ 179	Radiotelegrafía .... $ 180	Jabones y Perfumes. $ 112
Cajero .... $ 50	Adm. de Hoteles... $ 119	Construcción ...... $ 198	Agronomía ...... $ 219
Secretariado ...... $ 155	Balanc. y Martillero $ 65	Arquitectura ...... $ 198	Admin. de Estancias $ 127
Corresponsal ...... $ 50	Dibujo Artístico ... $ 125	Obras Sanitarias ... $ 75	Técnico Tambero... $ 80
Taquigrafía ...... $ 52	Dibujo Industrial .. $ 125	Motores a Explosión $ 170	Mecánico Agrícola . $ 140
Mecanografía ..... $ 18	Dibujo Comercial .. $ 119	Motores Diesel .... $ 160	Avicultura ...... $ 45
Taqui-Mecanógrafo . $ 72	Proyect. de Muebles $ 87	Mecánica de Autom. $ 170	Jardin. y Arboricult. $ 98
Jefe de Oficina.... $ 140	Radiotelefonía .... $ 205	Tornería .... $ 200	Argumentos de Cine $ 130

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Bs. As.

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA	BOLIVIA	PARAGUAY	PERU
Alfonso Fernández Q. Edificio Saldarriaga 52/58, Of. 9 - Medellín	Calle M. Carrasco 310 C. Correo 1307 La Paz	Ramón Ortiz Cabriza Brasil 142, Asunción	Raúl Alvarado P. Arzobispo 284 (Of. 7) Lima

GRATIS ESTE LIBRO. ¡PIDALO!



Sr. Ing. B. Margulián, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"
Rivadavia 2465 - Bs. As.

Remítame GRATIS y sin compromiso, el importantísimo libro "HACIA ADELANTE", que me enseñará a triunfar en la vida.

NOMBRE.. 15

DIRECCION..

LOCALIDAD.. L. 297

LEOPLÁN

Magazine Popular Argentino

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIII - Nº 297
2 de octubre 1946

CORREO ARGENTINO — Central B
FRANQUEO A PAGAR CUENTA 78
TARIFA REDUCIDA CONCESIÓN 3016

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 9862
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº. 218.846

SUMARIO

Págs.

En este número:

Literarias

Notas y artículos

RISA Y SONRISA

Secciones

ILUSTRACIONES DE:

ARTECHE - VALDIVIA - RAUL VALENCIA - GUBELLINI, etc.

HISTORIETAS Y DIBUJOS DE:

VALENCIA - VILLAFAÑE - GONZALEZ FOSSAT - IANIRO - CHRISTIE - JANKIEL - ANDRINO - RODRIGUEZ - MARTINEZ.



En el próximo número:

EL ARCHIPIELAGO DE LAS SIRENAS

novela de pasión y de muerte, de **W. SOMERSET MAUGHAM**

EL TORRERO

novela corta de **ENRIQUE SIENKIEWICZ.**

Un nuevo artículo de **DESPUES DE CASEROS,** de **Héctor Pedro Blomberg,** y un nutrido sumario de notas de actualidad y cuentos de conocidas firmas argentinas y extranjeras.

DESPUES DE

HISTORIA Y FINAL DE "EL CARANCHO DEL MONTE"

VICENTE GONZALEZ, A QUIEN ASI APODARON, SURGE, SOBRE EL FONDO DE BATALLAS Y DE CRUELDAD DE SU TIEMPO, COMO EL GUERRERO QUE ALIABA A LA FIEREZA MILITAR EL CORAZON JUSTO DE UN HOMBRE BUENO

Por ***HECTOR PEDRO BLOMBERG*** ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" . ILUSTRACIONES DE VALDIVIA



Estos artículos de Héctor Pedro Blomberg, escritor tan conocido como apreciado por el público argentino, evocarán un mundo para siempre ido, pero sobre el cual vuélvese con curiosidad y con entusiasmo. Caído Rosas, los hombres que lo ayudaron dispersáronse a los cuatro vientos del país. Unos fueron crueles y otros no; algunos merecieron el horror con que circunda sus memorias la leyenda, y otros fueron gentes de lucha, nacidas en una época bravía, donde poco apego se tenía a la propia vida y menos a la ajena, por cierto.
Esos hombres y esas mujeres prolongaban el dramático recuerdo de la dictadura rosista en barrios céntricos y soledosos suburbios. Volverán aquí, conjurados por la pluma de Héctor Pedro Blomberg, tras de Caseros, hasta el final de su camino en esta tierra.

A principios del año de la Independencia apareció en la Guardia de Luján un hombre de regular estatura, más bien delgado, pero hercúleo, de rostro descarnado, encorvada nariz y ojos vivos y penetrantes. Se llamaba Vicente González, y vestía el uniforme de capitán de las milicias de campaña en la provincia de Buenos Aires.

Había nacido en Montevideo, donde su padre fuera contador en las cajas reales, en una fecha imprecisa de fines del siglo, y contaba ya con una regular foja de servicios cuando su destino lo trajo a la provincia de don Juan Manuel de Rosas. Fué uno de los guerrilleros que combatieron contra los ingleses en 1807. Cuatro años más tarde, abandonando su oficio de sastre, se incorporó al ejército que sitiaba Montevideo. Rondeau lo hizo capitán y el Triunvirato lo confirmó en su grado. Fué uno de los beneméritos de 1814.

El capitán González prestó servicios en la frontera durante largos años. Alejado ocasionalmente de las actividades militares, parece que instaló una pulpería en la Guardia del Monte, donde fué nombrado juez de paz durante el gobierno de Martín Rodríguez. Fué por esa época cuando conoció a Rosas, que era entonces comandante general de las milicias de campaña, y lo incorporó a las mismas con su antigua graduación.

El capitán Vicente González era ya el "Carancho del Monte", para sus contemporáneos y para la historia. El pueblo le dió dicho apodo por su acentuado perfil y sus ojos vivísimos. Pero el nombre de esta ave de rapiña no incomodaba en lo más mínimo a don Vicente, que en la vida privada era el más bondadoso y manso de los hombres.



EN ESTE PATIO DE LA CASA DE "EL CARANCHO DEL MONTE" BAILO MANUELITA BAJO LA MIRADA DE DON JUAN MANUEL.

El hombre de Rosas

Con la caída de Dorrego, el "Carancho" hizo la campaña contra Lavalle a las órdenes de Rosas, que lo distinguía con su estimación y amistad y habíalo ascendido a comandante, confiándole el mando del regimiento número 2 de milicias, que se batió bravamente en las Vizcacheras y Puente Márquez.

En 1829 volvía al juzgado de paz de la Guardia del Monte. Gran perseguidor de bandidos y activo guardián de la frontera, era grande su popularidad cuando Rosas regresó de la famosa campaña del desierto y comenzó a preparar la conquista del poder supremo, consumada en 1835.



El "Carancho" era ya coronel y "federal apostólico". Sus intensas actividades en la campaña a favor del dictador en cierne estrecharon la amistad de ambos, el valiente jefe de milicias y el poderoso Restaurador de las Leyes.

Uno de los aspectos más curiosos de este pintoresco personaje, que nunca hizo mal a nadie, sino todo lo contrario mientras le fué posible, es su manía epistolar. Su correspondencia con Rosas, hasta la víspera de Caseros, es copiosísima, y contiene, en su estilo desaliñado y confuso, revelaciones por demás interesantes sobre muchos de los acontecimientos de la época.

De él se sirvió Rosas — dice Angel J. Carranza en su obra "La revolución del 39" — para explorar, entre convites, bailes y serenatas, el estado de la campaña del Sur, el año antes de la insurrección, sobre el bloqueo francés y para saber si era cierto que se incubaba un movimiento revolucionario entre los hacendados de esa zona de la provincia, movimiento al que no era ajeno su hermano Gervasio.

La guerra unitaria

Cuando el general Lavalle invadió Buenos Aires, en agosto del 40, el coronel González marchó a Santos Lugares con su famoso 3 de caballería, que se batió en el Quebracho y Rodeo del Medio.

Durante los cinco años que siguieron, anduvo el "Carancho del Monte" en las guerras unitarias, distinguiéndose por su arrojo en los combates y su humanidad con los vencidos. En Córdoba, Santa Fe, Corrientes, por dondequiera iba, se le presentaban numerosos paisanos y hasta clases y soldados de otros cuerpos, atraídos por la fama del bravo coronel, solicitando ser dados de alta en su célebre regimiento.

Federal apostólico

La mujer de Rosas, lo mismo que éste, distinguía y apreciaba altamente al fidelísimo federal que tanto había contribuído a la exaltación del Restaurador desde los primeros inciertos y agitados días de los tumultos "apostólicos".

Cada vez que el coronel llegaba de su feudo pampeano, lo cual ocurría con frecuencia, era recibido en la casa con los más amistosos y cordiales agasajos, y regresaba llevando consigo los mejores vinos y otros valiosos obsequios de don Juan Manuel.

Al ocurrir el fallecimiento de doña Encarnación, en 1839, fué el coronel González quien inició la idea de que los militares llevasen el luto militar, consistente en una cinta roja alrededor del quepis, luto que se generalizó también entre los civiles y se denominó "el cintillo federal".

Las anécdotas que se recuerdan de este personaje son tan numerosas como pintorescas. Muchas de sus cartas y notas terminan como sigue: "Dado en el Monte Sepulcro de los tiranos por Su Majestad Caranchísima, Marqués de la Calavera y Federal Apostólico".

Llamaba "montaraces" a los vecinos de la Guardia del Monte, sobre quienes ejercía una autoridad absoluta, pero sin alardes de dureza y mucho menos de crueldad, aun en las circunstancias más extremas. Riguroso en la disciplina militar, sólo era implacable con los vagos y maleantes que pululaban por los campos y pueblos del Sur, mientras que con la población civil mostrábase siempre considerado.

Tenía don Vicente sus rasgos de excéntrico. Cuenta el citado doctor Carranza que a principios de 1835, al celebrarse una ceremonia solemne en la capilla del partido, descontento con el sermón del cura, subió al púlpito y pronunció una oración gauchi-federal, en la que salieron a relucir santo Tomás de Aquino y el Restaurador de las Leyes.

Gustaba en grado sumo de los festivales, bailes y serenatas, pero no por inclinación egoísta y personal, pues muchas veces no concurría a ellos, sino porque en su carácter alegre y risueño quería ver divertirse honestamente a los demás.

Los últimos años de la Federación

A su regreso de las guerras unitarias se dedicó, según se ha dicho, a combatir constantemente contra las invasiones de los indios y a perseguir sin tregua a las bandas organizadas de los ladrones del desierto, que llevaban sus "malones blancos" no sólo sobre las grandes y ricas estancias, sino también sobre las poblaciones. En el año 1848 salió al encuentro y destrozó en los campos de Laguna Larga a la más poderosa y temible de estas bandas, en las que figuraban varios centenares de pampas.

Esta guerra de frontera, de carácter más bien policial que militar, prosiguió hasta 1851. Inmediatamente del pronunciamiento de Urquiza,

el coronel González recibió el mando de una división rosista integrada por los regimientos 3 y 6 de caballería, y se hallaba con ella en Rosario cuando en la noche del 9 de diciembre de aquel año algunos de los cuerpos se sublevaron y fueron a incorporarse a las fuerzas enemigas en Diamante.

Después de Caseros, sin ser molestado por los unitarios victoriosos, sin ser acusado por nadie de las extralimitaciones y crueldades atribuídas, con razón o sin ella, a varios de los jefes militares de la Federación, el coronel González, que ya comenzaba a sentir el peso de los años, se retiró a la vida privada.

Había sido un partidario fanático de Rosas, como tantos otros a quienes no alcanzó la calumnia ni el rencor.

Pero eran aquellos días en que los antiguos servidores de Rosas no estaban seguros de la inquina popular. El coronel había visto pasar por las calles de Buenos Aires, abrumado por el desprecio de los transeúntes y vecinos, como algunos otros, al célebre don Pedro de Angelis. Sabía que ni allá, en su antiguo feudo del Sur, iba a verse libre de las demostraciones rencorosas, y resolvió buscar un refugio en el convento de San Francisco, entregándose a las prácticas religiosas.

Fué allí donde, poco antes de su muerte, un escritor y político unitario de alto rango fué a verlo para devolverle una colección de cartas fechadas muchos años atrás, y le dijo:

—Destruya usted esta correspondencia, señor don Vicente, porque al escribir estas cartas y notas a Rosas usted se dejó llevar por su imaginación y su entusiasmo federal y pueden ser interpretadas de un modo muy poco favorable para quien las escribió. Se las devuelvo porque yo, como muchos otros unitarios, sé que usted nunca cometió acto alguno contra las reglas de la humanidad.

El fin del "Carancho"

Comenzaba el frígido invierno de 1861 cuando se supo en Buenos Aires, y pocos días después en los campos del Sur y en las provincias, que el coronel Vicente González, el famoso "Carancho del Monte", uno de los personajes más destacados de la época de Rosas y de los más allegados al Restaurador, había dejado de existir en una celda de San Francisco.

Así terminó sus días, en la quietud y la penumbra de un convento, el federal de primera fila y antiguo guerrero de la Independencia, que sobrevivió dos lustros a Caseros. ◈

En el próximo número:
"EL TRAGICO "TATA DIOS" DEL TANDIL"



EN SAN FRANCISCO BUSCO REFUGIO Y HALLO PAZ EL GUERRERO INDOMABLE.

NORUEGA SONRIE

LAS CONDICIONES DE VIDA SON DURAS AUN, PERO LA ESPERANZA EN DIAS MEJORES ANIMA Y ESTIMULA AL ABNEGADO PUEBLO NORDICO

Por

Svend Nielsen

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

VIDRIERAS PLENAS, CON ARTICULOS QUE NO SE VENDEN.



LA SONRISA DE LA MUJER ANUNCIA TIEMPOS NUEVOS.



La mirada tiene un azul de lago, la luz del sol riela bruñendo las áureas ondas de su cabellera, y lo vivo del rojo de sus labios pintados rima con el tono prescrito por la última moda. Se hacía arduo para mí el pensar que aquella atractiva mujer hubiera sido uno de los espectros de ojos cavados y faces terrosas que vi hace poco más de un año, cuando marché precipitadamente a Noruega para asistir a la liberación de los patriotas que habían yacido en el tristemente famoso campo de concentración de Grini.

Y el cambio operado en esta mujer, y que ha de sorprenderme al encontrarlo una y otra vez consumado en otras, descollará siempre para mí como plástico símbolo vivo de que Noruega renació, rebrotando de una serie de años de destrozo y horrores.

Triunfo de la femineidad

Y en la actualidad, un año de libertad, de sol y aire libre, de visitas al peluquero y a la casa de belleza, han realizado la increíble transformación. En un mundo aun estremecido por las penalidades de la post-guerra, la feminidad ha cobrado el laurel de una esplendente victoria.

Y lo mismo ha ocurrido con la mujer noruega en general, con las amas de casa del país que supieron luchar su guerra, que hicieron colas desde las cinco de la madrugada en los lóbregos amaneceres invernales, soportando con frecuencia el flagelo de la cellisca, para recoger una mísera ración de nabos y de maloliente pescado en conserva de salazón. Y entretanto, sus hombres sufrían en los campos de concentración, bregaban clandestinamente en la resistencia contra el invasor, vivían exilados en Inglaterra y en Suecia. Pero las mujeres, sus esposas, madres o hijas, soportaban con ánimo bravo lo pesado de su carga.

He regresado a la Noruega que conocí durante los dos meses del período de invasión de 1940 y al tiempo en que se consumó la liberación del país en 1945, para comprobar por mí mismo cómo viven en el día de hoy los hombres y las mujeres que integran el heroico pueblo.

Y he encontrado que son aún duras sus condiciones de vida, que tales condiciones se asemejan mucho a las imperantes en Gran Bretaña. Todo género de comida, incluso el pescado, se halla racionado. Se forman colas ante las tiendas cada vez que llegan carne o pescado; pero ahora se trata de pescado fresco y de real



SE HA REINICIADO LA VIDA

CON SUS MUJERES

carne, aun cuando no pocas veces sea carne de caballo. Tras cinco años sin carne, fruta, pan realmente comestible, leche ni margarina, hasta las reducidas raciones de hoy día parecen una bendición del cielo. Los huevos, grasas, carne y verduras vienen de Dinamarca. La ración se complementa, a veces, con paquetes de provisiones que remiten amigos de Suecia, tierra de abundancia.

Las tiendas vacías

Los noruegos acreditan su gratitud a la ayuda que reciben de Dinamarca enviando cigarrillos a los amigos daneses, que se quejan de que los suyos son los peores de Europa.

Pero los grandes almacenes de Oslo se hallan casi vacíos, salvo en lo que concierne a libros, revistas y mobiliario de madera. Paseando a lo largo de Karl Johan, la bella arteria principal de la ciudad, se encuentran tiendas de lujosa presentación desplegada en sus escaparates. Allí se ven elegantes vestidos, bien cortados albornoces, primorosas faldas de paño inglés; pero todas estas prendas están marcadas con pequeñas etiquetas que rezan "muestra", "No para venta", o "Solamente en exhibición". No es fácil gastar ni siquiera los contados cupones de que se dispone.

Vestidos nuevos de trapos viejos

Por todas partes se ven batas sueltas y mamelucos. La gentil figura predominante entre los tipos noruegos, producto de su pasión por el esquí, contribuye a que hasta las ropas fláccidas les caigan bien. Coloridos atuendos deportistas, faldas y jerseys se encuentran también muy difundidos, se llevan a diario. Y los vestidos, cualesquiera que sean, implican, de ordinario, esfuerzo, laboriosidad, ideación y paciencia. El señor y la señora se han afanado horas y horas en convertir cortinas, sábanas, ropa de desecho y hasta saquitos de harina, en vistosas prendas que ponerse. No digamos respecto a la seda de los paracaídas con que los británicos enviaron armas a la Resistencia durante los días gloriosos y sombríos de la ocupación. ◈



CALLES ANIMADAS, GENTES RISUEÑAS Y ESPERANZADAS

ESTUDIANTIL EN NORUEGA

El toro colorado

Cuento, por

Marcelo G. Hopff

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIÓN DE RAUL VALENCIA



ANDRÉS Rojas, el peón, andaba de recorrida. El galope de su overo lo llevaba a través del campo agreste y solitario. El aire fresco de la mañana azotaba su rostro y hacía flamear, alegremente, las puntas del pañuelo que llevaba anudado al cuello. A menudo, el jinete rozaba, al pasar, las ramas de algún arbusto, haciendo que el rocío depositado sobre ramas y hojas cayera como una pequeña lluvia en menudas y brillantes gotas.

Pájaros de todos tamaños y colores se posaban sobre los escasos arbustos que poblaban la planicie. Alguno que otro caldén solitario anunciaba la proximidad del monte, mancha azulada e informe que se dibujaba a distancia sobre el horizonte. La repentina aparición de un avestruz, que disparó gambeteando, indujo al mozo a cerrarle las piernas al overo, que se lanzó, veloz, en persecución del tímido charabón.

Pero el sentimiento del deber fué más fuerte que el placer de la caza, y el peón sujetó su cabalgadura que mordía, piafando, el freno pugnando por seguir la carrera. Había que revisar los flotantes del bebedero en el jagüel del bajo, y además... al patrón no le gustaban las corridas de avestruces.

Rojas refrenó, pues, los arrestos de su montado y reanudó su marcha en dirección al bajo. El sol había progresado en su ascenso, y una rápida mirada, calculadora, al firmamento le dijo al peón que debía apurarse si quería volver a las casas antes que apretara el calor.

Andrés Rojas era nuevo en el establecimiento, pero su diligencia y su buena voluntad pronto le permitieron hacerse "baquianazo" en el campo del "Rincón". Hábil jinete y diestro en todas las faenas rurales, el patrón lo estimaba y hasta el capataz, el viejo y gruñón don Márquez, lo distinguía confiándole los trabajos más delicados.

Al trasponer la cima de una cuchilla, la mirada del mozo abarcó el salvaje paisaje del "bajo". El jagüel, perdido entre un matorral de jarillas y piquillines, apenas era visible en lontananza.

El jinete descendió al valle y se internó en una huellita que serpenteaba entre los achaparrados arbustos. Por ese camino llegó a un descampado, entre cuya rala vegetación un piquillín frondoso se destacaba de las plantas menores, el espinoso ramaje cargado de pequeños y sabrosos frutos rojos. Un piche, sorprendido en el festín que le brindaban los frutos



maduros desprendidos de la planta, huyó al trotecito, refugiándose en un alpataco vecino.

De pronto, el toro apareció plantado en la huellita, inmóvil y amenazante. Su repentina aparición provocó una sentada del overito, que bufó espantado, tiesas las patas y las orejas rígidas, apuntando hacia el peligro.

Rojas lo reconoció en seguida, aunque lo veía por vez primera.

—El colorao —murmuró, mientras su mano derecha trataba de desatar el tiento que sujetaba el lazo.

El toro colorado gozaba de fama, casi legendaria, en los pagos del "Rincón". De costumbres solitarias, arisco y bravo, era temido por los paisanos que recorrían el campo, quienes preferían apartarse de su camino, y lo evitaban con temor supersticioso. La astucia del "colorao" le ponía a cubierto de toda sorpresa, y más de una batida había fracasado, organizada por los paisanos para darle caza con el fin de descornarlo y degradarlo, raboneándolo y castrándolo sin lástima. La bestia, astuta, ganaba el monte y de allí no lo sacaban ni con los perros.

Luego volvía a las andadas y ¡pobre del carrero o arriero que, a pie, se alejara del camino en busca de leña, o guay del paisano que abandonara el montado para empeñarse en alguna carrera pedestre en pos de un piche gordo o para atrapar un "charito" que llevaría de regalo para la novia o para criarlo en "las casas"!... El "colorao" aparecía repentinamente, salía de detrás de un piquillín o un alpataco, o surgía de un pajonal, desde el cual parecía haber acechado a su víctima. Solamente una rápida fuga hacia el caballo, o el amparo que podía ofrecer algún árbol cercano, libraban al infeliz caminante de la furia asesina de la traidora bestia.

Todas estas reflexiones pasaron, vertiginosamente, por la mente del peón mientras empuñaba el lazo que, por fin, había librado de su amarra. Sigilosamente preparó la armada, pero no tuvo tiempo de revolearlo siquiera. El toro, con un sordo mugido, lo atropelló, partiendo con velocidad extraordinaria y feroz empuje. Rojas aplicó un violento talonazo a su caballo y la reacción del noble pingo lo salvó de un desastre completo.

La enorme y aguda "guampa" del toro golpeó fuertemente en la ancha cincha de cuero crudo que protegía, como un escudo, el vientre del caballo, y resbalando hirió levemente al overo en un cuarto, cerca del anca. Con todo, el encontrón fué tan violento que el caballo costaló a medias, despidiendo al jinete. Rojas cayó parado, mientras el overo, rehaciéndose, disparó con el lazo a la rastra.

El mozo comprendió la gravedad de la situación, y, orientándose rápidamente, se lanzó en loca carrera hacia un caldén solitario situado a una distancia como de cincuenta metros, que le ofrecía seguro refugio.

Fué una trágica carrera en la cual la furia bestial y el instinto de conservación se disputaban un premio: la vida de un hombre.

Rojas corría por su existencia. El tremendo esfuerzo de la huída poblaba sus oídos de zumbidos confusos y el corazón le martillaba en el pecho con ritmo cada vez más acelerado. A sus espaldas sintió el ruidoso jadear y las pisadas del bruto que le daba alcance. Lanzando un alarido salvaje, reunió todas sus fuerzas y traspuso, como una tromba, los últimos metros que lo separaban del árbol salvador, una de cuyas ramas ofreció sostén a sus manos para elevarse del suelo. Con desesperada

(CONTINÚA EN LA PAGINA 108)

La danza



HE aquí que un buen día a la danza le crecieron unas alas invisibles y se trocó en pájaro majestuoso, pleno de gracia y de armonía...

Desde entonces hasta hoy, los espíritus delicados que gustan de la música de un Tchaikovsky o de un Strauss, al conjuro de cuyas notas vuelan las mágicas danzarinas y se mueven en el escenario apoyadas milagrosamente en la punta de sus pies encantados, cual estatuas que hubieran despertado de un ensueño; desde entonces hasta ahora, decimos, el mundo ha regalado sus ojos con el espectáculo maravilloso que ofrecen esas auténticas reinas del "ballet", intérpretes ideales de la exquisita sensibilidad de aquellos grandes maestros, creadores de las más hermosas obras musicales.

La cámara, eterna captadora de lo bello y efímero, ha perpetuado en el celuloide estas escenas sugestivas, en algún lugar del reino de Terpsícore... *


tiene alas

El nieto

Un cuento de
JACINTO OCTAVIO PICON

ILUSTRACION DE ARTECHE



El general don León Bravo de la Brecha y Pérez Esforzado, décimocuarto conde de la Algarada de Lucena, primer marqués de Durobando, noble hasta la médula de los huesos, senador por derecho propio, modelo de caballeros, carácter de acero y corazón de oro, feo de rostro y hermosísimo de alma, era hombre que haciéndose querer inspiraba respeto, mas en tal grado religioso, autoritario y linajudo, en una palabra, tan montado a la antigua, que parecía la viva encarnación de todos aquellos ideales que, cumplida su misión en la vida, van quedando honrosamente almacenados en la historia por la inflexible mano del tiempo.

A bueno nadie le ganaba, a severo le aventajaban pocos, y en punto a reaccionario no había quien le igualase. Fué feliz durante casi toda su vida, porque la Fortuna le halagó propicia, siendo para él en la juventud novia cariñosa, en la edad viril mujer amante y luego sumisa compañera; únicamente en la vejez, cuando creía tenerla más sujeta, comenzó a mostrársele rebelde, como hembra cansada de ser fiel mucho tiempo.

El general veía con pena que cuanto amparó con su prestigio y cuanto defendió con su espada se iba desmoronando. La fe se bastardeaba convirtiéndose en devoción superficial y mundana; las clases sociales se fundían derretidas por la fiebre del oro; el principio de autoridad cedía en vez de resistir; todo lo que él consideró esclarecido y alto tendía a oscurecerse y caer, todo lo vil y bajo a brillar y subir; lo poco, antes calificado de utopía, era casi realidad; los sueños se hacían tangibles y a las amenazas se respondía con reformas; lo que en su mocedad se dominaba a tiros, ahora se arreglaba con fórmulas.

Su mayor pena, su disgusto más hondo consistía en ver a su propio hijo participar de las ideas nuevas y sentarse como diputado en los bancos de una minoría liberal apoyando las que él llamaba soluciones avanzadas, y al pobre viejo le parecían herejías contra lo más santo y ataques a lo más respetable.

Por mucho que cavilase, no se daba cuenta de cómo aquel hijo, educado por padres escolapios, había salido volteriano hasta votar la tolerancia religiosa e importarle un bledo que el Papa estuviese cautivo. Cuando le oía afirmar que era monárquico y en seguida que la idea de Patria no es consustancial con la monarquía, se le llevaban los demonios; y, finalmente, a punto estuvo de desheredarle, sabiendo que durante las elecciones asistió a una reunión de distrito donde solicitó el voto de los descamisados.

Mas como todo está compensado en la vida, la amargura ocasionada por aquellas ideas del hijo tenía contrapeso y hasta recompensa en lo que prometía el nieto.

Siete años acababa de cumplir Pepito, y por sus tendencias dominadoras, por su carácter resuelto y su geniecillo voluntarioso, indicaba que había de parecerse, no a su padre, sino a su abuelo.

El general experimentaba impulsos de ternura, nunca sentidos, escuchando referir o presenciando y oyendo rasgos y respuestas del chico, que no pasaban de meras insolencias infantiles y que a él se le antojaban claros indicios de ideas sanas, principios severos y voluntad enérgica.



Pepito era, indudablemente, a sus ojos, un caso notabilísimo de atavismo.

Los procedimientos de fuerza le encantaban. En vez de pedir merienda, la sacaba del aparador: espíritu de conquista, decía el general. Agradábale sobremanera ir limpio, bien vestido y majo: gustos aristocráticos, pensaba el buen señor. Una vez en la calle, viendo reñir a dos muchachos y caer debajo al más débil, se arrojó a su defensa: clara muestra de comprender la misión de su nobleza. Finalmente, un día en una tienda donde su madre regateaba unos juguetes, Pepito llamó ladrón al comerciante; horror al mercantilismo, imaginó el abuelo.

Para que tan brillantes disposiciones y facultades no se debilitaran ni maleasen en la viciosa confusión de un colegio ni al contacto de malas compañías, el general, desconfiando del criterio y carácter de su propio hijo, resolvió encargarse de la educación del chico; y no pusieron los reyes de Francia más cuidado en buscar maestro a un Delfín que puso él para admitir preceptor a su gusto.

Tras muchas cavilaciones, previos respetables informes y seguro de sus buenos antecedentes, recayó la elección en un capellán profundamente religioso, de intachable moralidad y lo bastante conocedor del mundo para dirigir los primeros pasos de un niño a quien su linaje y fortuna tenían reservado puesto seguro y distinguido en el banquete de la vida.

—Quiero —le dijo el general— que sea hombre de bien, capaz de grandes cosas, enemigo de las pequeñas... y aunque no ha de cantar misa, ni hace falta que se coma los santos, muy religioso. Nada de beaterías: espíritu religioso, temor de Dios y amor al prójimo. ¡Cristiano de verdad! ¡En fin, que sea todo un hombre!

El capellán —nadie le llamaba por su nombre en la casa— era lo que se decía hace cincuenta años un buen maestro; tal vez algo duro; más amigo de hacerse temer que estimar; antes partidario de enseñar lo que sabía que de inspirar amor al estudio; con ideas fijas vaciadas en la antigua turquesa donde se fundió la sociedad de nuestros abuelos; seguro de lo que tenía por bueno; irreconciliable con lo que juzgaba malo; ilustrado, pero intransigente; bueno, pero fanático.

Pepito aprendió de sus labios algunas cosas que son verdades eternas; otras que en su tiempo lo fueron, y muchas que no lo han sido nunca; mas todas, al parecer, sujetas y enlazadas por maravilloso espíritu de unidad. Adaptándose a la tierna imaginación propia de la edad del niño, hízole considerar la ciencia como trabajo humano que pugna por acercarse a lo divino; el arte como emanación y resplandor de lo bueno; la historia como inmenso campo al través del cual marchan las razas guiadas por Dios a su destino; y la vida como valle de amarguras en que para las más acerbas lágrimas y los más intensos dolores hay consuelo cuando, poniendo el pensamiento en lo alto, quieren ser caritativo el poderoso, agradecido el miserable, sensible el fuerte, humilde el débil, y todos esperanzados en la justicia del Señor.

Poca era la edad del niño, mas tales la inteligencia y la claridad con que se expresaba el capellán, que el discípulo prometía honrar al maestro. Varias veces examinó el general a Pepito; en más de una ocasión le hizo preguntas, al parecer inocentes, en realidad encaminadas a ver el cauce por donde iban sus inclinaciones; y siempre quedó, aparte pasión de abuelo, que es padre doble, maravillado del instinto con que se asimilaba cuanto trascendiese a hombría de bien y sentimiento de justicia.

—¿Qué aguinaldo quieres, monín? —le dijo pocos días antes de Navidad.

—Un nacimiento —repuso el chico.

Su abuelo fué con él a Santa Cruz, le dejó escoger cuanto quiso, pagó contento, quedó el niño gozoso, y dos criados trajeron a casa el peñasco lugar de la sagrada escena y la banasta llena de figuras de barro que habían de representarla.

Al día siguiente, gracias a la febril actividad del niño y mediante algunos consejos del capellán para que pusiese cada personaje en su sitio, quedó el nacimiento colocado sobre una gran mesa en el cuarto de estudio. Nunca vieron ojos de muchacho cosa tan bonita. ¡Qué "propio" estaba!

(CONTINUA EN LA PAGINA 104)

CINE

por AMELIA MONTI

ANGULOS Y ENFOQUES



"Su mejor alumno", la producción extraordinaria de Artistas Argentinos Asociados, que evoca la vida de Domingo Faustino Sarmiento, fué designada por el Superior Gobierno de la Nación para ser presentada al festival internacional de cinematografía de Cannes, que se llevó a cabo el 20 en aquella ciudad de Francia. Como se sabe, dicho film tiene por protagonistas a Enrique Muiño y Angel Magaña.

Se ha dado comienzo al rodaje de la primera pelicula de Saslavsky, "A sangre fria", que tiene como protagonista a Amelia Bence. Mucho y bueno se anticipa sobre este film.



Pedro López Lagar ha insinuado el deseo de no aceptar más personajes "barbudos". Por lo menos por el momento. Tiene bastante con los protagonistas de "Celos" y de Albéniz.



Vuelve a insistirse en que es muy probable que Luis Arata sea el protagonista de "Ovidio", la celebrada pieza teatral que estrenó Pepe Arias y que soñó con hacer él en la pantalla. Pero parece resuelto que sea Arata el favorecido, ya que la concesión la tiene San Miguel, estudio que no tiene contratado a Pepe Arias.



Ahora están aguardando la terminación del ensamble y compaginación de "Lauracha", para poderse dar cuenta de cómo ha quedado, finalmente y después de tantos inconvenientes, esta producción que ha sufrido interrupciones y cambios considerables. Amelia Bence y Arturo García Buhr asumen las responsabilidades del reparto.

EL ELENCO DE "CORAZON"

Productores y artistas de América S. A. y Films Andes, de Mendoza, se han embarcado en una empresa de grandes proporciones: la filmación de "Corazón", de Edmundo D'Amicis. La dirección correrá a cargo de Carlos Borcosque y la producirá Alberto de Zavalía. Además de los cincuenta niños que intervendrán en primerísimos planos, figuran en el elenco de "Corazón", Narciso Ibáñez Menta, en el papel de maestro Perboni; Juan Carlos Barbieri, en Enrique; Salvador Lotito, en Garrone; Luis Zavalla, en Crossi; Félix Gil, en Coretto; Enrique Lerós, en Franti; Juanito Fontanals, en Nobis; Carlos Daniel Reyes, en el papá de Enrique; Carmen Llambi, en la maestra de Enrique; Diego Marcote y Diana Ingro, en el de los padres de Crossi.

★

¿UNA SONRISA, MISS KEYES?

Tal para cual. Una preciosa foto y una hermosa estrella. De la colección de retratos de Evelyn Keyes que poseemos, éste, tomado desde arriba, es seguramente uno de los más sugestivos. Por eso lo publicamos. Las figuras populares de la Meca del cine han de aguzar el ingenio a fin de no aparecer siempre en la misma actitud y rodeadas del mismo ambiente. A Evelyn, sin embargo, jamás la encontraríamos "monótona", ¿verdad?

OTRA OBRA DE KAISER

Artistas Argentinos Asociados está preparando el rodaje de "Un día de octubre", pieza que, con "Gas" y "De la mañana a la medianoche", completa la trilogía de la producción teatral de Georg Kaiser, uno de esos autores que nos brindó la Alemania de la anterior postguerra.

Como detalle, diremos que el laureado autor estuvo entre nosotros, ocupando un modesto cargo en una oficina local.

"Un día de octubre" será supervisada por Lucas Demare y tendrá como protagonistas a Francisco Petrone, Mirtha Legrand y Sebastián Chiola.

ENTRE ASTERISCOS



Es curioso saber que Judy Garland encontró su destino durante la filmación, precisamente, de "Las campanas del destino". Su director, Vicente Minnelli, conoció recién en esa oportunidad a Judy como actriz, y la eligió... como esposa antes de terminar la filmación. Pero se casaron después.

★



Es muy probable que Katerine Hepburn sea productora de su próxima película. No le anima ningún interés comercial. Sólo desea no estar sujeta a contratos fijos, que le estipulen horarios y días de labor sin descanso. No quiere dejar su trabajo escénico. Sólo así podría conciliar el cine y el teatro, sin dolores de cabeza.

★



Ann Sheridan ha puesto de moda una nueva clase de medias finísimas tejidas con tela de araña adaptada expresamente para esos fines. Estas medias están teniendo una extraordinaria aceptación, pues son de un resultado excelente.

★



Greer Garson está orgullosa de ser irlandesa. Nació en el Condado de Down. Digamos un 29 de septiembre. Desde luego que también siente íntima satisfacción en haber sentado sus reales en los Estados Unidos de Norteamérica, donde ha ganado su estrellato brillante.

★



Es famosa la colección de piezas de arte que posee Edward G. Robinson. Incluye obras maestras de Renoir, Picasso, Daumier y otros pintores igualmente notables. Se la considera como la más importante de todas las colecciones privadas.

★

UNA BRAVA ABUELA

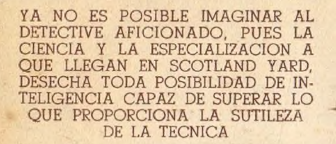
Adeline de Walt Reynolds, que acaba de cumplir 84 años, y que comenzó su carrera cinematográfica hace sólo cuatro, interpretando un papel de primer agua en "La comedia humana", está tomando lecciones de esgrima. Es, como se ve, una brava abuela capaz de hacer palidecer de envidia a más de una mujer en la flor de la edad, pues, además, anda a caballo como una experta amazona y no le da tregua a nadie en el casero deporte de arrojar la herradura (algo parecido a la "clavada" entre nuestras gentes campesinas). Hollywood está admirado de ella y son muchos los curiosos que se arriman al estudio cuando ella filma, pues es cosa de verla cómo, antes de ponerse frente a las cámaras, practica su horita de florete y su horita de natación.

Adeline de Walt Reynolds está filmando ahora "Gallant Journey", con Glenn Ford y Janet Blair, donde encarna el personaje de una anciana ciega.

BUEN DESCUBRIMIENTO

Vean ustedes qué mona es esta chica y cómo sonrie. Se llama Virginia Mayo, y fué descubierta por Sam Goldwyn hace poco tiempo. Actualmente ya se halla trabajando en una comedia musical que hace las delicias del público neoyorquino. No cabe, pues, duda de que se trata de un valioso hallazgo.

AQUI SE INVENTAN CRIMENES


YA NO ES POSIBLE IMAGINAR AL DETECTIVE AFICIONADO, PUES LA CIENCIA Y LA ESPECIALIZACION A QUE LLEGAN EN SCOTLAND YARD, DESECHA TODA POSIBILIDAD DE INTELIGENCIA CAPAZ DE SUPERAR LO QUE PROPORCIONA LA SUTILEZA DE LA TECNICA

Por
Henry Clarkson

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Los detectives no salen únicamente de la imaginación de los novelistas, como pudiera suponer el lector de obras policíacas, sino también de las escuelas de policía. Aunque acaso sea inútil que vaya allí un autor en busca de un detective, para hacerlo protagonista de sus novelas. Más fácil es que la ficción del escritor encarne en un policía de verdad. Nos bastará recordar lo ocurrido a Georges Simenon, maestro del género y creador del detective Maigret, a quien el director de la oficina de investigación criminal de la Policía Judicial de París le presentó un día a... Maigret. Y el novelista belga pudo comprobar el extraordinario parecido del inspector


UN CRIMEN INVENTADO, CON INDICIOS QUE ESTUDIARAN LOS ALUMNOS


EL ESPECTROGRAFO, UNO DE LOS APARATOS DEL LABORATORIO


MR. OWEN ENSEÑANDO A SACAR MOLDES DE PISADAS



EJERCITANDOSE PARA RECORDAR FISONOMIAS

Guillaume con el personaje creado por su imaginación, hasta el extremo de que sus compañeros lo identificaban con él, dándole su nombre. La realidad había coincidido con la fantasía.

¿En quién se ha inspirado Simenon para la creación de su personaje? No lo sabemos. Pero sabemos, en cambio, que el famoso Sherlock Holmes le fué sugerido a Conan Doyle por el recuerdo de un profesor de la Universidad de Edimburgo. Y no deja de ser curioso que sea un hombre, por completo ajeno a la policía, quien sirva de canon para el primer gran prototipo de detectives.

Había, además, otras razones para que Conan Doyle no se inspirara en un detective profesional, y acaso la más importante, el que iba a situar el personaje creado por él frente a los profesionales de Scotland Yard, dando al detective una importancia de que carecía antes de su aparición.

Desde luego, su situación tenía que ser muy extraordinaria, para poner en evidencia a aquel imponente organismo de la policía inglesa, que por significativo azar estrenaba su edificio del Embankment, donde funciona actualmente, al mismo tiempo que Sherlock Holmes daba fe de vida en la literatura inglesa: el año de 1888.

Por otro azar, no menos significativo, simultáneamente con el traslado de Scotland Yard a su nuevo edificio se produjo en Londres uno de los casos policiales más singulares que registra la historia de la criminalidad: el de Jack el Destripador. Scotland Yard no pudo evitar a Londres varias semanas de terror. Y su poco éxito, frente a un criminal que se permitía mandar a los jefes de la policía londinense las orejas de sus víctimas, y gastarles otras bromas más o menos macabras, contribuyó, sin duda, a que la gente se fuera con Sherlock Holmes.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 105)



EL MICROSCOPIO COMPARATIVO, UNO DE LOS APARATOS MAS MODERNOS

Un ángel en



JAMÁS hombre alguno tuvo un recibimiento tan hostil ni dió en un ambiente tan áspero como el cura Juan Bautista. Cruzáronsele a su paso las zarzas y los espinales. Hasta el duraznillo maduro le ofreció los frutos para atosigarlo. Pisó el bajío una calurosa tarde de febrero, en los instante de más bochorno, cuando la golondrina buscaba la sombra vegetal, jadeante y abierta de alas. La adversidad del medio en que debía actuar, erizó las espinas y aguzó las puyas. Iba el cura con ánimo de reconquistar tanta alma extraviada como existía en aquel lugar donde Dios no entraba. Bien sabía qué clase de ideales sustentaba la gente aquella. El que menos bulla metía y además era tolerante para con los otros ideales, profesaba el liberalismo, era un librepensador; y si creía en Dios, no creía en la iglesia ni en sus ministros. Los demás eran ateos. Allí estaban los anarquistas y los comunistas anárquicos, siempre de sesiones secretas, siempre de conciliábulos, buscando el modo de poner la justicia sobre sus carriles. Era, según el decir del cura, gente explosiva que un día habría de minar el bañado para hacerlo desaparecer.

El cura Juan Bautista era un mocetón apuesto, de gallardía: alto, grueso, fornido. Tenía un rubio claro como la flor de la retama. Regordeta la cara. Su vida al aire libre, al sol, le había dado un fuerte color tostado que le agraciaba el rostro y le daba campo adecuado a sus ojos garzos. Pulcro en el vestir, ni el polvillo de la arena tenía paz en los zapatos: siempre les buscó el reluciente brillo.

Desde lo alto del puente del Ferro Carril Oeste, sobre la avenida Campana, puso los ojos codiciosos en el verde claro, en la inmensa sabana del bajío. Era como si desde una montaña contemplara un valle. Allá, bien abajo, descubría el caserío y, dentro, las almas por conquistar. Detúvose a la sombra de los ombúes de los ranchos de Correa. Dejó en una horqueta de árbol el libro y los papeles que traía bajo su brazo. Desdobló cuidadosamente un blanco pañuelo y se quitó el sudor de la cara, del cuello, de la cabeza y de las amplias muñecas. Recogió la cadena, y en el reloj de oro miró las dos de la tarde con un gesto de asombro. Luego se echó a caminar por la avenida blanda de arena quemante. Crujieron los tablones resecos y carcomidos del puente del arroyo Cildañes, porque al llegar allí dió fuerte con el pie para sacarse tanto polvo como llevaba. Debajo,



el bañado

Cuento, por

Elías Carpena

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE VALDIVIA

en el lecho del arroyo, vió huir las ratas que buscaban entre el agua los desperdicios llegados de los mataderos. Luego, yendo por la senda que conduce al caserío, iba espantando, a su paso, a las verdes lagartijas que se entraban veloces en la umbría de los abrojales.

Antes de comenzar su prédica y conquista, su magisterio divino, tuvo que reponerse, porque la emoción le quitaba las fuerzas hasta doblarle las piernas y retenerle la respiración. Iba de casa en casa, de rancho en rancho. Hablaba con palabra sencilla y luminosa. A cada frase, con ademán simple, indicaba el cielo y decía que el Señor lo enviaba para salvarlos. Mas los impíos no lo creyeron. Halló desprovistos de fe a todos los corazones y sin creencia religiosa a las almas. Bravas fueron las luchas verbales que debió sostener. Lo aturdían con citas de Michelet. Poníanlo en aprietos nunca sospechados, porque aquellas personas eran estudiosas, dadas a los libros, a los debates, a la polémica y muy prontas en el discurrir y hábiles en el contestar.

El cura Juan Bautista echaba la simiente con pasión, aunque pensaba y advertía que más que en la gleba feraz, caía en estériles arenas.

* * *

Ahora parte a redimir mujeres. Dialoga con la vieja del rancho, que es mordaz y burlona, y, buscando la novedad del recién llegado, también lo rodean las hijas. Ellas son livianas, hermosas y grandes pecadoras. El desaliño de Clelia le hace que enseñe las carnes blancas. El cura se turba viendo esas flores de la sensualidad. Pronto se recupera y entra en su menester con dulces palabras flúidas. Es maravillosa la forma como expone su prédica y cautivante la voz temblorosa que emerge de su garganta. Frente a las deidades parece, el suyo, el clamor de un divino enamorado. Pero las mujeres despójanlo de la investidura eclesiástica, pues sólo ven al hombre de cuerpo atlético, al varón hermoso y limpio. Clelia, con un acento desgarrado y triste, echa desalentada su reproche: "Si los hombres lindos se meten a curas, ¿qué haremos las mujeres?"

El cura Juan Bautista huye del rancho persignándose y dándolo todo por perdido. Después, en medio del campo, con las rodillas en la arena, pide al Señor que perdone tanta inocencia, tanta incomprensión.

El sol tuesta la arena y requema las rodillas del penitente. Las palomas montesas, como si aquel fuera un bronce en el arenal, comen y trotan a su alrededor. Queda en éxtasis hasta que unas brisas pluviales le acarician el rostro angélico. Las nubes de una tormenta veraniega llenan de sombras el bañado. El cura se persigna, se pone de pie y camina después ligeramente. Va por el caminito que conduce a lo del anarquista Germinal Santos. La casa se oculta entre árboles y enredaderas y sólo se ve un macizo de vegetación. El anarquista, escondido entre las plantas, aguarda siniestro y alevoso.



Cuando lo tiene cerca le chumba los perros, dos corpulentos daneses, de gran cabeza y recias mandíbulas. El cura, viendo que lo acometen, huye espantado hacia la casa cercana. Pero no podrá escapar, que ya los perros lo alcanzan. En tanto el anarquista ríe y festeja la broma con saltos y palmas, la señora Concepción pide auxilio para el hombre atacado. No sabe quien es; no sabe de la llegada furtiva del cura. Se asomó en instantes en que los perros se echaban feroces sobre el bulto y lo llevaban de revolcón en revolcón. La voz de la señora sale de la casa y se extiende por el campo. Su grito es un clamor: "¡Socorro!, ¡socorro!, que los perros matan a un hombre".

Nunca mejores pies, ni más ligeros, tuvo de la Vega. Con un listón que agarró de la carpintería, llega dando voces, gritando a los perros. Los daneses abandonan la presa, no por el que los acomete, sino porque oyeron la voz del amo y regresan refunfuñando por haberlos llamado en lo mejor del festín.

Jadeando, tomándose la tetilla en las manos, como si fuera el corazón, que dice sufrir de él, entra en la casa. Se sienta y echa como un resuello. La señora Concepción quiere darle árnica, yodo, pero él sólo pide un batido de sal y aceite para las heridas sangrantes, y se lo aplica sin piedad. Job redivivo, con sus llagas, no tiene un reproche, una sola palabra contra el agresor. Avelina zurce la sotana rasgada: es la bandera negra de aquel combate. Le dice, mientras le da a la aguja: "¡Señor cura, esto serviría más para cola de barrilete que para sotana!"

De la Vega reprocha el acto desconsiderado y asesino. El cura, con ánimo resignado, responde: "Esto nada importa, buen hombre; más padeció el Señor en el Calvario".

* * *

Ya tiene instalada su capilla el cura Juan Bautista. Es un rancho de cinc, con una rústica cruz y una campana, tan pequeña, que bien podría ser un cencerro. Adentro, entre velones, un Cristo mal decorado, luego la Virgen y el Niño. El altar es de lo más simplísimo. Los bancos toscos, sin pulir, y el piso de arena. Tiene un pequeño armonio y en él toca, sólo los domingos, un quintero de Tapiales que es, ni más ni menos, un gemelo de Cuasimodo.

Se van del bañado las últimas neblinas de la noche. Es la hora del alba. La aurora se hace de luz y colores en el cielo y bajan las luces a la tierra. Pasan los reseros llevándose con gritos y a golpes de poncho y pechazos de caballo, la tropa vacuna para el remate de los mataderos. Los reseros, con sus gritos alocados y con sus mugidos la novillada, alborotan el amanecer. Aquiles despierta, y como ya tiene un pasatiempo, se desayuna y sale disparado hasta la capilla: es el encargado de la campanita. Se agarra de la cuerda y se cansa de tanto darle al esquilón. El cura camina leyendo y anda su marcha al mismo compás que quiere Aquiles. El campanero se tira a descansar en un banco y le dice al lector caminante:

—Señor cura, a esta capilla nadie llega... Y eso que yo le doy a la campanita con todas mis ganas. Míreme..., míreme las manos como las tengo llagadas.

Y Aquiles muestra las palmas de las manos como escaldadas.

El cura se estremece y piensa. El muchacho lo ha puesto en la realidad. Entonces contesta, para él, no para su compañero: "Este bañado está yermo de almas crédulas. Está maldito por el Señor."

Llega la vieja Lisandra, vendedora de achuras. Va cargada con una pesada canasta de menudencias vacunas, que reparte por ese caserío. Viéndola llegar, el párroco se sulfura y Aquiles oye su queja:

—Has visto, muchacho, ni un alma nos viene del bajío. La única que oye misa es esta pobre vendedora y no es de aquí, sino de la parte alta.

La vieja vendedora de achuras, es ayudada por el mismo cura, que le baja la canasta. Agradece la gentileza del padre, y señalando para la entrada de la capilla, habla con acento conmovido: "¡Qué pobreza!... ¡Qué pobreza!... Ay, padre, usted es un santo..." Entra, y arrodillada frente a la virgen reza el padrenuestro. Luego se incorpora. Retiene la vista en cada cosa y sale repitiendo: "¡Qué pobreza!... ¡Qué pobreza!... ¡Pero cuánta luz!..."

Cumplida la misión, parte el campanero, pensando en el poco éxito de la capilla. En seguida, el cura asegura la puerta con un candado y sale a caminar por los campos. Le place disfrutar de la mañana veraniega. Halla encanto en la virgen naturaleza del bañado. Todo lo va descubriendo y observando. Se extasía mirando el vigoroso planeo de los halcones y de las golondrinas. Llama su atención el azoramiento de los pájaros cuando ve revolar a los siniestros gavilanes. Pónese cerca del caracolero. Este pájaro, desde los postes del alambrado, que se meten en la laguna, pone el ojo sagaz sobre las aguas, descubriendo la presa. Los caracoles son grandes y negros. Lárgase, el ave, a pescarlos en un vuelo y, unas veces con el pico y otras con las garras, regresa trayéndolos de uno en uno. Se ingenia para quitar el oculto bicho que se hunde en la caparazón. Cuando lo arranca, lo sorbe, levantándolo hacia el cielo en el pico, en momentos que tira el cascarón al agua.

Dueño de la soledad y de la naturaleza, y con afición pictórica, toma en un cuaderno de apuntes hasta las mariposas navegando en los camalotes. Oculto entre los juncos, cauteloso, se acerca a la garza mora que, ahita de pesca, descansa lejos del agua. Hay gracia y arte en el dibujo de la garza y del paisaje. En otro dibujo luce una orilla con juncos y, fuera de los juncos floridos, una tortuga levanta su cabeza de víbora.

Vase caminando, caminando, con la lentitud del fino observador, por los bajos campos, hasta dar con los terrenos municipales que orillan el río Matanza. Allí disfruta viendo la doma de mulas. ¡Qué tozudas son!... Plántanse sin querer andar, sin movimiento, muy largo rato y de pronto comienzan a dar coces contra el pescante, y hasta no hacer saltar algunas de las maderas no cesan. Después tiran del carro, arrancan solas, demostrando buena voluntad. El cura dice a los carreros domadores no haber visto en su vida cosa más terca. Pero a él le atrae, y siente predilección por ello, la doma de caballos de andar. La doma especial, especialísima, de los frisones para los cuarteadores. Tito se llama el domador. Es un hombre chico, pero de reciedumbre y de mucha firmeza en las piernas, el cual parece perderse en la mole alta que, a saltos y corcovos, recorre toda la extensión del potrero municipal.

Simpatizó el cura con el domador, de

primer intento, porque apenas lo descubrió, en vez de subir al potro que tenían preparado, acercóse y le pidió: "Padrecito, déme una medalla, pa'que sea mi suerte y no me tire el potro..."

El cura Juan Bautista hurgueteó en los amplios bolsillos y nada encontró. Entonces, ¿qué hacer?... Se quitó la medalla que adornaba su cadena de oro y se la obsequió, con estas palabras: "Santa Juana de Arco, domadora de ejércitos y de caballos..." Luego le previno: "Confíe en la medalla, pero más en sus piernas..."

❦ ❦ ❦

Tito, el domador, se regocija de ver llegar al cura. Acaba de montar un potro de pelo pangaré. Apenas si se ve su cuerpecito encima del recado. Sueltan los peones el potro y comienza por hacerse el remolón. Mas en los ojos vivísimos se descubren las intenciones de no entregarse. Empieza a piafar, a demostrar su rabia. En cada manotón ahonda un pozo en la arena. Cuando se cansa de escarbar, de hacer saltar por el aire el pasto y la arena, se hincha como un escuerzo, como si quisiera romper la cincha. Se encoge, junta las cuatro patas y enarca el lomo como un dromedario. En una de esas, Tito, el domador, le sacude un chirlo que se hace sonoro en el aire. El pangaré sale a volar. Saltando y corcoveando, da vueltas por todo el potrero. Al domador no lo despegan del recado las tretas del pangaré, por más de sopetón y bruscas que sean. De pronto parece el potro buscar el espectáculo. Se detiene frente al alambrado donde está el capataz municipal con la gente, y, metiendo la cabeza entre las manos, comienza a dar vueltas rápidas. El domador nada puede con las riendas, la cabeza no se levanta. En una de aquellas ve levantarse con furia la cabeza del potro y le da con el mango del rebenque un potente golpe. Suena a hueco, como si el hierro se le hubiera hundido en los sesos. El animal, rabioso, se empina verticalmente, en una abalanzada brutal. Tito se aferra al recado y echa medio cuerpo hacia arriba, pegándose al cogote del pangaré, que parece buscar equilibrio sobre las dos patas. Como el domador no se desprende, el potro se tira para atrás de lomo, tratando de apretar al jinete. Oyese el clamoroso grito: "Se boleó el potro..."

Cuando la gente da el grito de terror, presintiendo la muerte del domador, sale Tito de un salto, lejos del caballo, sino parado, bien caído, gateando. Puesto de pie, la primera sonrisa de triunfo es para el cura.

❦ ❦ ❦

De regreso, el párroco busca la laguna grande y tiéndese a descansar encima de la muelle vegetación de la orilla. Desde allí mira cómo se profundizan en el agua las nubes blancas que empiezan a cubrir el cielo. Su curiosidad y observación descubre bajo la quieta claridad del agua, a un bagre cabezón: lo ve aletear nadando, a través de la entraña líquida. Todo lo recorre y sube de pronto y roza la quieta superficie; ve luego llenarse la laguna de círculos, que se agrandan de una a otra orilla. Observa cómo llega la culebra estirándose despaciosa, astuta, buscando su alimento, la rana; y cómo al descubrirla se echa velozmente sobre ella. Estando en esta quietud, de pronto retumba un profundo escopetazo que hace que se estremezcan la tierra y el espacio. Una inmensa bandada de patos pasa rozándole la cabeza. Salen a volar los pájaros asustados y vuelan y revuelan en largos planeos, antes de asentarse de nuevo. Una curiosidad que no existe en el cura Juan Bautista, hace que se levante e indague de qué lado partió el tiro. Lo primero que toman sus ojos es el humo que se desparrama en pequeña nube por el ambiente. En seguida descubre al cazador y lo ve que se toma la cabeza, que grita, encogiéndose, arqueándose de dolor. Lo ve ir de un lado para otro, aturullado. Sale a escape en su auxilio, con toda la velocidad que le dan sus pies ligeros y se encuentra con una escena desoladora. Halla al cazador con media cara deshecha. Se le había reventado la escopeta y cañón y perdigones tenía incrustados en la carne. En aquella soledad, lejos, tan lejos del mundo, ¿qué haría? Listo, muy listo, improvisó un vendaje. Carga con el herido hasta sacarlo del campo, y en Escalada, sobre un caballo, de los que pastorean sueltos por la calle, lo sube. Hace con el cinto bocado y rienda, pone al cazador delante y él se enanca. Abraza al herido y parte en un rápido galope. Realiza el viaje hasta Floresta con el moribundo.

❦ ❦ ❦

Día de triunfo y de gloria para la capilla del bañado. Hase difundido la tremenda nueva con todos sus agregados y su mucha fantasía. Cunde como si el aire lo fuera echando en los oídos de los moradores del bajío. Acude la gente, terrible de curiosidad, quiere ver de cerca al héroe, oír su voz, oírle narrar el episodio heroico, y después, tocarlo, tocarlo, para saber si aquello es una realidad humana.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 111)



"PUROS CIELOS

Pocos paisajes más bellos que el mendocino, cantado por todos los poetas, preferido por los pintores y embellecido por el trabajo de sus hijos

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Un poeta de Cuyo ha escrito esta copla:

Las tres Marías del cielo
ya no se nombran así;
el Señor las llama ahora
San Juan, Mendoza y San Luis.

¿Qué tienen estas tres provincias, para que así luzcan tan bellamente en el cielo de la patria? Por lo pronto, el aparecérsenos agrupadas nos revela su destino común, desde la hora de su nacimiento. Y la que rige el destino de las tres, también desde la hora de su nacimiento, que se adelanta al de las demás, es Mendoza, cuna del poeta que así ha cantado.

Mendoza preside esta pequeña constelación. Y la historia quiso darle singular brillo, en la hora de la Independencia, que es la del nacimiento de la nación. Entonces era Cuyo una región un tanto olvidada, sin una especial significación, hasta que San Martín fijó sus ojos en ella. Y su "ínsula cuyana", fué Mendoza.

En el año de 1560, el capitán Pedro del Castillo, con cien hombres de guerra, pasaba la cordillera hacia el oriente de Chile y fundaba la ciudad de Mendoza del Nuevo Valle de Rioja. El Libertador desandaría su ruta, para llegar al centro mismo desde donde otrora partió la conquista y donde más arraigado estaba el poder virreinal: Lima. Por el camino de Chile habían llegado los conquistadores a Mendoza. Por aquel mismo camino llegaría San Martín al Perú.

Los Andes tenían ese destino histórico, que él supo ver como nadie, que por algo fué el más grande de los argentinos. De ese modo, él hizo historia de la geografía, trayendo el lejano paisaje andino a un primer plano, dándole una emoción de patria insuperable.

Más tarde, el ferrocarril se encargaría de acercar aquel paisaje a las orillas del Plata, donde confluyen todas las corrientes indígenas y extranjeras que forman nuestra nacionalidad: el ferrocarril y la laboriosidad de sus habitantes, que crearon su formidable industria vitivinícola.

Pero si su industria se encargó de acercarnos su paisaje de viñedos y pomares, sus poetas nos dieron una visión más amplia de él, y especialmente aquel a quien podemos considerar como *su* poeta. Casi no es necesario nombrar a Alfredo R. Bufano. El nos ha dado esta síntesis poética de la tierra mendocina:

...campo y viña al Este
al Sur y al Norte, y allá en el Oeste,
bajo el claro cielo siempre en primavera
el gran dromedario de la cordillera.

Al pie de ese gran dromedario, la ciudad de Mendoza levanta sus modernas arquitecturas iluminadas de sol. Entre la ciudad y la cordillera hay todavía algún espacio que es grato recorrer hasta encontrarnos con toda la magnificencia del paisaje:

ALAMOS DE JUAN COBO, FONDO FLEXIBLE DEL PAISAJE

DE DIOS, PLACIDOS MONTES..."

Blanca, violeta y rosa la montaña,
azul celeste y luminoso el cielo;
ocre profundo las trincheras de álamos
y verdes los pletóricos viñedos;
negruzcos los inmensos jarillales
y pardos los caminos polvorientos.
Mis ojos están llenos de colores:
la vid, el campo, la montaña, el cielo!

Esta sinfonía de colores es lo que caracteriza al paisaje mendocino, que halla su más cabal expresión en sus valles maravillosos:

Las montañas rodean al valle solitario,
violeta, rojo, azul, ocre, gris, esmeralda.
El oro de los álamos suaviza la paleta
vibrante y tumultuosa de la limpia mañana.

¡Gloria a aquel buen español don Juan Cobo, que en el año de 1808 hizo traer de la Península unas estacas de álamo que plantó en Mendoza, donde él vivía y donde los nuevos árboles se reprodujeron magníficamente!

Pocos años bastaron para que el pueblo mendocino advirtiera el gran bien que aquel hombre había hecho a la provincia, pues en 1814 el Cabildo de Cuyo le otorgó el título de ciudadano argentino, lo que prueba —por otra parte— su identificación con la causa de la independencia. Y no sólo se le honró con la ciudadanía, sino que, además, se le eximió de pagar impuestos

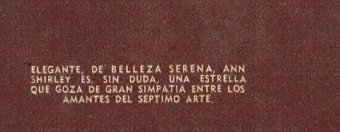
(CONTINUA EN LA PAGINA 111)



Y EL AGUA BAJA DE LAS CUMBRES COMO DEIDAD ANTIGUA

LA NIÑA MILAGROSA DE

ASÍ SE LE LLAMABA EN LA MECA DEL CINE, HACE AÑOS, A LA ESTRELLA ANN SHIRLEY,



ELEGANTE, DE BELLEZA SERENA, ANN SHIRLEY ES, SIN DUDA, UNA ESTRELLA QUE GOZA DE GRAN SIMPATIA ENTRE LOS AMANTES DEL SEPTIMO ARTE.

Por
Alfonso S. Betancourt

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

EN un reportaje que cierto cronista de cine le hiciera a Ann Shirley, no ha mucho, la bonita estrella confesó:

—A mí —era una jovencita— "Stella Dallas" me causó una profunda impresión, y cuando oigo hablar enfáticamente de la Mujer, así con mayúscula, en abstracto, con tono de pedantescas definiciones, pienso en las múltiples mujeres que cada mujer entraña y significa para los demás sin dejar de ser ella misma: hija y hermana, amiga y prometida, esposa y madre...

Psicología femenina

Recogemos en esta nota dicha declaración, porque viene muy a cuento, ya que, precisamente, la distribuidora Guaranteed Pictures acaba de anunciar la próxima reposición en nuestras salas de esa famosa película que constituye, sin duda, uno de los más legítimos orgullos del séptimo arte.

Como los lectores no ignorarán, seguramente, "Stella Dallas" es el título de una novela de la escritora Olive Higgins Prouty, autora también de "La extraña pasajera" y de otras obras de vasta popularidad. "Stella Dallas" fué llevada a la pantalla por Sarah Y. Masson y Víctor Sherman. En castellano, el film aludido recibió el sugestivo título de "Madre".

¿Cuál es la trama de esta novela, adaptada tan magníficamente al cinematógrafo? Ante tod digamos que "Stella Dallas" es de una vigorosa factura literaria, que encierra todo un alarde de técnica descriptiva. Cabe añadir, además, que Olive Higgins Prouty es una mujer que conoce a fondo la compleja psicología de su sexo. Y no solamente la conoce de verdad, sino que tiene autoridad suficiente como para dictar cátedra de dicha

UNA ESCENA DE LA PELICULA QUE REPONDRA LA GUARANTEED PICTURES.

HOLLYWOOD

INTERPRETE DE TANTAS CINTAS INOLVIDABLES


LA BELLA ACTRIZ EN UNA DE SUS PRIMERAS CREACIONES.

materia, a través de todo el desarrollo de la novela, desde el principio hasta el fin.

En resumidas cuentas: en "Stella Dallas" se narra la evolución que sufre el cándido espíritu de una muchacha vulgar que llega casi a lo sublime, guiada por el más puro y noble de los sentimientos: el amor maternal... Pero no vamos nosotros ahora a "contar" a los lectores cómo y por qué se mueven, "a piacere" de su creadora, los personajes de la obra, cuáles son sus tropiezos, sus desventuras y sinsabores. No queremos pecar de indiscretos.

Nace Evelyn Paris

Preferimos hablar de una de las notables intérpretes de la cinta, de Ann Shirley, estrella que en "Madre" realiza una labor sobresaliente, junto a la gran Bárbara Stanwick.

Evelyn Paris, más conocida por Ann Shirley, nació en Nueva York el 17 de abril de 1918. Sus ojos se abrieron en un hogar feliz, iluminado por la diáfana luz del amor. Sin embargo, el destino quiso que Evelyn perdiera a su padre antes de que la pequeña aprendiera a decir su nombre y a caminar solita. Temprano había de probar las amarguras de la vida. Contando catorce meses de edad, ya aprestábase a luchar por la existencia...

En efecto, un buen día un vecino de los Paris se acerca a la niñita, que estaba jugueteando en el portal de la casa, y le acaricia las sonrosadas mejillas. "¡Qué preciosidad de bebé!", exclama sonriendo a la feliz madre. En seguida formula las preguntas de rigor: "¿Qué edad tiene? ¿Cómo se llama? ¿Se porta bien?", etc. La señora Paris está la mar de orgullosa y responde satisfecha al amable interrogatorio del caballero. Sintetizando: el vecino resulta ser jefe de publicidad de una importante empresa de productos alimenticios. Quiere que la chiquilla

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 104)


BARBARA STANWICK, JOHN BOLES Y ANN SHIRLEY EN OTRO PASAJE DE "MADRE".



Una tranca de diez pesos...

Por
Manuel Castro
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACION DE GUBELLINI



El decorado de este monólogo, que se disfraza de "sketch" para presumir, representa el despacho de bebidas de cualquier almacén y se sintetiza en dos trastos: uno figura la estantería, llena de botellas y latas; otro es simplemente el marco de la puerta al exterior y un pedazo del muro de ladrillo, sin revoque. (Este último trasto no resulta imprescindible). De lo que no puede prescindirse es de un mostradorcito con tapa de estaño, colocado delante de la estantería y tras el cual un tipo arremangado, el *Patrón*, seca vasos y acomoda botellas. A derecha e izquierda, primer término, casi pegadas a las respectivas "cajas", dos mesas de pino, más o menos blancas, y algunos bancos redondos. En una beben *dos bigotudos*. En la restante, *tres criollos* juegan a las cartas.

Acodado en una punta del mostrador, el *Mamao* contempla un vaso vacío y una botella mediada. Es otro criollo pobre. Viejo, bichoco, con barba de una semana. Lleva bombacha gris, alpargatas, camisa mugrienta, sombrero informe. En cambio, no usa rebenque ni cuchillo. Tanto él como los restantes personajes parecen escapados de un almanaque de Florencio Molina Campos.

Hay una pausa, durante la cual cada personaje acciona silenciosamente en la forma apuntada: los bigotudos, chocan los vasos y beben; el Mamao, llena el suyo; los jugadores, barajan, dan, juegan; el Patrón, arregla botellas y copas. El Mamao, volviéndose y dirigiéndose por turno a cada uno de los parroquianos, como respondiendo a preguntas que nadie le formula:

MAMAO:

Y bueno... Si me mamo,
me mamo con mi plata.

(A uno):

¿Que me quedo sin medio?

(A otro):

¿Que la caña me mata?

(En general):

Son macanas, muchachos,
nada más que macanas.
A criollos y a duraznos
nos conserva la caña.
¿Pa' qué sirven entonces,
si no es para gastarlas,
la moneda y la vida?
Contesten... *(Pausa)*: Para nada.

(Transición):

Decía mi comadre,
que tampoco era manca:

(En falsete):

"No te achiqués, Ulogio.
Metele mientras haiga.
Gocemos esta noche,
después... ¡Viva la patria!...

(Con tono natural):

Y tenía razón.

(Pensativo):

¡Qué me importa mañana!...

(Por la comadre):

¡Dios la tenga en la gloria,
aunque era muy zafada!...

(Sentenciosamente, después de una breve pausa):

Maliceen, les digo,
de aquel que no se mama
y no se juega entero
por hembras o a una carta.

(Bien en Viejo Vizcacha):

El que no se enamora,
juega ni se emborracha,
alguna cosa fea
escuende, o bien le falta
algo de macho. Tiene
como embichada el alma.

(Comunicativo, alegre):

Y les voy a contar
una historia lindaza...
Pero... ¡Se ahugó la fiesta!...

(Con rabia):

¡Guarda!... ¡Viene la cana!...

Vuelve a su primitiva posición, recostándose en el mostrador. Finge indiferencia. Entra un *Vigilante*. Saluda con la mano, sin decir palabra. Se recuesta indolentemente en la otra punta del mostrador. Y, mudamente, con un gesto y una sonrisa, pide una copa. También sonriendo y en silencio, se la sirve el Patrón. Escena muda. Como al levantarse el telón, cada uno atiende a lo suyo. Pausa. El Mamao, con intención y socarronería gaucha:

¿Andará por llover
que ya vino la...manga
de al...guaciles al pueblo?

(Observa el efecto de la indirecta con cierto temor. Nadie la ríe ni la comenta. Nadie la ha oído en realidad. Nadie lo mira, siquiera. Intenta otro tono. Dándose importancia):

Mañana a la mañana
tengo que dir a verlo
—de pasada me cuadra—
a mi hermano de leche,
el comesario Payva.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 103)



LAS ISLAS

CERCA Y LEJOS DEL MUNDO SE HALLAN LAS ISLAS DE ARAM, DONDE LA VIDA TRANSCURRE SERENA Y APACIBLE COMO EN REMOTOS DIAS MENOS DRAMATICOS

Por
Mary Seaton
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



EL ATLANTICO GOLPEA CONTRA LAS ISLAS DONDE NO REINA EL TIEMPO

AQUI VIVEN, COMO HACE SIGLOS, PACIFICAMENTE

—SÍ —me dijo un funcionario de esta ciudad—. Es cierto que en dos de las tres islas Aram, y en Inishboffin, la gente no paga impuestos. Solamente un ejército pudo sacarles dinero hace años, cuando estábamos bajo la dominación inglesa. Solamente un ejército podría conseguirlo de nuevo. Eso significa para nosotros una pérdida de más de 700 libras por año.

Se trata de unas islas de paz, donde sobreviven extrañamente fragmentos de un mundo antiguo, más feliz, donde los pescadores y campesinos no quieren pagar impuestos por un progreso que no desean.

A la mañana siguiente, salí del puerto de Galway en una barca de 15 toneladas. Cuatro horas más tarde, las tres islas de Inishmore, Inishmaan e Inisheer aparecieron en el mar verdoso como fortalezas rocosas. Pudimos ver en la parte superior de los acantilados de Inishmore, casi perpendicula-

DEL PARAISO

res y de unos cien metros de altura, un fuerte inmenso de piedra, que se yergue allí desde hace 3.000 años. Más abajo están las ruinas de primitivas iglesias cristianas y casas, que se remontan a los tiempos en que el Eire, con Roma, iba a la cabeza de la cultura europea... Las casitas blancas de los isleños están rodeadas por pequeños campos cultivados laboriosamente.

Vida patriarcal

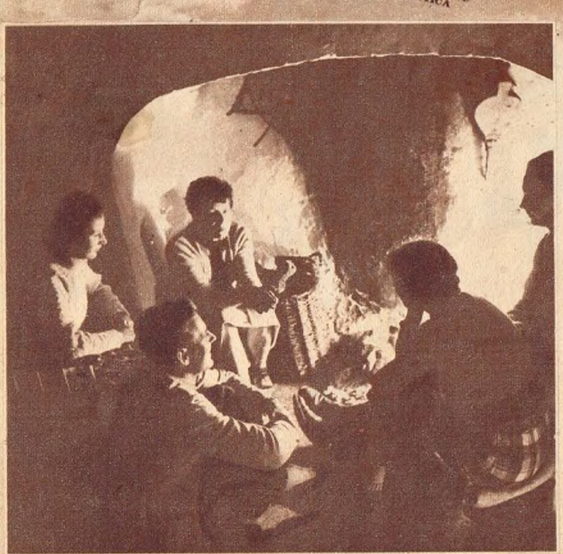
Todos los productos y artículos que llegan a esas islas, y los que se exportan, son transportados en *currachs*, tradicionales embarcaciones nativas, hechas de varillas y lona alquitranada. Llegaron junto a nuestra barca cuando anclamos, y los pescadores gritaban en gaélico mientras su harina, té, utensilios agrícolas y otros productos, eran trasbordados a sus embarcaciones. Los hombres llevaban pantalones grises, de paño tejido a mano, sujetos a la cintura con fajas de lana multicolores. Calzaban unas especies de alpargatas de cuero, sin tacón, que se usan allí desde hace millares de años. Las mujeres usan todavía largos zagalejos rojos y chales negros, y los domingos van a la iglesia católica-romana con sus cabellos castaños sueltos cubriéndoles las espaldas.

Desembarqué en el pequeño muelle de piedra en Inishmore. Toda la población de la isla había acudido para re-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 110)



LOS PESCADORES DE ARAM, CON SU EMBARCACION CARACTERISTICA



UNA CHARLA JUNTO AL FUEGO CORDIAL

ACTUALIDADES

SOLEMNE ACTO

En el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, con asistencia de los delegados del Reino Unido, el embajador de S. M. Británica, sir Reginald W. Leeper, el presidente de la República, general Juan D. Perón, ministros y otros altos funcionarios, realizóse la solemne y trascendental ceremonia de la firma del convenio comercial entre Gran Bretaña y nuestro país, cuyo texto fuera publicado momentos después simultáneamente en Londres y Buenos Aires.

S. E. el presidente de la República saluda al presidente de la misión comercial británica, sir Wilfred Eady.

★

Instantes en que firmaban el histórico documento, el embajador de Gran Bretaña y nuestro ministro de Relaciones Exteriores.



HOMENAJE A HONDURAS. — En ocasión de cumplirse el 125º aniversario de la Independencia de la República de Honduras, el Consejo Nacional de Educación realizó un acto, en homenaje a dicho país, en la escuela Nº 25 del C. E. 13. En la foto aparece S. E. el Ministro Plenipotenciario de Honduras, doctor Arturo Mejía Nieto, haciendo uso de la palabra.





BANQUETE. — Días antes de partir para Inglaterra en viaje de negocios, el señor Norman Pentreath, director general de la empresa Norpen, fué agasajado en un restaurante de nuestra ciudad por un núcleo de colaboradores y amigos.



PICTORICAS. — En la Galería Van Riel tuvo lugar, con mucho éxito, la inauguración de la muestra de cuadros del pintor Santos Legname, compuesta de paisajes serranos de las provincias de Tucumán y Catamarca.



COMERCIALES. — El señor Dewan Chamman Lal, jefe de la misión comercial hindú, que nos visita, pronunció una interesante conferencia en la sala de actos del Club Sirio Libanés Honor y Patria, sobre "La India".

LETRAS. — El conocido filósofo italiano Guido de Ruggiero, que se encuentra en esta capital invitado por la Facultad de Filosofía y Letras para dictar una serie de conferencias, las primeras de las cuales fueron ya muy elogiadas por la prensa.





DISERTACION. — Sobre "Don Miguel de Unamuno y la crisis de la cultura contemporánea" disertó, en la Asociación Cristiana de Jóvenes, el distinguido escritor escocés, presidente de la Facultad de Teología de Princeton, doctor Juan A. Mackay.

CONFERENCIA. — En torno al tema "Geografía e historia del mito de Don Juan" pronunció una amena conferencia en la Biblioteca del Consejo de Mujeres, con el auspicio de la Institución Cultural Española, el catedrático español, doctor Guillermo Díaz-Plaja.







LITERARIAS. — En el Círculo de Cultura Literaria llevóse a cabo la primera reunión pública para incorporar como socia de número a la doctora Clara Campoamor, quien después de ser presentada por el señor Fernando Duelo Cavero en nombre de la mencionada entidad, pronunció una brillante disertación acerca de la "Influencia de los místicos en la prosa y la lírica del Siglo de Oro Español".



★

AUTOR. — El notable escritor don Pedro Massa, cuyo magnífico libro de ensayos "Espíritu y Color de España", ha sido acogido con vivo aplauso por la crítica y el público.

★

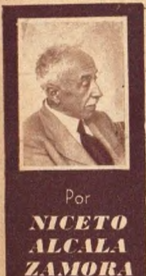


DE CINE. — Los celebrados actores del cine norteamericano Tyrone Power y César Romero, que realizan una jira de buena voluntad por las repúblicas sudamericanas, fotografiados durante la recepción que ofrecieron a los periodistas metropolitanos a poco de su arribo a nuestra ciudad.



★

ACADEMICO. — La Academia Nacional de la Historia celebró una sesión privada y pública, en cuya oportunidad el académico correspondiente doctor Alfredo Gargaro dió una conferencia sobre el tema "La Batalla de Pozo de Vargas y la pacificación del país durante la guerra del Paraguay".



Por

NICETO ALCALA ZAMORA

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

EL CID ESPAÑOL Y

Paradoja literaria

Si no estuviésemos habituados desde la niñez a la idea de que Corneille escribió una obra maestra e inmortal, cuyo protagonista que le da título es *"Le Cid"*, nos causaría asombro ver en esa cumbre del teatro francés a un personaje que nos parece, y con motivo, símbolo reservado para las alturas de la historia y de la poesía españolas. Nuestra idea arraigada, y con fundamento, es que Rodrigo comparte con el ingenioso Hidalgo la personificación del alma española; y casi nos imaginamos las dos figuras subiendo a las cumbres del Guadarrama, para unirse y enfrentarse allí como expresiones características de las dos Castillas, siéndolo de la Vieja el Campeador, y de la Nueva don Quijote. Más extraño aun parece a primera vista la incorporación definitiva y gloriosa a la dramática francesa del héroe español, porque éste desenvolvió la extensa e intensa energía de su vida aventurera y prodigiosa dentro del suelo español, sin expediciones ultrapirenaicas. Podrán los eruditos examinar y distinguir las influencias literarias que la épica francesa de la Edad Media pudiera haber ejercido sobre el Poema del Cid y el Romancero, pero ese enlace meramente literario, y que es relación, pero nunca coincidencia, no trasciende a la realidad histórica de la vida, ni siquiera nimbada ni alterada ésta por la leyenda. No es el caso muy distinto de los héroes hispánicos reales o fabulosos cercanos al Pirineo, asociados a la evocación del nombre de Roncesvalles, e incorporados con éste al famoso ciclo de Carlomagno con todas sus tradiciones poéticas.

A pesar de todo, el hecho extraño prodújose de modo muy sencillo, que el propio Corneille refirió con la ingenuidad veraz y noble que caracteriza la simpatía de su personalidad moral. Sentía él la vocación de las musas y la atracción del teatro, pero no estaba satisfecho él mismo, ni tampoco lo parecía el público, de sus primeros ensayos, y vacilaba para buscar su orientación literaria definitiva. No le convencían los modelos nacionales todavía defectuosos, y a su vez vacilantes o mal encaminados, y en el fondo de su espíritu sentía cierta resistencia hacia la preceptiva clásica, a la cual hubo en definitiva de plegarse bajo la influencia regia, o mejor dicho cardenalicia, la de Richelieu, rectora en todo de la grandeza francesa, y como una de sus formas del naciente teatro, que en Francia fué cortesano, a diferencia de España, donde era popular. En medio de esas fluctuaciones de su espíritu, Corneille oyó y siguió el sano consejo de buscar modelos en el teatro español, cuyo siglo de oro precedió como es sabido al francés. En aquella riquísima fuente de inspiración, a la cual acudió luego a beber Corneille en varias ocasiones, recogió el asunto para *"Le Cid"*, tomándolo de la obra del español Guillén de Castro. El éxito de la tragedia francesa fué tan grande, que no sólo en Francia, sino a través de ella en la literatura universal y en los ecos de su fama, produjo el eclipse del modelo español, a pesar de estar citado y confesado por el propio e insigne trágico francés, y de que tal oscurecimiento no es justo, sin mengua de la gloria de aquel autor, perfectamente conciliable con la del nuestro.

Diferencias entre las dos obras teatrales.

Son tres las principales que pueden señalarse: de extensión o asunto; de escuela, tendencia o preceptiva; y más en detalle en lo tocante al número de personajes.

"LE CID" FRANCES

Fué acierto de Corneille reducir la extensa y total obra dramática de Guillén de Castro a la primera parte de ésta, o sea a los amores de Rodrigo con Jimena, estorbados, al parecer con obstáculo insuperable, pero en definitiva superado, cuando el galán, por vengar la afrenta de su anciano padre, mata en desafío al de su amada, cuyo primer impulso como hija es romper la relación amorosa y reclamar venganza al rey de Castilla. De ese modo suprimió el autor francés todo el resto de la obra española, la cual es en la suma de sus partes el traslado a la escena de la vida del Cid en todos sus episodios más importantes: o sea un tránsito de la épica (Poema del Cid, Romancero, crónicas y leyendas) a la dramática, siguiendo el curso natural de un género a otro, que ya inspira y determina en su parte principal la formación de las tragedias griegas.

La diferencia de escuela literaria es clarísima y explicable. En pocas obras como en la de Guillén de Castro nuestra dramática, tan libre y pre-romántica, se emancipa más abiertamente de las famosas unidades del teatro clásico, a las cuales tuvo que someterse Corneille, a pesar de íntimas, profundas y sinceras resistencias de su espíritu. Pero no podía luchar en eso también contra el criterio de Richelieu, y agravar los choques con éste, y sus temibles enojos, que ya le ocasionó *"Le Cid"*, por la arbitraria y apasionada censura de inmoralidad en la tendencia de la obra, principalmente en su desenlace, aunque real e histórico, en el cual la hija del muerto en duelo se casa con el matador.

La variación del asunto, reduciendo en mucho la extensión del mismo, llevó lógicamente a la supresión de gran número de personajes, o sea cuantos aparecen en los cuadros o partes posteriores; pero en cambio Corneille introdujo dos, inventados arbitrariamente para satisfacer el gusto cortesano, al que deleitaban las rivalidades y contradanzas amorosas. Fueron esos personajes una supuesta infanta de Castilla, enamorada de Rodrigo, y un noble caballero castellano, prendado de Jimena, figuras ambas innecesarias, aunque pintadas con el acierto de Corneille, que estudiaba todos los caracteres con atención y los españoles con visible simpatía.

Mérito y aciertos de cada obra.

Hay que prescindir, para apreciarlos, de las exaltaciones del nacionalismo francés, que casi olvida y borra a Guillén de Castro, a pesar de la evidencia y de la confesión del propio Corneille, y de algunas españolas que quieren presentar a éste con la talla sólo de un plagiario.

En cuanto a originalidad, evidentemente la obra más antigua es la española, y se explica que lo fuera, pero eso no es mérito decisivo nunca, y además, aquí ha de apreciarse relativamente, porque ya Guillén de Castro siguió las fuentes épicas e históricas por él escenificadas.

Un criterio imparcial y objetivo discierne los respectivos méritos como resultado de las distintas preceptivas, y por consiguiente del respeto u olvido de las unidades teatrales. Fué acierto de Corneille observar la de acción o asunto, viendo que había bastante en los amores de Rodrigo y Jimena, sin añadirle nada más inconexo. Había sido en cambio yerro de Guillén de Castro creer que esa unidad de fondo y esencia es tan accidental como las de lugar y tiempo, pretendiendo substituirla por la de protagonista, la cual no es suficiente, y ahí están para mostrarlo, en los grandes modelos clásicos: Esquilo, que presenta a Orestes en dos obras distintas: "Las Coeforas" y "Las Euménides"; Sófocles, con "Edipo Rey" y "Edipo en Colonna"; y Eurípides, teatralizando primero a "Ifigenia en Aulis" y luego a "Ifigenia en Táurida". La limitación de asunto hecha por Corneille era tan lógica, que con ella coincidió un tanteo literario por muy pocos conocido, de un famoso abogado español, muerto hace más de treinta años, y que antes de consagrarse al foro, donde labró su gloria, sintió veleidades dramáticas de juventud.

En cambio dañaron a Corneille las otras



dos unidades, por él rigurosamente observadas, de lugar y de tiempo, sobre todo esta última, porque aquélla la pudo respetar manteniendo conforme a realidad la acción dentro de Castilla la Vieja en vez de trasladarla a Andalucía, motivo de patentes e injustificados anacronismos. Basta observar que el Cid es personaje del siglo XI, cuando todavía la reconquista castellana está en el valle del Duero o se asoma al del Tajo, mientras que la recuperación cristiana del valle del Guadalquivir tiene lugar a mediados del siglo XIII. Corneille se dió cuenta de estos errores, puesto que aun señala como árabe, y era verdad, el reino de Toledo, pero comete el anacronismo, como otros referentes a los reinos de Portugal y Granada, obligado por la absurda unidad de tiempo, que le lleva a precipitar el desenlace en veinticuatro horas, inventando para ello que la acción se desarrolla en un puerto interior como Sevilla, donde puede presentarse por sorpresa una escuadra enemiga mora. El dislate histórico, que literariamente podría alcanzar bula de indulgencia, lleva a la inverosimilitud psicológica y teatral de forzar en tan corto plazo la carrera militar del Cid aun mozo, el perdón de Jimena, el resurgimiento de sus amores, y la inclinación personal del rey pasando de la severidad a la gracia. Así Corneille pecó por reducción en el tiempo cuanto había pecado Guillén de Castro por dilatación, presentando a Rodrigo desde adolescente a viejo y casi muerto, con lo cual esta exageración censurable cae bajo los duros reparos formulados por Cervantes en la primera parte del Quijote, y que creeríamos hechos a la medida cabal de Guillén de Castro, si no surgiesen dudas por las fechas de las respectivas ediciones.

En lo tocante a caracteres y ambientes, naturalmente es mejor por más fiel la obra española, cuyo autor se mueve en su propio elemento, si bien es justo reconocer o recordar la maestría que en ese punto distinguió al trágico francés.

Por lo que se refiere a versos, los hay admirables en las dos obras. Están más divulgados por la fama los de Corneille, pero Guillén de Castro los tiene magníficos, y citaré, para acabar mostrándolo, unos, en que define con más precisión que ningún jurista el dificilísimo concepto, que el código penal argentino llama *determinación* y el español *inducción*, y que estaría mejor llamado *impulso*, cuando una persona prepara y desea el delito que otra comete, siendo de ésta los medios de ejecución, y de aquélla el fin con sus móviles. El padre de Rodrigo, al reclamar para sí el castigo del rey, dice al dirigirse a su justicia:

"Hazla en mí, rey soberano,
porque es propio de tu Alteza
castigar en la cabeza
los delitos de la mano."

No cabe nada más breve, exacto y perfecto, y lo propio ocurre cuando a continuación define la singularidad específica de ese problema penal tratándose de ascendiente viejo que impulsa a delinquir a descendiente joven:

"y sólo fué mano mía,
Rodrigo, pues fui cruel,
queriendo buscar en él
fuerzas que yo no tenía."

Reconozcamos con justicia, transaccional pero no acomodaticia, que se trata de dos obras distintas, pero admirables, cada una con sus aciertos y con sus yerros. ◈



UNA REPRESENTACION AL AIRE LIBRE DE "LE CID"

RISA Y SONRISA



– Che, Antonio, si no molesto te acompaño



LA MANZANA DEL PARAISO ERA UNA PERA MELBA

ILUSTRACIONES DE
RAÚL VALENCIA

ELLA se llamaba Generosa Muñeira y había nacido en Orense, pero se hacía llamar Mimí de Lagardere y decía ser natural de Roti-Sur-Saine.

Cuando hablaba, a la mesa le decía *mese;* a los churros, *churres,* y los cinco duros, que era lo que decía con más frecuencia, *cinque dures.*

Todo esto para hacerse pasar por francesa.

Resultado: la creían catalana.

Era una chica a la que le tiraba el teatro. Pero el teatro le tiró a ella hasta con un coche que estaba parado a la puerta el día que debutó en Cuenca, como vicetiple en una de las veinte mil compañías que a la sazón se habían formado para explotar "Las Leandras".

De aquel meneo salió la vicetiple en brazos de un vicealmirante. Este almirante le puso un piso, y vivió con ella un año, feliz y engañado. Pero una tarde de primavera le oyó decir "becicleta", y se desilusionó. Con el pretexto de que se iba de maniobras, la abandonó. Pero ella, que había comprendido la maniobra, armó tal escándalo en el Ministerio de Marina, que para que se callara le regalaron un crucero, con lo cual se encontró otra vez a flote.

El se llamaba Manolo Perdiz y era un señorito andaluz, con vocación de chulo. Pero como no tenía aptitudes, sus padres lo hicieron estudiar medicina. Pero Perdiz tenía también vocación de cantaor, y, en lugar de calomelanos o cualquier otra porquería, en las recetas escribía coplas. Al principio todo fué bien, porque a los boticarios lo mismo les da para vender sus productos que les lleven una receta en forma de una saeta, el Himno de Riego o una novela de Pérez de Ayala.

Pero un mal día lo llamaron para asistir a un paciente de Calatayud. Y Manolo le recetó aquello de

Si vas a Calatayú
pregunta por la Dolores, etc.

Y la familia del paciente perdió la paciencia y le tiraron con todo lo que tenían a mano y con otras cosas que fueron a buscar. Aquello parecía un mar revuelto, entre cuyas encrespadas olas se debatía el pobre Manolo. Por fortuna, alguien derramó un frasco de aceite de hígado de bacalao, y como todos sabían que el aceite calma las tempestades, claro está, se calmaron. Pero Manolo perdió allí su carrera de médico y el ojo derecho.



Le recetaron un ojo de vidrio. Pero él, que acababa de heredar al obispo de Filipinas, se dedicó a coleccionar ojos de vidrio. Tenía uno diferente para cada día de la semana y para cada ocasión. Si se sentía romántico, se ponía uno color crepúsculo de 1830; para los pic-nics usaba el de color verde heno, en el que se veía muy bien pintada una pastora con una vaca; para andar de picos pardos, un ojo pardo; para despedir un duelo por tarjeta, uno de azabache. En fin, tenía ojos de todo y para todo, con decir que tenía uno rosado y otro celeste, para ir a dar la bienvenida a los recién nacidos, de acuerdo con el sexo del interesado.

—Chico —le decían los amigos—, tienes una colección magnífica.

A lo que él respondía, invariablemente:

—Es verdad, pero me cuesta un ojo de la cara.

* * *

Un día...

Un día, él y ella se encontraron. (Pero no vayan ustedes a creer que se encontraron en la Bombilla, tomando una chufa con pajita o en el Ateneo oyendo una conferencia de Ortega y Gasset. No, no voy yo a haber creado dos personajes tan interesantes para darles un destino tan vulgar. ¡No faltaría más!) Se encontraron en una cacería de cocodrilos en el Misisipí.

Manolo Perdiz le salvó la vida. ¿Cómo? Del modo más emocionante que darse pueda. Del metro sesenta que medía ella, por lo menos ochenta centímetros se hallaban dentro de la boca de un enorme saurio. Manolo, sin perder la serenidad, se acercó a la fiera y le dijo:

—¡Vamos, suelta eso!

—¡Que no! —respondió el cocodrilo con la boca llena.

—No seas tonto, cocodrilo del Misisipí — repuso él con tono persuasivo —. ¿No ves que si ahora te comes la chica, luego te vas a pasar la noche llorando?

—Y a mí ¿qué?, si son lágrimas de cocodrilo —murmuró el saurio.

La cosa tomaba mal cariz, pero Mimí de Lagardere (llamémosla así, ya que nada nos cuesta darle el gusto) tuvo una idea genial: se puso a cantar un tango argentino, sacado de una habanera, que a su vez había sido sacada de un chotis, y el animal soltó inmediatamente su presa y se alejó río abajo, enjuagándose la boca.

Se amaron frenéticamente durante ocho días.

Pero una noche, Manolo leyó el libro de Marañon sobre Don Juan, y dijo:

—¡Refrito, que había sido feo el donjuanismo! ¡En mi vida vuelvo a tener una aventura donjuanesca!

Lió sus petates y se fué a las Pirámides de Egipto.



* * *

Mimí de Lagardere, al verse sola y abandonada, se mesó los cabellos el primer día. Al segundo se los hizo ondular y partió tras él.

El le-mfwy shrd etáoin ET OI x

(El lector me disculpará, pero como es inevitable que en un libro aparezca una línea constelada, prefiero ponerla yo mismo y no dejarla al criterio de los linotipistas.)

Prosigamos.

Cuando Manolo Perdiz llegó, caballero en un camello, junto a la Gran Pirámide, desmontó, se pasó por la frente un pañuelo bordado e hizo esta profunda reflexión:

—¡El talentazo que debía tener el tío que hizo esto! Porque, vamos, que si les llega a poner la punta hacia abajo, cualquiera se entera de que son las pirámides.

—¡Ladrón! —exclamó una voz a su espalda.

Era ella.

Era ella.

—¡Chica!, ¿tú por aquí?

Y la estrechó en sus brazos, murmurando para sus adentros:

—¡Que diga lo que quiera el tío ese (se refería al doctor Marañón), ésta está de primera.

Arrullándose estaban al pie del monumento egipcio, cuando una voz varonil dijo con acento extranjero:

—Cuarenta siglos os contemplan.

—¡Un guardia! —exclamó ella sobresaltada.

—¡Napoleón! —dijo él dando un respingo.

Pero los dos se equivocaban: era una inglesa que andaba por allí evocando la Historia.

Buscaron un lugar más a propósito... ¡Y allí sucedió lo inevitable! Sí, caro lector; lo que tenía que suceder, lo que sucede siempre en esos casos, sucedió: se retrataron sobre los camellos. ◈

DESAGRADECIMIENTO — *por Carlos Rodríguez*



—¡Lo acabo de salvar y no me dió ni las gracias!

TRAGEDIA — *por Jorge Palacio*



—¡Caramba! ¡Otra vez me olvidé de cerrar un paréntesis!

¿LA NARIZ DE CYRANO VALE 2.000 PESOS?

Si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, el aspecto del mundo habría cambiado..., y el de ella también, como decía Alphonse Allais.

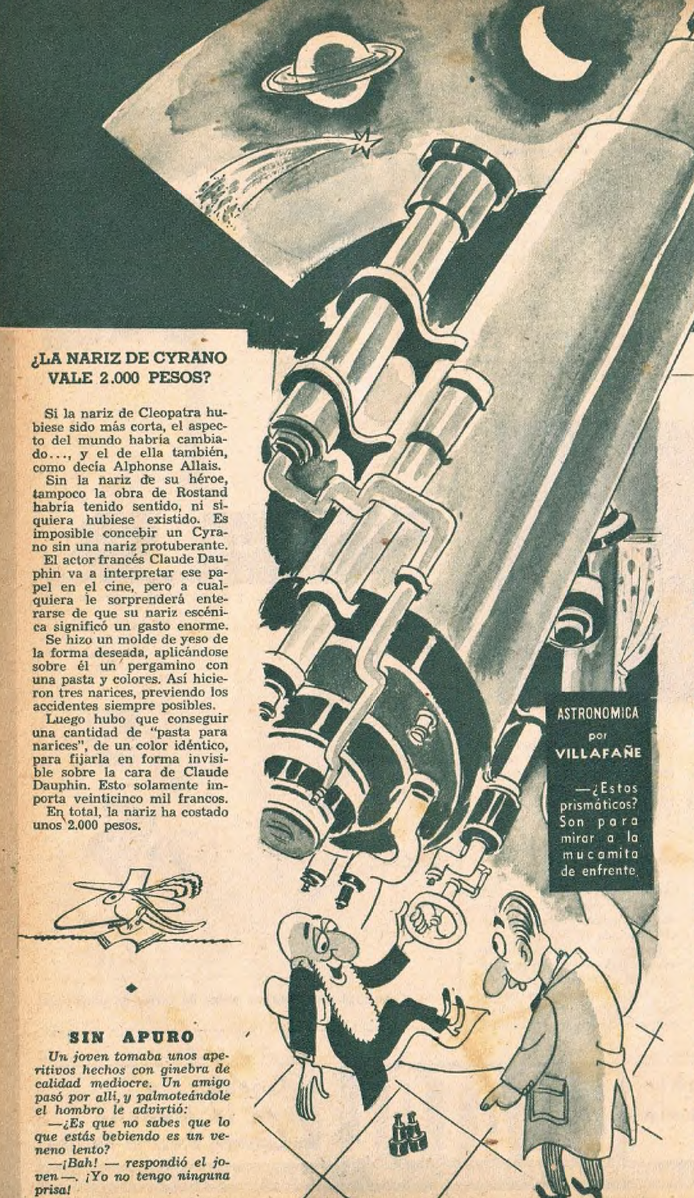
Sin la nariz de su héroe, tampoco la obra de Rostand habría tenido sentido, ni siquiera hubiese existido. Es imposible concebir un Cyrano sin una nariz protuberante.

El actor francés Claude Dauphin va a interpretar ese papel en el cine, pero a cualquiera le sorprenderá enterarse de que su nariz escénica significó un gasto enorme.

Se hizo un molde de yeso de la forma deseada, aplicándose sobre él un pergamino con una pasta y colores. Así hicieron tres narices, previendo los accidentes siempre posibles.

Luego hubo que conseguir una cantidad de "pasta para narices", de un color idéntico, para fijarla en forma invisible sobre la cara de Claude Dauphin. Esto solamente importa veinticinco mil francos.

En total, la nariz ha costado unos 2.000 pesos.



SIN APURO

Un joven tomaba unos aperitivos hechos con ginebra de calidad mediocre. Un amigo pasó por allí, y palmoteándole el hombro le advirtió:

—¿Es que no sabes que lo que estás bebiendo es un veneno lento?

—¡Bah! — respondió el joven —. ¡Yo no tengo ninguna prisa!

I

El dueño de la tienda "Cien mil guantes para damas", decidió el mes pasado añadir dos vendedores a sus dieciocho vendedoras.

Un cierto Julio Sabouret y yo fuimos los agraciados.

Inmediatamente, Julio se conquistó la estimación de todas aquellas señoritas.

Una semana después de nuestra entrada en la tienda de la calle San Martín, no se oía desde la mañana a la noche más que exclamaciones de este género:

—¡Ah! ¡Qué señor Julio éste! ¡Qué divertido!

—¡Ah, este señor Julio es impagable!

—¡Ah, este señor Julio no tiene igual para engatusar a la gente!

II

El viernes, después de almorzar, atravesaba yo la plaza de la República para volver a la tienda.

Al pasar ante el puestecillo de un anciano que vendía golosinas, me dieron ganas de comprarme un pirulí. En la caja de hojalata colocada sobre el mostrador, escogí uno. Lo llevé a mis labios.

Acababa de alargarle un sueldo al vendedor. Iba a alejarme... ¿A qué estúpida inspiración obedecí súbitamente? A fuerza de oír alabar las proezas del señor Julio, experimentaba yo también el deseo de ser: "un hombre divertido, impagable"... Volví a colocar en la caja el pirulí que había comenzado a chupar ya. Murmuré:

—Verdaderamente, éste no

LOCOS SUELTOS *"Cuidado con la pintura"* Por FERNANDO ALVAREZ









EMULACION

Un cuento de

MAX y ALEX FISCHER

DIBUJOS DE RAUL VALENCIA

me gusta —y agarré otro.

Esperaba que el vendedor se enojara.

Con una sonrisa amable, me dijo:

—Adiós, señor. Hasta la vista.

Al correr de la tarde, conté este incidente en la tienda. Mi relato obtuvo un gran éxito.

—¡Ah, ah, ah!... Es... ¡Ah, ah, ah!... Es locamente divertido... — exclamaban a un tiempo todas aquellas señoritas—. ¡Es impagable! ¡Qué chiste! ¡Qué gracia! El propio señor Julio no lo hubiera hecho mejor.

Experimenté cierto orgullo. Con tono desdeñoso, el señor Julio, visiblemente irritado, declaró:

—¡Yo no veo que eso tenga gracia!... Ese pobre viejo, sin duda habrá mirado, pero seguramente no ha visto lo que usted ha hecho.

III

Al día siguiente, el señor Julio y yo almorzamos juntos por casualidad.

Al atravesar la plaza de la República, a eso de la una, pasamos cerca de mi vendedor.

—Tengo ganas de un pirulí — le dije al señor Julio —. ¿Quiere usted hacer el favor de acompañarme hasta aquel puestecillo?

Sentía gran ansiedad. ¿Me permitiría el vendedor repetir mi maniobra de la víspera? ¿Me proporcionaría la posibilidad de confundir a mi detractor?

Mis aprensiones no tardaron en disiparse.

Sin atreverse a formular la más mínima protesta, el viejo me permitió probar sucesivamente uno de limón y otro de frambuesa, sin atreverse a emitir la menor observación, Aceptó el único sueldo que le tendí cuando me detuve definitivamente sobre un pirulí de un verde ajenjo. Hasta se creyó obligado a murmurar:

—Adiós, señor. Hasta otra vez.

A mi vuelta a la tienda, me apresuré a narrar mi nuevo éxito.

Cuando se apagaron las risas laudatorias de aquellas señoritas, tuve la satisfacción de poder añadir:

—Y hoy no puede quedar ninguna duda; el vendedor me ha visto. Me ha mirado... Pregúntenle al señor Julio.

El señor Julio estaba verde de cólera, más verde que mi pirulí. Con muy mala idea insinuó:

—Sí, sí. Ese pobre hombre le ha mirado a usted. Desde luego. Pero no se ha fijado usted bien en sus ojos. Lo ha mirado a usted como miran siempre los ciegos. ¡Le ha mirado sin ver!

IV

Los domingos se cerraba la tienda antes del almuerzo.

Ayer a mediodía, cuando se bajaron los cierres, propuse:

—¿Quieren ustedes, señoritas, que nos lleguemos al puestecillo de mi vendedor de pirulís? Así podrán ustedes darse cuenta de si es verdad como lo pretende el señor Julio, que está atacado de ceguera.

Mi proposición fué aceptada con gran entusiasmo.

Un cuarto de hora más tarde, las señoritas, el señor Julio y yo, nos deteníamos ante el puestecillo de la plaza de la República.

Había tendido mi mano hacia la caja de hojalata, me había apoderado del primer pirulí y lo había chupado ostensiblemente. Me disponía a dejarlo en su sitio y a probar uno, dos, tres, cinco, diez más, cuando, ante mi gran asombro, el vendedor previó mi designio y con un gesto brusco cubrió la caja con su tapadera.

—¡No, señor, no! — exclamó vivamente —. Lo ha escogido usted; quédese con él.

Mi rostro debió dejar, sin duda, traslucir una sincera estupefacción. Entonces, explicó:

—¡Sí! Le he dicho: "Quédese usted con él". No le permitiré chupar otro, no. Generalmente, usted viene a la una. Hoy son apenas las doce y cuarto. Tengo la costumbre de chuparlos yo como postre. ¡Y todavía no he almorzado!

Me quedé atónito.

Luego añadió, suavizando el tono:

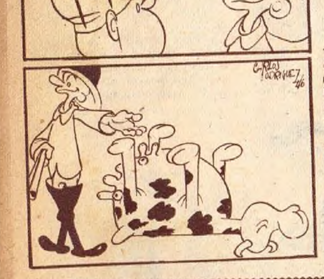
—Pero sentiría muchísimo perder un cliente, y si a usted le resulta eso agradable, puede usted volver un poco más tarde, a su hora habitual. ◆











¡OH, LAS MUJERES!

ESPOSO. — ¿Pero vas a tomar a esa mucama, sabiendo que en poco tiempo ha servido como en diez casas?

ESPOSA. — ¡Mucho mejor, querido! Es una magnífica oportunidad de conocer en unas horas los secretos de varias familias.

UN REGALO BIEN APROVECHADO

Hace unos años, durante una visita que la ex reina Elena de Italia hizo a una aldea del sur de la Península, fué obsequiada por una campesina con una bonita carpeta tejida a mano. Una vez en Roma, la soberana, agradecida, hizo enviar a la aldeana un magnífico par de medias de seda de la mejor calidad; una de ellas llena de dinero, y la otra de golosinas. A los pocos días, la reina recibió una esquela, concebida en los siguientes términos:

—Majestad, vuestro presente me ha hecho derramar muchas lágrimas. Mi padre se quedó con las liras, mis hermanos se comieron las golosinas y en cuanto a las medias de seda..., las está usando mi madre.

Y ERA CIERTO

por Rafael Martínez



—*Nosotros siempre nos llevamos muy bien con los vecinos... Antes de venir aquí, estuvimos 20 años en el mismo lugar.*

NAPOLEON Y SU FICHA

Parece que la antropometría fué empleada ya en la época de Napoleón. El famoso "retrato hablado", que los magistrados y la policía judicial transmiten en todas direcciones para capturar a un fugitivo, habría sido usado durante el Imperio, y por el ministro de Policía, Fouché.

Resulta interesante revelar cuáles eran los rasgos de Napoleón 1º, señalados en 1812 a las tropas rusas, durante la campaña en ese país, para que se pudiera reconocer al emperador si se le hacía prisionero.

He aquí los datos:

"Estatura baja, rechoncho. Cabellos cortos. Barba negra y gruesa, afeitada hasta debajo de las orejas. Cejas bien arqueadas, pero fruncidas cerca de la nariz. Mirada atrabiliaria o fogosa. Nariz aquilina, que muestra constantemente huellas de tabaco. Mentón muy saliente. Lleva siempre uniforme de diario, y a menudo se envuelve en un corto sobretodo gris para pasar inadvertido. Hay un detalle especial: va siempre con un mameluco.

LOS BUENOS CONSEJOS



Un padre reprende a su hijo.

—...y estoy cansado de decirte que el trabajo es el mayor placer que existe para los hombres.

—Es cierto, ¿pero no te acuerdas que también me dijiste que no es conveniente abusar de los placeres?

PINCELITO PURAPOSE

Recurso

por DOMINGO VILLAFAÑE



LADRON INGENUO



—¡Ah, canalla, mentiroso!... ¡Sólo tiene figuritas de chocolatines!

DEPORTISTA SERIO



—¿No se lo está tomando demasiado a pecho, González?

SEÑORA INCONMOVIBLE



—Vamos, Tiburcio, tírate y verás la de palos que doy luego...

UN BROMISTA

Es extraordinario comprobar hasta qué punto y con qué recursos es posible sacarle dinero a la gente.

Robert Bendhley, que acaba de morir en Nueva York y fué actor y cronista divertido, batió todos los récords del abuso de confianza. Hace varios años hizo una colecta para "la viuda del soldado desconocido". Nadie protestó, y antes de que se dieran cuenta de que era una broma, había recibido ya mil cien dólares.

OJO POR OJO... Por González Fossat

TAMAÑO NATURAL



En una feria, entre dos quioscos pintorescos, un fotógrafo inglés instaló su puesto con gran éxito, pues por un chelín realizaba ampliaciones de "tamaño natural".

El otro día se le acercó un marinero, preguntándole:

—¿Es cierto que usted hace ampliaciones de tamaño natural por un chelín?

—Sí.

—Pues bien: aquí tiene el dinero. ¡Amplíe esta foto!

Y sacó del bolsillo una fotografía de su marco, el *Ajax*.

SENTIR PARA CREER



—...Y lo más gracioso es que los muchachos ya me lo advirtieron.

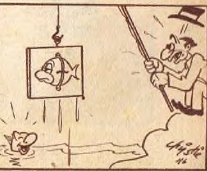
AGALLITA — Pesca milagrosa

por J. CHRISTIE M.









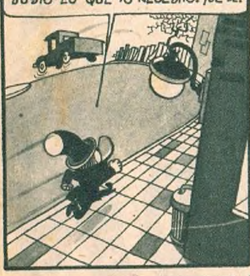
TOXICO Y BIBERON

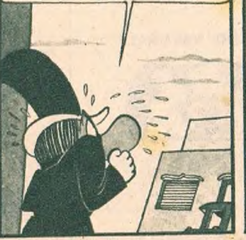


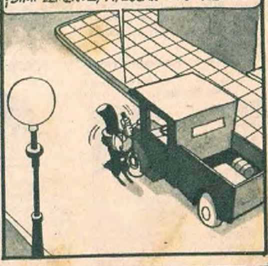




¡LA VÍCTIMA!













¡AQUI NACERA LA PAZ DEL MUNDO!

EN EL PALACIO DEL LUXEMBURGO LOS REPRESENTANTES DE LAS NACIONES DISCUTEN LAS BASES DE UNA FUTURA CONVIVENCIA ARMONIOSA



LA PAZ AGUARDA

Aquí, en este salón de bellas molduras y estatuas de clásicas líneas, la paz aguarda a que se le otorgue el derecho de regir los destinos del mundo. Delegados de más de veinte naciones discuten entre ellos las condiciones que han de regir en el futuro la delicada convivencia internacional.

AQUI SE GESTA EL FUTURO

En este viejo palacio del Luxemburgo, ante la plaza donde los niños juegan sin tener conciencia de ello, los hombres serios de este mundo convulso luchan y discuten paradójicamente por lograr armonía entre sus intereses.



UN HOMBRE NOTABLE James Byrnes es una de las figuras descollantes de la conferencia, indudablemente dominada por la presencia tutelar de los que se ha dado en llamar Cuatro Grandes, y representa a una de las naciones más influyentes y poderosas.



EL AGUERRIDO DIPLOMATICO

Quizá pocas personas gocen de mayor notoriedad y sean más discutidas que el delegado ruso Molotov. Es el hombre que plantea ante el mundo la irreductible posición de una nación a quien la fuerza de las circunstancias ha hecho poderosísima.

ARMONIA GASTRONOMICA No todo ha de ser guerra en la Conferencia de la Paz del Luxemburgo. Hay momentos en que todas las desavenencias desaparecen, pues el menú, nutrido y sustancioso sin duda, ofrece a los delegados de las naciones todos los gustos posibles, contemplando quizá los hábitos gastronómicos de gentes que se hallan reunidas allí después de haber arribado desde los cuatro puntos cardinales de un globo que necesita de paz... y también de comida. Siete mil comidas por día se sirven a personas allegadas a la conferencia. ¡Es que la paz cuesta al mundo!



BUSCANDO ANTECEDENTES La tan nutrida como selecta biblioteca de palacio sirve a los delegados para enriquecer su argumentación con todo lo que acumularon en ella generaciones de pensadores, a quienes preocupó, también como ahora, el inasible y delicadísimo problema de la paz perpetua, panacea que la humanidad persigue desde hace siglos con más afán y con menos éxito que los alquimistas de otras edades en trance de buscar en la piedra filosofal los secretos básicos del universo y la inamovilidad de sus leyes físicas.



PASEO POR EL BOSQUE En las pausas, cuando las preocupaciones no lo atenacean, míster Evatt, delegado de Australia, famoso por sus duelos verbales con el ruso Vishinsky, pasea por el bosque de Bolonia, en compañía de su esposa, émulo tranquilo de los pescadores, para quienes la felicidad es un corcho flotante sobre el agua.



LLEGA UN PERSONAJE Míster Bevin, representante de una de las cuatro grandes potencias, desciende del avión en el aeródromo de Le Bourget, presto a intervenir decidida y enérgicamente en los debates de la conferencia donde se ventila el futuro del mundo.

LA PAZ VIGILA Desde la parte alta del palacio del Luxemburgo, sobre el bucólico y apacible decorado de los jardines, mientras tranquilos paseantes sólo conságranse a la tarea de pensar en los problemas mínimos de su vida, también mínima y anónima, los gendarmes cuidan de la seguridad de los delegados a la conferencia de la paz. Como todo lo de esta época, hecha a base de colores chillones y contrastes violentos, la paz, para nacer dificultosa y dolorosamente, necesita, en vez de las hadas tutelares de los nacimientos felices, la guardia austera de los fusiles que señalan el cielo de París, esperando el momento en que han de ser considerados como instrumentos perniciosos e inútiles.



LLEGADA DE LOS DELEGADOS Suntuoso es el decorado que rodea a los representantes cuando llegan en sus autos; suntuoso y con una reminiscencia de épocas de boato y esplendor. Los que padecen por ello son los gendarmes, constantemente en trance de rendir homenaje a los ilustres asistentes.



HUMO DE NOTICIAS Una tenue nubecilla de humo señala el trabajo del aparato transmisor de radio que funciona en el palacio, y mediante el cual el mundo se entera de cómo sus representantes laboran por su felicidad. Tres millones de francos cuesta el aparato. Pero, ¿la paz no vale más?



EL PADRE

célebre novela de

HONORATO DE BALZAC

I

La señora Conflans de Vauquer es una anciana que desde hace cuarenta años tiene establecida en París una pensión familiar en la calle Nueva de Santa Genoveva, entre el Barrio Latino y el arrabal San Marcelo. Esta pensión, conocida bajo el nombre de *la casa Vauquer*, admite lo mismo a hombres que a mujeres, a jóvenes que a viejos, sin que jamás la maledicencia haya atacado las costumbres de este respetable establecimiento. Cierto es que desde hacía treinta años no se viera allí ninguna joven, y, para que un joven se hospedase allí, era necesario que fuese muy reducida la cantidad que le enviase su familia. Sin embargo, en 1819, época en que comienza este drama, se hospedaba en dicha pensión una pobre muchacha.

El edificio en que está establecida la pensión pertenece a la señora Vauquer y está ubicado en la parte baja de la calle Nueva de Santa Genoveva, donde el terreno desciende hacia la calle del Arbalete por una pendiente tan brusca y tan ruda, que los caballos rara vez la suben o la bajan. Esta circunstancia favorece el silencio que reina en aquellas calles comprendidas entre la iglesia de Val-de-Grâce y la del Panteón, dos monumentos que cambian las condiciones de la atmósfera, comunicándole tonos amarillentos y sombreándola con los tintes severos que proyectan sus cúpulas. Allí las aceras están secas, los arroyos no tienen barro ni agua, y la hierba crece a lo largo de los muros. El hombre más indiferente se entristece en aquel lugar en que el ruido de un coche se convierte en un acontecimiento, en que



GORIOT

TAPA E ILUSTRACIÓN DE ARTECHE

las casas son tristes y las paredes huelen a cárcel.

La fachada de la pensión da a un jardincito, de suerte que la casa forma un ángulo recto con la calle Nueva de Santa Genoveva, desde donde se ve en toda su profundidad.

A lo largo de esta fachada, y, entre la casa y el jardín, vese un empedrado acanalado de poco más de un metro de ancho, ante el cual existe un enarenado paseo. bordeado de geranios, de laureles-rosas y de granados plantados en grandes tiestos de porcelana azul y blanca. En este paseo se entra por una puerta de dos hojas, en cuya parte superior se lee: CASA VAUQUER, y debajo: *Pensión familiar para ambos sexos y otros*. Durante el día, una puerta con claraboya, armada de una campanilla, deja ver, al extremo de la acera, sobre la pared opuesta a la calle, una arcada pintada en mármol verde por un artista de barrio; y debajo de esta arcada se eleva una estatua representando el Amor.

Al oscurecer, la puerta con claraboya es reemplazada por una puerta completa. El jardincito, tan ancho como larga es la fachada, está cerrado por el muro de la calle y por la pared medianera de la casa vecina, a lo largo de la cual zigzaguea un manto de hiedra que la cubre totalmente y atrae las miradas de los transeúntes por su efecto, que resulta pintoresco en París. A lo largo de cada pared vese un estrecho paseo que conduce a una bóveda de tilos. Entre los dos paseos laterales hay un huerto de alcachofas rodeado de árboles frutales, de acederas, lechugas o perejil. Bajo la bóveda de tilos hay una mesa redonda pintada de verde, rodeada de asientos. Allí, durante los días de calor, los huéspedes más pudientes se permiten el lujo de tomar el café, saboreándolo en medio de un calor capaz de incubar huevos. La casa, de tres pisos y rematada en buhardillas, está construída con ladrillos y embadurnada de ese color amarillo que da un carácter innoble a casi todas las casas de París. Las cinco ventanas que se ven en cada piso tienen vidrios pequeños y todas están provistas de celosías diferentes; de manera que sus líneas contrastan entre sí. La profundidad de aquella casa sólo da espacio para dos ventanas, que en el piso bajo tienen por adorno entrelazados barrotes de hierro. Detrás del edificio existe un patio de unos veinte pies de ancho, donde viven en buena armonía cerdos, gallinas y conejos, y en el fondo del cual existe un cobertizo para

guardar la leña. Entre este cobertizo y la ventana de la cocina hállase la despensa, bajo la cual caen las aguas del vertedero. Aquel patio tiene una estrecha puerta que da a la calle Nueva de Santa Genoveva, puerta por donde la cocinera arroja la basura de la casa, teniendo que limpiar aquella sentina con gran refuerzo de agua, so pena de pestilencia.

El piso bajo, destinado, como es natural, a la explotación de la pensión, compónese de una primera pieza iluminada por las dos ventanas de la calle, y a la cual se penetra por una puerta vidriera. Este salón se comunica con un comedor que está separado de la cocina por la caja de la escalera. Nada más triste que aquel salón amueblado con sofás y sillas tapizadas de tela a rayas mate y relucientes alternativamente. En medio se ve una mesa redonda de mármol, que soporta una gran bandeja de porcelana blanca. Esta habitación, bastante mal entarimada, tiene zócalos de madera, y el resto de la pared está tendido con un papel que representa las principales escenas de *Telémaco*. La chimenea de piedra, cuyo hogar limpio revela que no se prende fuego en ella más que en las grandes ocasiones, está adornada con dos ánforas con flores artificiales viejas que hacen compañía a un reloj de mármol azulado del peor gusto. Esta primera pieza exhala un olor sin nombre en el idioma, y que sería preciso llamar *olor a pensión;* huele a encerrado, a enmohecido, a rancio. Pues bien, no obstante estos horrores, si comparaseis aquella habitación con el comedor, que le es contiguo, la encontraríais elegante y perfumada como el gabinete de una dama. Aquel comedor, enteramente recubierto de madera, fué pintado de un color indistinto hoy, que forma un fondo sobre el cual la grasa ha impreso sus capas de tal manera, que crea curiosas figuras. Está amueblado con armarios grasientos, en los cuales se ven garrafas festoneadas y pilas de platos de porcelana con bordes azules, fabricados en Tournay. En el ángulo se halla una caja con compartimientos numerados que sirven para guardar las servilletas, manchadas o vinosas, de cada pensionista. Se encuentran allí muebles indestructibles, proscritos de todas partes. Veréis allí un barómetro con un capuchino que sale cuando llueve, grabados execrables que quitan el apetito; un reloj de pared incrustado en cobre; una estufa pintada de verde, quinqués de Arganda donde el polvo se combina con el aceite; una gran mesa cubierta con tapete de hule grasiento; unas sillas medio rotas, pequeñas alfombras de esparto que se van gastando sin romperse nunca y miserables braserillos, cuya madera está medio carbonizada. El pavimento, de ladrillo, está lleno de valles causados por el frote. En una palabra, que allí reina la miseria sin poesía.

Esta pieza está en todo su esplendor a las siete de la mañana, hora en que el gato de la señora Vauquer precede a su ama, salta sobre los armarios, olfatea la leche que contienen varias jarras cubiertas con platos, y deja oír su *runrun* matinal. La viuda no tarda en presentarse, cubierta con su gorro de tul, bajo el cual pende un moño postizo; camina arrastrando sus agrietadas pantuflas. Su faz vieja y regordeta, de cuyo centro sale una nariz en forma de pico de loro; sus pequeñas manos rollizas; su persona rechoncha y su cuerpo demasiado carnoso están en armonía con aquella sala que destila desgracia, que sirve de asiento a la especulación, y donde la señora Vauquer respira su aire fétido sin experimentar náuseas. Su figura, fresca como una primera helada de otoño; sus ojos arrugados, cuya expresión pasa de la sonrisa prescrita a las bailarinas al amargo ceño del usurero; en fin, toda su persona explica la pensión, como la pensión implica la persona. El presidio no marcha sin el capataz, y no podríais imaginaros el uno sin el otro. La gordura fofa de aquella pequeña mujer es el producto de su vida, del mismo modo que el tifus es la consecuencia de las exhalaciones de un hospital. Su falda, de punto de lana, que cubre su primer refajo hecho de una falda vieja, resume el salón, el comedor y el jardincito, anuncia la cocina y hace presentir los pensionistas. Cuando ella está allí, el espectáculo es completo. La señora Vauquer, que tiene unos cincuenta años, se parece a todas las *mujeres que han tenido desgracias*. Sus ojos son vidriosos y tiene el aire inocente de una alcahueta que se irrita para que le paguen más caro, pero que, por lo demás, se presta a todo para mejorar su suerte. Sin embargo, *es buena en el fondo*, según dicen los pensionistas, que la creen sin fortuna al oírla gemir y toser como ellos. ¿Quién había sido el señor Vauquer? La viuda no se explicaba jamás respecto al difunto. ¿Cómo había perdido él su fortuna? "En las desgracias", respondía ella. El muerto se había portado mal con ella; no le había dejado más que los ojos para llorar, aquella casa para vivir y el derecho de no compadecerse de ningún infortunio, porque, según ella, había sufrido todo lo que es posible sufrir. Al oír trajinar a su patrona, la gruesa Silvia, la cocinera, se apresura a servir el almuerzo a los pensionistas internos.

Generalmente, los pensionistas externos sólo se abonaban a la comida, que costaba treinta francos por mes. En la época en que comienza esta historia, los internos eran siete. El primer piso contenía las dos mejores habitaciones de la casa. La señora Vauquer ocupaba la menos considerable, y la otra pertenecía a la señora Couture, viuda de un comisario ordenador de la República francesa, que tenía consigo a una joven llamada Victorina Taillefer, a quien servía de madre. La pensión de estas dos señoras ascendía a mil ochocientos francos. Las dos habitaciones del segundo estaban ocupadas, una por un anciano llamado Poiret, y la otra por un hombre de unos cuarenta años de edad, que llevaba una peluca negra, teñíase las patillas, decía ser antiguo negociante y se llamaba el señor Vautrín. El tercer piso componíase de cuatro piezas, dos de las cuales estaban alquiladas, una por una vieja dama llamada la señorita Michonneau, y otra por un antiguo fabricante de fideos, de pastas de Italia y de almidón, a quien llamaban el padre Goriot. Los otros dos cuartos estaban destinados a las aves de paso, a esos infortunados estudiantes que, como el padre Goriot y la señorita Michonneau, sólo pueden gastar cuarenta y cinco francos al mes en alimentación y albergue, por lo cual la señora Vauquer deseaba poco su presencia y sólo los tomaba cuando no había otros, pues, según ella, comían demasiado pan. En ese momento, uno de estos dos cuartos estaba ocupado por un joven de los alrededores de Angulema, llegado a París para estudiar la carrera de derecho, cuya familia se sometía a las más duras privaciones a fin de enviarle mil doscientos francos al año. Eugenio de Rastignac, que así se llamaba, era uno de esos jóvenes amoldados al trabajo por la desgracia, que comprenden desde la más tierna edad las esperanzas que sus padres cifran en ellos, y que se preparan para un hermoso destino.

Encima de este tercer piso había un granero para tender ropa y dos buhardillas donde dormían un criado llamado Cristóbal, y la gruesa Silvia, la cocinera. Además de los siete pensionistas internos, la señora Vauquer tenía, un año con otro, ocho estudiantes de derecho o de medicina y dos o tres parroquianos que vivían en el barrio y que solamente se abonaban a la comida. El comedor tenía capacidad para dieciocho personas y podía admitir una veintena; pero por la mañana lo ocupaban siete, cuya reunión durante el almuerzo ofrecía el aspecto de una comida de familia. Todos bajaban en zapatillas, se permitían observaciones confidenciales acerca de la indumentaria o del carácter de los externos y sobre los acontecimientos de la noche precedente, expresándose con la confianza propia de la intimidad. Estos siete huéspedes eran los niños mimados de la señora Vauquer, debido a la cifra de sus respectivas pensiones. Aquellos seres, reunidos por la casualidad, estaban afectados de un mismo grado de aprecio por parte de la patrona. Los dos huéspedes del segundo no pagaban más que setenta y dos francos al mes. Esta baratura, de la que sólo era una excepción la señora Couture, anunciaba que aquellos sujetos debían estar bajo el peso de desgracias más o menos aparentes. Asimismo, el espectáculo desolador que ofrecía el interior de aquella casa repetíase en los trajes igualmente deteriorados de sus moradores. Los hombres llevaban levitas cuyo color se había hecho problemático, calzado deteriorado, ropa blanca repasada y trajes que no tenían más que el alma. Las mujeres, vestidos pasados, reteñidos y desteñidos, encajes remendados, guantes gastados por el uso, gorgueros siempre rojos y manteletas deshilachadas. Mas si las ropas eran así, en cambio los cuerpos mostraban contexturas sólidas y constituciones privilegiadas que habían resistido las tempestades de la vida, y caras frías, duras y gastadas como las de las monedas antiguas. Sus bocas marchitas estaban armadas de ávidos dientes. Aquellos huéspedes hacían presentir dramas realizados o en acción, pero no dramas representados a la luz de las arañas entre bastidores, sino dramas positivos y mudos.

La solterona Michonneau tenía sobre sus cansados ojos una grasienta visera de tafetán verde ribeteado de alambre. Su chal con franjas deshilachadas parecía cubrir un esqueleto; tan angulosas eran las formas que tapaba. ¿Qué ácido había despojado a aquella criatura de sus formas femeninas? Debía haber sido bonita y bien formada; ¿había sido el vicio, las penas a la avaricia? ¿Había amado demasiado o había traficado con el amor? ¿Expiaba los triunfos de una insolente juventud, anticipando con los placeres una vejez que ahuyentaba a los voluntariosos? Su descolorida mirada causaba frío, su esmirriado

rostro amenazaba, y tenía la voz chillona de la cigarra que canta en su matorral al acercarse el invierno. Decía que había estado al cuidado de un anciano enfermo, abandonado por sus hijos, que le creyeron sin recursos. Este anciano le había dejado mil francos de renta que periódicamente le disputaban los herederos, de cuyas calumnias era víctima. Aunque el fuego de las pasiones hubiese estropeado su cara, veíanse en ella ciertos vestigios de un blancor y una finura en los tejidos, que permitían suponer que el cuerpo aun conservaba algunos restos de belleza.

El señor Poiret era algo así como mecánico. Viéndole deslizarse como una sombra a lo largo de un paseo del jardín, cubierto con una mala gorra, llevando en la mano su bastón con puño de marfil, dejando flotar los descoloridos faldones de su levita que apenas ocultaban un pantalón casi vacío, y mostrando su blanco chaleco sucio y su pechera planchada, que se unía imperfectamente a su corbata arrollada a su cuello de pavo, muchos se preguntaban si aquella sombra chinesca pertenecía a la raza audaz de los hijos de Jafet, que ambulaban por el bulevar Italiano. ¿Qué trabajo podía haberle avellanado de aquel modo? ¿Qué pasión había alterado su bulbosa faz que, pintada en caricatura, hubiera parecido inverosímil? Que ¿qué había sido? Tal vez recaudador en las puertas de algún matadero o subinspector de salubridad. En fin, aquel hombre parecía haber sido uno de los asnos de nuestro molino social, algún eje sobre el cual habían girado los infortunios o las indecencias públicas; en una palabra, uno de esos hombres que nos hacen exclamar: "Sólo puede servir para algo así".

Dos figuras había allí que formaban un notable contraste con la mesa de los huéspedes y de los concurrentes asiduos. Aunque la señorita Victorina Taillefer tuviese una blancura enfermiza semejante a la de las muchachas cloróticas, y aunque participase del sufrimiento general que constituía el fondo de aquel cuadro, con su tristeza habitual, con su tímida actitud y sus aires pobres y raquíticos, sin embargo su cara no era vieja y sus movimientos y voz eran ágiles. Su pálida fisonomía, sus cabellos de un color rubio amarillento y su talle demasiado delgado trasuntaban esa gracia que los poetas modernos encuentran en las estatuas de la Edad Media. Sus ojos grises, mezclados de negro, revelaban una dulzura y una resignación cristianas. Sus ropas sencillas cubrían formas jóvenes aun. Victorina resultaba bonita por yuxtaposición: feliz, hubiera sido encantadora. Su historia podía dar tema para escribir un libro. Su padre creía tener razones para no reconocerla, negábase a tenerla a su lado, le pasaba seiscientos francos anuales, y había desnaturalizado su fortuna a fin de poder legarla por entero a su hijo. Lejana parienta de la madre de Victorina, que había ido a morir desesperada a su casa, la señora Couture cuidaba de la huérfana como si fuese hija suya. Desgraciadamente, la viuda del comisario ordenador de los ejércitos de la República sólo poseía su viudedad y su pensión, y podía dejar algún día a aquella pobre muchacha sin experiencia y sin recursos a merced del mundo. Todos los domingos la pobre mujer llevaba a Victorina a misa y a confesar cada quince días, a fin de hacer de ella una muchacha piadosa. Tenía razón: los sentimientos religiosos eran un alivio para aquella muchacha abandonada que amaba a su padre, que se encaminaba todos los años a casa de éste para lograr el perdón de su madre, pero que se acurrucaba todos los años a la puerta de la casa paterna, inexorablemente cerrada para ella. Su hermano, su único mediador, no había ido a verla ni una sola vez en cuatro años ni le enviaba socorro alguno, y ella, la pobre, rogaba a Dios que abriese los ojos a su padre y enterneciese el corazón de su hermano. La señora Couture y la señora Vauquer no encontraban palabras bastante injuriosas para calificar tan bárbara conducta; pero cuando maldecían a aquel millonario infame, Victorina pronunciaba cariñosas palabras.

Eugenio de Rastignac tenía un rostro totalmente meridional, cutis blanco, cabellos negros y ojos azules. Sus maneras denotaban al hijo de una familia noble.

Entre estos dos personajes y los demás pensionistas, servía de transición Vautrin, el hombre de cuarenta años, con teñidas patillas, que era uno de esos sujetos que hacen exclamar a la gente del pueblo: *¡Vaya un tipo!* Poseía anchas espaldas, busto desarrollado, músculos aparentes y manos gruesas, cuadradas y provistas en las falanges de abundante vello rojizo. Su cara, surcada por prematuras arrugas, ofrecía señales de dureza que desmentían sus insinuantes y corteses modales. Su voz de bajo, en armonía con su buen humor, resultaba agradable. Era muy servicial y muy risueño. Si alguna cerradura andaba mal, él la desmontaba en seguida, la aceitaba, la limaba, y la volvía a colocar diciendo: *Yo entiendo de esto.* Por otra parte, él era entendido en todo. Si alguno se quejaba demasiado, él le ofrecía inmediatamente sus servicios, y algunas veces le había prestado dinero a la señora Vauquer y a algunos pensionistas. La manera que tenía de escupir, anuncia-

ba una sangre fría imperturbable y una resolución poderosa y férrea. Como un juez severo, su mirada parecía penetrar el fondo de todas las cuestiones, de todas las conciencias y de todos los sentimientos. Sus costumbres eran éstas: salir después de almorzar, volver a comer, salir una vez haber comido y retirarse a eso de las doce de la noche, entrando en la casa con un llavín que la señora Vauquer le había confiado. El era el único que gozaba de este favor; pero también hay que advertir que estaba con ella en la mejor inteligencia y que la llamaba mamá asiéndola por el talle. Un rasgo de su carácter consistía en pagar generosamente quince francos al mes por el café con aguardiente que tomaba después de comer. Gentes menos superficiales que aquellos jóvenes absorbidos por los torbellinos de la vida parisiense o que aquellos ancianos indiferentes a lo que no les tocaba directamente, no se habrían conformado con la dudosa impresión que les causaba Vautrin. Este sabía o adivinaba los asuntos de los que le rodeaban; mientras que nadie podía penetrar los suyos. Aunque él emplease su aparente honradez, su constante complacencia y su alegría, como una barrera entre los demás y él, muchas veces dejaba ver la profundidad asombrosa de su carácter. Frecuentemente, una salida digna de Juvenal, con la cual parecía complacerse en escarnecer las leyes, en azotar a la elevada sociedad y en acusarla de inconsecuencia consigo misma, debía hacer suponer que guardaba rencor al estado social, y que en el fondo de su vida existía algún misterio cuidadosamente oculto.

Atraída, quizá sin saberlo, por la fuerza del uno o por la belleza del otro, la señorita Taillefer repartía sus furtivas miradas y sus secretos pensamientos entre este cuarentón y el joven estudiante; pero ni uno ni otro parecían pensar en ella. Por otra parte, ninguna de aquellas personas se tomaba el trabajo de examinar si las desgracias de sus compañeros de pensión eran falsas o verdaderas. De todas aquellas almas desoladas, la más feliz era la señora Vauquer, que reinaba en aquel hospicio libre, y que consideraba como frondoso y ameno lugar aquel jardincito que el silencio y el frío, la humedad y la sequía, convertían en una estepa.

Entre los dieciocho huéspedes hallábase, como en los colegios y en el mundo, una pobre criatura rechazada, un *súfrelotodo*, sobre el cual llovían las bromas. A principios del segundo año, aquella figura pasó a ser, para Eugenio de Rastignac, la más relevante de todas aquellas en cuya compañía estaba condenado a vivir dos años más aun. Aquel hazmerreír era el antiguo fabricante de fideos, el padre Goriot, en el cual hubieran fijado sus miradas lo mismo un pintor que un historiador. ¿Por qué casualidad recaía en el más antiguo huésped aquel rencoroso desprecio, aquella persecución mezclada de piedad y aquella falta de respeto a la desgracia? ¿Había dado lugar él a esta conducta con alguna de esas ridiculeces o extravagancias que castiga el mundo con más severidad que si fueran vicios?

El padre Goriot, anciano de sesenta y nueve años, habíase retirado en 1813 a la casa de la señora Vauquer, después de haber abandonado los negocios. Al principio tomara la habitación ocupada por la señora Couture, y pagaba mil doscientos francos de pensión; como hombre para quien cinco luises más o menos resultaban una bagatela. La señora Vauquer había arreglado los tres cuartos de aquella habitación mediante una indemnización previa, que sirvió para pagar el valor de un mal mobiliario compuesto de cortinas de algodón amarillo, sofás de madera barnizada cubiertos de terciopelo de Utrecht, algunas pinturas y papeles que no hubieran admitido las tabernas del barrio. La indiferente generosidad que adoptó en dejarse atrapar el padre Goriot, que por aquella época era llamado respetuosamente el señor Goriot, contribuyó tal vez a que le considerasen como un imbécil que no entendía los negocios. Goriot llegó muy bien trajeado, llevando el repleto ajuar del negociante que no se priva de nada al retirarse del comercio. La señora Vauquer había admirado dieciocho camisas de Holanda, cuya finura hacían resaltar más dos ricos botones de oro provistos de sendos diamantes que llevaba en la pechera. Vestido habitualmente con levita azul, todos los días se ponía un chaleco de piqué blanco, bajo el cual fluctuaba su vientre generoso y prominente, que ostentaba una gruesa cadena de oro llena de dijes. Su cigarrera, de oro también, contenía un medallón lleno de cabellos, que le hacían culpable, en apariencia, de felices conquistas. Cuando su patrona le acusó de galanteador, el padre Goriot dejó aflorar a sus labios la alegre sonrisa del hombre cuyo flaco se ha halagado. Sus armarios estaban repletos de los numerosos cubiertos de plata de su casa. Los ojos de la viuda chispearon de codicia cuando complacientemente le ayudó a desembalar los cucharones, las cucharas, los cubiertos, los platos, las bandejas de plata sobredorada y otra porción de piezas más o menos bellas, de las cuales no quería deshacerse. Aquellos regalos le recordaban la solemnidad de su vida doméstica.

—Esto —dijo a la señora Vauquer mostrándole un plato y una escudilla de plata, cuya tapa representaba dos tortolitos besándose—, esto es el primer regalo que me hizo mi esposa el día del aniversario de nuestro casamiento. ¡Pobrecilla!, gastó en ellos todas sus economías de soltera. ¿Ve usted, señora?, preferiría morirme de hambre antes que separarme de este objeto. A Dios gracias, creo que podré tomar mi café toda mi vida en esta escudilla, pues espero que no ha de faltarme nada para el resto de mis días.

Finalmente, la señora Vauquer había visto algunos pliegos de papel del Estado, que hacían suponer que aquel excelente Goriot debía tener de ocho a diez mil francos de renta. Desde aquel día, la señora Conflans de Vauquer, que a la sazón tenía cuarenta y ocho años efectivos, pero que sólo confesaba treinta y nueve, empezó a formar sus planes. Aunque el lagrimal de los ojos de Goriot estuviese inflamado, lo cual le obligaba a enjugárselo bastante a menudo, su patrona comenzó a hallarlo agradable y distinguido. Por otra parte, sus carnosas y salientes pantorrillas, así como su nariz grande y cuadrada, pronosticaban cualidades morales que agradaban a la viuda, y que confirmaban la bondad e infelicidad del señor Goriot, el cual debía ser un animal sólidamente constituido, incapaz de gastar en sentimiento todo su ingenio. Aunque un poco palurdo, el viudo iba siempre tan peripuesto, tomaba tan ricamente el rapé y estaba tan seguro de que nunca le faltaría nada, que el día que se instaló en la casa de la señora Vauquer, ésta acostóse acariciando y proyectando la idea de dejar el sudario Vauquer para renacer Goriot. Casarse, vender su casa de pensión, dar el brazo a aquella flor de la burguesía, llegar a ser una dama notable en el barrio, he aquí lo que fué objeto de sus meditaciones. La señora Vauquer no había confesado a nadie que poseía cuarenta mil francos amontonados centavo a centavo, y desde el punto de vista de la fortuna se consideraba un partido aceptable. "Por lo demás, yo valgo tanto como él", se dijo dando una vuelta en la cama, como para demostrarse a sí misma los encantos que la gruesa Silvia encontraba moldeados todas las mañanas en el colchón. Desde aquel día, durante tres meses, la viuda Vauquer hizo algunos gastos en su tocado. Trabajó mucho para cambiar de pensionistas, recalcando la pretensión de no aceptar en lo sucesivo más que gentes distinguidas por todos conceptos. Si algún extraño se presentaba, ella hacía presente la preferencia que le había concedido el señor Goriot, uno de los negociantes más notables y más respetables de París. Distribuyó prospectos, a la cabeza de los cuales leíase: CASA VAUQUER. Estos anuncios le trajeron a la señora condesa de Ambermesnil, mujer de treinta y seis años que esperaba el final de una liquidación para cobrar una pensión a que tenía derecho como viuda de un general muerto en los *campos de batalla*. La señora Vauquer esmeróse en la mesa, prendió fuego en los salones por espacio de seis meses, y cumplió tan bien las promesas del prospecto, que tuvo que gastar más de lo que ganaba. Así se concibe que la condesa dijese a la señora Vauquer, llamándola querida amiga, que le traería a la baronesa de Vaumerland y a la viuda del coronel conde de Picquoiseau, dos amigas suyas que acababan el plazo que tenían pagado en el Marais en una posada mucho más cara que la casa Vauquer. Por otra parte, aquellas damas estarían en muy buena posición cuando las oficinas del Ministerio de Guerra terminasen su trabajo, en cuyas dependencias, según decía la condesa, se daban poca prisa para el despacho de asuntos de la índole del suyo. Después de comer, las dos viudas subían al cuarto de la señora Vauquer y allí pasaban el rato charlando, bebiendo casis y comiendo golosinas reservadas para la boca de la patrona. La señora de Ambermesnil aprobó los proyectos de la posadera respecto al padre Goriot, proyectos excelentes que ella había adivinado desde el primer día.

—¡Ah! querida mía, es un hombre sano como una manzana —le decía la señora Vauquer a la condesa—; un hombre perfectamente conservado.

La condesa hizo generosas observaciones a la señora Vauquer acerca de su indumentaria, que no estaba en armonía con sus pretensiones.

—Tiene que ponerse en pie de guerra —le dijo.

Después de muchos cálculos, las dos viudas salieron juntas hasta el Palais-Royal, comprando allí un sombrero con plumas y una capota. La condesa arrastró a su amiga al almacén de la Petite-Jeannette, donde eligieron un traje y un chal. Cuando estas municiones fueron empleadas y la viuda estuvo sobre las armas, encontróse tan favorecida con su nueva indumentaria, que se juzgó obligada a la condesa, y, aunque era poco dadivosa, le rogó que aceptase un sombrero de veinte francos. A decir verdad, la posadera contaba con ella para que sondease a Goriot y le inculcase la idea de hacerle la corte. La señora de Ambermesnil prestóse gustosa a este manejo y cercó al antiguo fabricante de fideos, logrando tener con él una conferencia; mas después de haberle encontrado púdico, por no decir refractario a las tentativas que le sugirió su deseo particular de seducirle por cuenta

propia, salió indignada de su grosería, diciéndole a su querida amiga:

—Angel mío, usted no sacará nada de ese hombre. Es ridículamente desconfiado, un usurero, un animal.

Hubo tales cosas entre el señor Goriot y la señora de Ambermesnil, que ésta no quiso volver a verle más, y al día siguiente partió, olvidándose de pagar seis meses de pensión y dejando ropa que no valía ni cinco francos. Por activas que fueran las diligencias que hizo la señora Vauquer, ningún informe pudo obtener en París acerca de la condesa de Ambermesnil. La viuda hablaba frecuentemente de este deplorable suceso, lamentaba su excesiva confianza, no obstante ser más desconfiada que una gata.

—Si yo hubiese estado aquí —le decía el señor Vautrín—, no le hubiese ocurrido eso; yo, que conozco el mundo, hubiera desenmascarado a aquella tunanta.

La viuda consideró al honrado fabricante de fideos como el principio de su infortunio, y desde entonces comenzó a desengañarse de él, y su odio no estuvo en razón directa de su amor, sino de sus esperanzas frustradas; pero como el señor Goriot era su huésped, la viuda se vió ogligada a devorar sus deseos de venganza. Las almas mezquinas satisfacen sus sentimientos buenos o malos con incesantes pequeñeces. La viuda empleó su malicia de mujer en inventar sordas persecuciones contra su víctima, comenzando por suprimir lo superfluo que había introducido en la mesa.

—No ponga ya más anchoas ni pepinillos —le dijo a Silvia el día en que se propuso reanudar su antiguo programa.

El señor Goriot era un hombre frugal. La sopa, el cocido y un plato de legumbres habían sido y debían ser siempre su comida predilecta. La señora Vauquer no pudo atormentar, pues, a su pensionista, cuyos gustos no podía herir de modo alguno. Desesperada al encontrar en él un hombre inatacable, se puso a desprestigiarle, e hizo que la aversión que sentía por Goriot contagiase a sus pensionistas, los cuales, por distracción, sirvieron sus venganzas. A fines del primer año la viuda habíase vuelto desconfiada hasta tal punto, que se preguntaba por qué aquel negociante que poseía siete u ocho mil francos de renta, soberbios cubiertos de plata y alhajas tan buenas como las de cualquier marquesa, vivía en su casa, pagándole una pensión tan módica con relación a su fortuna. Durante la mayor parte de aquel primer año, Goriot había comido fuera de casa una o dos veces a la semana, y luego, insensiblemente, había llegado a no hacer esto más que dos veces al mes. Las escapatorias del señor Goriot convenían demasiado a los intereses de la señora Vauquer para que ésta se mostrase descontenta con la frecuencia con que su pensionista almorzaba fuera de casa. Así que tales cambios fueron atribuídos tanto a una lenta disminución de fortuna como al deseo de contrariar a su patrona. Desgraciadamente, al finalizar el segundo año, el señor Goriot justificó las habladurías de que era objeto, trasladándose al segundo piso y reduciendo su hospedaje a novecientos francos anuales. El pobre hombre necesitó hacer tan estrictas economías, que en todo el invierno no prendió fuego en su habitación. La señora Vauquer quiso que le pagase por adelantado, a lo cual contestó el señor Goriot, que desde entonces fué llamado el padre Goriot. Los pensionistas no tardaron en hablar de quién sería el primero en adivinar las causas de aquella decadencia. Aquel negociante tan distinguido convirtióse, pues, en un bribón, y aquel galanteador, en un viejo raro. Según Vautrín, que por aquella época fué a habitar la casa Vauquer, el padre Goriot era hombre que iba a la Bolsa y especulaba con la renta, después de haberse arruinado, o bien uno de esos jugadores que se aventuran a ganar todas las noches diez francos al juego, o quizá algún agente secreto de policía, aunque Vautrín lo consideraba poco astuto para serlo; o bien un avaro que prestaba al sesenta por ciento, o sino algún jugador de lotería. Pero por innoble que considerasen su conducta y sus vicios, la aversión que les inspiraba no llegaba hasta hacerle despedir. El buen hombre pagaba su pensión y era útil para que cada uno pudiese expansionar con él su buen o mal humor, haciéndole bromas más o menos pesadas. La opinión que parecía más probable era la de la señora Vauquer. Según ésta, aquel hombre tan bien conservado era un libertino. He aquí en qué apoyaba sus calumnias la viuda Vauquer. Algunos meses después de la escapada de la desastrosa condesa, una mañana, antes de levantarse, oyó en la escalera el roce de una falda de seda y el paso menudito de una mujer joven y ligera que entraba en la habitación de Goriot, cuya puerta había sido abierta de antemano. Inmediatamente la gruesa Silvia fué a decir a su ama que una muchacha demasiado bonita para ser honrada, vestida como una *divinidad*, habíase deslizado como una anguila en su cocina y le había preguntado por la pieza del señor Goriot. La señora Vauquer y su cocinera pusiéronse al

acecho y sorprendieron algunas palabras tiernamente pronunciadas durante la visita, que duró algún tiempo. Cuando el señor Goriot salió a acompañar a la dama, la gruesa Silvia tomó inmediatamente su canasto y fingió ir al mercado para seguir a la pareja amorosa.

—Señora —dijo al volver, a su patrona—, muy rico debe ser el señor Goriot para permitirse ese lujo. Figúrese que le estaba esperando un magnífico coche en la esquina.

Durante la comida, la señora Vauquer fué a correr una cortina para impedir que el sol molestase a Goriot, cuyos rayos le daban en la cara.

—Señor Goriot, el sol lo busca, y ya se conoce que usted es amado por las bellas —le dijo, haciendo alusión a la visita que había recibido—. ¡Diantre!, tiene buen gusto, era muy bonita.

—Es mi hija —dijo Goriot con una especie de orgullo en el que los demás pensionistas quisieron ver la fatuidad del anciano que guarda las apariencias.

Un mes después de esta visita, el señor Goriot recibió otra. Su hija, que había ido a verle la primera vez en traje de mañana, fué, después de comer, vestida como para ir de visita. Los huéspedes, ocupados en charlar en el salón, pudieron ver a una bonita rubia, esbelta y elegante y demasiado distinguida para ser hija del padre Goriot.

—¡Y van dos! —dijo la gruesa Silvia, que no la reconoció.

Algunos días después, otra joven bien formada, alta, morena, de negros cabellos y ojos vivos preguntó por el señor Goriot.

—¡Y van tres! —exclamó Silvia.

Esta segunda muchacha, que había ido también a ver a su padre por la mañana, volvió algunos días después por la noche en traje de baile y en carruaje.

—¡Y van cuatro! —dijeron al unísono la señora Vauquer y la gruesa Silvia, que no vieron en aquella gran dama ningún vestigio de la joven vestida con sencillez la mañana en que había hecho su primera visita.

Goriot aun pagaba mil doscientos francos de pensión; la señora Vauquer encontró muy natural que un hombre rico tuviese cuatro o cinco amantes y las hiciese pasar por hijas, y no se formalizó ni se enojó porque las llevase a la casa Vauquer. Unicamente que como aquellas visitas le explicaban la indiferencia de su huésped respecto a ella, al principiar el segundo año permitióse llamarle viejo penco. Por fin, cuando su huésped descendió a los novecientos francos, le preguntó muy insolentemente al ver bajar de su cuarto a una de aquellas damas, qué se figuraba que era su casa. El padre Goriot le respondió que aquella dama era su hija mayor.

—¿Tiene usted, por ventura, treinta y seis hijas? —le dijo con acritud la señora Vauquer.

—No tengo más que dos —replicó el padre Goriot.

A últimos del tercer año, el padre Goriot redujo aún más sus gastos, trasladóse al tercer piso pagando cuarenta y cinco francos al mes, privóse del tabaco y despidió al peluquero, dejando de empolvarse los cabellos. Cuando el padre Goriot apareció por vez primera sin estar empolvado, su patrona dejó escapar una exclamación de sorpresa al ver el color gris verdoso de su pelo. La fisonomía del anciano, que se había vuelto más triste a causa de tristes pesares, parecía la más desolada de todas las que rodeaban la mesa. Entonces ya no hubo duda. El padre Goriot era un viejo verde, cuyos ojos sólo habían sabido preservarse de la maligna influencia de los remedios exigidos por sus enfermedades, merced a la habilidad de un médico. El color desagradable de sus cabellos provenía de sus excesos y de los remedios que había tomado para continuarlos. El estado físico y moral del buen hombre daba razón a estos desatinos. Cuando su ajuar estuvo gastado, compró tela barata de algodón para reemplazar su hermosa ropa blanca. Sus diamantes, cadena, cigarrera de oro y sus joyas fueron desapareciendo una a una, y ahora llevaba lo mismo en invierno que en verano, una levita de tosco paño color marrón, un chaleco de piel de cabra y un pantalón gris. Progresivamente había ido adelgazando; sus pantorrillas habían desaparecido; su cara arrugóse desmesuradamente, su frente se llenó de pliegues, y sus mandíbulas comenzaron a dibujarse. Durante el cuarto año de su instalación en la calle Nueva de Santa Genoveva, ya no parecía el mismo. El buen fabricante de fideos, antes bien plantado y rozagante, parecía ahora alelado, vacilante y amarillento. Sus animados ojos azules se empañaron, palidecieron, no lagrimeaban ya, y su ribete rojo parecía llorar sangre. Una noche, después de cenar, como la señora Vauquer preguntara de una manera burlona: "¡Cómo!, ¿ya no vienen a verle sus hijas?", el padre Goriot se estremeció, y le respondió con conmovida voz:

—Sí, a veces viene.

—¡Ah!, ¡ah!, ¿conque las ve aún a veces? —exclamaron los estudiantes—. ¡Bravo!, ¡bravo, padre Goriot!

Pero el anciano no oyó las bromas que motivó su respuesta, pues había caído en un estado meditabundo que los que le observaban superficialmente tomaron por embotamiento senil.

Respecto a las mujeres que decía que eran sus hijas, todo el mundo participaba de la opinión de la señora Vauquer, la cual decía:

—Si el padre Goriot tuviese hijas tan ricas como parecen serlo las que vienen a verle, no estaría en mi casa en el tercer piso pagando cuarenta y cinco francos al mes y no iría vestido tan pobremente.

Nada podía desmentir estas deducciones; así que al finalizar el mes de noviembre de 1819, momento en que estalló este drama, todos los pensionistas tenían formado concepto acerca del pobre anciano: nunca había tenido mujer ni hijas, y el abuso de los placeres lo había llevado al estado en que se hallaba. Poiret, al lado de Goriot, era un águila, un elegante. Poiret hablaba, razonaba, respondía, y aunque al hablar, razonar y responder no dijese nada — pues tenía la costumbre de repetir en otros términos lo que los demás decían—, al menos contribuía a la conversación.

Eugenio de Rastignac había vuelto en una disposición de ánimo totalmente distinta. Durante el primer año de su permanencia en París, el poco trabajo que exigen los primeros exámenes en la facultad le había dejado tiempo para gustar las delicias del París material. Eugenio había sufrido ya este aprendizaje cuando se fué de vacaciones, ya hecho bachiller en letras y en derecho. Sus ilusiones de la infancia y sus ideas de provincia habían desaparecido. Su inteligencia modificada y su ambición exaltada le hicieron ver con precisión el ambiente del hogar paterno, el seno de la familia. Sus padres, sus dos hermanos y una tía, cuya fortuna consistía en pensiones, vivían en la pequeña tierra de Rastignac. Esta propiedad, que producía aproximadamente una renta de tres mil francos, estaba sometida a la incertidumbre que rige al producto industrial de la vida, y, sin embargo, de ella tenían que sacar todos los años mil doscientos francos para él. El aspecto de aquella constante angustia que le ocultaban generosamente; el porvenir inseguro de aquella numerosa familia que confiaba en él, excitaron su deseo de progresar y le dieron sed de distinciones. Como todas las almas grandes, quiso deberlo todo a su propio mérito; pero su espíritu era eminentemente meridional, y en la realización, sus determinaciones tenían que ser víctimas de esas dudas que se apoderan de los jóvenes cuando se hallan en plena mar sin saber a dónde dirigir sus fuerzas, ni hacia qué punto encaminar sus pasos. Si en un principio quiso entregarse de lleno al trabajo, seducido más tarde por la necesidad de crearse relaciones, notó la gran influencia que tienen todas las mujeres en la vida social y decidió lanzarse de pronto al mundo a fin de conquistar protectoras en él. Su tía, la señora de Marcillac, había frecuentado la corte y trabara relaciones con las eminencias aristocráticas. El ambicioso joven la interrogó acerca de los lazos de parentesco que podían reanudarse aún. Después de haber escudriñado las ramas del árbol genealógico, la anciana dama estimó que, de todas las personas comprendidas entre el número de los parientes ricos y egoístas que podían servir a su sobrino, la vizcondesa de Beauseant sería la menos recalcitrante. En consecuencia, le escribió una carta y se la entregó a Eugenio, diciéndole que si la vizcondesa lo acogía bien, ella misma le iría presentando a otros parientes. Algunos días después de su llegada, Rastignac envió la carta de su tía a la vizcondesa de Beauseant y ésta le respondió remitiéndole una invitación de baile para el siguiente día.

Tal era la situación general de la casa de pensión a fines de noviembre de 1819. Algunos días más tarde, Eugenio, después de haber asistido al baile de la vizcondesa de Beauseant, se retiró a las dos de la madrugada, y a fin de ganar el tiempo perdido, el valeroso estudiante, al mismo tiempo que bailaba, prometiase trabajar hasta el amanecer. Eugenio permaneció pensativo algunos momentos antes de sumirse en sus libros de derecho: acababa de reconocer en la vizcondesa de Beauseant a una de las reinas de la moda de París, cuya casa pasaba por ser una de las más agradables del arrabal Saint-Germain. Aquella dama era una de las eminencias del mundo aristocrático, de suerte que el pobre estudiante, merced a su tía Marcillac, había sido recibido en aquella casa sin reconocer la extensión de tal favor. Ser recibido en aquellos dorados salones equivalía a un privilegio de nobleza, y al frecuentar aquella sociedad, la más exclusiva de todas, Rastignac había conquistado el derecho de concurrir a todas partes. Deslumbrado por aquella asamblea brillante y después de haber cambiado apenas algunas palabras con la vizcondesa, Eugenio habíase contentado con obsequiar a una de esas mujeres que debe adorar primero un joven. La condesa Anastasia de Restaud, alta y bien formada, gozaba fama de poseer uno de los cuerpos mejor

¡UNA HISTORIA DE PASION Y DE MUERTE!...

"EL ARCHIPIELAGO DE LAS SIRENAS"

de W. SOMERSET MAUGHAM

podrá ser gustado por los lectores de

LEOPLÁN

en su próximo número

RECUERDELO...

EL 16 DEL ACTUAL

proporcionados de París. Tenía unos ojos grandes y negros, unas manos magníficas, un pie chiquito y mucha viveza en los movimientos: tal era la mujer apellidada por el marqués de Ronquerolles: *Yegua de pura sangre*. Esta finura de nervios no le restaba ningún mérito: la condesa tenía las formas llenas y redondas sin que pudiese por eso ser acusada de gordura. Para Rastignac, la condesa Anastasia de Restaud fué la mujer deseada. Había logrado inscribirse para dos bailes en la lista de los caballeros anotada en el abanico y pudo hablarle durante la primera contradanza.

—Señora, ¿dónde hallaré a usted en lo sucesivo? —le había preguntado bruscamente con ese fuego pasional que tanto complace a las mujeres.

—En el Bosque, en los Bufones, en mi casa, en todas partes —le respondió ella.

Y el aventurero meridional habíase apresurado a trabar amistad con aquella deliciosa condesa dentro de la amistad que cabe trabar con una mujer durante una contradanza y un vals. Al decir que era primo de la vizcondesa de Beauseant, fué invitado a ir a su casa por aquella mujer, a quien él tomó por una gran dama. Por la última sonrisa que la condesa le dirigió, Rastignac creyó necesaria su visita. El estudiante había tenido la dicha de hallar un hombre que no se había burlado de su ignorancia, defecto mortal de que adolecían los impertinentes de la época, que gozaban allí de la gloria de sus fatuidades en medio de las mujeres más elegantes. Afortunadamente, pues, el sencillo estudiante cayó en manos del marqués de Montriveau, el amante de la duquesa de Langeáis, un general sencillo como un niño, el cual le comunicó que la condesa de Restaud vivía en la calle del Helder. ¡Ser joven, tener sed de mundo y hambre de mujeres, y ver que se le abren a uno dos cosas! ¡Poner los pies en el arrabal de Saint-Germain, en casa de la vizcondesa de Beauseant y la rodilla en la calzada de Antín, en casa de la condesa de Restaud! ¡Sumir una mirada en los salones de París y creerse bastante apuesto para encontrar en ellos ayuda y protección en un corazón de mujer! Su distraído pensamiento saboreaba con tal delicia los goces futuros, que ya se creía al lado de la señora de Restaud, cuando un suspiro semejante a un ¡ch!, turbó el silencio de la noche. Eugenio abrió con cuidado la puerta, y cuando estuvo en el corredor, vió una línea de luz trazada en la parte baja de la puerta de la pieza del padre Goriot. Eugenio temió que su vecino estuviese indispuesto, y mirando por el agujero de la cerradura, vió al anciano ocupado en labores que le parecieron demasiado criminales para que no creyese prestar un servicio a la humanidad examinando lo que el fabricante de fideos maquinaba nocturnamente. El padre Goriot, que había atado a la pata de una mesa tumbada un plato y una sopera de plata, arrollaba una soga en torno de estos objetos, ricamente esculpidos, apretándolos con tanta fuerza, que indudablemente los retorcía para convertirlos en lingotes.

—¡Diablos!, ¡qué hombre! —se dijo Rastignac al ver los nervudos brazos del anciano, que con ayuda de aquella cuerda amasaba sin ruido, cual si fuese una pasta, la dorada plata—. ¿Será acaso un ladrón o un encubridor que, para entregarse con más seguridad a su comercio, finja estupidez e impotencia y viva mendigando? —se preguntó Eugenio irguiéndose.

De nuevo aplicó el ojo al agujero de la cerradura, y vió que el padre Goriot tomaba la masa de plata y la enrollaba para convertirla en barras, operación que realizó con una rapidez asombrosa.

—¿Tendrá acaso tanta fuerza como el rey Augusto de Polonia? —se dijo Eugenio cuando vió eso.

El padre Goriot miró su obra con aire triste; algunas lágrimas brotaron de sus ojos; apagó la lámpara y se acostó lanzando un suspiro.

—¡Está loco! —pensó Eugenio.

—¡Pobre hija mía! —exclamó en voz alta el padre Goriot.

Al oír estas palabras, Rastignac juzgó prudente guardar silencio acerca de lo que viera y no condenar desconsideradamente a su vecino. Ya iba el joven a retornar a su cuarto, cuando oyó de pronto un ruido bastante difícil de expresar y que debió ser producido por hombres que subían la escalera calzados con escarpines. Puso atención y reconoció en efecto el sonido alternativo de la respiración de dos hombres. Sin haber oído el chirrido de la puerta ni los pasos de los dos hombres, Eugenio de pronto vió un débil resplandor en el segundo piso, en la pieza del señor Vautrin.

—¡Vaya unos misterios que encierra una casa de pensión! —se dijo al mismo tiempo que bajaba a su cuarto. Después se puso a escuchar y percibió el sonido del oro.

La luz no tardó en ser apagada, las dos respiraciones volvieron a oírse en seguida sin que la puerta hubiese chillado, y luego, a medida que los dos hombres descendían, el ruido fué debilitándose.

—¿Quién está ahí? —gritó la señora Vauquer abriendo la ventana de su cuarto.
—Soy yo, ya vengo de retirada, señora Vauquer —dijo Vautrín con su gruesa voz.
—¡Es raro! Cristóbal ya había echado los cerrojos —se dijo Eugenio, entrando en su cuarto.
En París, para saber lo que pasa en torno de uno, es necesario velar.
Desviado por estos pequeños acontecimientos de su meditación ambiciosamente amorosa, Eugenio se puso a trabajar. Distraído aún por las sospechas que el padre Goriot le inspiraba y más distraído aún por la figura de la señora de Restaud, que se le aparecía de cuando en cuando como la mensajera de un destino brillante, el estudiante terminó por acostarse y dormir a pierna suelta.
A la mañana siguiente cubría a París una de esas espesas nieblas que ocultan de tal modo la claridad, que las gentes más puntuales se engañan respecto a la hora. Casi todo el mundo falta a las citas que se dieron, pues cuando uno cree que son las ocho, oye dar las doce. Eran las nueve y media, y la señora Vauquer aun no se había movido de la cama; Cristóbal y la gruesa Silvia, retrasada también, tomaban tranquilamente su café, preparado con la nata de la leche destinada a los pensionistas.
—Silvia —dijo Cristóbal mojando la primera tostada—, el señor Vautrín, que es un buen hombre, esta noche regresó con otras dos personas. Para que la señora no se inquiete, es necesario que usted no le diga nada.
—¿Le dió algo a usted?
—Me dió los cinco francos de cada mes, que es como decirme que me calle.
—Salvo él y la señora Couture, que no son tacaños, los demás quisieran sacarnos con la mano izquierda el aguinaldo que nos dan con la derecha el día de Navidad —dijo Silvia.
—¡Y vaya aguinaldo que dan! —dijo Cristóbal—, una sola moneda, y de cinco francos. El padre Goriot hace ya dos años que se limpia las botas él mismo. Ese avaro Poiret se pasa sin betún. Respecto al estudiantillo, me da dos francos, con lo cual no tengo ni para cepillos, y además de esto, vende la ropa vieja. ¡Qué barraca de gitanos!
—¡Bah! —dijo Silvia, sorbiendo poco a poco el café—, nuestras colocaciones aun son las mejores del barrio; aquí se está bien. Pero a propósito de papá Vautrín, Cristóbal, ¿no le dijo a usted algo alguna vez?
—Sí, hace algunos días encontré a un señor en la calle que me dijo: "¿No se hospeda en su casa un señor grueso que se tiñe las patillas?" Y yo le respondí: "No, señor, no se las tiñe, porque un hombre alegre como él no tiene tiempo para hacerlo." Yo se lo conté al señor Vautrín, y él me dijo: "Hiciste bien, hijo mío, y siempre debes responder lo mismo. Nada es más desagradable que dejar que conozcan nuestras debilidades, lo cual puede estropear alguna buena boda".
—Pues bien, también a mí quisieron embaucarme en el mercado para que dijese si le veía ponerse la camisa... ¡Diablo! —dijo interrumpiéndose—, ya dan las diez menos cuarto en Val-de-Grâce y nadie se mueve.
—¡Oh!, es que salieron. La señora Couture y la joven se fueron a las ocho a San Esteban a comerse el buen Dios; el padre Goriot salió con un paquete. El estudiante no vendrá hasta eso de las diez, después de la clase. Yo los vi salir a todos mientras barría la escalera. Por cierto que el padre Goriot me dió un golpe con lo que llevaba, que era duro como el hierro. ¿Qué diablos hará ese buen hombre? Los demás lo manejan como a una pelota; pero de todos modos es un buen hombre que vale más que todos juntos. No da gran cosa; pero las señoras a cuya casa me envía, a veces me largan magníficas propinas, ¡y que gastan lujo de veras!
—¿Las que él llama sus hijas? Lo menos deben ser una docena.
—Yo no fuí más que a casa de dos, que son las mismas que vinieron aquí.
—Ya se mueve la señora: tendré que ir a ayudarle a vestirse. Cristóbal, tenga cuidado de que el gato no se tome la leche.
Silvia subió a la habitación de su patrona.
—¡Cómo, Silvia!, son las diez menos cuarto; usted me dejó dormir como una marmota. Nunca me pasó cosa igual.
—Es la niebla, señora, que se puede cortar con un cuchillo.
—¿Y el almuerzo?
—¡Bah!, los huéspedes se han ido muy temprano.
—Silvia, es raro, ¿cómo habrá entrado el señor Vautrín después de haber echado Cristóbal los cerrojos?
—Usted se equivoca, señora; es que Cristóbal lo oyó y bajó a abrirle.
—Bueno, dame mi blusa y vete a preparar el almuerzo.



Arregla el resto del cordero con patatas y pon a cocer peras de las baratas.

Momentos después, la señora Vauquer bajó en el preciso instante en que su gato tiraba de un zarpazo el plato que cubría una taza con leche y disponíase a beberla.

—¡Mistigris! —exclamó la patrona.

El gato se escapó y luego volvió a acariciar a su ama.

—Sí, sí, ven con monerías, granuja, ¡Silvia! ¡Silvia! — gritó.

—¿Qué hay, señora?

—Mire lo que se bebió el gato.

—Tiene la culpa ese zopenco de Cristóbal, que le dije que tuviese cuidado. ¡Oh!, no se apure, señora, es el café del padre Goriot. Como el pobre hombre no hace caso de nada, ni aun de lo que come, le pondré agua y no lo notará.

—¿Adónde fué ese chino? —dijo la señora Vauquer.

—¿Quién lo sabe, si se trae unos manejos del demonio?

—He dormido demasiado —dijo la señora Vauquer.

—Pero está usted fresca como una rosa.

En ese momento sonó la campanilla y Vautrin entró en el comedor cantando, con su voz profunda, una canción picaresca.

—¡Oh!, ¡oh!, buenos días, señora Vauquer —dijo advirtiendo la presencia de la patrona y tomándola en sus brazos.

—Vamos, hombre.

—Diga usted impertinente — repuso él—; vamos, dígalo. Mire, voy a poner mi cubierto al lado del suyo. ¿Verdad que soy muy amable?... Acabo de ver una cosa muy rara.

—¿Qué? —dijo la viuda.

—El padre Goriot, a las ocho y media estaba en la calle de la Delfina en casa del platero que compra galones y cubiertos viejos. Le vendió por una buena suma un objeto de plata sobredorada todo enrollado.

—¿De veras?

—Sí. Yo regresaba de acompañar a un amigo y esperé al padre Goriot para ver lo que hacía. Es para morirse de risa. El padre Goriot subió a este barrio, a la calle de los Grès, y entró en la casa de un conocido usurero llamado Gobseck, un pillastre capaz de hacer dominós con los huesos de su padre.

—Pero, ¿y qué hace con tales manejos ese padre Goriot?

—No hace nada —repuso Vautrín—, deshace. Es un imbécil bastante tonto para arruinarse por las mujeres.

—Ya está ahí —dijo Silvia.

—Cristóbal —gritó el padre Goriot—, sube conmigo.

Cristóbal siguió al padre Goriot y al poco rato bajó.

—¿Adónde vas? —preguntó a su criado la señora Vauquer.

—A hacer un encargo para el señor Goriot.

—¿Qué es eso? —dijo Vautrín arrancando de las manos de Cristóbal una carta en la cual leyó: "A la señora condesa Anastasia de Restaud". Y ¿adónde la llevas? —repuso devolviéndole la carta a Cristóbal.

—A la calle de Helder, y tengo orden de no entregar esta carta más que a la señora condesa.

—¿Qué lleva dentro? —dijo Vautrín poniendo la carta al trasluz—. Un billete de banco, ¿no?

Después, entreabriendo el sobre, exclamó:

—¡Diablo! ¡Una letra pagada! Es galante el viejo. Anda, anda, corre, que te darán una buena propina.

La mesa estaba puesta y Silvia hervía la leche. La señora Vauquer prendía la estufa con ayuda de Vautrín, que tarareaba una canción. Cuando todo estuvo dispuesto, llegaron la señora Couture y la señorita Taillefer.

—¿De dónde viene tan de mañana, hermosa mía? —preguntó la señora Vauquer a la señora Couture.

—De San Esteban, de hacer nuestras devociones, porque tenemos que ir hoy a casa del señor Taillefer. ¡Pobrecilla!, tiembla como una hoja — repuso la señora Couture sentándose ante la estufa y acercando a la boca de la misma los zapatos, que comenzaron a humear.

—¿Por qué no se calienta también usted, Victorina? —dijo la señora Vauquer.

—Señorita, no está mal que le ruegue a Dios para que ablande a su padre —dijo Vautrín presentando una silla a la huérfana —; pero eso no basta. Necesitaría un amigo que se encargue de decirle cuatro frescas a ese salvaje que, según dicen, tiene tres millones y que, sin embargo, se niega a darle dote. En los tiempos que corremos, una muchacha bonita necesita dote.

—¡Pobre chica! —dijo la señora Vauquer.

—Pero deje usted, que el monstruo de su padre se está atrayendo la desgracia.

Al oír estas palabras, los ojos de Victorina humedeciéronse y la viuda se detuvo ante una seña que le hizo la señora Couture.

—Si pudiésemos verle, si yo pudiese hablarle y entregarle la última carta de su esposa —repuso la viuda del comisario ordenador—. Nunca he querido arriesgarme a mandarla por el correo, porque conoce mi letra...

—*¡Oh, mujeres inocentes, desgraciadas y perseguidas!* — exclamó Vautrín interrumpiéndola —: ya ven ustedes cómo se hallan. Dentro de algunos días me ocuparé de sus asuntos y todo marchará bien.

—¡Oh!, señor —dijo Victorina a Vautrín dirigiéndole una ardiente mirada—, si usted conoce algún medio de hablar a mi padre, dígale que su cariño y el honor de mi madre me interesan más que todas las riquezas del mundo. Si lograse calmar su rigor, yo rogaría por usted toda mi vida y se lo agradecería eternamente.

Vautrín comenzó a tararear una canción con voz irónica, y en aquel momento mismo bajaron Goriot-Poiret y la señorita Michonneau, atraídos sin duda por el olor del guisote que preparaba Silvia con los restos del cordero.

En el momento en que los siete huéspedes se sentaban a la mesa daban las diez, y se oían en la calle los pasos del estudiante.

—¡Ah!, muy bien, señorito Eugenio — dijo Silvia—, hoy almorzará usted con todo el mundo.

El estudiante se sentó al lado del padre Goriot.

—Acaba de ocurrirme una aventura singular —dijo Eugenio sirviéndose cordero en abundancia y cortándose un pedazo de pan que era medido siempre con la vista por la señora Vauquer.

—¿Una aventura? —exclamó Poiret.

—¿De qué se asombra usted, majadero? —repuso Vautrín a Poiret—. El señor es bastante apuesto para tener aventuras.

La señorita Taillefer dirigió una tímida mirada al estudiante.

—Bueno, cuéntenos la aventura —pidió la señora Vauquer.

—Ayer estaba en el baile de la vizcondesa de Beauseant, que es prima mía, y nos dió una fiesta magnífica donde me divertí como un rey...

—*Ecillo* —dijo Vautrín interrumpiéndole.

—Caballero —repuso vivamente Eugenio —, ¿qué quiere usted decir?...

—Digo *Ecillo* porque los reyecillos se divierten más que los reyes.

—Es verdad, preferiría ser pajarito sin cuidados que rey, porque... —dijo Poiret.

—En fin —repuso el estudiante cortándole la frase—, bailo con una de las mujeres más hermosas del baile, una condesa encantadora, la criatura más deliciosa que he visto en mi vida. Pues bien, esta mañana, a las nueve, encontré a aquella divina condesa a pie por la calle de los Grés. ¡Oh!, el corazón me latió. Yo me figuraba...

—¿Qué venía aquí? —dijo Vautrín lanzando una profunda mirada al estudiante—. Sin duda iba a casa de papá Gobseck, el usurero. Si escudriñáis el corazón de las mujeres en París, siempre encontraréis en él al usurero antes que al amante. La condesa que usted dice, se llama Anastasia de Restaud, y vive en la calle de Helder.

Al oír este nombre, el estudiante miró fijamente a Vautrín. El padre Goriot irguió bruscamente la cabeza y fijó en los dos interlocutores una mirada luminosa y llena de inquietud que sorprendió a los pensionistas.

—¡Cristóbal llegará demasiado tarde! ¡Ella ya había ido! —exclamó dolorosamente el padre Goriot.

—He adivinado —dijo Vautrín hablándole al oído a la señora Vauquer.

El padre Goriot comía maquinalmente sin saber lo qué. Jamás había parecido tan estúpido ni tan distraído como en aquel instante.

—¿Quién diablo pudo decirle su nombre, señor Vautrín? —le preguntó Eugenio.

—¡Ah!, ¡ah!, amigo mío —respondió Vautrín—. ¿Por qué no he de saberlo yo, sabiéndolo el padre Goriot?

—¡Señor Goriot! —exclamó el estudiante.

—¿Qué? —dijo el pobre anciano—, ¡estaba muy linda ayer!

—¿Quién?

—La señora Restaud.

—Mire cómo se le encandilan los ojos al viejo verde —dijo la señora Vauquer a Vautrín.

—¿La mantendrá, por ventura él? — preguntó en voz baja la señorita Michonneau al estudiante.

—¡Oh!, sí, estaba encantadora —repuso Eugenio, a quien el padre Goriot miraba ávidamente—. Si la vizcondesa de Beauseant no hubiese estado allí, mi divina condesa hubiera sido la reina del baile. Los jóvenes sólo tenían ojos para ella, que bailaba todas las contradanzas; yo estaba inscrito en su lista con el número 12...

—Ayer, en lo más alto de la sociedad, en casa de una duquesa —dijo Vautrín—; esta mañana sumida en lo más bajo, en casa de un prestamista. He aquí a las parisienses. Si sus maridos no pueden sostener su desenfrenado lujo, se venden, y si no saben venderse, destriparían a sus madres para arrancarles algo con que brillar. Conozco, conozco todo eso.

La cara del padre Goriot, que se había iluminado al oír al estudiante, se tornó sombría ante la cruel observación de Vautrín.

—Bueno —repuso la señora Vauquer—, y ¿cuál fué su aventura?, ¿le habló usted?

—No, ella no me vió —dijo Eugenio—.

Pero, ¿no es singular encontrar a las nueve de la mañana, en la calle de los Grès, a una de las mujeres más hermosas de París, que salió del baile a las dos de la madrugada? Sólo aquí se ven estas cosas.

—¡Oh!, las hay mucho más raras —exclamó Vautrín.

La señorita Taillefer estaba tan preocupada con la tentativa que iba a hacer, que apenas había escuchado. La señora Couture le hizo seña de que subiese a vestirse, y cuando ambas salieron, el padre Goriot las imitó.

—Vaya, ¿lo han visto ustedes? —dijo la señora Vauquer a Vautrín y a los demás pensionistas—. ¿Se convencen de que se ha arruinado por esas mujeres?

—Jamás me hará creer nadie que la hermosa condesa de Restaud pertenece al padre Goriot —exclamó el estudiante.

—No tenemos ningún interés en convencerle —le dijo Vautrín interrumpiéndole—. Pero usted es demasiado joven para conocer bien París; más tarde verá que hay aquí lo que llamamos *hombres de pasiones*..

Al oír estas palabras, la señorita Michonneau miró a Vautrín con aire de inteligencia.

—¡Ah!, ¡ah! —exclamó Vautrín interrumpiéndose para dirigirle una profunda mirada —; ¿también nosotros tuvimos nuestras pasiones?

La solterona bajó los ojos como una religiosa que ve estatuas desnudas.

—Pues bien, esos hombres aférranse a una idea, a una pasión, y para salir con la suya serían capaces de vender sus mujeres, sus hijos, o de entregar su alma al diablo. El padre Goriot es uno de esos hombres. La condesa lo explota porque es discreto, y ahí tiene usted el gran mundo. El pobre hombre no piensa más que en ella. Aparte de su pasión, ya lo ve, es una bestia estúpida. En cambio, háblele usted de esto, y verá que su cara se ilumina como un diamante. El secreto no es difícil de adivinar. Esta mañana llevó plata a la fundición, y yo lo vi entrar en casa de papá Gobseck, en la calle de los Grès. Al volver, envió a casa de la condesa de Restaud a ese estúpido de Cristóbal, que nos mostró la dirección de la carta, dentro de la cual había una letra. Es claro que si la condesa iba también a casa del usurero, es porque dicha letra corría prisa. No se precisa mucho talento para entender esto. Conque, joven estudiante, no me negará que esto prueba que, mientras la condesa bailaba, reía y hacía monerías luciendo su hermoso vestido, su corazón estaba oprimido por el recuerdo de sus letras de cambio protestadas, o las de su amante.

—Me despierta usted unas ganas atroces de saber la verdad — exclamó Eugenio—. Mañana iré a casa de la señora Restaud.

—Sí —dijo Poiret—, hay que ir mañana a casa de la condesa de Restaud.

—Y quizá encuentre allí al buen Goriot, que saldrá de cobrar el importe de sus galanterías.

—¡Pero este París es un lodazal! —exclamó Eugenio con disgusto.

—¡Y qué lodazal! —repuso sentenciosamente Vautrín—. Los que se enlodan en coche, son gentes honradas; los que se enlodan a pie, son unos bribones. Tenga la desgracia de quitar cualquier cosa, y será usted mostrado en el palacio de Justicia como una curiosidad; por el contrario, robe usted un millón, y será respetado en los salones como un hombre lleno de virtudes. ¿Qué le parece?

—¡Sin embargo se pagan treinta millones a la gendarmería y a la justicia para mantener esta moral!

—¡Cómo! —exclamó la señora Vauquer—, ¿habrá fundido su servicio de plata el padre Goriot?

—¿Tenía dos tortolitos en la tapa? —preguntó Eugenio.

—Sí.

—Pues se conoce que apreciaba mucho esos objetos, porque antes de fundirlos lloró; yo lo vi por casualidad— dijo Eugenio.

—Los apreciaba como su propia vida —respondió la patrona.

—Vea usted si es apasionado el buen hombre —exclamó Vautrín—. Se conoce que esa mujer sabe halagarle.

El estudiante subió a su cuarto. Vautrín salió. Algunos instantes después, la señora Couture y Victorina subieron a un coche que Silvia había ido a buscar. Poiret ofreció el brazo a la señorita Michonneau, y ambos fueron a aprovechar las dos horas de sol, paseando por el Jardín de Plantas.

—Vaya, ahí los tiene casi casados —dijo la gruesa Silvia—. Hoy salen juntos por primera vez. Están los dos tan secos, que si se rozan mucho van a sacar chispas como un eslabón.

—Y cuidado con el chal de la señorita Michonneau, que ardería como la yesca —dijo riéndose la señora Vauquer.

A las cuatro de la tarde, cuando regresó Goriot, vió, a la mortecina luz de dos humeantes lámparas, a Victorina, cuyos ojos estaban enrojecidos por el llanto. La señora Vauquer escuchaba con profunda atención el relato que la señora Couture le hacía de la infructuosa visita que ella y Victorina habían hecho aquella mañana al señor Taillefer, quien, fastidiado por la insistencia con que su hija y aquella vieja querían ser recibidas, accedió a ello, con el fin de tener una explicación con ambas.

—Señora mía —decía la Couture a su patrona—, figúrese que ni siquiera le hizo sentarse a Victorina. A mí me dijo que podía ahorrarme el trabajo de ir a su casa; que la señorita, sin llamarla hija, se perjudicaba yendo a importunarle; que como la madre de Victorina se había casado pobre, nada tenía que reclamar. En fin, las cosas más duras, que hicieron derramar abundantes lágrimas a esta pobre niña, la cual se arrojó a los pies de su padre y le dijo que sólo insistía tanto por su madre, que obedecería su voluntad sin murmurar; pero que le suplicaba que leyese el testamento de la pobre difunta. Después tomó la carta y se la presentó diciéndole las más hermosas cosas del mundo y las más sentidas. Yo no sé de dónde las sacó, parecía que Dios se las dictaba, porque la pobre niña estaba tan inspirada, que yo lloraba como una tonta oyéndola. ¿Sabe usted lo que hacía entretanto aquel monstruo de hombre? Se cortaba las uñas, después tomó aquella carta que la pobre señora Taillefer había empapado con sus lágrimas, y la arrojó al fuego diciendo: "Está bien". Ha querido levantar a su hija, que le tomó las manos para besárselas; pero él las retiró. ¿Ha visto usted mayor infamia? El majadero de su hijo entró sin saludar siquiera a su hermana.

—¡Pero esas gentes son unos monstruos! —exclamó el padre Goriot.

—Después —añadió la señora Couture sin hacer caso de la exclamación del buen hombre—, el padre y el hijo se fueron, saludando y rogándome que les dispensase, porque tenían asuntos urgentes. He

aquí el resultado de la visita. Menos mal que ha visto a su hija. Yo no sé cómo puede renegar de ella, pareciéndosele como se le parece.

Los pensionistas internos y externos fueron llegando uno tras otro, diciéndose esas insignificancias que constituyen en ciertas clases parisienses un espíritu picaresco. Esta clase de jerga varía continuamente. La reciente invención del *diorama* originó en ciertos talleres de pintura la broma de hablar en *rama*, que fué introducida en la posada Vauquer por un joven pintor que la frecuentaba.

—¡Hola, señor Poiret! —dijo uno de los concurrentes—, ¿cómo va ese *valorama*? Señoras, ¿están ustedes apenadas? —añadió después dirigiéndose a la señora Couture y a Victorina.

—¿Vamos a comer? —exclamó Horacio Bianchón, estudiante de medicina muy amigo de Rastignac—. Tengo ya la comida en los talones.

—Hace un *friorama* enorme —dijo Vautrín—. ¡Diablo, papá Goriot, deje usted sitio, que aprovecha toda la estufa con sus pies!

—Aquí está su excelencia el marqués de Rastignac, doctor en derecho torcido —exclamó Bianchón tomándolo por el cuello y apretándoselo cuanto pudo.

La señorita Michonneau entró muy pausadamente, saludó y fué a colocarse al lado de las tres mujeres.

—Esa vieja que parece un murciélago me hace temblar —dijo en voz baja Bianchón a Vautrín, señalando a la señorita Michonneau—. Yo, que estudio el sistema de Gall, le he encontrado las protuberancias de Judas.

—¿La ha conocido el señor? —preguntó Vautrín.

—¿Quién no la ha encontrado? —dijo Bianchón— Palabra de honor que esa vieja blanca me hace el efecto de esos gusanos grandes que terminan por roer una viga.

—Vea usted lo que es la vida, joven —dijo el cuarentón atusándose las patillas:

Y rosa, ha vivido lo que viven las rosas,
Tan sólo una mañana.

—¡Ah!, ¡ah!, aquí tenemos nuestra magnífica *cenorama* —dijo Poiret al ver que Cristóbal entraba trayendo la sopa.

—Perdone usted, caballero —dijo la señora Vauquer—, es una sopa de coles.

Todos los jóvenes soltaron una carcajada.

—Le ha reventado a usted, Poiret.

—Apúntenle dos tantos a la señora Vauquer —dijo Vautrín.

—¿Se fijaron en la niebla de esta mañana? —dijo un empleado del Museo.

—Era una niebla frenética y sin par, una niebla lúgubre, melancólica, verde, repulsiva, una niebla Goriot —dijo Bianchón.

—*Goriorama* —dijo el pintor—, porque no se veía nada.

—¡Eh!, milord Goriot, *le hablan a usted aquí.*

Sentado a un extremo de la mesa, cerca de la puerta de entrada, el padre Goriot levantó la cabeza olfateando un pedazo de pan.

—¡Cómo!, ¿acaso no encuentra bueno el pan? —le gritó agriamente la señora Vauquer, con voz que dominó el ruido de las cucharas y los platos.

—Al contrario, señora —respondió—. Está hecho con harina de Etampes de primera calidad.

—¿En qué lo conoce? —le preguntó Eugenio.

—En la blancura y en el gusto.

—En el gusto de la nariz, porque lo huele usted —dijo la señora Vauquer—. Se vuelve tan económico, que acabará por encontrar el medio de alimentarse aspirando el aire que sale de la cocina.

—Si es así, saque usted patente de invención y hará una buena fortuna —le dijo el empleado del Museo.

—Sí, déjenlo, hace eso para persuadirnos de que fué fabricante de fideos —dijo el pintor.

—¿Es acaso una retorta su nariz? —le preguntó el empleado del Museo.

—¿Re qué? —dijo Bianchón.

—Re-cuerno.

—Ré-mora.

—Re-molacha.

—Re-doma.

—Re-toma.

—Re-taco.

—Re-pisa.

—Re-polloramá.

Estas ocho respuestas salieron de todos los ámbitos del comedor con la rapidez de un rayo y se prestaban tanto más a risa, cuanto que el pobre Goriot miraba a los otros pensionistas con aire estúpido, como hombre que procura entender una lengua extranjera.

—¿Re qué? —le preguntó a Vautrín, que estaba a su lado.

—Re tonto —dijo Vautrín dando un golpe en el sombrero al padre Goriot y hundiéndoselo hasta las orejas.

El pobre anciano, estupefacto ante tan brusco ataque, permaneció inmóvil un momento, y Cristóbal se llevó su plato creyendo que había acabado la sopa; de suerte que cuando Goriot tomó la cuchara después de haberse levantado el sombrero, tocó con ella en la mesa creyendo meterla en el plato, lo cual fué motivo de que todos los pensionistas soltaran una carcajada.

—Señor —dijo el anciano—, es usted un mal bromista, y si se permite de nuevo tales libertades...

—¿Qué, papá? —le preguntó Vautrín interrumpiéndole.

—Que llegará un día en que lo pagará muy caro.

—En el infierno, ¿verdad? —dijo el pintor.

—¡Qué es eso, señorita!, ¿no come usted? —preguntó Vautrín a Victorina—. ¿Acaso se ha mostrado su papá recalcitrante?

—De una manera horrorosa —respondió la señora Couture.

—Habrá que hacerle entrar en razón —dijo Vautrín.

—Señorita, puesto que usted no come, podrá intentar un pleito pidiendo alimentos —le dijo Rastignac, que se hallaba al lado de Bianchón—. ¡Eh!, ¡eh!, miren ustedes cómo contempla el padre Goriot a la señorita Victorina —agregó riendo.

El anciano se olvidaba de comer para mirar a la joven, cuyas facciones trasuntaban un dolor verdadero, el dolor de la hija desconocida que ama a su padre.

—Querido mío, nos hemos equivocado acerca del padre Goriot —dijo Eugenio en voz baja a Bianchón—. No es un imbécil ni un hombre sin sentimientos. Aplícale tu sistema de Gall y dime lo que opinas. Esta noche lo vi retorcer un plato de plata como si fuese de cera, y en este momento su cara revela sentimientos extraordinarios. Su vida me parece demasiado misteriosa para que no sea digna de ser estudiada. Sí, Bianchón, no te rías, te hablo en serio.

—De acuerdo — dijo Bianchón —, este hombre es un caso curioso... de medicina; si quieres, lo disecaré.

—No, examínale la cabeza.

—¡Dios me libre!, su estupidez podría ser contagiosa.

Al día siguiente, Rastignac vistióse elegantemente, y a eso de las tres de la tarde se encaminó a casa de la señora de Restaud, entregándose por el camino a esas locas esperanzas que tan gratas emociones comunican a la vida de los jóvenes.

Eugenio marchaba con mil precauciones para no mancharse de barro; pero iba pensando en lo que le diría la señora de Restaud, y haciendo acopio de gracia, inventaba respuestas para una conversación imaginaria y preparaba frases agudas a lo Talleyrand, suponiendo circunstancias favorables a la declamación en que fundaba su porvenir. En esto, distraído, manchóse las botas, y se vió obligado a lustrárselas en la tienda de un limpiabotas.

—Si yo fuese rico — se dijo al mismo tiempo que cambiaba una moneda de veinticinco francos — iría en coche y podría pensar a mi gusto.

Al fin llegó a la calle de Helder y preguntó por la condesa de Restaud. Con la fría rabia del hombre seguro de triunfar algún día, Eugenio aguantó la displicente mirada de los criados que le habían visto atravesar el patio a pie sin haber oído el ruido de un coche a la puerta. Aquella mirada le reveló su inferioridad al entrar en aquel patio, donde piafaba un hermoso caballo, ricamente enganchado a un cabriolé de lujo. El solo ya empezó a ponerse de mal humor, y los depósitos de su cerebro, que él creía llenos de gracia, cerráronse de pronto dejándole como alelado. Esperando la respuesta de la condesa, a la que un ayuda de cámara fuera a comunicar el nombre del visitante, Eugenio se cruzó de piernas apoyando el codo en una falleba y miró maquinalmente al patio.

—Caballero — le dijo el ayuda de cámara —, la señora está muy ocupada en su gabinete y no ha respondido; pero si quiere pasar al salón, allí hay algunos que la aguardan.

Al mismo tiempo que admiraba el poder de aquellos criados que con una sola mirada juzgan o acusan a sus amos, Rastignac abrió deliberadamente la puerta por donde había salido el ayuda de cámara a fin de hacerle creer, sin duda, que conocía a las gentes de la casa; pero fué a dar a una habitación donde había lámparas, armarios y un aparato para calentar las toallas para el baño, habitación que se comunicaba con un corredor obscuro, a cuyo extremo encontrábase una escalera oculta. Las risas ahogadas que oyó en la antesala le llenaron de embarazo.

—Caballero, el salón es por aquí — le dijo el ayuda de cámara con ese falso respeto que parece ser una burla más.

Eugenio dió la vuelta con tal presteza, que chocó contra una bañera; pero detuvo a tiempo su sombrero para impedir que cayera en el agua. En este momento abrióse una puerta en el fondo de un largo corredor iluminado por una lámpara, y Rastignac oyó la voz de la señora de Restaud, la del padre Goriot y el ruido de un beso. Después entró en el comedor, lo cruzó seguido del ayuda de cámara y penetró en el primer saloncito, quedándose en él y asomándose a una ventana al ver que ésta daba al patio. Eugenio quería saber si aquel padre Goriot era realmente el padre Goriot de

la pensión. Recordaba las asombrosas reflexiones de Vautrín y el corazón le latía violentamente. El ayuda de cámara esperaba a Eugenio en la puerta del salón; pero de pronto, de éste salió un joven, diciendo impacientemente:

—Mauricio, me voy. Dígale a la señora condesa que la esperé más de media hora.

Dicho esto, aquel impertinente tarareó una canción italiana, al mismo tiempo que se dirigía a la ventana que ocupaba Eugenio, e hizo esto tanto para ver la cara del estudiante como para mirar al patio.

—El señor conde haría mejor en esperar un momento, porque la señora ya ha acabado — dijo Mauricio volviendo a la antesala.

En aquel instante, el padre Goriot iba a entrar por la puertecita cochera que se comunicaba con la escalera de escape. El buen hombre disponíase a abrir su paraguas, sin reparar que la puerta principal estaba abierta para dar paso a un joven condecorado que guiaba un tílburi. El padre Goriot sólo tuvo tiempo de echarse atrás para no ser aplastado. La tela del paraguas había asustado al caballo, que dió un ligero salto. Entonces, el joven que lo guiaba volvió la cabeza con aire iracundo, vió al padre Goriot, y antes de que saliese le hizo un saludo que denotaba la consideración forzosa que se concede a los usureros cuando se les necesita, o ese respeto necesario debido a un hombre desacreditado cuya amistad nos hace enrojecer más tarde. El padre Goriot respondió con un saludo amistoso lleno de bondad. Demasiado atento y preocupado para notar que no estaba solo, Eugenio oyó de pronto la voz de la condesa, que con tono de reproche y de respeto decía:

—¡Ah!, Máximo, ¿se marchaba usted ya?

La condesa no había notado la entrada del tílburi. Rastignac volvióse bruscamente y vió a la dama coquetamente vestida con un peinador de cachemira blanca y peinada con negligencia. Aquella mujer exhalaba un grato perfume; su belleza parecía más voluptuosa y sus ojos estaban húmedos.

Eugenio vió a Máximo, y la condesa notó la presencia de aquél, diciéndole con ese aire a que saben obedecer las gentes de ingenio:

—¡Ah!, ¿es usted, señor de Rastignac? ¡Cuánto celebro verle!

Máximo miraba alternativamente a Eugenio y a la condesa de una manera bastante significativa para que el intruso se largara. "¡Ah!, querida mía, espero que pondrás a ese tipo a la puerta". Esta frase era el trasunto claro y evidente de las miradas del joven impertinentemente altivo a quien la condesa Anastasia había llamado Máximo. Rastignac sintió un odio terrible por aquel joven. En primer lugar, los hermosos y bien rizados cabellos rubios de Máximo le hicieron ver cuán horribles eran los suyos, y además, Máximo llevaba botas finas y limpias, mientras que las suyas, no obstante el cuidado del limpiabotas, se habían manchado un poco de barro. Finalmente, Máximo llevaba una levita que le estrechaba elegantemente el talle, mientras que Eugenio llevaba traje negro a las dos y media de la tarde. Sin esperar la respuesta de Eugenio, la condesa se trasladó al otro salón dejando flotar los pliegues de su peinador, que se enrollaban y desenrollaban de una manera que le daban la apariencia de una mariposa, y Máximo la siguió. Eugenio, furioso, siguió a Máximo y a la condesa. Aquellos tres personajes encontráronse, pues, juntos al llegar a la chimenea situada en medio del salón. El estudiante sabía que iba a molestar a aquel odioso Máximo, pero a riesgo de desagradar también a la señora Restaud, quiso molestar al petimetre. De pronto, acordándose de que había visto a aquel joven en el baile de la señora de Beauseant, adivinó lo que era Máximo para la condesa, y, con esa audacia juvenil que hace cometer grandes torpezas u obtener grandes éxitos, se dijo:

—He aquí mi rival. Quiero vencerlo.

¡Imprudente! El ignoraba que el conde Máximo de Trailles se dejaba insultar, tiraba primero y mataba a su contrincante. Eugenio era diestro cazador; pero no había derribado nunca veinte muñecos de veintidós tiros. El joven conde dejóse caer en una poltrona cerca de la chimenea, tomó las tenazas y empezó a atizar el fuego con movimientos tan violentos y nerviosos, que la hermosa cara de Anastasia se entristeció de pronto, y volviéndose hacia Eugenio le dirigió una de esas miradas frías e interrogativas que dicen con tanta claridad: "¿Por qué no se va usted?"; pero Eugenio no se dió por enterado, y afectando un aire muy amable, dijo:

—Señora, tenía verdadero afán de verla para...

E interrumpió la frase. Abrióse una puerta. El señor que guiaba el tílburi se presentó de pronto sin sombrero, no saludó a la condesa, miró con curiosidad a Eugenio y tendió la mano a Máximo, dándole los buenos días con una expresión paternal que sorprendió extraordinariamente al estudiante. Los provincianos ignoran lo agradable que resulta el matrimonio de tres.

—El señor de Restaud — dijo la condesa al estudiante presentándole a su marido.

Eugenio hizo una profunda inclinación de cabeza.

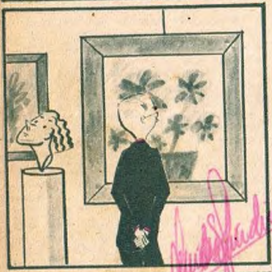
—Este caballero es el señor de Rastignac — dijo Anastasia completando la presentación —, pariente, por los Marcillac, de la vizcondesa de Beauseant, la cual me lo presentó en su último baile.

Pariente, por los Marcillac, de la viz-

DON TEMBLEQUE, UN HOMBRE TIMIDO

Pudor... Por JAN-KIEL









condesa de Beauseant; estas palabras, que la condesa pronunció casi enfáticamente, fueron de un efecto mágico, pues el conde dejó su aire fríamente ceremonioso, y saludó al estudiante diciéndole:

—Caballero, experimento un verdadero placer en conocerle.

El mismo conde Máximo de Trailles fijó en Eugenio una mirada inquieta y abandonó de pronto su aire impertinente. Aquel golpe de varita mágica debido a la intervención de un nombre, devolvió al meridional todo su ingenio y aplomo. Un rayo de luz le hizo ver claro en la atmósfera de la alta sociedad parisiense, tenebrosa aun para él. La casa Vauquer y el padre Goriot, estaban entonces muy lejos de su pensamiento.

—Yo creía extinguidos a los Marcillac —dijo a Eugenio el conde de Restaud.

—Sí, caballero —le respondió éste—. Mi tío, el caballero de Rastignac, casóse con la heredera de la familia de Marcillac, y no tuvo más que una hija, que contrajo enlace con el mariscal de Clarimbault, abuelo materno de la señora de Beauseant. Nosotros somos de la rama mayor, rama tanto más pobre, cuanto que mi tío, el vicealmirante, lo perdió todo por servir al rey, y el gobierno revolucionario no quiso admitir nuestros créditos en la liquidación que hizo de la compañía de las Indias.

—¿Mandaba su señor tío *El Vengador* antes de 1789?

—Precisamente.

—¡Ah!, entonces conoció a mi abuelo, que mandaba el *Warwick*.

Máximo encogióse de hombros mirando a la señora Restaud y pareció decirle: "Si se pone a hablar de marina con éste, estamos perdidos". La condesa comprendió la mirada del señor de Trailles, y con ese admirable poder que poseen las mujeres, se sonrió diciendo:

—Venga usted, Máximo, tengo que hacerle un encargo. Caballeros, los dejamos a ustedes navegando en el *Warwick* y en *El Vengador*.

Dicho esto, levantóse, y seguida de Máximo se encaminó hacia el gabinete. Apenas había llegado a la puerta aquella pareja *morganática* —bonita expresión alemana que no tiene equivalencia en francés—, el conde interrumpió su conversación con Eugenio, para gritar:

—Anastasia, quédese usted, querida mía, se lo ruego; ya sabe que...

—Ya vuelvo, ya vuelvo —dijo Anastasia interrumpiéndole—; tengo que darle un encargo a Máximo.

Y en efecto, volvió poco después. Como todas las mujeres que saben reconocer hasta dónde pueden llegar a fin de no perder una confianza preciosa, la condesa, obligada a estudiar el carácter de su marido para poder obrar a su capricho, vió, por las inflexiones de la voz del conde, que ninguna seguridad habría permaneciendo en el gabinete. Tales contratiempos eran debidos a Eugenio; así es que la condesa le miraba con aire lleno de despecho, y Máximo dijo al conde, a su esposa y a Eugenio con tono epigramático:

—Bueno, señores, ustedes están hablando de sus asuntos y yo les molesto. Adiós.

—Quédese usted, Máximo —exclamó el conde.

—Venga a comer con nosotros —dijo la condesa, la cual, dejando de nuevo a Eugenio y al conde, siguió a Máximo al saloncito, donde permanecieron juntos bastante tiempo para creer que el señor de Restaud despediría a Eugenio.

Rastignac los oía riéndose, charlando y callando sucesivamente; pero el malicioso estudiante sostenía animada conversación con el señor de Restaud y le halagaba o le empeñaba en discusiones, a fin de ver de nuevo a la condesa y de poder saber la clase de relaciones que la unían con el padre Goriot. Aquella mujer, que evidentemente estaba enamorada de Máximo; aquella mujer dueña de su marido y liada secretamente con el fabricante de fideos, le parecía todo un misterio, que él quería descubrir, esperando así poder reinar como soberano sobre aquella mujer tan esencialmente parisiense.

—¡Anastasia! —dijo el conde llamando de nuevo a su esposa.

—Vamos, mi pobre Máximo —dijo la condesa al joven—, hay que resignarse. Hasta la noche.

—Tasia, espero —le dijo Máximo al oído— que despedirá a ese jovencito cuyos ojos se encendían como brasas cuando se entreabría su peinador. Le haría declaraciones, la comprometería y me vería obligado a matarle.

—¿Está usted loco, Máximo? ¿No ve, por el contrario, que esos estudiantes son excelentes pararrayos? Ya verá cuán pronto lograré que Restaud sienta aversión por él.

Máximo soltó una carcajada y salió seguido de la condesa, la cual se puso a la ventana para verle partir. La condesa no volvió hasta que el carruaje no traspuso la puerta.

—Mire usted, querida mía, la tierra en que vive la familia del señor no está lejos de Verteuil, y su tío y mi abuelo se conocieron.

—Celebro la noticia —dijo la condesa, distraída— y que el señor sea de país conocido.

—Más de lo que usted se figura —le dijo en voz baja Eugenio.

—¡Cómo! — apresuróse ella a decir.

—Sí, porque acabo de ver salir de esta casa a un señor que vive en la misma casa que yo, el padre Goriot —repuso el estudiante.

Al oír este nombre precedido de la palabra *padre*, el conde, que atizaba el fuego, dejó caer las tenazas de sus manos como si le quemasen, y se incorporó.

—Caballero, podía decir usted el señor Goriot —exclamó.

En un principio, la condesa palideció al ver la impaciencia de su marido, y después se puso roja, permaneciendo azorada algunos instantes. Mas esto duró poco.

—No podía usted conocer a persona que más apreciásemos —exclamó con voz que quiso hacer que fuera natural.

Luego miró al piano, cual si despertase en ella algún capricho, y dijo:

—¿Le gusta a usted la música, caballero?

—Mucho —respondió Eugenio, que se había puesto como la grana y que sufría grandes apuros ante la idea de haber cometido alguna torpeza.

—¿Canta usted? — le preguntó la condesa sentándose al piano y atacando violentamente a todas las teclas de modo que produjesen toda la escala.

—No, señora.

El conde de Restaud paseábase por el salón a grandes pasos.

—Es lástima, porque se ve privado de un gran medio de éxito. *Ca-a-ro, ca-a-ro, ca-a-a-ro, non du-bi-ta-re* — cantó la condesa.

Pronunciando el nombre del padre Goriot, Eugenio había dado un golpe de varita mágica, cuyo efecto era inverso al que habían producido las palabras *pariente de la señora Beauseant,* y hallábase en

una situación violenta. Hubiera querido que se lo tragase la tierra. La cara de la señora de Restaud permanecía fría e indiferente, y sus ojos evitaban las miradas del torpe estudiante.

—Señora —dijo Eugenio despidiéndose—, como usted tendrá que hablar con el señor Restaud, me despido; dígnese recibir mis respetos y permítame...

—Siempre que venga usted — dijo precipitadamente la condesa interrumpiendo con un gesto a Eugenio— tenga la seguridad de que nos causará un verdadero placer, lo mismo al señor de Restaud que a mí.

Eugenio dirigió un profundo saludo a los dos y salió seguido del señor de Restaud, el cual lo acompañó hasta la antesala, a pesar de sus protestas.

—Ni la señora ni yo estamos en casa cuando el señor vuelva a presentarse — dijo el conde a Mauricio.

Al pisar la escalinata exterior, Eugenio notó que llovía.

—Vamos —se dijo—, he venido a cometer una torpeza cuya causa desconozco, y, por si esto no fuera bastante, ahora voy a estropearme el traje y el sombrero. Debería permanecer en un rincón cultivando el Derecho, pensando únicamente en llegar a ser magistrado. ¿Puedo yo, por ventura, frecuentar el mundo necesitándose, como se necesita, cabriolé, botas lustradas, cadena de oro, guantes de gamo por la mañana, y guantes amarillos por la noche? ¡Vaya al diablo ese extravagante padre Goriot!

Cuando llegó a la puerta de calle, el cochero de un vehículo de alquiler hizo una seña a Eugenio al verle sin paraguas, con levita negra, guantes amarillos y botas lustradas. Eugenio aceptó el ofrecimiento del cochero y subió al coche.

—¿Adónde va el señor? —le preguntó el cochero.

—¡Pardiez! —dijo Eugenio—, ya que me hundo, es preciso al menos que esto me sirva de algo. Vaya al palacio de Beauseant — añadió en voz alta.

—¿A cuál? — dijo el cochero.

Pregunta que confundió a Eugenio, pues no sabía aún que había dos palacios de Beauseant, e ignoraba cuán rico era en parientes que no se ocupaban de él.

—Al del vizconde de Beauseant, calle de...

—Sí, de Grenelle —dijo el cochero moviendo la cabeza e interrumpiéndole—. Como que hay además el palacio del conde y del marqués de Beauseant, situado en la calle de Santo Domingo... — añadió cerrando la portezuela.

—Ya lo sé —respondió Eugenio con sequedad—. Parece que todo el mundo se empeña en burlarse hoy de mí —dijo arrojando el sombrero sobre el asiento—. He aquí una salida que va a costarme un ojo de la cara; pero al menos visitaré a mi prima de una manera sólidamente aristocrática. Ese maldito padre Goriot me cuesta ya lo menos diez francos. Pero le contaré mi aventura a la señora de Beauseant y tal vez le haga reír. Ella debe saber el misterio de las relaciones criminales de ese viejo estúpido con la condesa. Vale más agradar a mi prima, que estrellarse contra esa mujer inmoral, que me parece muy cara.

Al apearse del coche, Eugenio oyó risas ahogadas que salían del peristilo, donde tres o cuatro criados se habían divertido ya a costa de su coche. Aquellas risas iluminaron al estudiante, el cual las comprendió al comparar su vehículo con uno de los cupés más elegantes de París, tirado por dos hermosos caballos y guiado por un cochero con librea, muy estirado.

—¿Quién estará aquí? —se preguntó Eugenio comprendiendo un poco tarde que debía haber pocas mujeres en París que no estuviesen ocupadas—. ¡Diantre!, ¿tendrá también mi prima su Máximo?

Eugenio subió las escaleras lleno de inquietud, y en la antesala encontró a los criados, serios como jueces. La fiesta a que había asistido se había dado en las habitaciones de recepción, situadas en el piso bajo del palacio de Beauseant. Como no había tenido tiempo, entre la invitación y el baile, de visitar a su prima, aun no había entrado en sus habitaciones, y, por consiguiente, iba a ver por primera vez las maravillas de aquella elegancia personal que descubre el alma y las costumbres de una mujer distinguida. A las cuatro y media la vizcondesa estaba visible; pero cinco minutos antes no hubiera recibido a su primo. Eugenio, que ignoraba las diversas leyes de la etiqueta parisiense, fué conducido por una gran escalera llena de flores, con alfombra roja y barandilla dorada, a la habitación de la señora de Beauseant, cuya biografía ignoraba, no obstante ser una de esas interesantes historias que se cuentan todas las noches al oído en los salones de París.

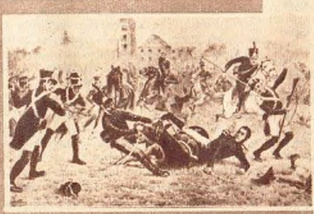
La vizcondesa estaba en relaciones desde hacía tres años con un célebre y rico señor portugués llamado el marqués de Adjuda-Pinto. Tratábase de una de esas inocente relaciones que tantos atractivos tienen para las personas así relacionadas, que éstas no pueden soportar la intervención de un tercero. Así que el vizconde de Beauseant había dado él mismo el ejemplo, respetando en público, de grado o por fuerza, aquella unión morganática. Durante los primeros días de aquella amistad, las personas que visitaron a la vizcondesa fueron recibidas con tanta frialdad, que todo el mundo comprendió que molestaba. Cuando se supo en París que se estorbaba a la señora de Beauseant yendo a verla de tres a cuatro, acabaron por dejarla en la más completa soledad. La vizcondesa iba a los Bufones y a la Opera en compañía de su esposo y del señor de Adjuda-Pinto; pero, como hombre que sabe vivir, el señor de Beauseant dejaba a su esposa y al portugués después de haberlos instalado en el palco. El señor de Adjuda tenía que casarse con una señorita de Rochefide, y, de toda la elevada sociedad, sólo una persona ignoraba este matrimonio, y ésta era la vizcondesa de Beauseant. Algunas amigas suyas le habían hablado de eso vagamente; pero la vizcondesa se había reído, creyendo que sus amigas querían turbar su dicha por celos. Y, sin embargo, ya iban a publicarse las proclamas. Aunque el portugués había ido a notificar su matrimonio a la vizcondesa, no se había atrevido a decirle palabra.

En este momento, pues, el señor de Adjuda-Pinto marchaba sobre espinas diciéndose que sería mejor escribirle comunicándole tal nueva.

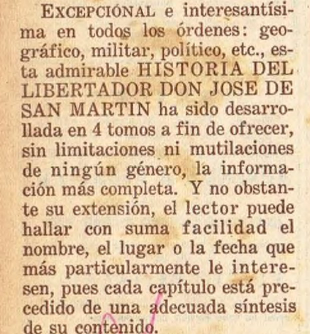
Cuando el ayuda de cámara de la vizcondesa anunció al señor Eugenio de Rastignac, el marqués de Adjuda-Pinto estremecióse de alegría. Sabedlo bien: la mujer amante, cuando está a punto de ser abandonada, adivina fácilmente el



Historia del Libertador don José de San Martín







La vida gloriosa y heroica del insigne capitán, sus grandes campañas emancipadoras, su genio militar y político y su grandeza cívica y moral, magistralmente descrita por uno de sus más esclarecidos biógrafos: JOSÉ PACÍFICO OTERO, cuyo nombre es ilustre en la historiografía de América.

Destaca esta Obra, con la máxima amplitud e imparcialidad basada en una severa revisión histórica, el amplísimo y agitado escenario de América en la época de la Independencia, y la figura egregia, ejemplar y señera del Prócer.

La HISTORIA DEL LIBERTADOR DON JOSE DE SAN MARTIN es tan notable por su alto valor intrínseco como por la amenidad y transparencia de su estilo.

EXCEPCIÓNAL e interesantísima en todos los órdenes: geográfico, militar, político, etc., esta admirable HISTORIA DEL LIBERTADOR DON JOSE DE SAN MARTIN ha sido desarrollada en 4 tomos a fin de ofrecer, sin limitaciones ni mutilaciones de ningún género, la información más completa. Y no obstante su extensión, el lector puede hallar con suma facilidad el nombre, el lugar o la fecha que más particularmente le interesen, pues cada capítulo está precedido de una adecuada síntesis de su contenido.

Edición especial ilustrada con numerosos grabados en negro y hermosas láminas en color. 4 espléndidos volúmenes con un total de 2.600 páginas, tamaño 18 x 27 centímetros, impresas con gran nitidez sobre excelente papel, y encuadernados en rica tela inglesa con estampaciones en oro. Los 4 volúmenes se presentan en un práctico y atrayente portalibros de fino roble americano.





Hoy mismo solicite prospecto y condiciones de compra. Llene y envíe el cupón a la

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. R. L.

Capital $ 3.800.000

ESMERALDA 116

U. T. 33, Avenida 0063
Buenos Aires

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L
ESMERALDA 116 - Buenos Aires

Sírvase enviarme, sin compromiso, prospecto y condiciones de adquisición de LA HISTORIA DEL LIBERTADOR DON JOSE DE SAN MARTIN.

Nombre M.e.a.h.P.........

Calle ....

Población .... L. 297

sentido de un gesto, de suerte que la señora de Beauseant comprendió aquel estremecimiento involuntario y ligero, pero sumamente espantoso.

—Adiós — dijo el portugués apresurándose a tomar la puerta cuando Eugenio entró en un saloncito, de color gris y rosa.

—Pero hasta la noche, ¿eh? —dijo la señora de Beauseant volviendo la cabeza y dirigiendo una mirada al marqués—. Iremos a los Bufones.

—No puedo —dijo el portugués tomando el pomo de la puerta.

La señora de Beauseant levantóse y le llamó a su lado sin hacer el menor caso de Eugenio, el cual, de pie y aturdido por el brillo de una riqueza maravillosa, no sabía dónde colocarse. La vizcondesa había extendido el índice de su mano derecha y designaba al marqués un asiento delante de ella. Hubo en aquel gesto tan violento despotismo de pasión, que el portugués dejó el pomo de la puerta y acudió. Eugenio lo contemplaba con cierta envidia.

—Vaya —se dijo—, el hombre ha accedido. Pero, ¿será necesario tener fogosos caballos y oro a raudales para obtener la mirada de una mujer de París?

Y dicho esto, el demonio del lujo le mordió en el corazón, la fiebre de riquezas apoderóse de él y la sed de oro le secó la garganta. Sólo tenía ciento treinta francos para pasar su trimestre. Su padre, su madre, sus hermanos y su tía sólo gastaban doscientos francos al mes entre todos. Esta rápida comparación entre su situación presente y el logro de sus aspiraciones contribuyó a dejarle estupefacto.

—¿Por qué *no puede usted* venir a los Bufones? —dijo la vizcondesa, sonriéndose.

—Los negocios. Ceno en casa del embajador de Inglaterra.

—Pues dejará usted de ir.

Cuando un hombre engaña, se ve obligado invenciblemente a acumular mentiras sobre mentiras; así que el señor de Adjuda le dijo sonriéndose:

—¿Lo exige usted?

—Sí.

—Eso era precisamente lo que yo deseaba oír — dijo el portugués dirigiendo a su amada una de esas miradas que hubieran tranquilizado a cualquiera otra mujer.

Después tomó la mano de la vizcondesa, la besó y partió.

Eugenio pasóse la mano por los cabellos y se preparó para saludar, creyendo que la señora de Beauseant iba a fijarse en él; mas de pronto observa que su prima echa a correr hacia la galería, abre la ventana, mira al señor de Adjuda mientras éste sube al coche, presta oído a la orden y escucha que el lacayo repite al cochero:

—A casa del señor de Rochefide.

Estas palabras y la manera en que el marqués se metió en el coche fueron un rayo para aquella mujer, que abandonó la ventana presa de mortales aprensiones. En el gran mundo las catástrofes más horribles no son más que esto. La vizcondesa penetró en su dormitorio, sentóse ante una mesita, y tomando papel escribió lo siguiente:

"Puesto que come usted en casa de Rochefide, y no en la embajada inglesa, me debe una explicación y lo espero".

Después de haber trazado algunas letras, desfiguradas por el convulsivo temblor de su mano, puso una C que quería decir Clara y llamó.

—Jaime —ordenó a su ayuda de cámara, que se presentó al momento—, a las siete y media irá usted a casa del señor de Rochefide y preguntará por el marqués de Adjuda-Pinto. Si el señor marqués está allí, le entrega esta carta sin esperar respuesta, y si no está, vuelve aquí y me la entrega.

—En el salón hay gente que espera a la señora vizcondesa.

—¡Ah!, es verdad —dijo ella empujando la puerta.

Eugenio ya empezaba a impacientarse, cuando vió a la vizcondesa, que le dijo con tono cuya emoción le removió las fibras del alma:

—Dispénseme, caballero; tenía que escribir dos palabras. Pero ahora soy de usted.

Aquella mujer no sabía lo que le decía, porque lo que pensaba era esto:

"¡Ah!, ¿quiere casarse con la señorita de Rochefide? ¿Acaso es libre para hacerlo? Esta noche se deshará el matrimonio, o... Pero ¡no!, mañana no se hablará ya de él".

—Prima mía... —dijo Eugenio.

—¿Eh? —exclamó la vizcondesa lanzándole una mirada cuya impertinencia dejó helado al estudiante.

Eugenio comprendió este *eh*. En tres horas había aprendido tantas cosas, que al instante se puso en guardia.

—Señora —repuso, encendido—, dispénseme, tengo necesidad de tanta protección, que invoco nuestro pequeño parentesco.

La señora de Beauseant sonrióse, aunque tristemente, pues sentía ya la desgracia que se cernía sobre su cabeza.

—Si conociese usted la situación en que se encuentra mi familia —dijo Rastignac, prosiguiendo—, no se negaría usted ciertamente a desempeñar el papel de una de esas hadas luminosas que se complacen en disipar los obstáculos en torno de sus ahijados.

—Vamos a ver, primo, ¿en qué puedo serle útil? — preguntó, riéndose, la vizcondesa.

—¿Lo sé yo acaso? Estar unido a usted por un lazo de parentesco que se pierde en la sombra, es ya toda una fortuna. Me ha turbado, y ya no sé lo que venía a decirle. La única persona que conozco en París es usted. ¡Ah!, quería pedirle que me aceptase como un pobre hijo que se cose a sus faldas y que sabría morir por usted.

—¿Mataría usted a uno por mí?

—Y a dos —replicó Eugenio.

—¡Niño!, sí, usted es un niño —dijo la vizcondesa conteniendo las lágrimas—. No dudo que usted amaría sinceramente.

—¡Oh! — exclamó el estudiante, moviendo la cabeza.

La audaz y ambiciosa respuesta de Rastignac coadyuvó a que la vizcondesa se interesase vivamente por él. El meridional estaba en su primer cálculo de ambición. Entre el gabinete azul de la señora de Restaud y el salón de rosa de la señora de Beauseant, había aprendido tres años de ese *derecho parisiense*, cuyo estudio no se recomienda, aunque constituye una elevada jurisprudencia social.

—¡Ah!, ya voy entendiendo —dijo Eugenio—. En su baile me fijé en la señora de Restaud y esta mañana fuí a su casa.

—Bien debió molestarla —dijo la señora de Beauseant sonriéndose.

—¡Oh! sí, soy un ignorante que me indispondré con todo el mundo si usted me niega su auxilio. Creo que en París es muy difícil encontrar una mujer joven, hermosa, elegante y rica que esté desocupada, y yo necesito una que me enseñe lo que las mujeres saben explicar tan bien: la vida. En todas partes encontraré un señor de Trailles. Venía, pues, a preguntarle la solución de un enigma, y a rogarle que diga de qué naturaleza es la torpeza que cometí. Hablé allí de un padre...

—La señora duquesa de Langeáis —dijo Jaime cortando la palabra al estudiante, que hizo un gesto de desagrado.

—Si quiere salir airoso, en primer lugar no sea tan violentamente demostrativo —le dijo la vizcondesa—. ¡Hola!, buenos días, querida mía —exclamó, saliendo al encuentro de la duquesa, cuyas manos estrechó con cariñosa efusión, siendo correspondida del mismo modo.

—He aquí dos buenas amigas —se dijo Rastignac—. Desde hoy tendré dos protectoras.

—¿A qué agradable suceso debo la dicha de verla, querida Antonieta? —preguntó la señora de Beauseant.

—He visto entrar al señor de Adjuda-Pinto en casa de los Rochefide y pensé que estaría usted sola.

La señora de Beauseant no se mordió los labios, ni se inmutó: su mirada siguió siendo la misma mientras la duquesa pronunciaba esas fatales palabras.

—Si hubiera sabido que estaba usted ocupada... —agregó la duquesa volviéndose hacia el estudiante.

—El señor es Eugenio de Rastignac, un primo mío —explicó la vizcondesa—. ¿Ha tenido usted noticias del general Montriveau? Serizy me dijo ayer que no le veía por ningún lado. ¿Ha recibido usted hoy su visita?

La duquesa, de la que se murmuraba que había sido abandonada por el señor de Montriveau, de quien estaba perdidamente enamorada, sintió toda la maldad de esta pregunta y le respondió roja de rabia:

—Ayer estaba en el Elíseo.

—De servicio —dijo la señora de Beauseant.

—Clara, supongo que usted ya sabrá que mañana se publican las proclamas del matrimonio del señor de Adjuda-Pinto y de la señorita de Rochefide —repuso la duquesa lanzando fuego por sus chispeantes ojos.

Este golpe era demasiado violento, así que la vizcondesa palideció y le respondió sonriéndose:

—¡Bah!, esos son rumores que sólo creen los tontos. ¿Por qué el señor de Adjuda ha de dar a los Rochefide uno de los nombres más hermosos de Portugal? Los Rochefide son nobles de ayer.

—Pero, según se dice, Berta tiene doscientos mil francos de renta.

—El señor de Adjuda es demasiado rico para pararse a hacer esos cálculos.

—Querida mía, tenga en cuenta que, además, la señorita de Rochefide es encantadora.

—¡Ah!

—En fin, hoy cena en su casa, y ya están pactadas las condiciones. Me extraña mucho que usted no sepa nada.

—Conque, ¿qué tontería hizo usted, majaderito? — preguntó la señora de Beauseant—. Mi querida Antonieta, este muchacho empieza ahora a frecuentar el mundo y no sabe lo que decimos. Sea usted buena para con él y aplacemos esa conversación. Además, acaso mañana sea todo oficial y usted podrá ser seguramente oficiosa.

La duquesa fijó en Eugenio una de esas miradas impertinentes que envuelven a un hombre de pies a cabeza, lo aplastan y lo dejan frío.

—Señora, sin saberlo, he hundido un puñal en el corazón de la señora de Restaud. Sin saberlo, he aquí mi falta —dijo el estudiante, que con su tristeza había sabido ver las mordaces intenciones que ocultaban las afectuosas frases de aquellas mujeres—. Si bien se mira, puede temerse a las gentes que saben el mal que hacen; mientras que el que hiere ignorando la profundidad de la herida es considerado como un necio, y todo el mundo le desprecia.

La vizcondesa de Beauseant dirigió al estudiante una de esas miradas de agradecimiento y dignidad que saben dirigir las grandes almas. Esta mirada fué como un bálsamo para el estudiante.

—Figúrese usted —prosiguió Eugenio—, que acababa de conquistarme la benevolencia del conde de Restaud, porque he de advertirle, señora —agregó, volviéndose hacia la duquesa con aire humilde y malicioso a la vez—, he de advertirle que soy un infeliz estudiante, solo, pobre...

—Señor de Rastignac, no diga eso, nosotras las mujeres nunca queremos lo que nadie quiere.

—¡Bah! —exclamó Eugenio—, sólo tengo veintidós años y debo saber soportar las desgracias de la edad. Por otra parte, estoy confesándome y es imposible ponerse de rodillas en confesionario más bonito: se cometen aquí los mismos pecados de que viene uno a confesarse.

La duquesa adoptó un aire frío al oír este discurso antirreligioso, cuyo mal gusto evitó diciéndole a la vizcondesa:

—¿Este señor llega ahora?

La de Beauseant se rió francamente de su primo y de la duquesa.

—Sí, querida, llega ahora y busca una institutriz que le enseñe el buen gusto.

—Señora duquesa —repuso Eugenio—, ¿no es natural que uno quiera iniciarse en los secretos de lo que le encanta? Vamos —se dijo para sus adentros—, estoy seguro de que sólo estoy diciendo frases de peluquero.

—Pero la señora de Restaud creo que es ahora discípula del señor de Trailles —dijo la duquesa.

—Sí, señora, pero yo lo ignoraba y por eso me interpuse aturdidamente entre ellos —repuso el estudiante—. En fin, me había entendido bastante bien con el marido y era soportado a intervalos por la esposa, cuando tuve la ocurrencia de decirles que conocía a un hombre que acababa de ver salir por una escalera de servicio y que había besado a la condesa en el pasillo.

—¿Y quién era ese hombre? —preguntaron a coro las dos mujeres.

—Un anciano que paga dos luises al mes en el arrabal de San Marcelo y que vive en la misma pensión que yo, un verdadero desgraciado que es la burla de todo el mundo y al que nosotros llamamos padre Goriot.

—Pero ¡qué chiquillada hizo usted! —exclamó la vizcondesa—. ¡Si la señora de Restaud se apellida Goriot!

—Sí, y es hija de un fabricante de fideos —completó la duquesa—, una mujercita que se hizo presentar el mismo día que la hija de un pastelero, ¿no se acuerda usted, Clara? El rey se echó a reír y dijo en latín una palabra acerca de la harina. Gentes... ¿cómo dijo?, gentes...

—*Ejusdem farinae* —dijo Eugenio.

—Eso mismo —asintió la duquesa.

—¡Ah!, ¡es su padre! —exclamó el estudiante haciendo un gesto de asombro.

—Sí, ese buen hombre tenía dos hijas y está loco por ellas, a pesar de que una y otra casi han renegado de él.

—¿La segunda no está casada con un banquero cuyo nombre es alemán, un barón de Nucingen? —dijo la vizcondesa mirando a la duquesa de Langeáis—. ¿No se llama Delfina? ¿No es una rubia que tiene un palco en la Opera y que asiste a los Bufones, donde se ríe de un modo escandaloso, para llamar la atención?

La duquesa se sonrió y dijo:

—Pero, querida mía, les admiro a ustedes; ¿por qué se ocupan tanto de esas gentes? Se necesita estar enamorado locamente como Restaud lo estaba para mancharse de harina con el contacto de la señorita Anastasia. ¡Oh!, ya se arrepentirá. Su esposa está entregada al señor de Trailles, y no le faltarán disgustos.

—¡Han renegado de su padre! —repetía Eugenio.

—Sí, de su padre, del padre, un padre —repuso la vizcondesa—, un buen padre que se lo dió todo, según se dice, que desembolsó quinientos o seiscientos mil francos para hacer su dicha casándolas bien, y que no se había reservado para él más que ocho o diez mil francos, creyendo que sus hijas seguirían siendo sus hijas; que él se había creado dos existencias y que tendría dos casas donde sería mimado y adorado; pero en dos años sus yernos lo desterraron de su compañía como si fuera el último de los miserables.

Eugenio estaba intensamente emocionado.

—¡Oh! sí, Dios mío, esto es muy horrible, y sin embargo lo vemos todos los días — exclamó la señora de Langeáis —. ¿No obedecerá a alguna causa? Dígame usted, querida mía, ¿ha pensado alguna vez en lo que es un yerno? Un yerno es un hombre para el cual usted y yo educamos una criatura a la que estamos unidas por mil lazos, que será durante diecisiete años el goce de la familia y que después pasará a ser su desgracia, toda vez que cuando el yerno se ha apoderado de ella, emplea su amor contra nosotros, cual si fuese un hacha, a fin de cortar todos los lazos que unen a su esposa con la familia. Ayer nuestra hija era todo para nosotros, y nosotros éramos todo para ella; y hoy se constituye en nuestra enemiga. ¿No presenciamos todos los días esta misma tragedia? Me doy perfecta cuenta de lo que le ha ocurrido a ese anciano fabricante de pastas. Creo recordar que ese Foriot...

—Goriot, señora.

—Bueno; que ese Goriot, durante la Revolución fué presidente de su sección y que empezó a hacer fortuna vendiendo la harina a un precio diez veces mayor que el que le costaba y en la cantidad que quería. Ahora bien, ese Goriot que vendía trigo a los verdugos no tuvo más que una pasión. Según se dice, adora a sus hijas. A la mayor la casó con el primogénito de la casa Restaud, y a la segunda con el barón de Nucingen, rico banquero que se finge realista. Ya comprenderán ustedes que durante el Imperio, los dos yernos no se opusieron a tener en su casa a ese viejo Noventa y tres, toda vez que el hecho podía pasar con Bonaparte; pero cuando los Borbones volvieron, el buen hombre vióse abandonado por ambos.

Las hijas, que tal vez seguían amando a su padre, quisieron nadar entre dos aguas halagando al padre y al marido, y recibieron a Goriot cuando no había nadie en casa, buscando pretextos de ternura y diciéndole que fuese cuando estuviesen solas, porque estarían mejor, etc. Yo, querida mía, que opino que los sentimientos tienen ojos e inteligencia, imagino que el corazón de ese pobre Noventa y tres debía sangrar de dolor. Ha visto que sus hijas se avergonzaban de él y que si ellas amaban a sus maridos, él perjudicaba a sus yernos. Era preciso, pues, sacrificarse, y se ha sacrificado, porque era padre, desterrándose a sí propio de sus casas. Al ver a sus hijas contentas, comprendió que había hecho bien. El padre y las hijas fueron cómplices de este pequeño crimen. Esto lo vemos todos los días. ¿No habría sido una mancha en los salones de sus hijas ese padre Goriot? El infeliz se hubiese sentido molesto y aburrido. Lo que le ocurre a ese padre le puede ocurrir a la mujer más bonita con el hombre a quien más ame: si lo aburre con su amor, él huye de ella, y para huir comete las mayores cobardías. Con todos los sentimientos pasa lo mismo.

—El mundo es muy infame — dijo la vizcondesa sin levantar la vista, pues se sentía herida por las palabras con que la duquesa de Langeáis le había aludido en el relato.

—Infame, no; sigue su curso, y nada más — repuso la duquesa —. Y si yo le hablo de este modo, es para demostrarle que el mundo no me engaña. Yo pienso como usted — agregó estrechando la mano a la vizcondesa—. El mundo es un lodazal; procuremos nosotros permanecer en las alturas — continuó, levantándose; luego la besó en la frente —. Querida mía, en este momento está usted muy hermosa y tiene unos colores divinos.

Dicho esto salió, después de haber inclinado ligeramente la cabeza dirigiéndose al estudiante.

—El padre Goriot es sublime — dijo Eugenio acordándose del día en que le había visto retorcer el servicio de plata.

La vizcondesa de Beauseant no le oyó, porque estaba muy pensativa. Transcurrieron algunos momentos de silencio, durante los cuales el pobre estudiante no se atrevía a irse, a quedarse, ni a hablar.

—El mundo es malvado y ruin — dijo por fin la vizcondesa —. Tan pronto como nos ocurre una desgracia, siempre se encuentra un amigo dispuesto a venir a decírnosla y a escudriñarnos el corazón con un puñal, al mismo tiempo que nos lanza al rostro sarcasmos y burlas. ¡Ah! me defenderé —añadió levantando la cabeza y con los ojos chispeantes —. Pero, ¡ah!, ¿está usted aquí? — dijo al ver a Eugenio.

—Todavía — repuso Rastignac con tono lastimero.

—Pues bien, señor de Rastignac, trate a este mundo como se merece. Si quiere medrar, yo le ayudaré, y ya verá cuán profunda es la corrupción femenina y cuán inmensa la miserable vanidad de los hombres. No acepte a los hombres y a las mujeres más que como caballos de posta, que puede dejar reventados en cada relevo, a fin de llegar a la cima de sus deseos. Mire, nada será si no tiene una mujer que se interese por usted, y esta mujer ha de ser rica, joven y elegante. Si llega a sentir por ella un cariño verdadero, ocúltelo como un tesoro y no lo deje traslucir, porque estaría perdido, y en lugar de ser verdugo pasaría a ser la víctima. Si alguna vez ama, guarde bien el secreto y no lo entregue antes de mirar mucho a quien abre su corazón. Escuche, Miguel... (la vizcondesa equivocaba el nombre sin advertirlo). Existe algo más espantoso que el abandono de un padre cuyas hijas le desean tal vez la muerte, y este algo es la rivalidad de dos hermanas. Restaud es noble y su esposa fué presentada a la nobleza y adoptada por ella; pero su hermana,

su rica hermana, la hermosa señora Delfina de Nucingen, esposa de un hombre adinerado, se muere de pena y se consume de envidia porque está a cien leguas de la de Restaud. Su hermana ya no es para ella tal hermana y estas dos mujeres se reniegan entre sí como reniegan de su padre. La señora de Nucingen limpiaría todo el barro que hay entre la calle de San Lázaro y la de Grenelle por entrar en mi salón. Ha creído que de Marsay le haría lograr su objeto y se hizo esclava de él; pero de Marsay se ocupa muy poco de ella. Si usted me la presenta, será su Benjamín y le adorará. Después ámela si puede, y si no, sírvase de ella. Yo la recibiré una o dos veces en días que haya mucha gente en mi casa, pero no la recibiré nunca por la mañana. Con esto y con que la salude habrá suficiente. Por haber pronunciado el nombre del padre Goriot, usted se ha cerrado la puerta de la casa de la condesa. Sí, querido mío, veinte veces que fuese a casa de la condesa de Restaud, veinte veces la hallaría ausente. Ahora bien, que el padre Goriot le presente a la señora Delfina Nucingen, y ésta podrá ser su bandera. Sea el hombre a quien ella distingue, y las mujeres se volverán locas por usted. Sus rivales, sus amigas, sus mejores amigas se lo disputarán. Tendrá usted éxitos. En París, el éxito lo es todo, es la llave del poder. Si las mujeres lo juzgan gracioso y listo, los hombres lo juzgarán lo mismo, y entonces podrá quererlo todo y tendrá entrada en todas partes. Entonces sabrá que el mundo es una reunión de bribones y de engañados. No pertenezca usted ni a los unos ni a los otros. Para entrar en este laberinto le doy mi nombre como un hilo de Ariadna. No lo comprometa, procure devolvérmelo inmaculado — agregó dirigiendo al estudiante una mirada de soberana—. Bueno, déjeme ahora, porque también nosotras las mujeres tenemos que librar nuestras batallas.

—Si necesita usted un hombre de buena voluntad para poner fuego a una mina... — dijo Eugenio interrumpiéndola.

—¿Qué? — le preguntó ella.

El joven llevóse la mano al corazón, dirigió una sonrisa a su prima y salió.

Rastignac sentíase anonadado en aquel momento por estas palabras: "Usted se ha cerrado las puertas de la casa de la condesa".

—Sin embargo — se dijo —, iré, y si la señora de Beauseant tiene razón, si he sido despedido..., la condesa de Restaud me encontrará en todos los salones adonde vaya. Aprenderé a manejar las armas y a tirar a pistola y le mataré a su Máximo. ¡Y el dinero!, ¿de dónde lo sacarás? — le gritaba su conciencia.

De pronto, la riqueza que había visto en casa de la condesa de Restaud brilló ante sus ojos. Rastignac vió allí el lujo que tanto debía encantar a una señorita Goriot, objetos de gran precio, el derroche de la mujer entretenida; pero aquella fascinadora imagen quedó eclipsada por la grandiosidad del palacio de Beauseant. Su imaginación, transportada a las elevadas regiones de la sociedad parisiense, llenó su corazón de pensamientos malos, ensanchándole el cerebro y la conciencia.

—Vautrín tiene razón, la fortuna es la virtud — se dijo.

Llegado a la calle Nueva de Santa Genoveva subió prestamente a su habitación, bajó para dar diez francos al cochero y penetró en aquel comedor nauseabundo donde vió, cual animales en el pesebre, a los dieciocho personajes que se disponían a saciarse. El espectáculo de aquella miseria y el aspecto de aquella sala le causaron un efecto horrible. La transición era demasiado brusca. De una parte, las frescas y encantadoras imágenes de la naturaleza social más elegante: figuras jóvenes, animadas, rodeadas de las maravillas del arte y del lujo, cabezas apasionadas llenas de poesía; del otro, siniestros cuadros plagados de fango.

—Está usted muy sombrío, señor marqués — le dijo Vautrín lanzándole una de aquellas miradas de que se servía el taimano huésped para apoderarse de los secretos más ocultos en el corazón.

—No estoy dispuesto a tolerar las bromas de los que me llaman señor marqués — respondió el joven —. Aquí, para ser verdaderamente marqués, se necesita tener cien mil francos de renta, y cuando se vive en la casa Vauquer, uno no está autorizado para creerse el niño mimado de la fortuna.

Vautrín miró con aire paternal y displicente a Rastignac, como diciendo: "Infeliz, no tendría contigo ni para un bocado", y después le respondió:

—Vamos, veo que usted está de mal humor porque fué mal recibido por la hermosa condesa de Restaud.

—Sí, me cerró las puertas de su casa porque le dije que su padre comía en nuestra mesa — exclamó Rastignac.

Todos los comensales miráronse de reojo. El padre Goriot bajó la vista y se volvió para enjugarse los ojos, diciéndole a su vecino:

—Usted me echó tabaco en el ojo.

—El que en lo sucesivo se meta con el padre Goriot tendrá que vérselas conmigo —dijo Eugenio mirando al vecino del antiguo fabricante de pastas —. Este hombre vale más que todos nosotros. No hablo de las damas — agregó volviéndose hacia la señorita Taillefer.

Esta frase causó sorpresa, y Eugenio la pronunció de un modo que impuso silencio a todos, siendo Vautrín el único que dijo chanceando:

—Para tomar bajo su protección al padre Goriot y constituirse en su editor responsable, se necesita saber manejar una espada y tirar bien a pistola.

—Así lo haré — dijo Eugenio.

—¿Acaso entró usted hoy en campaña?

—Puede que sí — respondió Rastignac —. Pero toda vez que yo no procuro adivinar lo que hacen los demás por la noche, no me creo obligado a dar cuenta de mis asuntos a nadie.

Vautrín miró de reojo a Rastignac.

—Pequeño, cuando se pretende no ser burlado por los muñecos, es necesario entrar de lleno en el escenario y no entretenerse en mirar por los agujeros del telón. Basta, basta — agregó viendo a Eugenio próximo a irritarse —. Cuando usted quiera hablaremos un rato a solas.

La comida fué sombría y triste. El padre Goriot, absorbido por el profundo dolor que le causara la frase del estudiante, no comprendió que la disposición de ánimos había cambiado respecto a él, y que un joven, en estado de imponer silencio a la persecución, había tomado su defensa.

—¿Resultará ahora que el señor Goriot es padre de una condesa? — dijo en voz baja la señora Vauquer.

—Y de una baronesa — le replicó Rastignac.

—No me extraña nada — dijo Bianchón a Rastignac —; le examiné la cabeza, y la única protuberancia que tiene desarrollada es la de la paternidad. Ese hombre será un *Padre Eterno.*

Eugenio estaba demasiado serio para que la broma de Bianchón le causase gracia. Quería aprovechar los consejos de la señora de Beauseant y preguntábase dónde y cómo se procuraría dinero. Preocupado por estas ideas quedóse solo en el comedor una vez concluída la comida.

—¿Conque vió usted a mi hija? — le preguntó Goriot con voz conmovida.

Sacado de la meditación por las palabras del buen hombre, Eugenio le tomó a mano y contemplándole con una especie de ternura, repuso:

—Usted es un hombre digno y honrado. Más tarde hablaremos de sus hijas.

Dicho esto, levantóse sin querer escuchar al padre Goriot y se retiró a su cuarto, donde escribió la siguiente carta a su madre:

"Mi querida madre: Estoy en situación de hacer fortuna y necesito ineludiblemente doscientos mil francos. No digas nada a mi padre de esta petición, porque tal vez se opondría a ella, y si yo no tuviese esa suma, sería presa de una desesperación que me llevaría a levantarme la tapa de los sesos. Mamá querida, no he jugado, no debo nada, pero si te interesa conservar la vida que me diste, necesito tener esa suma. Voy a casa de mi parienta la vizcondesa de Beauseant, que me tomó bajo su protección, tengo que frecuentar el mundo y carezco del dinero para guantes limpios. Sabré estar a pan y agua, ayunaré si es preciso; pero no puedo pasar sin las herramientas necesarias para trabajar la viña en este país. Se trata, para mí, de hacer fortuna o de permanecer en la miseria. Ya sé las esperanzas que tenéis cifradas en mí, y quiero realizarlas cuanto antes. Madre mía, vende alguna de tus joyas, que no tardaré yo en reemplazarla. Conozco sobradamente la situación de nuestra familia para saber apreciar tales sacrificios, y ya debes suponer que sería un monstruo si te los exigiese sin un poderoso motivo. Nuestro porvenir estriba por completo en este subsidio, con el cual debo comenzar la campaña, pues esta vida de París es un combate perpetuo." Etc.

También escribió a sus hermanas pidiéndoles sus economías, y para arrancárselas sin que elas hablasen en familia del sacrificio que no dejarían de hacer gustosas por él, interesó su delicadeza atacando las cuerdas del honor, que siempre resuenan bien en los corazones jóvenes. Cuando hubo escrito estas cartas sintió un temblor involuntario; palpitaba y estremecíase.

Víctima de desesperada agitación, Eugenio comenzó a pasearse por su cuarto, y el padre Goriot, al verle a través de la puerta, que había quedado entreabierta, entró y le dijo:

—¿Qué tiene usted, señor?

—¡Ah!, vecino mío, yo soy aún hijo y hermano como usted es padre. Tiene razón en temblar por la condesa Anastasia, porque está en manos del señor de Trailles, que la perderá.

El padre Goriot retiróse balbuceando algunas palabras, cuyo sentido Eugenio no pudo comprender. Al día siguiente, Rastignac fué a echar las cartas al correo. Dudó hasta el último momento, pero al fin decidióse a echarlas al buzón, diciéndose: ¡Triunfaré!

Algunos días después, Eugenio fué a casa de la condesa de Restaud sin lograr ser recibido. Tres veces más volvió, y las tres encontró la puerta cerrada, a pesar de pre-

sentarse a horas en que el conde Máximo de Trailles no estaba. La vizcondesa había acertado. El estudiante ya no estudió más, iba a las clases para responder a la lista, y una vez que respondía se marchaba. Se había hecho el razonamiento que se hacen la mayoría de los estudiantes: reservaba el estudio para el momento de examinarse, había resuelto hacer de una vez el segundo y tercer año, y estudiar luego de firme el derecho. De este modo le quedaba más de un año de tiempo para navegar por el océano de París, entregándose en él a la trata de mujeres o a hacer fortuna. Durante aquella semana vió dos veces a la vizcondesa de Beauseant, a cuya casa no se presentaba hasta el momento en que veía salir el coche del marqués de Adjuda. Por algunos días aun, esta ilustre mujer, que era la figura más poética del arrabal Saint-Germain, salió victoriosa y logró suspender el matrimonio de la señorita de Rochefide con el marqués de Adjuda-Pinto. Pero aquellos últimos días, que contribuyeron a hacer más ardiente el temor de perder su dicha, debían precipitar la catástrofe. El marqués de Adjuda, de acuerdo con los Rochefide, había considerado como una circunstancia feliz aquella disputa y su reconciliación, y esperaba que la señora de Beauseant se acostumbraría a la idea de aquel matrimonio. No obstante las más santas promesas renovadas a diario, el señor de Adjuda desempeñaba, pues, la comedia y la vizcondesa se complacía en verse engañada. "En lugar de saltar noblemente por la ventana, dejábase arrastrar por las escaleras", según decía la duquesa de Langeáis, su mejor amiga. Sin embargo, aquellos últimos resplandores duraron bastante tiempo para que la vizcondesa permaneciese en París y sirviera de algo a su joven pariente, por quien llegó a sentir una especie de supersticioso afecto. Eugenio habíasele mostrado lleno de abnegación y de sensibilidad en una circunstancia en que las mujeres no ven piedad ni consuelo en ninguna mirada.

En su deseo de conocer bien el terreno que iba a pisar, Rastignac, antes de entrar en la casa de Nucingen, quiso conocer la vida pasada del padre Goriot y recogió las siguientes noticias fidedignas:

Antes de la revolución, Juan Joaquín Goriot era un modesto obrero de una fábrica de pastas, hábil, económico y bastante emprendedor para haber comprado el negocio de su amo, que fué víctima del primer levantamiento de 1789. Habíase establecido en la calle de la Jussienne, cerca del mercado de trigos, y tuviera el buen acuerdo de aceptar la presidencia de su sección, a fin de que los más influyentes personajes de aquella época protegieran su comercio. Esta prudencia fué el origen de su fortuna, que empezó en la penuria falsa o verdadera a causa de la cual los granos adquirieron un precio altísimo en París. El pueblo se mataba a la puerta de las panaderías, mientras que ciertas personas acudían muy tranquilas a comprar pastas a las abacerías. Durante aquel año el ciudadano Goriot amontonó dinero que la fué de gran utilidad para hacer su comercio con toda la superioridad que procura la plata al que la posee. A él le ocurrió lo que le ocurre a todos los hombres que sólo tienen una capacidad relativa: su medianía lo salvó. Por otra parte, como su fortuna no fué conocida hasta el momento en que ser rico ya no era peligroso, no despertó la envidia de nadie. El comercio de granos parecía haber absorbido toda su inteligencia. Goriot no tenía rival si se trataba de trigos, de harinas, de granos, de reconocer sus cualidades y su origen, de velar por su conservación, de prever su curso, de profetizar la abundancia o la escasez de las cosechas, de procurarse cereales a buen precio o de proveerse de ellos en Sicilia o en Ucrania. Viéndole manejar sus negocios, explicar el juego de la exportación y la importación de granos, y comprender su espíritu y sus defectos, un hombre lo hubiera juzgado capaz de ser un ministro de finanzas. Paciente, activo, enérgico, constante y rápido en sus expediciones, tenía ojo de águila, anticipábase a todo, lo preveía todo, lo sabía todo, lo ocultaba todo, era diplomático para concebir y soldado para marchar. Fuera de su especialidad, de su sencilla y oscura tienda donde pasaba las horas ociosas con el hombro apoyado en el quicio de la puerta, pasaba a ser un hombre estúpido y grosero, incapaz de comprender un razonamiento, insensible a todos los placeres del espíritu, el hombre que se dormía en el teatro y que era fuerte sólo en estupidez. Dos exclusivos sentimientos llenaban el corazón del fabricante de pastas y absorbían su cariño, como el comercio de granos absorbía toda su inteligencia. Su esposa, hija única de un rico hacendado de Brie, fué para él objeto de una admiración religiosa, de un amor sin límites. Goriot había admirado en ella su naturaleza frágil y fuerte, sensible y alegre, que contrastaba notablemente con la suya propia. Si algún sentimiento existe en el corazón del hombre, ¿no estriba éste en el orgullo de la protección ejercida a cada paso en favor de un ser débil? Unase a esto el amor, y se comprenderá una multitud de extravagancias morales. Después de siete años de dicha, Goriot tuvo la desgracia de ver morir a su esposa, la cual comenzaba a tener imperio sobre él fuera de la esfera de los sentimientos, y tal vez hubiera cultivado aquella naturaleza inerte y le hubiera instruído en las cosas del mundo y de la vida. Al quedar viudo, el sentimiento de la paternidad desarrollóse en Goriot hasta el delirio, y reconcentró el afecto que sentía por la muerta en sus dos hijas, las cuales al principio satisficieron todos sus sentimientos, tanto, que a pesar de haber recibido brillantes proposiciones de negociantes que querían darle sus hijas, él se empeñó en permanecer viudo. Su suegro, único hombre que tenía algún ascendiente sobre él, aseguraba que Goriot había jurado no ser infiel a su mujer ni aun después de muerta. Las gentes del mercado, incapaces de comprender esta sublime locura, mofáronse de ella y dieron a Goriot algún grotesco apodo. El primero que se atrevió a pronunciarlo recibió tal puñetazo del fabricante de pastas, que fué a caer a un metro de distancia. La irreflexiva abnegación y el sombrío y delicado amor que Goriot sentía por sus hijas era tan conocido, que uno de sus competidores, deseando hacerle marchar del mercado para quedarse solo, le dijo que Delfina acababa de ser atropellada por un coche. El fabricante de pastas, lívido, dejó a escape el mercado y estuvo enfermo varios días a causa de la reacción de sentimientos contrarios que aquella falsa alarma le produjo. Si no castigó con su terrible puño a su competidor, vengóse de él obligándole a abandonar el mercado a causa de una quiebra que él motivó en una crítica circunstancia.

Como es natural, la educación de sus dos hijas fué mala. Poseyendo sesenta mil francos de renta y no gastando mil doscientos para él, la dicha de Goriot estribaba en satisfacer los caprichos de sus hijas: los mejores maestros encargáronse de dotarlas de los talentos propios de una buena educación, tuvieron señora de compañía, montaban a caballo, iban en coche, vivían como pudieran hacerlo las amantes de un anciano rico y les bastaba expresar sus más locos deseos para que su padre se apresurase a cumplirlos sin exigirles en cambio más que una cacia o un beso. Goriot, el pobre hombre, elevaba a sus hijas a la categoría de ángeles y, como es natural, él quedaba por debajo. Pero no importa: aquel padre gozaba hasta con el mal que le hacían sus hijas.

Cuando éstas llegaron a la edad de casarse, pudieron elegir marido a su gusto, pues cada una debía recibir de dote la mitad de la fortuna de su padre. Cortejada a causa de su belleza por el conde de Restaud, Anastasia tenía inclinaciones aristocráticas que la llevaron a abandonar la casa paterna para frecuentar las altas esferas sociales. Delfina era aficionada al dinero y se casó con Nucingen, banquero de origen alemán que pasó a ser barón del Santo Imperio. Goriot siguió fabricando pastas. Sus hijas y sus yernos se extrañaron de verle continuar su comercio y después de haberle instado durante cinco años para que lo abandonase, él accedió a retirarse con el producto de sus existencias y los beneficios de aquellos dos últimos años, capital que había sido estimado en ocho a diez mil francos de renta por la señora Vauquer, a cuya casa había ido a hospedarse. Entró en esta casa de pensión llevado por la desesperación que le había causado el ver a sus dos hijas obligadas por sus esposos a negarse, no sólo a tenerle en casa, sino a recibirle ostensiblemente.

Esto era lo único que sabía un tal señor Muret del padre Goriot, cuyo negocio le había comprado. Así que las hipótesis que Eugenio le había oído hacer a la duquesa de Langeáis estaban confirmadas.

A fines de aquella primera semana del mes de diciembre, Rastignac recibió dos cartas, una de su madre y la otra de su hermana mayor.

La carta de su madre estaba concebida en estos términos:

Mi querido hijo: Te envío lo que me pediste. Emplea bien ese dinero, porque aun cuando se tratase de salvarte la vida, no podría encontrar por segunda vez una suma tan considerable sin que tu padre lo supiese, lo cual alteraría la tranquilidad de nuestro hogar. Para procurárnoslo sería necesario hipotecar nuestra tierra. No puedo juzgar el mérito de proyectos que no conozco; pero, ¿cuáles pueden ser éstos para que temas confiármelos? No puedo ocultarte la dolorosa impresión que me causó tu carta. ¿Qué carrera emprendes? Mi buen Eugenio, ten fe en el corazón de tu madre y créeme que las vías tortuosas no conducen a nada grande. Sé prudente, hijo querido; debes ser juicioso como un hombre, porque el destino de cinco personas que te son queridas depende de ti. Sí, toda nuestra fortuna eres tú, como tu dicha es la nuestra, y todos rogamos a Dios por que te secunde en tus empresas. En esta circunstancia, tu tía Marcillac se ha mostrado excelentemente buena. Hijo mío, quiere bien a tu tía; cuya acción no te daré a conocer hasta que hayas salido airoso, porque, de lo contrario, su dinero te quemaría las manos. ¡Qué poco sabéis los jóvenes lo que es el sacrificar recuerdos! Pero ¿qué no sacrificaría una por vosotros? Me encarga que te diga que te bese en la frente, y que quisiera comunicarte con su beso la virtud de ser siempre feliz. Esta buena y excelente mujer te habría escrito si no tuviese gota en los dedos. Adiós. Tu padre está bien. La cosecha de 1819 colma nuestras esperanzas. Adiós, querido hijo. No te digo nada de tus hermanas, porque Laura te

escribe y quiero dejarle el placer de comunicarte los acontecimientos de la familia. ¡Ojalá que salgas airoso en tu empresa! ¡Oh!, sí, Eugenio mío, triunfa, porque me hiciste conocer un dolor demasiado vivo para que no pueda soportarlo dos veces. No supe lo que era ser pobre hasta que deseé la fortuna para dársela a mi hijo. Vamos, adiós. No nos tengas sin noticias tuyas y recibe el beso que te envía tu madre.

Cuando Eugenio concluyó de leer esta carta, lloraba amargamente y pensaba en el padre Goriot retorciendo los objetos de plata y vendiéndolos para ir a pagar la letra de cambio de su hija.

—Tu madre fundió sus joyas — se decía Eugenio —, y tal vez tu tía lloró al vender algunas de sus reliquias. ¿Con qué derecho maldecirías a Anastasia? Por egoísmo de tu porvenir acabas de hacer lo que hizo ella por su amante. ¿Quién es mejor, tú o ella?

El estudiante sintió abrasadas sus entrañas por una sensación de intenso calor; quería renunciar al mundo, quería dejar intacto aquel dinero, y experimentó esos nobles y hermosos remordimientos secretos, cuyo mérito rara vez es apreciado por los hombres cuando juzgan a sus semejantes. Rastignac abrió la carta de su hermana, cuyas inocentes y graciosas expresiones le refrescaron el corazón.

Querido hermano: Tu carta llegó muy a tiempo. Agata y yo queríamos emplear nuestros ahorros de tan diferentes maneras, que no sabíamos por cuál decidirnos. Hiciste como el criado del rey de España cuando tiró los relojes de su amo: nos pusiste de acuerdo. Mi buen Eugenio, Agata saltó de alegría. En fin, estuvimos todo el día como dos locas, tanto, que mamá nos decía con su aire severo: "Pero, ¿qué os pasa?" Yo únicamente estaba pensativa y apenada en medio de mi alegría, y tal vez seré una mal mujer de mi casa porque soy demasiado gastadora. Había comprado dos cinturones y un bonito alfiler para sujetar los claveles en el pecho; de modo que tenía menos dinero que esta Agata, que es económica y amontona escudo sobre escudo. ¡Ella tenía doscientos francos! Yo no tengo más que cincuenta escudos. Me veo bien castigada. Quisiera arrojar a un pozo mi cinturón, porque desde hoy me apenará llevarlo. Te he robado. Agata se mostró encantadora, diciéndome: "Enviémosle trescientos cincuenta francos entre las dos"; pero yo no pude resistir el deseo de contarte las cosas tal como pasaron. ¿Sabes cómo nos hemos arreglado para obedecer tus órdenes? Tomamos nuestro glorioso dinero, nos fuimos juntas de paseo y, una vez en la carretera, corrimos a Ruffec, donde entregamos sencillamente la suma al señor Grimbert, el administrador de las diligencias. Respecto al secreto, según mi tía, mascaritas como nosotras son capaces de todo, hasta de callarse. Mi madre fué misteriosamente a Angulema con nuestra tía, y ambas guardaron silencio acerca de la elevada política de su viaje, que no tuvo lugar sin largas conferencias, de las cuales fuimos desterradas, así como el señor barón. Grandes conjeturas ocupan los espíritus en el estado de Rastignac. Los príncipes don Enrique y don Gabriel han conservado la funesta costumbre de saciarse de arrope, de hacer rabiar a sus hermanas, de no querer aprender nada, de divertirse en buscar nidos de pájaros, de meter ruido y de cortar mimbres para hacer látigos, a pesar de las severas leyes del Estado. El nuncio del Papa, llamado vulgarmente el señor cura, les amenaza con excomulgarles. ¿Tendrás mucho que contarnos cuando vuelvas? Sí, a mí, que soy la mayor, ya sé que me lo dirás todo. Nuestra tía nos dejó entrever que fuiste muy bien recibido entre la alta sociedad. Se habla de una dama, mas se calla el nombre.

Adiós, adiós. Recibe un beso en la parte izquierda de la frente, en la sien que me pertenece exclusivamente. Dejo la otra hoja para Agata, que me prometió no leer nada de lo que te digo; pero, para estar segura, permaneceré a su lado mientras te escriba. Tu hermana que te quiere,

LAURA DE RASTIGNAC.

—¡Oh! sí — se dijo Eugenio —, sí, fortuna a toda costa. No hay tesoros que puedan pagar este cariño. Quisiera llevarles todas las dichas juntas. ¡Mil quinientos francos! — se dijo después de una pausa. —Es necesario que cada moneda dé resultado.

¡El mundo era suyo! El sastre ya había sido llamado, consultado y conquistado. Al ver al señor Trailles, Rastignac comprendió la influencia que ejercen los sastres en la vida de los jóvenes. ¡Ay de mí!, entre estas dos apreciaciones, no existe término medio: un sastre es un enemigo mortal o un amigo adquirido a costa del pago de la factura. Eugenio encontró en el suyo un hombre que había comprendido la paternidad de su comercio, y que se consideraba como un guión entre el presente y el porvenir de los jóvenes; así que Rastignac, agradecido, hizo la fortuna de este hombre mediante la siguiente frase:

—Yo sé de dos pantalones que hizo, que valieron a sus dueños la suerte de casarse con jóvenes de veinte mil francos de renta.

¡Mil quinientos francos, y trajes a discreción! En aquel momento, el pobre meridional no dudó ya de nada, y bajó a almorzar con ese aire indefinible que la posesión de una suma cualquiera comunica a los jóvenes.

—¡Ah! si las mujeres de París lo supiesen, vendrían aquí, a hacerse amar —decíase Rastignac devorando las peras en compota servidas por la señora Vauquer. En ese momento presentóse un mozo de la diligencia, preguntó por don Eugenio de Rastignac, y le entregó dos paquetes y un talón para que firmase el recibo. Rastignac vióse entonces herido por la profunda mirada que le dirigió Vautrín al mismo tiempo que le decía:

—Ahora tendrá con qué pagar lecciones de armas y sesiones de tiro.

—Llegaron los galeones —le dijo la señora Vauquer mirando los paquetes.

La señorita Michonneau temió fijar sus miradas en el dinero y hacer ver su codicia.

—¡Qué buena madre tiene usted! —exclamó la señora Couture.

—El señor tiene buena madre —repitió Poiret.

—Sí, la mamá se hizo una sangría — añadió Vautrín—. Ahora podrá usted divertirse, frecuentar el mundo, pescar en él buenas dotes y bailar con condesas que llevan flores de martín pescador en la cabeza. Pero, créame, joven, frecuente el tiro.

Dicho esto, Vautrín hizo el gesto del hombre que mide de arriba abajo a su adversario. Rastignac quiso darle propina al mozo, pero encontróse sin dinero en el bolsillo, y entonces Vautrín sacó un franco y se lo dió al mozo, diciéndole al estudiante:

—Ahora usted tiene crédito.

Aunque aquel hombre le fuese insoportable desde el día en que habían cambiado palabras duras al regresar de casa de la señora de Beauseant, Rastignac vióse obligado a darle las gracias. Durante aquellos ocho días, Eugenio y Vautrín habían permanecido silenciosos y se observaban mutuamente. El estudiante se preguntaba en vano por qué. Al sentirse repleto el bolsillo, Eugenio se rebeló y le dijo a Vautrín, que ya se levantaba para marcharse, después de haber saboreado los últimos sorbos del café:

—Haga usted el favor de esperarme.

—¿Para qué? —respondió el cuarentón calándose su sombrero de grandes alas y tomando su bastón de hierro con el cual hacía molinetes.

—Voy a devolverle el franco —repuso Rastignac abriendo uno de los paquetes y entregando ciento cuarenta francos a la señora Vauquer—. Cuentas claras conservan la amistad —le dijo a la viuda—. Estamos en paz hasta el día de san Silvestre. Cámbieme esta moneda de cinco francos.

—Es cierto, cuentas claras conservan la amistad —repitió Poiret mirando a Vautrín.

—Aquí tiene su franco —dijo Rastignac entregando una moneda a la esfinge con peluca.

—Cualquiera diría que usted teme deberme algo —exclamó Vautrín dirigiendo al joven una profunda mirada y una sonrisa burlona y cínica que irritó a Eugenio.

—Lo ha adivinado usted —repuso el estudiante, que llevaba los dos paquetes en la mano y se había levantado para subir a su pieza.

Vautrín salió por la puerta que daba al salón, y el estudiante se disponía a irse por la que daba al descansillo de la escalera.

—Señor marqués de Rastignacorama, ¿sabe usted que lo que dice es muy poco cortés? —profirió entonces Vautrín cerrando con fuerza la puerta del salón y dirigiéndose al estudiante, que le miró fríamente.

Rastignac cerró la puerta del comedor llevándose consigo a Vautrín al descansillo. Allí el estudiante dijo delante de Silvia, que salía de la cocina:

—Señor Vautrín: ni soy marqués, ni me llamo Rastignacorama.

—Van a batirse —dijo la señorita Michonneau con aire indiferente.

—¡A batirse! —exclamó Poiret.

—No lo creo —dijo la señora Vauquer acariciando el dinero que acababa de recibir.

—Mírelos, se van hacia el jardín, debajo de los tilos —exclamó Victorina levantándose—. Y sin embargo, ese pobre joven tiene razón.

—Subamos a nuestro cuarto, hija mía —expresó la señora Couture—; esas son cosas que no nos interesan.

Cuando la señora Couture y Victorina se levantaron, encontráronse en la puerta a la gruesa Silvia que les interceptó el paso diciéndoles al mismo tiempo:

—Pero ¿qué es lo que pasa? Veo que el señor Vautrín le dijo al señorito Eugenio: "Expliquémonos", y después le tomó por un brazo y ambos se encaminaron al jardín.

En este momento apareció también Vautrín, diciendo con sonrisa burlona:

—Señora Vauquer, no se asuste, voy a probar mis pistolas debajo de los tilos.

—¡Oh!, ¡caballero! —exclamó Victorina juntando las manos en ademán de súplica—. ¿Por qué quiere matar al señorito Eugenio?

Vautrín dió dos pasos atrás, contempló a Victorina un instante y exclamó con tono tan burlón que hizo ruborizar a la joven:

—¿Otra historia? ¿Verdad que es muy lindo ese joven? Hermosa mía, ahora usted me hace concebir un plan. Yo les prometo hacerles felices.

La señora Couture había tomado a su pupila por el brazo y se la llevaba diciéndole por lo bajo:

—Pero, Victorina, hoy está usted inconcebible.

—Yo no quiero que se disparen tiros en mi casa —gritó la señora Vauquer—. A esta hora van a asustar al vecindario y a hacer que venga la policía.

—Vamos, calma, señora Vauquer—respondió Vautrin—. Iremos a un salón de tiro.

Y dicho esto, fué a unirse a Rastignac, al que tomó familiarmente por el brazo diciéndole:

—Cuando yo le haya probado que meto cinco veces la bala en un as de oros a treinta y cinco pasos, ¿no se le quitará el valor? Tiene usted aire de ser rencoroso y se haría matar como un imbécil.

—¿Se vuelve usted atrás? —le dijo Eugenio.

—No me remueva la bilis —respondió Vautrin—. Esta mañana no hace frío. Venga a sentarse allá abajo —dijo señalándole unos asientos pintados de verde—. Allí nadie puede oirnos. Tengo que hablarle. Usted es un joven que me inspira simpatía. Le quiero a usted a fe de Bur... (¡mil rayos!) a fe de Vautrin. Ya le diré a usted por qué le quiero. Entretanto le conozco como si fuera mi hijo, y voy a probárselo. Ponga usted sus paquetes ahí —repuso señalándole la mesa redonda.

Rastignac colocó el dinero sobre la mesa y sentóse movido por una curiosidad engendrada por el cambio repentino operado en los modales de aquel hombre que, después de haber hablado de matarle, constituíase en su protector.

—Usted quisiera saber lo que yo soy, lo que hago o lo que he hecho —repuso Vautrin—. Pero es demasiado curioso, hijito mío. Yo he tenido desgracias. Escúcheme primero, y luego me responderá. ¿Quién soy? Vautrin. ¿Qué hago? Lo que me da la gana. Ahora sigamos. ¿Quiere conocer mi carácter? Pues bien, sepa que soy bueno con aquellos que me hacen bien o que tienen un corazón que marcha al unísono con el mío. A éstos se lo tolero todo y pueden darme patadas en las canillas sin que yo les diga: ¡Cuidado! Pero, ¡mil rayos!, soy malo como el demonio con los que me molestan o me son antipáticos. Es bueno que sepa usted que a mí me importa tanto matar a un hombre como esto —dijo soltando un escupitajo—. Unicamente que procuro matarle en ocasión oportuna. Cuando de dos hombres que viven, uno tiene que desaparecer, se necesita ser muy estúpido para entregarse al azar. El duelo es una cuestión de cara o cruz, he ahí todo. Yo meto cinco balas seguidas en un as de oros a treinta y cinco pasos; sin embargo, tiré contra un hombre a veinte pasos y erré el tiro, y aquel pillastre, que no había empuñado en su vida una pistola, mire usted —dijo desabrochándose el chaleco para enseñar su velludo pecho, que causaba espanto—, aquel sietemesino hizo blanco en mí —añadió poniendo un dedo de Rastignac en un agujero que tenía en el pecho—. Pero en aquella época yo era un niño, tenía su edad, veintiún años, y creía aún en algo, en el amor de una mujer, en esa serie de tonterías en que usted va a sumirse en breve. Nos hubiéramos batido, ¿verdad? Hubiera usted podido matarme. Imagínese que estoy en el suelo, muerto; ¿qué sería de usted? Tendría que irse a Suiza a comerse el dinero de papá, que no tiene mucho. Yo voy a iluminarle acerca de cuál es su verdadera posición; pero voy a hacerlo con la superioridad de un hombre que, después de haber examinado las cosas de la tierra, ha visto que no hay más que dos partidos que tomar: o una estúpida obediencia, o la revolución. ¿Sabe usted lo que necesita para seguir el camino que emprende? Un millón, y pronto, sin lo cual con su cabecita ligera podría ir a caer en las redes de Saint-Cloud. Ahora bien, ese millón voy a dárselo yo —añadió haciendo una pausa para mirar a Eugenio—. ¡Oh!, ¡oh!, parece que le pone mejor cara a papá Vautrin. Vamos, vamos, menos mal. He aquí nuestra situación, joven. Usted tiene en su tierra, a papá y mamá, a la tía, a dos hermanas de diecisiete y dieciocho años, y dos hermanos de quince y de diez. La tía educa a sus hermanas. El cura va a enseñar latín a los hermanos, la familia come más mal que bien, el papá ahorra sus ropas, la mamá tiene gran pena para hacerse un traje de invierno y otro de verano, y las hermanas hacen lo que pueden. Yo lo sé todo, estuve en el Mediodía. En tal estado se hallan las cosas en su casa, y si le envían a usted mil doscientos francos al año, es porque las tierras no dan más que tres mil. Tenemos una cocinera y un criado, porque papá es barón y hay que guardar el decoro. Nosotros, por nuestra parte, tenemos ambición; la Beauseant es parienta nuestra y vamos a pie; queremos fortuna y no tenemos un centavo; comemos el potaje de mamá Vauquer gustándonos las buenas comidas del arrabal de Saint-Germain, y dormimos en un fonducho deseando tener un palacio. No vitupero sus aspiraciones. Hijito mío, no todo el mundo puede tener ambiciones. Pregunte a las mujeres qué hombres les gustan, y verá que son los ambiciosos. La mujer se considera tan feliz y tan hermosa cuando es fuerte, que de todos los hombres prefiere a aquel cuya fuerza es enorme, aunque corre peligro de ser aplastada por él. Le hago el inventario de sus deseos a fin de proponerle una cuestión. Esta: tenemos un hambre de lobo, nuestros dientes son incisivos, ¿cómo nos arreglaremos para proveer la despensa? En primer lugar, nos hacemos abogados para llegar a ser presidentes de una audiencia y enviar a presidio a pobres diablos que valen más que nosotros, a fin de probarles a los ricos que pueden dormir tranquilamente. Esto es poco agradable y demasiado largo. Hay que padecer durante diez años, gastar mil francos al mes, tener una biblioteca y un bufete, frecuentar el mundo, adular a un procurador para tener causas y contemplar a los magistrados. Si esta profesión le llevase a uno a bien, no diría que no; pero búsqueme usted en París cinco abogados que, a los cincuenta años, ganen más de cincuenta mil francos al año. ¡Bah!, antes que empequeñecer así el alma, preferiría ser corsario. Nos queda el recurso de la dote de una mujer, pero casarse es echarse un dogal al cuello, y si uno se casa por dinero ¿qué va a ser de nuestros sentimientos de honor y de nobleza? Es preferible empezar hoy ya la lucha contra las convenciones humanas. He aquí la encrucijada de la vida, joven, elija usted. Usted ha elegido ya: fué a casa de su prima Beauseant y olfateó allí el lujo: fué a casa de la condesa de Restaud, la hija del padre Goriot, y vió allí a la parisiense, y aquel día volvió con esta palabra escrita en la frente, palabra que yo supe leer: *¡Medrar! ¡Medrar a toda costa!* ¡Bravo!, me dije, he aquí un mozo que me gusta. Necesitó usted dinero; ¿dónde buscarlo? Ha esquilmado usted a sus hermanas. Todos los hermanos explotan más o menos a sus hermanas. Los mil quinientos francos arrancados, Dios sabe cómo, en un lugar donde no abunda el dinero, van a desfilar como soldados en la lista. Y después ¿qué hará usted? ¿Trabajará? El trabajo comprendido como usted lo comprende en este momento, sólo da para vivir en la pensión de Vauquer, y el problema de una rápida fortuna se proponen resolverlo en este momento cincuenta mil jóvenes que se hallan en su misma situación. Es usted una unidad de este número; juzgue, pues, los esfuerzos que tendrá que hacer y lo encarnizado que resultará el combate. Necesitan ustedes comerse unos a otros, ya que no hay cincuenta mil plazas buenas. ¿Sabe usted cómo se hace carrera? Con el brillo del genio o con la astucia de la corrupción. Hay que penetrar en esta masa de hombres como una bala de cañón o deslizarse como una peste. La honradez no sirve de nada. El mundo se inclina ante el poder del genio; le odia y procura calumniarle, pero al fin y al cabo se inclina ante él. En una palabra, que al genio se le adora de rodillas cuando no ha podido enterrársele. La corrupción abunda y el talento es raro; así que la corrupción es el arma de las medianías, cuya oposición encontrará usted en todas partes. Verá empleados con mil doscientos francos de sueldo que compran tierras. Verá prostituirse a mujeres por el solo deseo de ir en el coche de un hijo de un par de Francia. Vió al pobre y estúpido Goriot obligado a pagar la letra de cambio endosada por su hija, cuyo esposo tiene cincuenta mil francos de renta. Le reto a usted a que dé dos pasos en París sin encontrar intrigas infernales. Apostaría la cabeza contra cinco centavos a que caerá usted en un avispero con la primera mujer que le guste, aunque sea rica, hermosa y joven. Todas están en guerra con sus esposos con motivo de todo, y créame que no acabaría nunca si hubiera de explicarle los manejos que hacen por los amantes, por el lujo, por los hijos, por la casa o por la vanidad, honrado es su enemigo común. Pero ¿qué y rara vez por virtud. Así que el hombre cree usted que es el hombre honrado? En París el hombre honrado es el que se calla y se niega a participar de ciertas cosas. Si quiere usted, pues, hacer fortuna pronto, es necesario ser rico o parecerlo. Si en las cien profesiones que puede abrazar existen diez hombres que medren pronto, el público les llama ladrones. Saque usted de aquí la conclusión. He ahí la vida tal cual es y que no resulta más agradable que la cocina, y hay que mancharse las manos si se quiere sacar partido. Sepa usted, únicamente, desembarazarse bien, y en esto estriba toda la moral de nuestra época.

"Si le hablo así del mundo, es porque el conocimiento que tengo de él me da derecho a ello. ¿Cree usted que lo critico?, nada de eso. Siempre fué lo mismo, y los moralistas no lo cambiarán nunca, porque el hombre es imperfecto. No acuso a los ricos, porque entiendo que el hombre es el mismo arriba, que abajo, que en medio. Si es usted un hombre eminente, marche en línea recta con la cabeza alta; pero tendrá que luchar contra la envidia, la calumnia, la medianía, contra todo el mundo. Tiéntese usted la ropa y vea si podría levantarse cada mañana con más voluntad que la que tenía la víspera. En este estado las cosas, yo voy a hacerle una propuesta a la que nadie se negaría. Escúcheme bien. Aquí donde me ve, yo tengo una idea, que consiste en ir a hacer vida patriarcal a una gran propiedad de diez mil hectáreas, situada al sur de los Estados Unidos. Quiero hacerme allí colono, tener esclavos, ganar mucho dinero vendiendo mis bueyes, mi tabaco, y mis

maderas, vivir como un soberano, y hacer mi santa voluntad llevando una existencia que aquí no se concibe, porque no hay teatro para ello. Yo soy un gran poeta, pero no escribo mis poemas, que consisten en acciones y en sentimientos. En este momento poseo cincuenta mil francos, con los cuales sólo podría adquirir unos cuarenta negros, y necesito doscientos mil francos, porque quiero doscientos negros a fin de satisfacer mi gusto por la vida patriarcal. Con este capital negro, en diez años haré tres o cuatro millones. Si salgo airoso, nadie me preguntará quién soy, seré el señor Cuatro Millones, ciudadano de los Estados Unidos, tendré cincuenta años, no estaré aún envejecido y me divertiré a mi modo. En dos palabras, ¿me dará usted los doscientos mil francos si le procuro una dote de un millón? Un veinte por ciento de comisión, me parece que no es caro. Se hará querer de su mujercita; una vez casado, fingirá usted sentir inquietudes y remordimientos, se hará el triste quince días y por fin una noche, después de algunas caricias, entre dos besos, le declarará a su esposa que tiene doscientos mil francos de deudas diciéndole: "Amor mío". Esta comedia la desempeñan todos los días los más distinguidos jóvenes. Una recién casada no niega nunca su bolso al marido que le ha conquistado el corazón. ¿Cree que saldrá perdiendo algo? No. Ya encontrará el medio de recuperar los doscientos mil francos en algún negocio, y con su talento y su dinero adquirirá una fortuna mucho mayor que lo que puede desear. *Ergo*, en seis meses de tiempo habrá hecho usted su dicha, la de una esposa amable y la de su papá Vautrín, sin contar la de su familia, que se sopla los dedos en invierno por falta de leña. No se asombre de lo que le propongo ni de lo que le digo. De sesenta matrimonios buenos que se hacen en París, cuarenta y siete dan lugar a mercados de esta índole, que...

—¿Y qué tengo yo que hacer? —preguntó ávidamente Rastignac interrumpiendo a Vautrín.

—Casi nada —respondió éste dejando escapar un movimiento de alegría semejante al de un pescador que siente el peso de un pez en el anzuelo—. Escúcheme bien. El corazón de una joven desgraciada y miserable es la esponja más ávida de llenarse de amor, una esponja seca que se ensancha tan pronto como en ella cae una gota de sentimiento. Hacer la corte a una joven que se encuentra en condiciones de soledad, de desesperación y de pobreza, sin que ella sospeche su fortuna futura, es el premio gordo seguro, es conocer los números de la lotería, es jugar a la Bolsa sabiendo previamente las oscilaciones que ha de sufrir. Más tarde la joven hereda millones y se los arrojará a usted a los pies como si fueran guijarros. "Toma, amado mío, toma", dirá ella, si ha tenido la abnegación de sacrificarse por ella. Entiendo yo por sacrificios vender un traje viejo para ir a comer juntos a una mala posada, y de allí, por la noche, empeñar el reloj para comprarle un chal e ir al Cómico. No le hablo de la jerigonza del amor y demás tonterías que tanto encantan a las mujeres, porque me parece que usted conoce perfectamente la jerga del corazón. Mire usted, París es como un bosque, y usted es un cazador de millones. Hay varias maneras de cazar. Los unos cazan a la dote, los otros, a la liquidación, aquellos prestan conciencias, y los de más allá venden atados de pies y manos a sus abonados. El que vuelve con el morral bien provisto es saludado, festejado y recibido por la buena sociedad. Hagamos justicia a este suelo hospitalario; tiene usted que habérselas con la ciudad más hospitalaria del mundo. Si las altivas aristocracias de todas las capitales de Europa se niegan a admitir en sus filas a un millonario infame, París le tiende sus brazos, corre a sus fiestas, se sienta a su mesa y brinda con su infamia.

—Pero ¿dónde encontrar una joven así? —dijo Eugenio.

—La tiene usted aquí en nuestra propia casa.

—¿La señorita Victorina?

—La misma.

—¿Eh?, ¿cómo?

—La baronesita de Rastignac le ama a usted ya.

—¡Pero si no tiene un centavo! —repuso Eugenio asombrado.

—¡Ah!, no lo crea, dos palabras más, y todo se aclarará —dijo Vautrín—. El padre Taillefer es un viejo pillastre acusado de haber asesinado a un amigo suyo durante la Revolución. Es uno de los míos, que tienen independencia en sus opiniones, un banquero, principal socio de la casa Taillefer y Compañía. Tiene un hijo, al que quiere dejar sus bienes con gran perjuicio de Victorina. A mí no me gustan esas injusticias. Si la voluntad de Dios fuese que su hijo pasara a mejor vida, Taillefer recogería a su hija, porque, obedeciendo a esa tontería que existe en la naturaleza, desearía tener un heredero, y yo sé que no puede tener hijos. Victorina es dulce y amable, y no tardará en engatusar a su padre y en hacer de él lo que quiera. Después la joven se mostrará demasiado sensible a su amor para olvidarle, y se casará con usted. Yo me encargo del papel de Providencia, y haré que Dios disponga la muerte del hijo. Tengo un amigo que me es muy adicto, un coronel del ejército del Loira que acaba de ser empleado en la guardia real. Este se ha hecho ultrarrealista a instancias mías. Un consejo tengo aún que darle, hijo mío, y es que no se aferre nunca a sus opiniones ni a sus palabras, y si encuentra medio de cambiar con ventaja, hágalo. El hombre que se alaba de no cambiar nunca de opinión y que siempre marcha en línea recta, es un necio que cree en la infalibilidad. No hay principios, sólo hay acontecimientos; no hay leyes, sólo hay circunstancias: el hombre superior amóldase a los acontecimientos y a las circunstancias para dirigir a unos y a otras. Volviendo a mi hombre, sepa que crucificaría a Jesucristo si yo se lo mandase, y a una indicación de su papá Vautrín, le buscará camorra a ese pillastre, que ni siquiera le mandó cinco francos a su pobre hermana, y lo pondrá a la sombra— añadió Vautrín levantándose, poniéndose en guardia y haciendo el movimiento de un maestro de armas que se tira a fondo.

—¡Qué horror! —dijo Eugenio—. Señor Vautrín, usted bromea.

—¡Uy!, ¡uy!, ¡uy! — exclamó aquel hombre—. Calma, no se haga usted el niño. Sin embargo, si eso le complace, puede hacer cuantos aspavientos y exclamaciones crea conveniente. Dígame que soy un infame, un bandido, un pillo; pero no me llame estafador ni espía.

—¡Basta, caballero!, no quiero oírle más, porque me haría usted dudar de mí mismo. En este momento, el sentimiento constituye toda mi ciencia.

—Como usted guste, hijo mío. Le creía más listo; no le diré nada más. Sin embargo, una palabra aun —añadió Vautrín mirando fijamente al estudiante—. Posee usted mi secreto.

—Un joven que se niega a secundar sus planes sabrá olvidarlo todo.

—Muy bien dicho, eso me satisface. Mire, otro será menos escrupuloso. Acuérdese de lo que quiero hacer por usted. Le doy quince días de plazo para que se decida.

—¡Vaya un hombre más intrépido! —se dijo Rastignac al ver que Vautrín se iba tranquilamente con el bastón bajo el brazo—. Me dijo con franqueza lo que la señora de Beauseant me decía cubriendo las apariencias. Me desgarraba el corazón con sus zarpas de acero. ¿Por qué quiero ir a casa de la señora de Nucingen? El ha adivinado los motivos tan pronto como los concebí. En dos palabras ese bandido me dijo más cosas acerca de la virtud que todos los hombres y los libros. Si la virtud no sufre capitulación, ¿he robado acaso a mis hermanas? —dijo Eugenio arrojando el paquete sobre la mesa. Sentóse y permaneció sumido en profunda meditación—. Ser fiel a la virtud, ¡martirio sublime! ¡Bah!, todo el mundo cree en la virtud; pero, ¿quién es virtuoso? Sin embargo, yo quiero trabajar noble y santamente, trabajar noche y día y deber mi fortuna y mi trabajo. Será la más lenta de las fortunas; pero al menos cada día mi cabeza descansará sobre mi almohada sin verse turbada por ningún pensamiento pecaminoso. ¿Qué cosa más hermosa que contemplar uno su vida y encontrarla pura? Yo y la vida somos como un joven y su desposada. Vautrín me hizo ver lo que ocurre después de diez años de matrimonio. ¡Diablo!, mi cabeza se pierde. No quiero pensar en nada, el corazón es un buen guía.

Eugenio fué sacado de su sueño por la voz de la gruesa Silvia, que le anunció a su sastre. Cuando se hubo probado sus trajes de la tarde, se puso uno de la mañana que le cambiaba por completo, y se dijo:

—Valgo tanto como el señor de Trailles, y ahora parezco un verdadero hidalgo.

—Señor —dijo el padre Goriot entrando en la habitación de Eugenio—, ¿me ha preguntado usted si sabía a qué casa va la señora de Nucingen?

—Sí.

—Pues bien, el lunes próximo va al baile del mariscal Carigliano. Si usted asiste a él, ya me dirá si mis dos hijas se divirtieron y si iban bien vestidas. En fin, todo.

—¿Cómo supo usted eso, padre Goriot? —le preguntó Eugenio haciéndole sentarse ante su fuego.

—Me lo dijo su camarera. Sé todo lo que hacen por Teresa y por Constanza —repuso el anciano con júbilo—. ¡Usted podrá verlas! — añadió, expresando con sencillez una dolorosa envidia.

—No lo sé —respondió Eugenio—. Voy a ir a casa de la vizcondesa de Beauseant a preguntarle si puede presentarme a la mariscala.

Eugenio pensaba, con una especie de fruición, en presentarse en casa de la vizcondesa vestido como lo estaría en lo sucesivo. Lo que los moralistas llaman abismos del corazón humano son únicamente pensamientos falaces, impulsos involuntarios del interés personal. Al verse bien vestido, bien calzado y bien enguantado, Rastignac olvidó su virtuosa resolución. La juventud no se atreve a mirarse en el espejo de la conciencia cuando se inclina del lado de la injusticia, mientras que la edad madura se mira en él: entre estas dos fases de la vida yace toda la diferencia. Hacía algunos días que los dos

vecinos, Eugenio y el padre Goriot, se habían hecho amigos. Su secreta amistad nacía de las mismas razones psicológicas que habían engendrado sentimientos contrarios entre el estudiante y Vautrín. Había olfateado la compasión, la admirativa bondad y las simpatías juveniles que habían nacido para él en el corazón del estudiante; sin embargo, esta naciente unión no había originado aún ninguna confidencia. Si Eugenio había manifestado deseos de ver a la señora de Nucingen, no era porque contase con el anciano para ser introducido en su casa; pero esperaba que alguna indiscreción secundase sus planes. El padre Goriot le había hablado de sus hijas sólo con motivo de lo que él se había permitido decir públicamente el día de sus dos visitas.

—Señor mío —le dijera al día siguiente— ¿cómo ha podido creer que la señora de Restaud tomase a mal el que usted hubiese pronunciado mi nombre? Mis dos hijas me quieren, y yo soy un padre feliz. Unicamente mis dos yernos se han portado mal conmigo, y como no quise que las pobres criaturas tuviesen por culpa mía disputas con sus maridos, preferí verlas en secreto. Este misterio me proporciona mil goces que no comprenden los otros padres que pueden ver a sus hijas cuando quieren. Yo no puedo, ¿comprende usted?, y entonces, cuando hace buen tiempo, me voy a los Campos Elíseos luego de haber preguntado a las camareras si mis hijas salen. Cuando me dicen que sí, las espero en el pasaje; mi corazón late con fuerza cuando llegan los coches, las admiro en medio de su lujo, y ellas al pasar me dirigen una sonrisa que me alegra el alma. Y después permanezco allí, porque ellas tienen que volver. Las veo de nuevo: el aire les fué provechoso, sus caras parecen dos rosas. Luego oigo decir en torno mío: "¡Vaya una mujer más bonita!", y esto me regocija el corazón, porque ¿no son mi sangre? Vivo de sus placeres. Cada uno tiene su manera de querer: la mía no hace mal a nadie, y no sé por qué el mundo se ocupa de mí. Yo soy feliz a mi modo. Le ruego que no hable de mí más que para decir cuán buenas son mis hijas. Las pobres quieren colmarme de toda clase de regalos; pero yo se lo impido diciéndoles: "Guardad vuestro dinero; ¿qué queréis que haga de él? Yo no preciso nada". En efecto, señor mío, ¿qué soy yo? Un mal cadáver, cuya alma está donde están mis hijas. Cuando usted haya visto a la señora de Nucingen, ya me dirá cuál de mis dos hijas le gusta más — dijo el buen hombre al cabo de un momento de silencio y al ver que Eugenio se disponía a salir para ir a las Tullerías esperando la hora de presentarse en casa de la vizcondesa de Beauseant.

Este paseo fué fatal para el estudiante. Algunas mujeres fijáronse en él; ¡era tan joven, tan bello y estaba dotado de una elegancia tan distinguida! Al ver que era objeto de una atención casi admirativa, ya no pensó en sus hermanas ni en su tía despojadas, ni en sus virtuosas repugnancias: había visto pasar sobre su cabeza a Satán. Las palabras que dijo Vautrín se habían albergado en su corazón como se graba en el recuerdo de una virgen el innoble perfil de una vieja vendedora de joyas que le dice: "Oro y amor a mares". Después de haber callejeado indolentemente, a las cinco Eugenio se presentó en casa de la señora de Beauseant. Hasta entonces la vizcondesa habíase mostrado con él llena de esa cortés amenidad y de esa gracia meliflua, propia de la educación aristocrática y que sólo es completa cuando proviene del corazón. Cuando entró, la vizcondesa de Beauseant le dijo con tono seco:

—Señor de Rastignac, me es imposible recibirle, al menos en este momento. Tengo quehaceres...

Para un observador (y Rastignac ya lo era), esta frase, el gesto, la mirada y la inflexión de la voz era la historia del carácter y de las costumbres de la casta. Eugenio vió la mano de hierro debajo del guante de terciopelo, la personalidad y el egoísmo bajo los modales, la madera bajo el barniz. Rastignac se había abandonado demasiado fácilmente a creer en las noblezas de la mujer. Eugenio quería ir al baile de la duquesa de Carigliano, y devorando esta borrasca, dijo con conmovida voz:

—Señora, si no se tratara de una cosa importante, no hubiera venido a importunarla; tenga la amabilidad de permitirme que la vea más tarde; esperaré.

—Pues bien, venga a comer conmigo —dijo la vizcondesa un poco confusa al considerar la dureza con que había pronunciado sus palabras.

Aunque agradecido de este cambio repentino, Eugenio se dijo al marcharse:

—Arrástrate, sopórtalo todo. ¿Qué deben ser las demás, si la mejor de las mujeres borra en un momento las promesas de su amistad y te abandona como un zapato viejo? El egoísmo impera. Es verdad que su casa no es ninguna tienda, y que yo hago mal en necesitar de ella; pero, en fin, como dice Vautrín, hay que hacerse bala de cañón.

Cuando regresó a casa de la vizcondesa, ella le recibió con aquella amabilidad que siempre le había demostrado, yéndose ambos a un comedor en el cual el vizconde esperaba a su esposa y donde resplandecía ese lujo de mesa que fué llevado al más alto grado cuando la Restauración. Jamás espectáculo semejante había sido acariciado por los ojos de Eugenio, el cual comía por primera vez en una de esas casas en que las grandezas sociales son hereditarias. Eugenio no había asistido aún más que a bailes. El aplomo que tan eminentemente le distinguió más tarde y que empezaba a adquirir, le impidió quedar alelado; pero al ver aquel servicio de plata esculpida y las mil curiosidades de una mesa suntuosa, era difícil que un hombre de imaginación ardorosa no prefiriese aquella vida constantemente elegante a la vida de privaciones que quería abrazar por la mañana. Su pensamiento le sumió por un instante en su casa de pensión, y sintió por ésta tan profundo horror, que juró abandonarla en el mes de enero, tanto para meterse en una casa limpia como para huir de Vautrín, cuya pesada mano sentía aún sobre su hombro. En vano miraba la vizcondesa de Beauseant a Eugenio para invitarle a hablar, pues éste no quiso decir nada en presencia del vizconde.

—¿Me lleva usted esta noche a los Italianos? — preguntó la señora de Beauseant a su marido.

—No puede usted dudar del placer que tendría en obedecerla —respondió él con una burlona galantería que engañó al estudiante—; pero tengo una cita en el Variedades.

"Con su amante" — se dijo ella.

—¿No tiene usted a Adjuda esta noche? —le preguntó el vizconde.

—No —le respondió con mal humor su esposa.

—Pues bien; si usted necesita a toda costa un brazo, tome el del señor de Rastignac.

La vizcondesa miró sonriendo a Eugenio y le dijo:

—¡Vaya un compromiso para usted!

—Chateaubriand dijo que el francés ama el peligro porque ve en él la gloria —respondió Rastignac inclinándose.

Algunos momentos después, estaba sentado en un cupé al lado de la vizcondesa de Beauseant y se trasladaba al teatro de moda, creyendo en alguna hechicería cuando entró en un palco y vió que todos los anteojos dirigíanse a la vizcondesa, cuyo tocado era delicioso.

—Decía usted que tenía que hablarme —le expresó la señora de Beauseant—. ¡Ah! Mire usted, la señora de Nucingen está a tres palcos del nuestro. Su hermana y el señor de Trailles están al otro lado.

Mientras decía estas palabras, la vizcondesa miraba al palco en que la señorita de Rochefide debía estar, y, como no viese en él al señor de Adjuda, su cara adquirió un extraordinario brillo.

—Es encantadora — dijo Eugenio luego de haber mirado a la señora de Nucingen.

—Tiene blancas las cejas.

—Sí, ¡pero vaya un talle más bonito!

—Tiene las manos grandes.

—Y ¡qué ojos más hermosos!

—Pero la cara es larga.

—¡Oh!, es que la forma larga tiene distinción.

—Afortunadamente para ella, porque vea usted cómo toma y deja el monóculo. La raza Goriot se adivina en todos sus movimientos —dijo la vizcondesa con gran asombro de Eugenio.

La señora de Beauseant examinó con sus anteojos la sala y parecía no hacer caso de la señora de Nucingen, a pesar de no perder ninguno de sus gestos. El aspecto del teatro era maravilloso. Delfina de Nucingen estaba sumamente satisfecha al ver que ocupaba exclusivamente al joven, bello y elegante primo de la señora de Beauseant, que sólo tenía ojos para ella.

—Señor de Rastignac, si usted continúa mirándola de esa manera, va a dar un escándalo. Nada logrará si deja ver de ese modo a todo el mundo sus sentimientos.

—Prima querida —dijo Eugenio—, usted me ha dispensado ya sobrada protección; mas si quisiera terminar su obra, sólo le pido que me haga un favor que ha de costarle poco trabajo y que me causará gran bien. Heme ya prendado.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Por esa mujer?

—¿Quién sino ella podría escuchar mis pretensiones? —dijo Eugenio dirigiendo una penetrante mirada a su prima—. La señora duquesa de Carigliano es muy amiga de la duquesa de Berry —repuso después de una pausa—, y como usted tiene que verla, tenga la bondad de presentarme en su casa y de llevarme al baile que da el lunes. Allí encontraré a la señora de Nucingen y me entregaré a mi primera escaramuza.

—Con sumo placer —le dijo la vizcondesa—. Si usted siente ya afición por ella, veo que le irán bien los asuntos del corazón. Allí está de Marsay en el palco de la princesa Galathionne. La señora de Nucingen está sufriendo atrozmente de despecho. No hay mejor momento para abordar a una mujer, sobre todo si es la mujer de un banquero. A todas esas damas de la calzada de Antín les gusta extraordinariamente la venganza.

—Pues ¿qué haría usted en su lugar?

—Yo, sufriría en silencio.

En este momento presentóse el mar-

qués de Adjuda en el palco de la vizcondesa de Beauseant.

—Dejé a medio hacer mis negocios a fin de venir a encontrarla, y se lo comunico para que no crea que vengo haciendo un sacrificio.

La radiante alegría del rostro de la vizcondesa enseñó a Eugenio a reconocer las expresiones de un verdadero amor y a no confundirlo con las monadas de la coquetería parisiense. Admiró a su prima, quedóse callado y dejó su asiento al marqués de Adjuda, suspirando y diciéndose:

—¡Qué noble, qué sublime criatura es una mujer que ama así! Y este hombre la va a traicionar por una muñeca.

Dicho esto, sintió en su corazón una rabia de niño; hubiera querido arrastrarse a los pies de la vizcondesa de Beauseant y hubiera deseado el poder de los demonios para apoderarse de su corazón. Sentíase humillado de verse en aquel gran museo de la belleza sin su cuadro, sin una querida propia.

—Tener una amante y una posición casi regia es la señal del poder —se decía.

Y miró a la señora de Nucingen como un hombre insultado mira a su adversario. La vizcondesa se volvió hacia él para darle las gracias con una mirada por su discreción. El primer acto había concluído.

—¿Conoce usted bastante a la señora de Nucingen para presentarle al señor de Rastignac? —preguntó la vizcondesa al señor de Adjuda.

—Ya lo creo, y tendrá una gran satisfacción en conocerle —dijo el apuesto portugués tomando el brazo del estudiante, levantándose y trasladándose, en un abrir y cerrar de ojos, al lado de la señora de Nucingen.

—Señora baronesa —dijo el marqués—, tengo el honor de presentarle al caballero Eugenio de Rastignac, primo de la vizcondesa de Beauseant. Usted le ha causado tan viva impresión, que he querido completar su dicha aproximándolo a su ídolo.

Estas palabras fueron dichas con cierto tono burlón que disimulaba el pensamiento un poco brutal que, expresado con gracia, no desagrada nunca a una mujer. La señora de Nucingen sonrióse y ofreció a Eugenio el sitio de su marido, que acababa de salir.

—Caballero, no me atrevo a proponerle que se quede a mi lado, porque cuando se tiene la dicha de estar con la vizcondesa de Beauseant se debe aprovechar.

—Pero, señora —le dijo en voz baja Eugenio—, me parece que si quiero agradar a mi prima me quedaré a su lado. Antes de la llegada del señor marqués hablábamos de usted y de la distinción de toda su persona —le dijo en voz alta.

El marqués de Adjuda se retiró.

—Caballero, ¿de veras se va a quedar a mi lado? ¡Oh!, entonces tendremos el gusto de conocernos, y yo satisfaré el deseo que me inspiró de verle la señora de Restaud.

—¡Cómo!; ¿tan falsa es, después de haberme cerrado la puerta de su casa?

—¡Cómo!

—Señora, voy a decirle la causa; pero reclamo toda su indulgencia al confiarle semejante secreto. Yo soy vecino de su señor padre, e ignoraba que la señora de Restaud fuese su hija, y cometí la inocente imprudencia de hablar de él, disgustando así a su hermana y a su esposo. No puede imaginarse cuán de mal gusto han encontrado esta apostasía filial la duquesa de Langeais y mi prima. Yo les conté lo sucedido, y ellas se rieron como locas. Entonces fué cuando, haciendo un paralelo entre usted y su hermana, la vizcondesa de Beauseant me habló de usted con elogio y me dijo cuán buena era para mi vecino el señor Goriot. En efecto, ¿cómo no ha de quererle usted si la adora de un modo tan apasionado que hasta llego a sentir celos? Esta mañana hemos estado hablando de usted más de dos horas, y luego, oído lo que su padre me contó, esta noche, comiendo con mi prima, yo le decía que usted no podía ser tan hermosa como amante. Queriendo sin duda favorecer tan entusiasta admiración, la vizcondesa de Beauseant me trajo aquí diciéndome, con su acostumbrada gracia, que aquí la vería.

—¡Cómo!, caballero —exclamó la esposa del banquero—, ¿le debo ya agradecimiento? Un poco más y vamos a ser antiguos amigos.

—Aunque la amistad debe ser a su lado un sentimiento poco vulgar, yo no quiero ser sólo su amigo —dijo Rastignac.

Estas tonterías le agradaron mucho a la señora Nucingen. El gesto, el acento, la mirada de un joven, les dan incalculable valor. Encontró a Rastignac encantador, y luego, como todas las mujeres, no pudiendo responder nada a cuestiones tan francamente planteadas como la del estudiante, le respondió otra cosa.

—Sí, mi hermana obra mal portándose como lo hace con nuestro pobre padre, que fué para nosotras un dios. Ha sido necesario que el señor de Nucingen me ordenase terminantemente que yo no viese a mi padre más que por las mañanas, para que accediese respecto a este punto. Pero fuí mucho tiempo desgraciada. Lloraba. Estas violencias, sucediendo a las brutalidades del matrimonio, fueron una de las cosas que más turbaron mi hogar. A los ojos del mundo soy la mujer más feliz de París, pero en realidad la más desgraciada. Usted me va a juzgar loca hablándole de este modo, pero ya conoce a mi padre, y este solo hecho basta para que no le considere como un extraño.

—Jamás habrá usted encontrado persona que esté animada de un deseo más vivo de pertenecerle —dijo Eugenio—. ¿Qué buscan ustedes todas?: la dicha — repuso el estudiante con voz que llegaba al alma—. Pues bien, si la dicha de una mujer consiste en ser amada y adorada, en tener un amigo a quien confiar sus deseos, sus caprichos, sus penas, sus goces, y mostrarse ante él en toda la desnudez de su alma, con sus bonitos defectos y sus hermosas cualidades sin temor de ser traicionada, créame, que ese corazón adicto, siempre ardiente, no puede encontrarse más que en un hombre joven, lleno de ilusiones, que puede morir a una seña suya y que no conoce aún el mundo ni quiere conocerlo, porque usted será el mundo para él. ¡Había pensado tanto en su persona! Pero no la había soñado tan hermosa como es usted en realidad. La vizcondesa de Beauseant me ordenó que no la mirase a usted tanto, porque no sabe lo atractivos que resultan sus bonitos labios rojos, su tez blanca y sus cariñosas miradas. Yo también estoy diciéndole locuras; pero no haga usted caso.

La señora de Nucingen animaba a Eugenio con sonrisas, mirando de cuando en cuando a de Marsay, el cual no dejaba el palco de la princesa Galathionne. Rastignac permaneció al lado de la señora de Nucingen hasta que su esposo fué a buscarla para acompañarla a casa.

—Señora —le dijo Eugenio—, tendré el placer de ir a verla antes del baile de la duquesa de Carigliano.

—Puesto que la *señoga* le invita, tenga la *segugidad* de *seg* bien *gecibido* —le dijo el barón, especie de alsaciano, cuya cara redonda anunciaba una astucia peligrosa.

—Las cosas marchan bien, porque observo que al oír que le decía si me amaría bien no se ha asustado. Le he puesto ya el freno al corcel; conque, sepamos gobernarle —se dijo Eugenio yendo a saludar a la vizcondesa de Beauseant, que se levantaba y retirábase en aquel momento con Adjuda.

El pobre estudiante no sabía que la baronesa estaba distraída, y que esperaba de de Marsay una de esas cartas decisivas que desgarran el alma. Satisfecho de su falso éxito, Eugenio acompañó a la vizcondesa hasta el peristilo.

—Su primo no parece el mismo —dijo el portugués a la vizcondesa cuando se despidió Eugenio—. Es flexible como una anguila, y creo que hará carrera. Sólo usted ha podido elegirle una mujer en el momento en que necesitaba consuelo.

—Pero es decesario saber si Delfina ama aún al que la abandona —dijo la señora de Beauseant.

El estudiante marchó a pie desde el teatro hasta la calle Nueva de Santa Genoveva haciéndose los más bellos proyectos. Había notado la atención con que la señora de Restaud le había examinado, lo mismo en el palco de la vizcondesa que en el de la señora de Nucingen, y presumió que la condesa ya no le cerraría las puertas de su casa; de suerte que iba a adquirir cuatro relaciones mayores entre la elevada sociedad parisiense, toda vez que contaba simpatizar con la mariscala.

—Si la señora de Nucingen se interesa por mí, yo le enseñaré a gobernar a su esposo. Este hace negocios de banca y tal vez pueda ayudarme a adquirir de pronto fortuna.

Eugenio no se decía esto precisamente porque aun no era bastante político para cifrar una situación, apreciarla y calcularla; pero estas ideas flotaban en su horizonte en forma de ligeras nubes, y, aunque no tenían la aspereza de las de Vautrín, si hubiesen sido sometidas al examen de las conciencia, no hubieran dado de sí nada puro. Al llegar a la pensión, Rastignac se había enamorado de la señora de Nucingen, la cual le pareció fina y esbelta como una golondrina. El estudiante llamó con fuerza a la puerta del padre Goriot, diciendo:

—Vecino mío, vi a su hija Delfina.

—¿Dónde?

—En los Italianos.

—¿Se divirtió mucho? Entre —dijo Goriot, que se levantó en camisa, abrió la puerta y volvió a acostarse—. Hábleme de ella.

Eugenio, que por primera vez entraba en la pieza del anciano Goriot, no pudo reprimir un movimiento de asombro al ver el chiribitil que habitaba el padre después de haber admirado el lujo de la hija. La ventana carecía de cortinas. El papel pegado a las paredes estaba desprendido en algunos lugares por efecto de la humedad y dejaba ver el yeso ennegrecido por el humo. El buen hombre yacía en una mala cama, no tenía más que un cobertor y una manta corta hecha con pedazos de vestidos viejos de la señora Vauquer. El piso era húmedo y estaba lleno de polvo. Enfrente de la ventana se veía una de esas viejas cómodas de madera de hinchado vientre, que tienen manillares de cobre, y una mesita vieja de madera sobre la cual veíase un jarro de agua y todos los utensilios necesarios para afeitarse. En un rincón los zapatos; a la cabecera de la cama una mesa de luz

sin puerta ni mármol, y en el rincón de la chimenea, donde no había huellas de fuego, estaba la mesa cuadrada de nogal, cuya pata había servido al padre Goriot para deformar el servicio de plata. El aspecto de aquel cuarto daba frío y oprimía el corazón, pues se parecía al más triste albergue de una cárcel. Afortunadamente, Goriot no vió la expresión que se pintó en el rostro de Eugenio cuando éste colocó la bujía sobre la mesa de noche. El buen hombre volvióse, permaneciendo tapado hasta la barba, y le dijo:

—Vamos a ver, ¿quién le gusta más, la señora de Restaud o la señora de Nucingen?

—Prefiero a Delfina porque lo quiere a usted —le respondió el estudiante.

Al oír estas palabras, dichas con calor, el buen hombre sacó un brazo de la cama y estrechó la mano a Eugenio, diciéndole conmovido:

—Gracias, gracias. ¿Qué le dijo a usted de mí?

El estudiante repitió las palabras de la baronesa embelleciéndolas, y el anciano lo escuchó como si hubiese oído la palabra de Dios.

—Sí, sí, hijo mío, me quiere mucho; pero no crea lo que le dijo de Anastasia. Mire usted, las dos hermanas se tienen envidia, lo cual es una prueba más de su cariño. La señora de Restaud también me quiere. Yo lo sé, porque un padre es con sus hijos como Dios con nosotros: llega hasta el fondo de los corazones y juzga las intenciones. Tan cariñosa es una como otra. ¡Oh! si yo hubiese tenido buenos yernos, habría sido demasiado feliz; y ya se sabe que es imposible una felicidad completa aquí en la tierra. Si yo viviese en casa de ellas, nada más que oyendo sus voces, sabiendo que las tenía a mi lado, y el verlas ir y venir como cuando las tenía en casa, hubiera hecho reventar de alegría mi corazón. ¿Iban bien vestidas?

—Sí —dijo Eugenio—, pero, señor Goriot, ¿cómo puede vivir usted en semejante tugurio teniendo hijas en tan buena posición?

—¡Bah! ¿De qué me serviría estar mejor? Yo no podría explicárselo, porque no sé decir dos palabras seguidas. Todo está aquí —añadió golpeándose el pecho—. Toda mi vida estriba en mis hijas. Si ellas se divierten, si son felices, si van bien vestidas, si pisan alfombras, ¿qué me importa a mí mi ropa ni el lugar en que me cobijo? Yo no tengo frío cuando ellas tienen calor, ni me aburro si ellas se divierten. No tengo más penas que las suyas. Cuando sea usted padre, cuando se diga, viendo juguetear a sus hijos: "Estos seres son carne de mi carne", entonces ya verá lo que es esto, se creerá dentro de sus cuerpos, y sólo se verá agitado por sus sentimientos. Yo oigo sus voces en todas partes, y una mirada suya cuando estoy triste renueva mi sangre. Ocupan de tal modo mi alma, que yo estaba seguro de que usted las vería esta noche. ¡Dios mío!, al hombre que supiese hacer tan feliz a mi pequeña Delfina como suele serlo una mujer cuando se ve amada, le limpiaría las botas y le serviría de criado. He sabido por su camarera que ese caballerete de Marsay es un mal sujeto y me entraron ganas de retorcerle el cuello. ¿No querer a una mujer que es una joya, que tiene voz de ruiseñor y que parece ser hecha para servir de modelo? ¿Dónde habrá tenido los ojos para casarse con ese imbécil alsaciano? Las dos necesitaban hombres que las quisiesen; pero, en fin, hicieron lo que creyeron mejor.

El padre Goriot estaba entusiasmado. Eugenio no lo había podido ver nunca iluminado por el fuego de su pasión de padre. Cosa digna de observarse es el poder de infusión que poseen los sentimientos. Por baja que sea una criatura, desde el momento en que demuestra sentir un afecto grande y verdadero, exhala un flúido particular que modifica su fisonomía, anima sus gestos y da color a su voz. En aquel momento había en el gesto y en la voz de aquel hombre el poder comunicativo que posee el buen actor. Pero ¿no son las poesías de la voluntad nuestros sentimientos hermosos?

—Bueno, por lo que usted dice, supongo que no le disgustará saber que va a romper con de Marsay —le dijo Eugenio—. Este apuesto mozo la ha abandonado por la princesa Galathionne, y yo, por mi parte, me he enamorado esta noche de Delfina.

—¡Bah! —dijo el padre Goriot.

—Sí, y no le he desagradado. Hemos hablado de amor durante una hora y quedé en ir a verla pasado mañana.

—¡Oh!, señor mío, ¡cuánto le querría a usted si le agradase a ella!, porque es usted bueno y no la atormentaría. Sin embargo, tenga entendido que si le hace traición, le cortaré el cuello. Una mujer no puede tener dos amores. Pero, ¡Dios mío!, señorito Eugenio, estoy diciendo tonterías y aquí hace frío para usted. Vaya, vaya, conque, ¿ha hablado con ella? Y ¿qué le dijo para mí?

—Nada —se dijo Eugenio para sus adentros—. Pues me dijo —respondió después en voz alta— que le enviaba un beso de hija.

—Adiós, vecino mío, que duerma bien y que tenga un sueño agradable. El mío será bueno con esa sola palabra. Que Dios proteja sus deseos. Esta noche fué usted para mí un buen ángel. Me trae el aroma de mi hija.

—¡Pobre hombre! —se dijo Eugenio al acostarse—. Hay para conmover a un corazón de piedra. Piensa tanto en él su hija como en el sultán de Turquía.

Después de esta conversación, el padre Goriot vió en su vecino un inesperado confidente, un amigo, y esto bastó para que entre ambos se estableciesen las relaciones únicas que aquel anciano podía tener con otro hombre. Las pasiones nunca hacen falsos cálculos. El padre Goriot veíase más cerca de su hija Delfina, y creía que sería mejor recibido por ella si Eugenio llegaba a gustar a la baronesa. Por otra parte, el anciano le había confiado uno de los dolores de Delfina, que no había conocido las dulzuras del amor, y para la cual deseaba de continuo la dicha. A decir verdad, como decía Goriot, Eugenio era uno de los jóvenes más bonitos que él había visto, y le hacía suponer que procuraría a su hija los placeres de que ella había estado privada hasta entonces. El buen hombre sintió, pues, por su vecino una amistad que fué creciendo, y sin la cual tal vez hubiera sido imposible conocer el desenlace de esta historia.

A la mañana del día siguiente, a la hora de almorzar, el cariño con que el padre Goriot miraba a Eugenio, a cuya vera tomó asiento, algunas palabras que le dijo y el cambio de su fisonomía, sorprendieron a los pensionistas de la casa Vauquer. Vautrín, que no había vuelto a ver al estudiante después de su conversación, parecía que deseaba leer en su alma. Al acordarse de los proyectos de este hombre, Eugenio, que había medido el vasto campo que se abría a sus miradas, pensó necesariamente en la dote de la señorita Taillefer y no pudo menos de mirar a Victorina como el joven más virtuoso mira a una rica heredera. Por casualidad, sus ojos se encontraron. La pobre joven no dejó de hallar encantador a Eugenio con su nuevo traje, y la mirada que cambiaron fué bastante significativa para que Rastignac la interpretase. Una voz le gritaba a Eugenio: "¡Ochocientos mil francos!"; pero de pronto sumióse en sus recuerdos de la víspera y pensó que su pasión de encargo por la señora de Nucingen era el antídoto de sus malos pensamientos involuntarios.

—Ayer se representó *El Barbero de Sevilla*, de Rossini, en los Italianos. Nunca había oído música más deliciosa —dijo Eugenio—. ¡Dios mío!, ¡qué dicha es tener un palco en los Italianos!

El padre Goriot pescó al vuelo estas palabras.

—¡Oh!, ustedes los hombres hacen lo que quieren — exclamó la señora Vauquer.

—¿Cómo volvió usted? —le preguntó Vautrín.

—A pie —respondió Eugenio.

—A mí —repuso el tentador— no me gustan los placeres a medias; me agradaría ir en coche a mi palco y volver muy cómodamente. Todo o nada, ésta es mi divisa.

—Y que no es mala —repuso la señora Vauquer.

—Supongo que usted irá a ver a la señora de Nucingen —dijo Eugenio a Goriot en voz baja—. Estoy seguro de que le recibirá con los brazos abiertos y de que le hará mil preguntas acerca de mí. He sabido que daría cualquier cosa del mundo por ser recibida en casa de mi prima. No se olvide de decirle que la quiero demasiado para no pensar en procurarle esta satisfacción.

Rastignac salió inmediatamente para la Escuela de Derecho, porque quería permanecer el menor tiempo posible en aquella odiosa casa. Al efecto, callejeó durante todo el día devorado por esa fiebre que conocen los jóvenes afectados por grandes esperanzas. Los razonamientos de Vautrín le hacían reflexionar acerca de la vida social, cuando encontró en el jardín del Luxemburgo a su amigo Bianchón.

—¿De dónde sacaste ese aire tan grave? —le dijo el estudiante de medicina tomándole del brazo para pasearse por delante del palacio.

—Estoy atormentado por malas ideas.

—¿De qué género? Porque las ideas se curan.

—¿Cómo?

—Sucumbiendo a ellas.

—Te ríes sin saber de lo que se trata. ¿Leíste a Rousseau?

—Sí.

—¿Te acuerdas de aquel pasaje en que le pregunta al lector lo que haría en el caso de que pudiese enriquecerse matando en la China, con su sola voluntad, a un anciano mandarín sin moverse de París?

—Sí.

—¡Y bien!...

—¡Bah! Yo ya estoy en mi trigésimo tercio mandarín.

—No bromees. Vamos a ver, si te probasen que la cosa es posible y que te bastaría hacer un movimiento de cabeza, ¿lo harías?

—¿Es muy viejo el mandarín? Pero, no, ¡qué diantres! Joven o viejo, bonito o feo, no lo haría.

—Bianchón, eres un buen muchacho. Pero ¿si amases a una mujer hasta el punto de vender tu alma al diablo por

ella, y necesitases dinero, mucho dinero, para satisfacer su lujo y sus caprichos?

—Hombre, tú quieres que razone y me estás sacando la razón.

—Pues bien, Bianchón, yo estoy loco, cúrame. Tengo dos hermanas que son dos ángeles de belleza y de candor y quiero hacerlas felices. ¿Cómo adquirir en cinco años doscientos mil francos para dotarlas? Mira, en la vida existen circunstancias en que hay que jugar el todo por el todo y en que es necesario no gastar la vida en ganar dinero.

—Hombre, tú me planteas la cuestión que tiene que resolver todo el mundo al entrar en la vida y quieres cortar el nudo gordiano con la espada. Pero, querido mío, para obrar de ese modo es necesario ser Alejandro o exponerse a ir a presidio. Yo me considero feliz con la modesta vida que haré en provincias sucediendo sencillamente a mi padre. Los afectos del hombre lo mismo se satisfacen en un pequeño círculo que en una circunferencia inmensa. Napoleón no comía dos veces ni podía tener más amantes que las que tiene un estudiante de medicina cuando está de interno en los Capuchinos. Nuestra dicha, querido mío, se mantendrá siempre entre la planta de nuestros pies y nuestro occipucio; y que cueste un millón al año o cien luises, en nuestro interior la percepción intrínseca siempre es la misma. Me decido por conservar la vida del chino.

—Gracias, Bianchón, me acabas de hacer mucho bien, seremos siempre amigos.

—Oye —repuso el estudiante de medicina—. Al salir de la clase de Cuvier, en el Jardín de Plantas, vi a la Michonneau y a Poiret conversando en un banco con un señor a quien conozco por haberlo visto junto al Congreso durante los motines del año pasado, y que me pareció ser algún agente de policía disfrazado de honrado burgués que vive de sus rentas. Examinemos a esa pareja: ya te diré por qué. Adiós, voy a presentarme a la lista que pasan a las cuatro en el hospital.

Cuando Eugenio volvió a la pensión, encontró al padre Goriot esperándole, quien le dijo al verle:

—Aquí tiene una carta de ella. ¿Eh?, qué bonita letra, ¿verdad?

Eugenio abrió el sobre y leyó lo siguiente:

Caballero: Mi padre acaba de decirme que le gusta a usted la música italiana, y me consideraría muy feliz si se dignase aceptar un asiento en mi palco. El sábado tendremos a la Fodor y a Pellegrini, y estoy segura de que usted no rehusará. El señor de Nucingen se une a mí para rogarle que venga a comer con nosotros sin ceremonia. Si acepta, le hará un favor librándole de su obligación de hacerme compañía.

No me responda, venga, y reciba mis saludos. D. DE N.

—¡Muéstremela usted! —dijo Goriot a Eugenio después que éste hubo leído la carta—. Irá, ¿verdad? — añadió después de haber olfateado el papel—. ¡Qué aroma despide! ¡Cómo se conoce que ella lo ha tocado con sus dedos!

—Una mujer no se arroja así en brazos de un hombre —se decía el estudiante—. Quiere valerse de mí para atraer a de Marsay. Sólo el despecho puede mover a hacer estas cosas.

Eugenio no conocía el delirio de vanidad que ciertas mujeres sentían en aquella época, y no sabía que por abrirse una puerta en el arrabal Saint-Germain la mujer de un banquero era capaz de todos los sacrificios. En aquellos momentos la moda comenzaba a colocar sobre todas las mujeres a aquellas que eran admitidas en el arrabal Saint-Germain, entre las cuales figuraban en primer plano la señora de Beauseant, su amiga la duquesa de Langeáis y la duquesa de Maufrigneuse. Rastignac era el único que ignoraba el furor que las mujeres de la calzada de Antin sentían por entrar en el círculo superior donde brillaban las constelaciones de su sexo. Pero su desconfianza le sirvió y le comunicó frialdad y el triste poder de imponer condiciones en vez de recibirlas.

—Sí, iré —respondió Eugenio

De este modo la curiosidad lo llevaba a casa de la señora de Nucingen; mientras que si esta mujer le hubiese despreciado, tal vez habría ido hacia ella llevado por la pasión. Sin embargo, al día siguiente esperó con impaciencia la hora de partir. Para un joven, su primera intriga tiene tanto encanto como su primer amor. Mientras se vestía, Eugenio saboreó todos esos pequeños goces de que no se atreven a hablar los hombres por temor a que se burlen de ellos, pero que halagan el amor propio. Eugenio peinábase pensando que la mirada de una mujer bonita penetraría entre sus rizos negros, y se permitió tantas monerías infantiles como hubiera hecho una joven vistiéndose para ir al baile, y se miró complacientemente al espejo diciéndose:

—La verdad es que hay muchos hombres menos agraciados que yo.

Una vez arreglado, Rastignac bajó cuando todos los pensionistas estaban sentados a la mesa, y recibió alegremente el sinfín de estupideces que hizo decir su elegante porte.

—Kt, kt, kt, kt —hizo Bianchón haciendo sonar la lengua contra el paladar como para excitar a un caballo.

—Parte de duque y de par —dijo la señora Vauquer.

—¿Va el señor de conquista? —le preguntó la señorita Michonneau.

—¡Coquericó! —gritó el pintor.

—Mis recuerdos a su señora esposa — dijo el empleado del Museo.

—¿Acaso el señor tiene esposa? preguntó Poiret.

—Una esposa con compartimientos, que flota en el agua y garantiza el cutis, de veinticinco a cuarenta de precio, dibujo a cuadros, susceptible de lavarse, mitad hilo, mitad algodón y mitad lana y que cura el dolor de muelas y otras enfermedades aprobadas por la Academia de medicina, excelente, por lo demás para los niños, y mejor aun contra el dolor de cabeza, los empachos y otras enfermedades de los ojos, del esófago y de los oídos —gritó Vautrín con la volubilidad cómica y el acento de un sacamuelas—. Señores, ustedes me preguntarán que cuánto cuesta esta maravilla; ¿diez centavos? No, nada; es un resto de las provisiones hechas en el Gran Mogol, resto que han querido ver todos los soberanos de Europa, incluso el gran duque de Baden. Conque, ¡adelante, señores! ¡venga música! ¡bum! ¡la! ¡trin! ¡la, la! ¡pum! El señor del clarinete veo que toca mal y le voy a arreglar yo —repuso con voz ronca.

—¡Dios mío! ¡Qué gracioso es este hombre! —exclamó la señora Vauquer mirando a la señora Couture—. Nunca me aburriría con él.

En medio de las risas a que dió lugar este discurso cómicamente pronunciado, Eugenio pudo ver la furtiva mirada de la señorita Taillefer, la cual aproximóse a la señora Couture para decirle algunas palabras al oído.

—Ahí está el cabriolé —entró a decir Silvia.

—Pues, ¿dónde come? — preguntó Bianchón.

—En casa de la señora baronesa de Nucingen.

—Hija del señor Goriot —agregó el estudiante.

Al oír este nombre, todas las miradas se fijaron en el antiguo fabricante de pastas, que contemplaba a Eugenio con una especie de envidia.

Rastignac llegó a la calle de San Lázaro y penetró en una de esas casas de delgadas columnas y mezquinos pórticos que constituyen el bonito París, una verdadera casa de banquero llena de costosos adornos, de estucos y de barandillas de mármol. Encontró a la señora de Nucingen en un saloncito lleno de cuadros italianos cuya decoración parecíase a la de los cafés. La baronesa estaba triste y los esfuerzos que hizo para ocultar su pena interesaron más vivamente a Eugenio, que no notó fingimiento alguno en ello. El estudiante creía hacer feliz a una mujer con su presencia, y la encontraba desesperada. Este desengaño acicateó su amor propio.

—Señora, tengo aún muy poco derecho a su confianza —dijo Eugenio después de haberla atormentado hablándole de su preocupación—; pero si le molestase a usted, cuento con su buena fe para que tuviese la franqueza de decírmelo.

—No; quédese, porque si se marchara, yo estaría sola. Nucingen come fuera de casa y yo no tengo quien me acompañe; necesito distracción.

—Pero ¿qué tiene?

—A usted sería el último a quien se lo diría —exclamó Delfina.

—Pues yo quiero saberlo, porque sus palabras me hacen suponer que el secreto me interesa.

—Puede. Pero no se lo diré —repuso la joven—. Son disgustos del hogar que deben permanecer sepultados en el fondo del corazón. ¿No le decía a usted anteayer que era una desgraciada? Las cadenas de oro son las más pesadas.

—¿Qué puede usted desear? Es usted joven, hermosa, amada, rica.

—No hablemos de mí —dijo Delfina haciendo un movimiento de cabeza—. Comeremos juntos e iremos luego a oír deliciosa música. ¿Estoy a su gusto? — repuso levantándose y mostrándole su traje blanco de cachemira.

—Lo que yo quisiera es que usted fuera toda mía— dijo Eugenio—. Está encantadora.

—Tendría usted una triste posesión — dijo sonriendo con amargura la baronesa—. Nada aquí anuncia la desgracia; y, sin embargo, a pesar de las apariencias, estoy desesperada. Las penas me sacan el sueño y no tardaré en envejecer.

—¡Oh!, eso es imposible —exclamó el estudiante —. Siento curiosidad por saber qué penas son esas que resisten a un amor verdadero.

—¡Ah!, si yo sé las confiase, usted huiría de mí. Usted sólo me ama por esa galantería que es general en los hombres; pero si estuviese realmente enamorado, su desesperación no tendría límites. Ya ve, pues, que estoy obligada a callar. Por favor —repuso—, hablemos de otra cosa. Venga usted a ver mis habitaciones.

—No, permanezcamos aquí —repuso Eugenio sentándose en un sofá junto al fuego, al lado de la señora de Nucingen, cuya mano tomó con decisión.

Ella le dejó obrar y hasta apoyó la suya en la del joven, haciendo uno de esos movimientos de concentrada fuerza

que denotan la existencia de grandes emociones.

—Escuche usted —dijo Rastignac—, si tiene penas, debe confiármelas, porque yo deseo probarle que la amo desinteresadamente. O habla usted y me dice la causa de su tristeza a fin de que yo pueda disiparla, aunque haya de matar a seis hombres, o de lo contrario no pongo más los pies en su casa.

—Pues bien —exclamó Delfina dándose una palmada en la frente—, voy a ponerle a prueba al instante—. Sí —se dijo—, no hay más que este medio.

Y llamó.

—¿Está enganchado el coche del señor? —le preguntó a su ayuda de cámara.

—Sí, señora.

—Pues bien, me lo llevó, y si pide otro, dénle el mío y mis caballos. Me servirán la comida a las siete. Vamos, venga usted —dijo a Eugenio, que creyó soñar al verse en el cupé del señor de Nucingen al lado de aquella mujer.

—¡Al palacio Real, cerca del Teatro Francés! —ordenó Delfina al cochero.

Por el camino la baronesa pareció agitada y negóse a responder a las preguntas de Eugenio, que no sabía qué pensar de aquella resistencia muda, compacta y obtusa.

—En un momento se me escapa —se decía el estudiante.

Cuando el coche se detuvo, Delfina miró a Eugenio con aire que impuso silencio a sus locas palabras, pues el joven se había irritado, y le preguntó:

—¿Me quiere usted de veras?

—Sí —respondió Eugenio ocultando la inquietud que le dominaba.

—¿No pensará mal de mí, mándele lo que le mande?

—No.

—¿Está dispuesto a obedecerme?

—Ciegamente.

—¿Ha jugado usted alguna vez? — le preguntó Delfina con voz temblorosa.

—Nunca.

—¡Ah!, ¡respiro!, tendrá usted suerte. He aquí mi bolsa. Tome lo que contiene. Hay cien francos, que es todo el capital que posee esta mujer tan feliz. Suba a una casa de juego, juegue los cien francos a la ruleta, y piérdalo todo o tráigame seis mil francos. No sé dónde hay casa de juego, pero tengo entendido que en el Palacio Real hay alguna. Al volver le contaré a usted mis penas.

—¡Lléveme el diablo si sé lo que voy a hacer!, pero la obedeceré a usted—, dijo Eugenio con la alegría que le causaba el siguiente pensamiento: "Se compromete conmigo y no podrá negarme nada".

Eugenio tomó la bonita bolsa, corrió al número 9, donde le indicaron que había una casa de juego, entró en ella y preguntó dónde estaba la ruleta. Con gran asombro de los asiduos concurrentes, el mozo lo llevó ante una mesa muy larga, y Eugenio, seguido de todos los espectadores, preguntó sin rodeos que cómo se hacía para jugar.

—Si usted coloca un luis en uno de los treinta y seis números y éste sale, le darán a usted treinta y seis luises —le dijo un respetable anciano de cabellos blancos.

Eugenio colocó los cien francos en la cifra de su edad, en el veintiuno, y antes de que se hubiera dado cuenta de nada, oyóse un grito de asombro: había ganado sin saberlo.

—Retire usted el dinero —le dijo el anciano—, porque con ese sistema no es posible ganar dos veces.

Eugenio tomó un rastrillo que le entregó aquel señor, recogió los tres mil quinientos francos y, sin saber lo que hacía, los colocó en el color rojo. Los mirones le contemplaron con envidia al ver que seguía jugando; la rueda dió vueltas, Eugenio ganó otra vez y el banquero le entregó tres mil seiscientos francos más.

—Ha ganado usted siete mil quinientos francos —le dijo el anciano al oído—. Si quiere creerme, no juegue más, porque el rojo se ha dado ya ocho veces. Si usted es caritativo, espero que pagará este consejo aliviando la miseria de un antiguo prefecto de Napoleón que se encuentra en la mayor necesidad.

Rastignac, aturdido, dió diez luises al hombre de los cabellos blancos y bajó con los siete mil francos sin comprender aún el juego, pero asombrado de su suerte.

—¡Ah!, ¿adónde me llevará usted ahora? —le dijo mostrándole los siete mil francos a la señora de Nucingen una vez que estuvo cerrada la portezuela.

Delfina le estrechó contra su corazón y le besó vivamente, pero sin pasión.

—Me ha salvado —le dijo derramando abundantes lágrimas—. Voy a decírselo todo, señor mío, porque será mi amigo, ¿verdad? Usted me ve rica, opulenta, y que nada me falta en apariencias. Pues bien, sepa que el señor de Nucingen no me deja disponer de un centavo. El lo paga todo, la casa, los coches, los abonos, me entrega para mis gastos una suma insuficiente y me reduce por cálculo a una miseria secreta. Yo soy demasiado orgullosa para implorarle. Además, ¿no sería la más baja de las criaturas si comprase su dinero al precio que quiere vendérmelo? ¿Qué cómo me he dejado despojar yo, que poseía setecientos mil francos? Por orgullo, por indignación. ¡Somos tan jóvenes, y tan sencillas cuando comenzamos la vida conyugal! Las palabras con que tenía que pedir dinero a mi esposo me quemaban la boca; no me atreví nunca, gasté el dinero de mis economías y el que me daba mi pobre padre, y después me empeñé. Para mí, el matrimonio es la más horrible de las decepciones y no puedo hablarle de él. Bástele saber que si fuera necesario me arrojaría por la ventana antes de vivir con Nucingen de un modo distinto del que vivimos, es decir, cada uno en su habitación. Cuando fué necesario confesarle mis deudas de joven, adquiridas para comprar alhajas y satisfacer mil caprichos (mi pobre padre nos había acostumbrado a no negarnos nada), sufrí lo indecible, pero, por fin, tuve valor para decírselo. ¿No tenía yo una fortuna mía? Nucingen se encolerizó, y me dijo que le arruinaría; en fin, horrores. Hubiera querido que me tragara la tierra. Como se había hecho cargo de mi dote, pagó, no sin estipular para lo sucesivo una pensión con la que yo me conformé a fin de tener paz. Después quise halagar el amor propio de alguien que usted conoce. Si fuí engañada por él, he de hacer, en cambio, justicia a la nobleza de su carácter. Pero, en fin, me abandonó indignamente. Nunca se debería abandonar a una mujer a la cual arrojaron un montón de oro en un día de angustia. Siempre debía ser amada. Usted, hermosa alma de veintiún años, usted, joven y puro, tal vez me pregunte cómo puede aceptar una mujer oro de un hombre. ¡Dios mío! ¿No es natural que se reparta todo con el ser a quien debemos nuestra dicha? Cuando se dió todo, ¿quién puede preocuparse por una partícula de ese todo? El dinero sólo se convierte en algo en el momento en que el sentimiento desaparece. ¿No se está unido por la vida? ¿Quién de nosotras prevé una separación creyéndose amada? Si ustedes nos juran un amor eterno, ¿cómo tener distintos intereses? "Usted no puede imaginarse lo que sufrí hoy cuando Nucingen se negó terminantemente a darme tres mil francos, él que se los da todos los meses a su amante, a una corista de la Opera. Yo quería matarme y las ideas más locas audían a mi mente, llegando a haber momentos en que envidiaba la suerte de una criada, de mi camarera. Pensar en recurrir a mi padre era una locura. Anastasia y yo le hemos arruinado: mi pobre padre se habría vendido si pudiese valer seis mil francos, y hubiera sido desesperarle en vano. Usted me salvó de la vergüenza y de la muerte: estaba ebria de dolor. ¡Ah, amigo mío, le debía una explicación! He sido sumamente loca con usted. Cuando me dejó y le perdí de vista, quería huir a pie; ¿adónde? no lo sé. He aquí la vida de la mitad de las mujeres de París: un lujo exterior y terribles preocupaciones en el alma. Si algunas mujeres se venden a sus maridos para gobernarles, yo al menos soy libre. Podría hacer que Nucingen me cubriera de oro, y, sin embargo, prefiero llorar con la cabeza apoyada en el hombro del hombre a quien ame. ¡Ah!, esta noche el señor de Marsay no tendrá derecho a mirarme como una mujer a quien ha pagado —añadió Delfina tapándose el rostro con las manos para no dejar ver sus lágrimas a Eugenio, el cual le obligó a destaparse la cara para contemplarla, pues en aquel momento estaba sublime—. ¡Mezclar el dinero con los sentimientos! ¿No es esto horrible? ¡Ah!, usted no podrá amar nunca".

Esta mezcla de buenos sentimientos que hacen tan grandes a las mujeres, y las faltas que la constitución actual de la sociedad les obliga a cometer, trastornaba a Eugenio, el cual pronunciaba palabras cariñosas y consoladoras, admirando a aquella joven mujer tan imprudente en medio de su dolor.

—Prométame que no se servirá de lo que le digo como un arma contra mí.

—¡Ah!, señora, ¡soy incapaz de hacerlo!

Entonces Delfina le tomó la mano y se la puso sobre su corazón.

—Gracias a usted ya estoy libre y alegre. Vivía oprimida por una mano de hierro. Ahora quiero vivir sencillamente y no gastar nada. Usted me encontrará bien de cualquier modo, ¿verdad, amigo mío? Guarde esto —le dijo entregándole seis billetes de banco—; y, en conciencia, le debo mil escudos, porque yo he considerado que jugábamos a media.

Eugenio defendióse como una virgen, pero tomó el dinero al ver que la baronesa le decía:

—Si usted no es mi cómplice, le consideraré como enemigo mío.

—Bueno, será un depósito hecho para el caso de desgracia.

—He aquí la palabra que yo temía —exclamó Delfina palideciendo—. Si quiere ser algo para mí, júreme no volver nunca más al juego. ¡Oh! ¡Dios mío!, ¿yo corromperle? Me moriría de dolor si tal sucediera.

Ya habían llegado. El contraste de aquella miseria y de aquella opulencia aturdían al estudiante, en cuyos oídos resonaban aún las siniestras palabras de Vautrín.

—Siéntese usted ahí —dijo la baronesa entrando en su cuarto y señalándole un sofá al lado del fuego—. Voy a escribir una carta muy difícil: aconséjeme.

—No escriba —dijo Eugenio—. Meta los billetes en un sobre, ponga la dirección y

envíelos por su camarera.

—¡Ah!, es usted un gran hombre. He aquí lo que es la cuna. Ese rasgo es de Beauseant puro —dijo Delfina sonriendo.

—Es encantadora —se dijo Eugenio, que se iba enamorando cada vez más y respiraba la voluptuosa elegancia de una rica cortesana.

—¿Le gusta mi cuarto? —repuso llamando a su camarera—. Teresa, lleve usted esto al señor de Marsay y entrégueselo a él en persona. Si no lo encuentra me devolverá la carta.

Teresa no salió sin haber lanzado a Eugenio una maliciosa mirada. La comida estaba servida. Rastignac dió el brazo a la señora de Nucingen, la cual lo llevó a un comedor delicioso, donde el estudiante volvió a ver el lujo de mesa que había admirado en casa de su prima la vizcondesa.

—Los días de función en los Italianos vendrá a comer conmigo y me acompañará —le dijo la baronesa.

—Me acostumbraría a esta agradable vida si hubiera de durar; pero soy un pobre estudiante que tiene que hacer fortuna.

—Ya la hará —repuso riéndose la joven—. Mire, todo se arregla: yo no esperaba ser hoy tan feliz.

Cuando la señora de Nucingen y Rastignac entraron en su palco de los Bufones, ella revelaba un contento que le hacía parecer tan hermosa, que todo el mundo se permitió esas pequeñas calumnias contra las que las mujeres no tienen defensa y que hacen creer a veces en desórdenes e inmoralidades inventadas a placer. Cuando se conoce París, no se cree nada de lo que se dice ni se dice nada de lo que se hace. Eugenio tomó la mano de la baronesa y ambos hablaron con presiones más o menos vivas, comunicándose las sensaciones que la música les causaba. Para ellos aquella noche fué deliciosa; salieron juntos, y la señora de Nucingen quiso acompañar a Eugenio hasta el puente Nuevo negándole, mientras duró el camino, uno de aquellos besos que tan calurosamente le había prodigado ella en el Palacio Real. Al reprocharle Eugenio su inconsecuencia, ella le respondió:

—Hace un momento era agradecimiento por un favor inesperado, mientras que ahora sería una promesa.

—¿Y usted no quiere hacerme ninguna, ingrata?

Y se enojó. Haciendo uno de esos gestos de impaciencia que encantan a un amante, ella le dió la mano a besar y él la tomó con una indiferencia que hizo mucha gracia a Delfina.

—Hasta el lunes, en el baile —le dijo la baronesa.

Yendo a pie en medio de una hermosa noche de luna, Eugenio fué presa de serias reflexiones. Estaba a la vez contento y contrariado: contento por una aventura cuyo desenlace probable le haría dueño de una de las mujeres más bonitas y más elegantes de París, objeto de sus deseos; contrariado porque veía derribados sus proyectos de fortuna. Cuanto más gozaba Eugenio de la vida parisiense, menos se decidía a permanecer obscuro y pobre. Marchaba arrugando los billetes de banco en el bolsillo y haciéndose mil peregrinos razonamientos para apropiárselos. Por fin llegó a la calle Nueva de Santa Genoveva, entró en su casa, subió, y cuando estuvo en lo alto de la escalera vió luz en ella. El padre Goriot había dejado la puerta abierta y la luz prendida, a fin de que el estudiante no se olvidase de hablarle de su hija. Eugenio no le ocultó nada.

—¿Pero ellas me creen, en verdad, arruinado? —exclamó el padre Goriot en medio de una violenta desesperación de celos —¡Si aun me quedan mil trescientos francos de renta! ¡Dios mío! ¡Pobrecita!, ¿por qué no ha venido aquí? Yo hubiera vendido mis rentas, tomado a préstamo sobre el capital, y con el resto habría tenido lo bastante para mí. ¿Por qué no corrió a confiarme su apuro, vecino? ¿Cómo tuvo usted el valor de ir a arriesgar al juego sus cien francos únicos? Esto me desgarra el alma. He aquí lo que son los yernos. ¡Oh!, si los tuviera en mis manos les retorcería el cuello. ¡Dios mío! llorar; pero ¿ha llorado?

—Con la cabeza apoyada en mi chaleco —dijo Eugenio.

—¡Oh!, démelo usted —dijo el padre Goriot—. ¡Cómo!; ¿ha habido ahí lágrimas de Delfina, mi querida Delfina, que nunca lloraba cuando era pequeña? ¡Oh!, yo le compraré a usted otro, no se lo lleve, déjemelo. Según el contrato, ella debe gozar de sus bienes. ¡Ah!, mañana mismo me voy a ver al procurador Derville para exigirle que pida cuenta de su fortuna. Soy un perro viejo, conozco las leyes.

—Mire usted, padre; aquí tiene mil francos que ella quiso darme de sus ganancias. Guárdelos con el chaleco.

Goriot miró a Eugenio, tendió las manos para estrechar una de las del joven sobre la cual dejó caer una lágrima y le dijo:

—Amigo mío, Dios es justo y usted tiene que medrar por fuerza. Yo entiendo en probidad y puedo asegurarle que hay pocos hombres que se le parezcan. ¿También usted quiere ser mi querido hijo? Bien, pues; váyase a dormir. ¡Ah! ¿conque ha llorado, en tanto que yo estaba aquí tranquilamente, comiendo como un imbécil mientras ella sufría? ¿Yo, que haría lo indecible por evitarles una lágrima a una y a otra?

—A decir verdad —se dijo Eugenio mientras se acostaba—, creo que seré hombre honrado toda mi vida. Hay no sé qué placer en seguir siempre las inspiraciones de la conciencia.

Al día siguiente, a la hora del baile, Rastignac fué a casa de la vizcondesa de Beauseant, la cual lo llevó a casa de la duquesa de Carigliano para presentarlo, siendo bien acogido por la mariscala, en cuya casa encontró a la señora de Nucingen. Delfina habíase engalanado con intención de agradar a todos, para gustar más a Eugenio, de quien esperaba impacientemente un mirada, creyendo ocultar su impaciencia. Durante aquella fiesta, el estudiante midió toda la fuerza de su situación y comprendió que tenía una posición en el mundo, siendo primo de la vizcondesa de Beauseant. La conquista de la hermosa baronesa de Nucingen, que ya le atribuían, le ponían tan de relieve, que todos los jóvenes le dirigían miradas de envidia, las cuales, sorprendidas por él, le hicieron gustar los primeros placeres de la fatuidad. Pasando de un salón a otro y atravesando los grupos oyó alabar su suerte. Todas las mujeres le predecían que tendría éxito. Delfina, temiendo perderle, le prometió no negarle por la noche el beso que la antevíspera le había negado. En aquel baile, Rastignac recibió varias invitaciones, fué presentado por su prima a algunas mujeres que se tenían por elegantes y cuyas casas tenían fama de agradables, y vióse lanzado en la más grande y hermosa vida parisiense. Aquel baile tuvo, pues, para él, los encantos de un brillante estreno, y toda la vida debía acordarse de él.

Al día siguiente, cuando le habló de su suerte al padre Goriot delante de los demás huéspedes, Vautrin echóse a reír de una manera diabólica.

—Y ¿cree usted que un joven a la moda puede vivir en la calle Nueva de Santa Genoveva, en la casa Vauquer, pensión, que es, indudablemente, muy respetable por todos conceptos, pero que no tiene nada de elegante? —exclamó aquel feroz lógico—. Esta casa es abundante y está orgullosa de ser la vivienda momentánea de un Rastignac; pero al fin y al cabo está en la calle Nueva de Santa Genoveva y desconoce el lujo porque es *patriarcalorama*. Amiguito mío —repuso Vautrín con aire burlonamente paternal—, si quiere figurar en París, necesita tres caballos, un tílburi por la mañana y un cupé por la noche, total nueve mil francos en vehículos, y usted sería indigno de su destino si no gastase tres mil francos en sastre, seiscientos en perfumista, cien escudos en casa del zapatero y otros cien en sombreros. Respecto a la planchadora ha de costarle lo menos mil francos. No le hablo a usted de lo que perderá en el juego, en apuestas y en regalos, y es imposible contar menos de dos mil francos para el bolsillo. Yo hice esa vida y conozco lo que cuesta. Añada usted a estas primeras necesidades trescientos luises para comer y mil francos para dormir. Conque, ya lo sabe, hijo mío; a veinticinco mil francos al año o caemos en el lodo, siendo la burla del prójimo, y nos despojamos de nuestro porvenir, de nuestros éxitos. ¡Ah!, me olvidaba del ayuda de cámara y del *groom*, porque ¿va a ser Cristóbal el que ha de llevar sus cartitas amorosas? Hacer tal sería suicidarse. Crea a un anciano lleno de experiencia. Trasládese usted a una virtuosa buhardilla decidiéndose por el trabajo, o emprenda otra senda.

Dicho esto, Vautrín guiñó el ojo señalando a la señorita Taillefer, a fin de recordársela y resumir con su señal los seductores razonamientos que había empleado para corromperle. Pasaron varios días, durante los cuales Rastignac hizo vida de disipación: comía casi todos los días con la señora de Nucingen, a la cual acompañaba a todas partes, retirábase a las tres o las cuatro de la mañana, se levantaba a las doce para vestirse, e iba a pasear al Bosque con Delfina cuando hacía buen tiempo, prodigando así las horas sin conocer su valor, y aspirando todas las enseñanzas y todas las seducciones del lujo. Jugaba fuerte, perdía o ganaba mucho, y acabó por acostumbrarse a la exorbitante vida de los jóvenes parisienses. De sus primeras ganancias había enviado mil quinientos francos a su madre y a sus hermanas, acompañando su restitución de bonitos regalos. Aunque había anunciado que deseaba abandonar la casa Vauquer, ya estaba en los últimos días del mes de enero y no sabía cómo salir de ella. Los jóvenes está sometidos, casi todos, a una ley inexplicable en apariencia, pero cuya razón proviene de su misma juventud y de la especie de furia con que se aferran al placer. Ricos o pobres, no tienen nunca dinero para las necesidades de la vida, mientras que lo encuentran siempre para sus caprichos. Rastignac estaba en esta situación. Tronado siempre para la señora Vauquer, y rico, en cambio, para las exigencias de la vanidad, su bolsillo sufría reveses y éxitos lunáticos que estaban en desacuerdo con los pagos más naturales. Para dejar la hedionda e innoble casa de pensión donde se humillaban periódicamente sus pretensiones, ¿no era necesario pagar un mes por adelantado y comprar muebles para su habitación de elegante? He aquí una cosa imposible. Si Rastignac

sabía procurarse dinero en el juego para comprar relojes y cadenas de oro pagados con sus ganancias, que iban luego al Monte de Piedad, en cambio carecía de ingenio y de audacia cuando se trataba de pagar la pensión o de comprar las cosas indispensables para la explotación de la vida de elegante. Por aquella época, Rastignac había perdido su dinero y habíase empeñado. El estudiante comenzaba a comprender que era imposible seguir aquella vida sin tener recursos fijos; pero al mismo tiempo que gemía y se lamentaba de su situación precaria, sentíase incapaz de renunciar a los goces de aquella vida, y quería continuarla a toda costa. Los azares con que había contado para hacer fortuna se volvían quiméricos, y los obstáculos reales se agrandaban. Al iniciarse en los secretos domésticos del señor de Nucingen, había visto que para convertir el amor en instrumento de fortuna era menester pasar toda clase de vergüenzas y renunciar a las ideas nobles, que son la absolución de las faltas de la juventud. Aquella vida exteriormente espléndida, pero roída por todas las tenias del remordimiento, y cuyos fugitivos placeres eran caramente expiados mediante persistentes angustias, le agradaba, engolfábase en ella, preparándose, lo mismo que el *Distraído* de La Bruyère, un lecho en el fango del foso; pero, como el *Distraído*, aun no había hecho otra cosa que mancharse la ropa.

—¿De modo que ya hemos matado al mandarín? —le preguntó un día Bianchón al levantarse de la mesa.

—Todavía no, pero ya está en el estertor— respondió Eugenio.

El estudiante de medicina tomó esta palabra por una broma, cuando en realidad no lo era. Rastignac, que por primera vez comía en la pensión después de mucho tiempo, había estado pensativo durante la comida. En lugar de salir después de los postres, permaneció en el comedor sentado al lado de la señorita Taillefer, a la que de cuando en cuando dirigió expresivas miradas. Algunos pensionistas estaban aún sentados a la mesa comiendo nueces, y otros se paseaban continuando discusiones comenzadas. Como casi todas las noches, cada uno obraba a su capricho. En invierno era raro que el comedor quedase completamente despejado ante de las ocho, momento en que las cuatro mujeres se quedaban solas y se vengaban del silencio que su sexo les imponía en medio de aquella reunión masculina. Sorprendido de la preocupación de que daba muestras Eugenio, Vautrín quedóse en el comedor, a pesar de haber dicho que tenía prisa, y se mantuvo constantemente de modo que no fuese visto por Eugenio, el cual debió creerle ausente. Después, en vez de acompañar a los pensionistas que se retiraron los últimos, estacionóse tímidamente en el salón: había leído en el alma del estudiante y presentía un síntoma decisivo. En efecto, Rastignac hallábase en la situación perpleja que han debido conocer muchos jóvenes. Amante o coqueta, la señora de Nucingen había hecho sufrir a Rastignac todas las angustias de una pasión verdadera, desplegando para él los recursos que la diplomacia femenina acostumbra a emplear en París. Después de haberse comprometido a los ojos del público para tener a su lado al primo de la vizcondesa de Beauseant, Delfina no se decidía a darle realmente los derechos de que parecía gozar. Hacía un mes que irritaba de tal modo los sentidos de Eugenio, que éste había terminado por enfadarse. Si el estudiante creyó ser el amo durante los primeros momentos de sus relaciones, la señora de Nucingen había logrado reponerse mediante manejos hábiles. ¿Era esto un cálculo de ella? No; las mujeres son siempre sinceras hasta en medio de sus mayores falsedades, pues ceden constantemente a algún sentimiento natural. Tal vez Delfina, luego de haber dejado que aquel joven tomase de pronto tanto imperio sobre ella, y después de haberle demostrado demasiado cariño, obedecía a un sentimiento de dignidad que le obligaba a recobrar o reprimir las concesiones que le había hecho. Por respeto a sí mismo, Eugenio no quería que su primer combate terminase con una derrota, y persistía en su persecución. Sus ansiedades, su amor propio ofendido y sus desesperaciones falsas o verdaderas, le unían cada vez más a aquella mujer. Todo París le creía dueño de la señora de Nucingen, cuando en realidad no estaba más avanzado que el primer día que la había visto. A veces, al verse sin un centavo y sin porvenir, pensaba, no obstante la voz de la conciencia, en las probabilidades de fortuna que le había hecho ver Vautrín, en su matrimonio con la señorita Taillefer. Se encontraba, pues, en uno de esos momentos en que su miseria hablaba con tanta elocuencia, que cedió casi involuntariamente a los artificios de la esfinge cuyas miradas le fascinaban a veces. En el momento en que Poiret y la señorita Michonneau subieron a su habitación, Rastignac, que se creía solo con la señora Vauquer y la señora Couture, miró a la señorita Taillefer de una manera bastante tierna para hacerle bajar los ojos.

—¿Tiene usted penas, señorito Eugenio? —le preguntó Victorina después de un momento de silencio.

—¿Qué hombre no las tiene? —respondió Rastignac—. Si nosotros los jóvenes estuviésemos bien seguros de ser amados con una abnegación que nos recompensase de los sacrificios que siempre estamos dispuestos a hacer, tal vez no las tendríamos jamás.

Por toda respuesta, la señorita Taillefer le dirigió una mirada que no dejaba lugar a dudas.

—Señorita, usted hoy se cree segura de su corazón; pero ¿respondería de no cambiar nunca?

Cual si un rayo brotase de su alma, la cara de la joven iluminóse y sonrió de tal modo, que Eugenio sintió haber provocado tan viva expresión de sentimiento.

—¡Cómo! Si mañana usted fuese rica y feliz, si adquiriese una inmensa fortuna, ¿seguiría amando al joven pobre que la hubiese querido durante sus días de angustia?

Victorina hizo un pequeño gesto de cabeza.

—¿Aunque el joven fuese muy desgraciado?

Nuevo movimiento de cabeza.

—¿Qué tonterías están diciendo ustedes? —exclamó la señora Vauquer.

—Déjenos —respondió Eugenio—, nosotros nos entendemos.

—¡Cómo! ¿Hay ya acaso promesa de matrimonio entre el caballero Eugenio de Rastignac y la señorita Victorina de Taillefer? —preguntó Vautrín con su gruesa voz presentándose de pronto en la puerta del comedor.

—¡Ah!, nos ha asustado —exclamaron a la vez las señoras Couture y Vauquer.

—Peor podría elegir —respondió Eugenio, que sufrió la emoción más cruel de su vida al oír la voz de Vautrín.

—Basta de bromas pesadas, señores —dijo la señora Couture—. Hija mía, subamos a nuestra habitación.

La señora Vauquer siguió a las dos mujeres a fin de economizar luz y fuego pasando la velada en su cuarto, y de este modo Eugenio hallóse a solas con Vautrín.

—Ya sabía que usted se avendría al fin —le dijo éste, mirándole con imperturbable sangre fría—. Pero, escuche usted. Yo tengo tanta delicadeza como puede tener otro, y opino que no debe decidirse en este momento, porque no está usted en su estado normal. Tiene deudas, y yo no quiero que sea la pasión ni la desesperación, sino la razón, lo que le determine a venir a mí. Tal vez necesite usted algún millar de escudos. Téngalos, ¿los quiere?

Y diciendo esto, Vautrín sacó su cartera del bolsillo y acarició las miradas del estudiante enseñándole tres billetes de banco. Eugenio hallábase en una terrible situación; debía cien luises perdidos bajo su palabra al marqués de Adjuda y al señor de Trailles; no tenía dinero, y no se atrevía a ir a pasar la velada a casa de la señora de Restaud, donde era esperado. Celebrábase en esta casa una de esas reuniones sin ceremonias, donde se comen pasteles y se bebe té, pero donde se pueden perder seis mil francos al whist.

—Caballero —le dijo Eugenio ocultando apenas un temblor convulso—, después de lo que usted me ha confiado, ya comprenderá que me es imposible deberle favores.

—Está bien; me hubiera causado pena oírle hablar de otro modo —repuso el tentador—. Es usted un joven apuesto, delicado, altivo como un león y cariñoso como una niña. Sería usted una hermosa presa para el diablo. Me gusta esa clase de jóvenes. Dos o tres reflexiones más de elevada política y verá el mundo tal cual es. Representando algunas escenas de virtud, el hombre superior satisface todos sus caprichos con gran aplauso de los necios que componen la turba. Antes de pocos días usted será de los nuestros. ¡Ah!, si quisiera ser discípulo mío le haría llegar a todas partes, y no tendría usted un deseo que no quedase satisfecho al instante, fuese cual fuese: honor, mujeres, fortuna. Sería usted nuestro niño mimado, nuestro Benjamín, y exterminaríamos al mundo entero por causarle un placer. Todo lo que fuera un obstáculo sería derribado. ¿Tiene escrúpulo porque me toma por un bandido? Pues bien; tenga presente que un hombre tan probo como usted puede serlo, el señor de Turenne, hacía negocios con los bandidos, sin creerse por eso comprometido. No quiere deberme favores ¿verdad? Pues bien, que no quede en eso —repuso Vautrín sonriéndose—. Tome los billetes y póngame aquí —añadió sacando una letra—: *Aceptada por la suma de tres mil quinientos francos, pagaderos en un año*, y luego la fecha y la firma. El interés es bastante crecido para sacarle todo escrúpulo, y puede usted llamarme judío y considerarse libre de todo agradecimiento. Hasta quiero permitirle que me desprecie hoy, seguro de que algún día me querrá. Encontrará usted en mí esos inmensos abismos, esos vastos conocimientos concentrados que los necios llaman vicios. En fin, no soy ni un peón ni un alfil, sino una torre, hijo mío.

—Pero ¿qué clase de hombre es usted? ¿Fué creado para atormentarme? —exclamó Eugenio.

—No; soy un buen hombre que quiere mancharse para que usted quede libre de mancha el resto de sus días. ¿Se pregunta el porqué de mi abnegación? Pues bien, ya algún día se lo diré al oído. Hoy le propongo darle una buena fortuna,

nada más que haciendo una señal que no le compromete en nada, y duda usted.

Eugenio firmó la letra y la cambió por los billetes de banco.

—Vamos a ver, razonemos —agregó Vautrín—. Dentro de algunos meses yo me voy a América a cultivar allí el tabaco, y le enviaré cigarros de amigo. Si llego a ser rico, le ayudaré a usted, y si no tengo hijos (cosa probable, pues no siento deseo alguno de retoñar en este mundo), le legaré mi fortuna. ¿Es esto ser amigo de un hombre? Yo le quiero a usted, y como hice ya otras veces, mi pasión es sacrificarme por otro. ¡Ay, hijo mío!, aunque a usted no le parezca verdad, vivo en una esfera más elevada que la de los demás hombres, y considero las acciones como medios sin mirar nunca al fin. ¿Qué es un hombre para mí? Esto —dijo haciendo sonar la uña de su dedo pulgar contra los dientes—. Un hombre es todo o nada. Cuando se llama Poiret, es menos que nada, y entonces se le puede aplastar como a una pulga, porque hiede; pero cuando se parece a usted, un hombre es un dios, porque ya no es una máquina cubierta de piel, sino un teatro donde nacen los sentimientos más hermosos, y yo sólo vivo para los sentimientos. ¿Un sentimiento no es el mundo en un pensamiento? Vea usted al padre Goriot: para él, su dos hijas son el universo, el hilo que le dirige en la creación. Ahora bien; para mí, que conozco mucho la vida, no existe más sentimiento real que la amistad de hombre a hombre. ¿Ha visto usted muchas gentes que tengan bastante valor para acudir sin decir palabra ni hablarle de moral, cuando un compañero les dice: "¿Vamos a matar a uno?" Pues bien, yo hice eso. No le hablaría así a todo el mundo. Pero usted es un hombre eminente, lo comprende todo y se le puede decir todo. Usted no pasará mucho tiempo sumergido en los pantanos en que viven los renacuajos que nos rodean aquí. Conque queda dicho: se casará.

Vautrín salió sin querer oír la respuesta negativa del estudiante. Parecía conocer el secreto de esas pequeñas resistencias con que los hombres se disculpan a sí mismos.

—Que haga lo que quiera: pero yo no me casaré con la señorita Taillefer —se dijo Eugenio.

Después de haber sufrido la molestia de la fiebre que le produjo la idea de un pacto hecho con aquel hombre que le horrorizaba, pero que crecía a sus ojos por el cinismo propio de sus ideas y por la audacia con que se oponía a la sociedad, Rastignac se vistió, pidió un coche y fué a casa de la señora de Restaud. Hacia algunos días que esta mujer demostraba gran afecto a Eugenio, cada uno de cuyos pasos era un progreso en el corazón del gran mundo, y cuya influencia llevaba camino de ser algún día temible. Rastignac pagó a los señores de Trailles y Adjuda, jugó al whist y recobró lo que había perdido. Supersticioso como la mayor parte de los hombres cuyo porvenir no está aún fijado y que son más o menos fatalistas, quiso ver en su suerte una recompensa del cielo por su perseverancia en marchar por el buen camino. Al día siguiente por la mañana apresuróse a preguntarle a Vautrín si tenía su letra de cambio, y, ante su respuesta afirmativa, le devolvió los tres mil francos y recogió su letra dando muestras de un placer muy natural.

—Todo va bien —le dijo Vautrín.

—Sí, mas recuerde que yo no soy su cómplice —respondió Eugenio.

—Lo sé, lo sé —dijo Vautrín interrumpiéndole—. Usted aun hace niñerías y se detiene en la puerta a hacer bagatelas.

Dos días después, Poiret y la señorita Michonneau estaban sentados en un banco al sol en un paseo del Jardín de Plantas y hablaban con el señor que con razón había parecido sospechoso al estudiante de medicina.

—Señorita —decía el señor Gondureau—, no veo de dónde nacen sus escrúpulos. Su Excelencia el ministro de la policía general del reino...

—¡Ah! ¿Su Excelencia el ministro de la policía general del reino? —repitió Poiret.

—Sí, Su Excelencia se ocupa de este asunto.

Gondureau, que parecía penetrar a los hombres, vió en seguida en Poiret a un necio burócrata e hizo salir el *Deux ex machina* tan pronto como era necesario deslumbrar a Poiret, el cual le pareció el amante de la Michonneau, como la Michonneau le parecía la querida de Poiret.

—Toda vez que Su Excelencia misma el... ¡Ah!, eso es diferente —dijo Poiret.

—Ya oye usted al señor, cuya opinión parece que le inspira confianza —dijo el falso rentista dirigiéndose a la señorita Michonneau—. Pues bien, Su Excelencia tiene ahora la más completa seguridad de que el tal Vautrín, hospedado en la casa Vauquer, es un forzado escapado del presidio de Tolón, donde es conocido con el nombre de *Burla-la-Muerte*.

—¡Ah! ¿Burla-la-Muerte? —dijo Poiret—. Muy afortunado debe ser para haber merecido ese nombre.

—Sí, ya lo creo —repuso el agente—. Ese apodo lo debe a la suerte que tuvo en no perder la vida en las audaces empresas que llevó a cabo. Mire usted, es hombre peligroso y tiene cualidades que le hacen extraordinario, y su condena fué una cosa que le honró mucho a los ojos de los suyos.

—¿Es, pues, un hombre de honor? —le preguntó Poiret.

—A su modo. Consintió en salir responsable de un crimen de otro, una falsificación cometida por un hermoso joven a quien quería mucho, un joven italiano bastante jugador que luego entró en el servicio militar, donde se portó muy bien.

—Pero si Su Excelencia el ministro de la policía está seguro de que el señor Vautrín es Burla-la-Muerte, ¿para qué me necesita a mí?

—¡Ah!, sí —dijo Poiret—, si el ministro, como usted ha tenido el honor de decirnos, tiene alguna seguridad...

—Seguridad no, lo sospecha únicamente. Van ustedes a comprender la cuestión. Jacobo Collin, apodado Burla-la-Muerte, goza de toda la confianza de tres presidios, que le han elegido para ser su agente y su banquero, y gana mucho dinero ocupándose de esta clase de negocios, para los cuales se precisa un hombre señalado.

—¡Ah!, ¡ah!, ¿comprende el equívoco, señorita? —dijo Poiret—. El señor le llama un hombre señalado porque debe tener alguna señal.

—El falso Vautrín —prosiguió el agente— recibe el dinero de los presidiarios, lo coloca, lo conserva y lo tiene a disposición de los que se escapan, de sus familias o de sus amantes, según lo dispongan en su testamento.

—¡De sus amantes! ¿Querrá usted decir de sus mujeres? —advirtió Poiret.

—No, señor; generalmente, el forzado sólo tiene mujeres ilegítimas, a las que nosotros llamamos concubinas.

—¿De modo que viven en estado de concubinato?

—Claro.

—Pues bien, esos horrores no debía tolerarlos el ministro —dijo Poiret—, y ya que tiene usted el honor de ver a Su Excelencia, a usted, que parece tener ideas filantrópicas, le corresponde comunicarle la conducta inmoral de esas gentes que tan mal ejemplo dan al resto de la sociedad.

—Pero, señor mío, el gobierno no los mete allí para que sean modelo de virtudes.

—Es verdad. Sin embargo, señor, permítame...

—Pero, querido mío, deja hablar al señor —dijo la señorita Michonneau.

—Usted me entiende, señorita —repuso Gondureau—. El gobierno puede tener un gran interés en apoderarse de una caja ilícita donde se dice que hay importantes sumas: Burla-la-Muerte coloca en ella considerables valores, ocultando no sólo las sumas que poseen algunos de sus compañeros, sino también las que provienen de la sociedad de los Diez Mil...

—¡Diez mil ladrones! —exclamó asustado Poiret.

—No, la sociedad de los Diez Mil es una asociación de bandidos, de gente que sólo trabaja en grande y que no emprende ningún negocio que por lo menos no le dé diez mil francos de ganancia. Esta sociedad se compone de las más distinguidas gentes de mal vivir, pájaros que conocen el código y que nunca se exponen a que les apliquen la pena de muerte cuando los apresan. Collín es el hombre de confianza y el consejero, y, con sus inmensos recursos, este hombre supo crearse una policía propia y relaciones inmensas que envuelven un impenetrable misterio. Aunque hace un año que le tenemos rodeado de espías, aun no pudimos ver su juego. Su caja y su talento sirven, pues, constantemente para asalariar el vicio, y tienen en pie un ejército de malos sujetos que están en perpetuo estado de guerra con la sociedad. Apresar a Burla-la-Muerte y apoderarse de sus fondos será cortar el mal de raíz. Así que esta expedición se ha convertido en un asunto de Estado y de elevada política, susceptible de honrar a los que cooperen a su logro. Usted mismo, señor, podría ser otra vez empleado en la administración, desempeñando el cargo de secretario de un comisario de policía, funciones que no le impedirían cobrar la pensión que tiene de retiro.

—Pero, ¿por qué no se escapa Burla-la-Muerte con la caja? —preguntó la señorita Michonneau.

—¡Oh! —exclamó el agente—, adondequiera que fuese, iría seguido de un hombre encargado de matarle, si robara al presidio. Además, una caja no se roba tan fácilmente como parece, y, por otra parte, Collín es un hombre incapaz de hacer semejante acción, porque creeríase deshonrado.

—Tiene usted razón, señor —dijo Poiret—, quedaría completamente deshonrado.

—Pero con todo esto, ¿no nos dice por qué no vienen a apoderarse de él? —preguntó la señorita Michonneau.

—Está bien, señorita, respondo; pero —le dijo al oído— dígale a su señor que no me interrumpa, porque de lo contrario, no acabaremos nunca. Al venir aquí, Burla-la-Muerte se echó capa de hombre honrado y se instaló en una modesta pensión. De modo que el señor Vautrín es hombre considerado que hace negocios considerables.

—Nautralmente —se dijo Poiret para sus adentros.

—Si se llegase a detener a un Vautrín

verdadero, el ministro no quiere cargar con las responsabilidades, ni ser el blanco de la opinión pública. El señor prefecto de policía tiene enemigos, y si llegase a cometer un error, los que desean su plaza aprovecharíanse de los gritos y clamores generales para hacerle saltar. Se trata aquí de proceder como se procedió en el asunto Cogniard, con el falso conde de Santa Elena, el cual, si hubiera sido verdadero, nos hubiese dado un disgusto. De modo que es menester asegurarse antes.

—Sí, pero para eso usted tiene necesidad de una mujer bonita —se apresuró a decir la señorita Michonneau.

—Burla-la-Muerte no se dejaría abordar por ninguna mujer, pues no le gustan las mujeres.

—Pero suponiendo que yo me prestase a hacerlo por dos mil francos, aun no veo lo que necesitaría hacer.

—Nada más fácil —dijo el desconocido—. Yo le entregaré un frasco que contiene una dosis de licor preparado para provocar una apoplejía que no ofrece el menor peligro. Esta droga lo mismo puede echarse en el vino que en el café. En seguida usted lleva ese hombre a la cama y lo desviste como para aliviarle del ataque, y en el momento en que se quede solo, le registra para ver si le encuentra las marcas.

—Pero ¡si eso no es nada! —dijo Poiret.

—Bueno, ¿consiente usted? —le preguntó Gondureau a la solterona.

—Diga, señor mío, ¿me darán también los dos mil francos en el caso de que no encuentre las letras?

—No.

—¿Cuál será, pues, la indemnización?

—Quinientos francos.

—¿Hacer semejante cosa por tan poco? El mal es el mismo en la conciencia, y yo quiero tenerla tranquila, señor.

—Yo le garantizo que la señorita tiene mucha conciencia, además de ser persona muy amable y de gran talento.

—Pues bien —repuso la señorita Michonneau—, déme usted tres mil francos si es Burla-la-Muerte y nada si es un hombre honrado.

—Conformes —dijo Gondureau—, pero con la condición de que ha de hacerse mañana.

—No, señor mío, mañana no, porque debo consultar a mi confesor.

—¡Tuna! —dijo para sí el agente levantándose; luego prosiguió en voz alta—: Bueno, entonces hasta mañana, y si necesitan hablarme, vayan a la calle de Santa Ana, al extremo del patio de la Capilla Santa y pregunten por el señor chonneau.

Bianchón, que salía de la clase de Cuvier, oyó la original palabra Burla-la-Muerte y el conforme del célebre jefe de la policía secreta.

—¿Por qué no termina usted de una vez y así tendrá trescientos francos de renta vitalicia? —dijo Poiret a la señorita Michonneau.

—¿Por qué? —le contestó ella—. Porque hay que reflexionarlo. Si el señor Vautrín fuese Burla-la-Muerte, tal vez sería más ventajoso arreglarse con él. Sin embargo, pedirle dinero equivaldría a prevenirle, y sería capaz de escaparse sin dar nada, lo cual sería una gran tontería.

—Aunque se le dijese algo, ¿no nos dijo ese señor que estaba vigilado? —repuso Poiret—. En fin, veo que usted lo perderá todo.

—Por otra parte, ese hombre me es muy antipático y no sabe decirme más que cosas desagradables —pensó la señorita Michonneau.

—Yo creo que usted haría muy bien —agregó Poiret—. Como dijo ese señor, que me parece muy simpático y que va muy bien vestido, siempre es un acto de obediencia a las leyes el desembarazar a la sociedad de un criminal, por virtuoso que éste sea. El que tuvo, retuvo. ¿Y si le diese la gana de asesinarnos a todos? ¡Qué diablo! Nosotros seríamos culpables de esos asesinatos, sin contar con que a lo mejor seríamos sus primeras víctimas.

La preocupación de la señorita Michonneau no le permitía oír las frases de Poiret. Una vez que este anciano empezaba la serie de sus frases, hablaba como una máquina con cuerda. Al llegar ambos a la casa Vauquer, la solterona Michonneau vió que Eugenio de Rastignac hablaba con la señorita de Taillefer con tanto interés, que la pareja no notó el paso de los dos ancianos huéspedes cuando cruzaron el comedor.

—La cosa no tenía más remedio que acabar así —dijo la señorita Michonneau a Poiret—. Ya hacía ocho días que se miraban de un modo escandaloso.

—Sí —respondió el anciano.

Por la mañana, Eugenio había sido reducido a la mayor desesperación por la señora de Nucingen, y, en su fuero interno, habíase abandonado por completo a Vautrín sin querer sondar los motivos de la amistad que le demostraba este hombre extraordinario ni el porvenir de semejante unión. Era menester un milagro para sacarle del abismo en que había puesto los pies hacía una hora, cambiando con la señorita Taillefer las más dulces promesas. Victorina creía oír la voz de un ángel, el cielo abríase para ella, y la casa Vauquer se cubría de esos tintes fantásticos que los decoradores dan a los palacios de teatro: la joven amaba y era amada, o al menos ella lo creía así. Vautrín entró alegremente y leyó en el alma de los dos jóvenes a quienes había unido mediante las combinaciones de su genio infernal, pero cuya alegría turbó de pronto tarareando una canción con su gruesa voz.

Victorina huyó considerándose tan feliz como desgraciada había sido hasta entonces. ¡Pobre muchacha! Un apretón de manos, su mejilla rozada por los cabellos de Rastignac, una palabra dicha tan cerca a su oído que había sentido el calor de los labios del estudiante, su talle oprimido por un tembloroso brazo, un beso dado en su cuello, fueron los esponsales de su pasión, esponsales que la proximidad de la gruesa Silvia, amenazando entrar a cada paso en aquel comedor radiante, contribuyó a hacer más ardientes, más vivos y más comprometedores que los testimonios más hermosos de la abnegación, cantados en las historias más célebres de amor. Aquellos *menudos sufragios* le parecían crímenes a aquella piadosa joven que cada quince días se confesaba. En aquel momento, había prodigado más tesoros de alma que los que podría dar entregándose por entero cuando fuese rica y feliz.

—El asunto está arreglado —dijo Vautrín a Eugenio—. Los dos petimetres se han picoteado y todo pasó convenientemente. Cuestión de opiniones. Vuestro pichón insultó a mi halcón. Mañana en el foso de Clignancourt. A las ocho y media, mientras la señorita de Taillefer estará ahí mojando sus tostadas de pan en el café, heredará el cariño y la fortuna de su padre. Parece extraño que pueda decirse esto, ¿verdad? El pequeño Taillefer es fuerte a espada y confiado, pero recibirá una estocada que yo inventé, una manera de levantar la espada y de pincharle en la frente. Ya le enseñaré a usted cómo se hace, porque es sumamente útil.

Rastignac escuchaba con aire ausente y no podía responder nada. En aquel momento entraron el padre Goriot, Bianchón y algunos pensionistas más.

—Así es como quería verle —le dijo Vautrín—. Ya sabe usted lo que se hace. Bien, aguilucho mío, usted gobernará a los hombres porque es fuerte y bien plantado. Cuente siempre con mi estimación.

Vautrín quiso estrecharle la mano, pero Rastignac se apresuró a retirarla, cayó sobre una silla palideciendo y creyó ver un mar de sangre ante sus ojos.

—¡Ah!, ¿nos quedan aún algunas mantillas manchadas de virtud? —le dijo Vautrín en voz baja—. Papá de Olibán tiene tres millones, yo conozco su fortuna. La dote le dejará limpio hasta a sus propios ojos como el manto de una desposada.

Rastignac ya no dudó, y resolvió ir aquella misma noche a advertir a los señores Taillefer padre e hijo. En aquel momento, como Vautrín le hubiese dejado, el padre Goriot le dijo al oído:

—Hijo mío, ¿está usted triste? ¡Ah!, no se apure, yo voy a alegrarle. Venga —exclamó el antiguo fabricante de pastas encendiendo un fósforo en uno de los quinqués.

Eugenio lo siguió lleno de curiosidad.

—Entremos en su cuarto —dijo el buen hombre, que le había pedido a Silvia la llave del cuarto del estudiante—. Esta mañana creyó que ella no le amaba, ¿eh?; le ha tratado muy mal y usted se fué muy enojado. Ella me esperaba, ¿comprende usted? Teníamos que ir a acabar de arreglar una bonita habitación, a la cual irá usted a vivir dentro de tres días. No me delate, porque ella quiere darle una sorpresa; pero yo no quise ocultarle el secreto por más tiempo. Estará usted en la calle de Artois, cerca de la de San Lázaro, y allí vivirá como un príncipe, pues le compramos magníficos muebles. ¡Cuántas cosas hemos hecho de un mes a esta parte sin decirle nada a usted! Mi procurador se puso a trabajar y mi hija tendrá sus treinta mil francos anuales, interés de su dote. Por lo demás, yo voy a exigir ahora el empleo de estos ochocientos mil francos en bienes raíces.

Eugenio permanecía mudo y paseábase a lo largo de su pobre y desordenado cuarto. El padre Goriot aprovechó un momento en que el estudiante le volvía la espalda y puso sobre la chimenea una cajita de marroquí rojo sobre el cual estaban impresas en oro las armas de Rastignac.

—Hijo mío —decía el pobre hombre—, con todo esto he mermado mucho mi fortuna; pero no importa, porque, después de todo, lo hice por egoísmo, toda vez que estaba interesado en que usted cambiase de casa. ¿Verdad que no me negará nada si yo le pido algo?

—¿Qué desea usted?

—Encima de su habitación, en el quinto piso, hay un cuartito que depende de ella, y yo viviré en él, ¿verdad? Me voy haciendo viejo y estoy demasiado lejos de mis hijas. No le molestaré a usted, estaré allí, y así me hablará todas las noches de ellas. ¿Verdad que no le contraría esto? Cuando entre por la noche yo estaré acostado, le oiré y me diré: "Ahora acaba de ver a mi pequeña Delfina y la llevó al baile para que sea feliz". Si estuviese enfermo, el oírle entrar, salir, ir y volver sería un bálsamo para mí, porque ¡hay tanto de mis hijas en usted! No tendré más que dar un paso para estar en los Campos Elíseos, adonde van todos los días y donde las veré siempre, mientras que ahora a ve-

ces llego tarde. Y luego, que ella quizá venga a visitarle, y yo la oiré, la veré con su traje de mañana, trotando alegremente como un cervatillo. Hace un mes que está alegre y satisfecha como cuando era soltera, y esta dicha se la debe a usted. ¡Oh!, haré lo imposible por usted. Hace un momento que me decía: "Papá, soy muy feliz". Cuando me dicen ceremoniosamente *padre mío*, me hielan; pero cuando me llaman *papá*, me creo verlas de niñas y refrescan todos mis recuerdos, pareciéndome que no pertenecen a nadie —añadió enjugándose los ojos—. Hacía ya mucho tiempo que no había oído esta frase y que no me había dado el brazo. ¡Oh! sí, pronto hará diez años que no salía acompañado de mis hijas. Y ¡qué satisfacción experimento en rozar sus ropas, llevar su mismo paso y participar de su calor! En fin, esta mañana llevé a Delfina a todas partes, entré con ella en las tiendas y la acompañé a su casa. ¡Oh!, consérveme usted a su lado. A veces tendrá necesidad de alguno que le haga un favor, y yo estaré a su lado. ¡Oh!, ¡si ese maldito alsaciano muriese, si la gota tuviera el buen sentido de subírsele al estómago, mi pobre hija sería feliz, le tendría a usted por yerno y sería ostensiblemente su marido! ¡Bah!, es tan desgraciada no conociendo los placeres del mundo, que la absuelvo de todo. El buen Dios debe estar de parte de los padres que aman bien. Ella le quiere a usted demasiado —dijo meneando la cabeza después de una pausa—. Por el camino hablaba de usted conmigo diciéndome: "¿No es verdad, padre mío, que es hermoso y que tiene buen corazón? ¿Le habla de mí?" ¡Bah!, me habló sin parar desde la calle de Artois hasta el pasaje de los Panoramas, desahogando su corazón en el mío. Durante toda la mañana dejé de ser viejo y me parecía que no pesaba una onza. Le dije que usted me había entregado el billete de mil francos. ¡Oh!, ¡pobrecita!, lloró de emoción. Pero, ¿qué tiene usted sobre la chimenea? —dijo al fin el padre Goriot, que se moría de impaciencia al ver inmóvil a Rastignac.

Eugenio, completamente preocupado, miraba a su vecino con aire distraído. Aquel duelo que le había anunciado Vautrín para el día siguiente, contrastaba tan violentamente con la realización de sus más caras esperanzas, que experimentaba todas las sensaciones de una pesadilla. Volvióse hacia la chimenea, vió en ella la cajita cuadrada, la abrió y dentro encontró un papel que tapaba un reloj de Breguet. En aquel papel estaban escritas estas palabras:

"Quiero que piense usted en mí a todas horas, *porque*...

DELFINA".

Sin duda esta última palabra hacía alusión a alguna escena que había tenido lugar entre ellos. Eugenio sintióse conmovido al ver sus armas esmaltadas en oro en el interior de la tapa. Aquella joya tanto tiempo deseada, la cadena, la llave y los dibujos, respondían a sus deseos. El padre Goriot estaba radiante. Sin duda había prometido a su hija comunicarle los menores efectos de la sorpresa que su regalo causaría a Eugenio, pues el anciano parecía gozar en tercer término de tales emociones, dando muestras de no ser el menos feliz. El pobre ya quería a Rastignac por su hija y por él mismo.

—Vaya usted a verla esta noche, que le espera. El zote del alsaciano cena con su bailarina esta noche. ¡Ah!, ¡ah!, ¡qué asombrado quedó cuando mi procurador le dijo lo que pasaba! ¿No pretende querer a mi hija hasta la adoración? Que la toque, y lo mato. La sola idea de saber que mi Delfina está en... (suspiró) me haría cometer un crimen. Pero de todas maneras no sería cometer un homicidio, porque ese hombre es una cabeza de buey sobre un cuerpo de cerdo. Me llevará usted consigo, ¿verdad?

—Sí, mi buen padre Goriot, ya sabe usted que le quiero.

—Ya lo veo, y sé que no se avergüenza de mí. Déjeme usted abrazarle —dijo estrechando entre sus brazos al estudiante—, prométame que la hará muy feliz: Irá usted esta noche, ¿verdad?

—¡Oh! sí, tengo que salir para asuntos que no admiten dilación.

—¿Puedo servirle de algo yo?

—Hombre, sí. Mientras voy a casa de la señora de Nucingen, vaya usted a casa del señor Taillefer padre y dígale que me conceda esta noche una hora para hablarle de un asunto de gran importancia.

—Joven, ¿será verdad? —dijo el padre Goriot cambiando de expresión—. ¿Hace usted la corte a su hija, como dicen esos imbéciles de abajo? ¡Por vida de...! No sabe lo que es un puñetazo a lo Goriot, y créame que, si me engañase, sería cuestión de andar a puñetazos. ¡Oh!, pero, no, eso es imposible.

—Le juro a usted que hace un momento que me he convencido de que sólo amo a una mujer en el mundo —dijo el estudiante.

—¡Ah!, ¡qué dicha! — exclam el padre Goriot.

—Es que el hijo de Taillefer se bate mañana y yo oí decir que le matarán —repuso el estudiante.

—¿Y qué le importa a usted eso? —preguntó Goriot.

—Es necesario decírselo para que le impida a su hijo acudir al duelo.

En aquel momento oyóse la voz de Vautrín en el umbral de su puerta, donde cantaba:

Ricardo, rey mío,
La grey te abandona.

—¡Brun! ¡brun! ¡brun! ¡brun!

El mundo recorro,
Doquiera aparezco.

—¡Tra, la lá! ¡Tra, la lá!

—Señores —gritó Cristóbal—, la sopa está servida y todo el mundo espera.

—Toma —dijo Vautrín—, vete a buscar una botella de Burdeos.

—¿Le gusta a usted el reloj? —preguntó el padre Goriot—. Mi hija tiene buen gusto, ¿verdad?

Vautrín, el padre Goriot y Rastignac bajaron juntos, y, a causa de su tardanza, juntos tuvieron que sentarse a la mesa. Durante la comida, Eugenio miró a Vautrín con gran frialdad, a pesar de que nunca había desplegado tanta gracia aquel hombre, que tan simpático le era a la señora Vauquer. Vautrín tuvo graciosas salidas y supo atacar a todos los pensionistas, contribuyendo su seguridad y sangre fría a consternar a Eugenio.

—¿Qué hierba ha pisado usted hoy? —le preguntó la señora Vauquer a Vautrín—. Está alegre como unas castañuelas.

—Cuando hago buenos negocios siempre estoy alegre.

—¿Negocios? —dijo Eugenio.

—Sí, entregué una partida de mercancías que me ha de valer una bonita comisión. Señorita Michonneau —dijo al ver que la solterona le examinaba—, ¿tengo acaso monos en la cara para que me mire usted de ese modo? Si acaso, ya me los quitaré para serle a usted agradable. Poiret, supongo que usted no se enfadará por esto, ¿eh? —dijo guiñándole el ojo al empleado del Museo.

—¡Por vida de...!, debería usted servir de modelo para un Hércules burlón —le dijo el joven pintor a Vautrín.

—No tengo inconveniente, si la señorita Michonneau quiere servir de modelo para una Venus de cementerio —respondió Vautrín.

—¿Y Poiret? —preguntó Bianchón.

—Poiret servirá de modelo de Poiret y será el dios de las peras —exclamó Vautrín.

—De las peras fofas — completó Bianchón.

—Bueno, todo eso no son más que tonterías —dijo la señora Vauquer—, y más valdría que usted nos convidara a ese buen vino de Borgoña que bebe. Eso nos mantendrá alegres, aparte de que es bueno para el estómago.

—Señores —dijo Vautrín—, la señora presidenta les llama al orden. La señora Couture y la señorita Victorina no tomarán en serio nuestros discursos; pero respeten la inocencia del padre Goriot. Les invito a una pequeña *botellarama* de Burdeos que la marca de Lafitte hace doblemente ilustre, dicho sea sin alusión política. Vamos, chino —dijo mirando a Cristóbal, que no se movió de su sitio—. Aquí, Cristóbal. ¡Cómo!, ¿no entiendes por tu nombre? Chino, tráeme los líquidos.

—Aquí tiene usted, señor —dijo Cristóbal presentándole la botella.

Después de haber llenado el vaso de Eugenio y el del padre Goriot sirvióse lentamente algunas gotas de vino, lo probó y mientras sus dos vecinos bebían, exclamó de pronto:

—¡Diablo!, ¡cómo sabe a corcho! Esta tómatela tú, Cristóbal, y vete a buscarnos otra; a la derecha, ¿sabes? Somos dieciséis, baja ocho botellas.

—Puesto que usted hace eso —dijo el pintor—, yo pago un centenar de castañas.

—¡Oh!

—¡Hurra!

—¡Bien!

Cada uno lanzó su exclamación, y Vautrín gritó:

—Vamos, mamá Vauquer, dos de champaña.

—¡No!, ¡eso sí que no! ¿Por qué no me piden la casa? ¡Dos de champaña, que cuestan doce francos! ¿Cuándo los gano yo? Si el señorito Eugenio quiere pagarlas, yo daré una copita de casis.

—Sí, su casis que purga que es un gusto —dijo en voz baja el estudiante de medicina.

—¿Quieres callar, Bianchón? —exclamó Rastignac—. Venga el champaña, yo lo pago.

—Silvia —dijo la señora Vauquer—, traiga los bizcochos y los pastelillos.

—Sus pastelillos son demasiado grandes y tienen barba —dijo Vautrín—. Respecto a los bizcochos, vengan.

En un momento circuló el vino de Burdeos, los convidados animáronse y la alegría aumentó, oyéndose grandes risas en medio de las cuales resonaron algunas imitaciones de diversas voces de animales. Al empleado del Museo habíasele ocurrido reproducir un grito de París que tenía cierta analogía con el maullido del gato cuando está con el celo, e inmediatamente ocho voces gritaron simultáneamente las siguientes frases:

—¡Afilar cuchillos y navajas!

—¡Alpiste para los pajaritos!

—¡El trapero!

—¡Componer fuentes y platos!

—¡A la barca!, ¡a la barca!

—¡Compro trajes viejos, galones, sombreros!

—¡La cereza!, ¡la buena cereza!

La palma la ganó Bianchón por el acento nasal con que gritó:

—¿Quién compra paraguas?

En pocos instantes allí hubo un ruido capaz de volver loco a cualquiera y una conversación llena de sandeces, una verdadera ópera que dirigía Vautrín como un maestro de orquesta, vigilando a Eugenio y al padre Goriot, que ya parecían borrachos. Con la espalda apoyada en la silla, ambos contemplaban aquel insuitado desorden con aspecto grave y bebiendo poco, pues ambos estaban preocupados por lo que tenían que hacer aquella noche, y sin embargo sentíanse sin fuerza para levantarse. Vautrín, que seguía los cambios de sus semblantes mirándoles a hurtadillas, aprovechó el momento en que sus ojos vacilaron y parecieron querer cerrarse, para inclinarse al oído de Rastignac y decirle:

—Amiguito mío, no es aún lo bastante astuto para luchar con el papá Vautrín, el cual le quiere demasiado para permitirle que haga tonterías. Cuando yo resuelvo algo, sólo Dios tiene fuerza para oponerse a mis decisiones. ¡Ah!, ¿quería usted ir a advertir a Taillefer su desgracia y obrar como un chiquillo? El horno está caliente, la harina está amasada, el pan está en la pala, mañana tendremos pan, y ¿usted quería impedirnos cocerlo? No, no, se cocerá. Si tenemos algún remordimiento, la digestión lo hará desaparecer. Mientras usted duerme, el coronel Franchesini le procurará la herencia de Miguel Taillefer con la punta de su espada. Heredando a su hermano, Victorina tendrá quince mil francos de renta. Tomé informes, y sé que la herencia de la madre asciende a más de trescientos mil francos.

Eugenio escuchaba estas palabras sin poder responder, sentía pegada su lengua al paladar, tenía un sueño invencible y ya no veía la mesa y los comensales más que a través de una densa niebla. El ruido no tardó en apaciguarse, los huéspedes se fueron uno a uno, y luego, cuando las señoras Vauquer y Couture, la señorita Victorina, Vautrín y el padre Goriot quedaron solos, Rastignac vió como si soñase que la señora Vauquer recogía las botellas para volver a llenarlas.

—¡Ah!, ¡qué loca es la juventud! —decía la viuda.

Esta fué la última frase que pudo comprender Eugenio.

—No hay nadie como el señor Vautrín para improvisar estas bromas —dijo Silvia—. Cristóbal ya está como una cuba.

—Adiós, mamá —dijo Vautrín—, me marcho al bulevar a admirar al señor Martí en *El Monte Salvaje*, que es una gran obra sacada del *Solitario*. Si quiere venir, la llevaré, y lo mismo digo a estas señoras.

—Muchas gracias —dijo la señora Couture.

—¡Cómo, vecina! —exclamó la señora Vauquer—, ¿se niega usted a ir a ver una pieza sacada del *Solitario*, obra hecha por Atala de Chateaubriand, que tanto nos gusta y que nos hacía llorar el verano pasado como Magdalenas debajo de los tilos; en fin, una obra moral que puede instruir a la señorita?

—Nos está prohibido ir al teatro —respondió Victorina.

—Vamos, éstos ya están fuera de combate —dijo Vautrín moviendo de una manera cómica las cabezas del padre Goriot y de Eugenio.

Colocando la cabeza del estudiante sobre la silla, para que pudiese dormir cómodamente, le besó calurosamente en la frente cantando:

Duerme, duerme, amor mío,
Que yo velo por ti.

—Mucho temo que se sienta mal —dijo Victorina.

—Pues entonces quédese a cuidarlo —le dijo Vautrín al oído—, que tal es el deber de toda mujer sumisa. Este joven la adora a usted y yo le profetizo que usted será su mujercita. En fin —dijo en voz alta—, *fueron muy considerados en todo el país, vivieron felices y tuvieron muchos hijos*. He aquí cómo acaban todas las novelas de amor. Vamos, mamá —dijo volviéndose hacia la señora Vauquer y abrazándola—; arréglese. Entretanto, voy a buscar un coche.

Y salió cantando:

Hermoso sol, divino sol
Que haces madurar los frutos.

—¡Dios mío! Señora Couture, con este hombre no puede haber tristezas. Vamos— y mirando al fabricante de pastas dijo—: ya ronca el padre Goriot. A este viejo avaro nunca se le ocurrió llevarme a ninguna parte. ¡Dios mío!, se va a caer al suelo. Es indecoroso que un hombre pierda la razón de este modo. Me dirán ustedes que no se puede perder lo que no se tiene. Silvia, súbalo a su cuarto.

Silvia tomó al anciano por debajo de los brazos, le hizo andar y lo arrojó como un fardo sobre la cama.

—¡Pobre joven! —decía la señora Couture separando los cabellos de Eugenio, que le caían sobre los ojos—. Es como una damisela, no sabe lo que es un exceso.

—¡Ah! —dijo la señora Vauquer—, en treinta y un años que hace que tengo casa de pensión, puedo decir que hubo aquí muchos jóvenes, pero no vi ninguna tan bello ni tan distinguido como el señorito Eugenio. ¡Qué hermoso está cuando duerme! Pero, señora Couture, sosténgale la cabeza. ¡Bah! la apoya en la señorita Victorina: los jóvenes tienen un Dios que les protege. A poco más se rompe la cabeza contra la silla. ¡Qué buena pareja harían los dos.

—Pero, señora, cállese usted —dijo la señora Couture—. ¡Dice unas cosas!

—¡Bah! —repuso la señora Vauquer—. El no nos oye. Vamos, Silvia, ven a vestirme. Voy a ponerme el corsé nuevo.

—¿El corsé nuevo después de haber comido, señora? —dijo Silvia—. No, busque usted quien la apriete, que lo que es yo no quiero ser su asesino. Cometería usted una inprudencia que podría costarle la vida.

—Me es igual; la cuestión es hacer honor al señor Vautrín.

—¿Tan bien está usted con sus herederos?

—Vamos, Silvia, basta —dijo la viuda saliendo.

—¡A su edad! —dijo la cocinera contemplando a su ama y mirando después a Victorina.

La señora Couture y su pupila, sobre cuyo hombro apoyábase Eugenio, se quedaron solas en el comedor. Los ronquidos de Cristóbal resonaban en la silenciosa casa y hacían notar el apacible sueño de Eugenio, que dormía como un niño. Feliz pudiendo realizar uno de esos actos de caridad con los que pueden desahogarse todos los sentimientos de la mujer y que le permitía, sin pecar, sentir el corazón del joven latiendo junto al suyo, Victorina mostraba en su cara algo maternalmente protector que la embellecía. A través de los mil pensamientos que nacían en su corazón, alboreaba un tumultuoso impulso nacido a causa de la aproximación de aquel hombre puro y joven.

—¡Pobre hija mía! —dijo la señora Couture estrechándole la mano.

La anciana admiraba aquel rostro cándido y enfermizo, rodeado a la sazón por la aureola de la dicha. Victorina pareciase a una de esas sencillas pinturas de la Edad Media en las cuales olvidó todos los accesorios el artista, el cual reservó la magia de su pincel para la cara amarilla de tono, pero donde el cielo parece reflejarse con sus tintes de oro.

—Y sin embargo, mamá, no bebió más que dos vasos —dijo Victorina pasando los dedos a través de la cabellera de Eugenio.

—¡Pero, hija mía, si fuese un vicioso, hubiera resistido el vino como los demás. Su embriaguez hace, en verdad, su mejor elogio.

El ruido de un coche oyóse en la calle.

—Mamá —dijo la joven—, aquí está el señor Vautrín. Tome a Eugenio, porque no quisiera ser vista así por ese hombre, que tiene dichos que ensucian el alma y miradas que molestan a un mujer como si la desvistiesen.

—No —dijo la señora Couture—, te equivocas. El señor Vautrín es un buen hombre, brusco, pero bueno como el difunto señor Couture; un hombre de mal genio, pero de buen corazón.

Vautrín entró muy despacio y contempló el cuadro formado por aquellos dos muchachos, acariciados por el resplandor de una lámpara. Dijo:

—He aquí escenas que hubieran inspirado hermosas páginas a Bernardino de Saint-Pierre. Señora Couture, ¡qué hermosa es la juventud! ¡Pobre muchacho!, duerme, cuando tal vez otros están labrando su fortuna. Señora —agregó dirigiéndose a la viuda—, lo que me encanta de este joven, lo que me conmueve, es el saber que la belleza de su alma está en armonía con la de su cuerpo. Mírele, ¿no parece un querubín apoyado en el hombro de un ángel? A decir verdad, es muy digno de ser amado, y si yo fuera mujer querría morir, pero ¿qué digo?, vivir por él. Señora, admirándoles así —dijo aproximándose al oído de la viuda—, no puede uno menos de pensar que Dios los crió al uno para el otro. ¡Oh!, la Providencia tiene vías ocultas y sonda los pechos y los corazones —exclamó en voz alta—. Viéndoos unidos, hijos míos, unidos por una misma pureza y por todos los sentimientos humanos, me digo que es imposible que os veáis nunca separados en el porvenir. Dios es justo. Pero —dijo a la joven— me parece ver en usted líneas de prosperidad. ¿Me quiere usted dar la mano, señorita Victorina? Entiendo en quiromancia, y muchas veces eché la buenaventura. Vamos, no tenga miedo. ¡Oh!, ¿qué veo? Le juro a fe de hombre honrado que antes de poco será una de las más ricas herederas de París, colmará usted de dicha al que le ama, su padre la llamará a su lado y se casará con un joven hermoso, con título y que la adora.

En este momento, los pesados pasos de la patrona, que bajaba, interrumpieron la profecía de Vautrín.

—Aquí viene mamá Vauquer, hermosa como una estrella y emperejilada como una novia. Me parece que nos hemos apretado demasiado, mamá, y que hay peligro de una explosión. Pero, en fin, ya reco-

geré yo los despojos con el mismo cuidado que si fuese un anticuario.

—Cómo sabe echar piropos a la francesa, ¿eh? —dijo la patrona a la señora Couture.

—Adiós, hijos míos — repuso Vautrín volviéndose hacia Eugenio y Victorina—. Yo os bendigo —agregó poniendo la mano sobre sus cabezas—. Créame, señorita, los votos de un hombre honrado dan buena suerte, porque siempre son escuchados por Dios.

—Adiós, querida mía —dijo la Vauquer a la señora Couture—. ¿Cree usted que el señor Vautrín pueda tener intenciones respecto a mi persona?—añadió en voz baja.

—Je, je.

—¡Ah!, mamá querida —dijo Victorina suspirando y mirándose las manos cuando las dos estuvieron solas—. ¡Si ese señor Vautrín hubiese dicho la verdad!

—Para ello bastaría que el monstruo de tu hermano se cayese del caballo —respondió la anciana.

—¡Ah, mamá!

—¡Dios mío! Tal vez es un pecado desear mal al enemigo —repuso la viuda—; pero, en fin, haré penitencia, porque, a decir verdad, de buena gana llevaría flores a su tumba. ¡Mal corazón! No tener el valor de defender a su madre, cuya fortuna disfruta. ¡Y cuidado que mi prima tenía una buena fortuna! Por desgracia para ti, en el contrato matrimonial no figuró su dote.

—Siempre amargaría mi dicha la consideración de que su logro hubiese de costar la vida a nadie —dijo Victorina—, y, si para ser feliz fuera necesario que mi hermano desapareciese, preferiría vivir siempre aquí.

—¡Dios mío! Como dice ese señor Vautrín, que ya ves que es hombre religioso y que no tiene nada de incrédulo, como esos otros que hablan de Dios con menos respeto que hablaría de El el diablo, ¿quién sabe las vías ocultas de que dispone la Providencia para llevarnos al bien?

Ayudadas por la gruesa Silvia, las dos mujeres transportaron a Eugenio a su cuarto, lo acostaron, y la cocinera le desabrochó la ropa para que durmiera más a gusto. Antes de marcharse, cuando su protectora volvió la espalda, Victorina besó en la frente a Eugenio, y después contempló su cuarto, resumió en un solo pensamiento toda la felicidad de aquel día y luego se durmió considerándose la criatura más feliz de París.

La algazara a favor de la cual Vautrín hizo beber a Eugenio y al padre Goriot vino narcotizado decidió la pérdida de aquel hombre. Bianchón, medio borracho, olvidóse de interrogar a la señorita Michonneau acerca de Burla-la-Muerte, lo cual hubiera despertado las sospechas de Vautrín, o mejor dicho, de Jacobo Collín, que era una de las celebridades del presidio. Por otra parte, el apodo de Venus de cementerio decidió a la señorita Michonneau a entregar al forzado en el momento en que, confiando en la generosidad de Collín, pensaba advertirle el peligro que corría y aconsejarle que se escapase por la noche. La solterona acababa de salir acompañada de Poiret para ir a ver al jefe de policía, creyendo habérselas con un alto funcionario llamado Gondureau. El director de la policía judicial la recibió con amabilidad, y después de una conversación en la que quedó todo precisado, la señorita Michonneau pidió la poción que había de servir para llevar a cabo la identificación de la persona. Por el gesto de contento que hizo el gran hombre de la calle de Santa Ana buscando un frasco en un cajón de su mesa-escritorio, la señorita Michonneau adivinó que había en aquella captura algo más importante que la detención de un sencillo presidiario. A fuerza de devanarse los sesos, sospechó que, por algunas revelaciones hechas a los traidores de presidio, la policía esperaba llegar a tiempo para apoderarse de considerables valores. Cuando comunicó sus sospechas a aquel viejo zorro, éste echóse a reír y quiso desvanecer la hipótesis de la solterona diciéndole:

—Se equivoca usted Collín es la *sorbona* más temible que ha habido nunca entre ladrones, y eso es todo. Los pillastres lo saben, lo consideran como su sostén y su jefe, y todos le quieren. Y este pillastre no dejará nunca su *troncho* en la plaza de Grève.

Con seguridad que la señorita Michonneau no había comprendido las palabras de la jerga que había empleado Gondureau; *sorbona* y *troncho* son dos enérgicas expresiones del lenguaje de los ladrones, que son los primeros que han sentido la necesidad de considerar la esfera humana bajo dos aspectos. *Sorbona* es la cabeza del hombre vivo, sus consejos, sus pensamientos; y *troncho* es una palabra de desprecio destinada a expresar lo poco que es la cabeza una vez separada del tronco.

Collín nos engaña dijo el jefe de policía—. Cuando damos con esa clase de hombres que parecen barras de acero templadas a la inglesa, nos queda el recurso de matarlos si hacen la menor resistencia mientras se lleva a cabo su arresto. Contamos con alguna acción de esta clase para matar a Collín mañana por la mañana. De este modo se evita el proceso, los gastos de custodia y de alimentación, y se desembaraza de un pillo a la sociedad. Las costas, los honorarios de los testigos, las indemnizaciones, la ejecución y todos los demás requisitos cuestan más de mil escudos, que serán para usted. Además, economízase el tiempo. Dando un buen bayonetazo a Burla-la-Muerte, impedimos un centenar de crímenes y evitaremos la corrupción de cincuenta malos sujetos que se mantendrán tranquilos en los alrededores de la prisión correccional. Esta es la verdadera policía, y, según los buenos filósofos, obrar así es prevenir crímenes.

—Y servir al país —dijo Poiret.

—¡Ya lo creo! —replicó el jefe—. Ciertamente que serviremos al país. Por eso digo yo que la gente se muestra injusta con nosotros, que hacemos a la humanidad mil servicios ignorados. Pero, en fin, es propio del hombre culto sobreponerse a las preocupaciones sociales. París es París. Estas palabras explican mi vida. Mañana estaré con mis gentes en el jardín del Rey. Envíe usted a Cristóbal a la calle Buffón, a casa del señor Gondureau, que era donde yo vivía antes. Caballero, considéreme como un servidor. Si alguna vez necesita de mí o le roban algo, ya sabe que estoy a sus órdenes.

—Vaya — dijo Poiret a la señorita Michonneau—, hay quien al oír hablar de la policía se subleva, y sin embargo ya usted ve que este señor es muy amable y lo que le pide no puede ser en verdad más sencillo.

El día siguiente debía ocupar lugar preferente entre los más extraordinarios de la historia de la casa Vauquer. Hasta entonces el más sobresaliente acontecimiento de aquella vida apacible había sido la aparición meteórica de la falsa condesa de Ambermesnil. Pero todo iba a eclipsarse ante las peripecias de aquel gran día, que serviría de tema eterno a las conversaciones de la señora Vauquer. Goriot y Eugenio de Rastignac durmieron hasta las once. La señora Vauquer, que había vuelto del teatro a las doce, quedóse en la cama hasta las diez del siguiente día, y el prolongado sueño de Cristóbal, que había acabado el vino que le había dado Vautrín, originó retrasos en el servicio de la casa. Poiret y la señorita Michonneau quejáronse de que el almuerzo se atrasase, y respecto a Victorina y la señora Couture, durmieron hasta las nueve de la mañana. Vautrín salió antes de las ocho y regresó en el momento en que el almuerzo estaba servido. Nadie se quejó, pues, cuando a eso de las once y cuarto, Silvia y Cristóbal fueron a llamar a todas las puertas diciendo que iba a servirse el almuerzo. Mientras que Silvia y el criado se ausentaron, la señorita Michonneau, que había bajado primero que nadie, derramó la poción en el cubilete de plata de Vautrín, cubilete en el cual calentábase al baño de María la crema para su café. La solterona había contado con esta particularidad de la posada para llevar a cabo el cometido. Aunque no sin algunas dificultades, los siete pensionistas se encontraron al fin reunidos. En el momento en que se desperezaba Eugenio y decidíase a bajar, un recadero le entregó una carta de la señora de Nucingen, que decía así:

Amigo mío: No soy vanidosa ni siento rencor contra usted. Le esperé hasta las dos de la madrugada. ¡Esperar al ser que se ama! El que conoció este suplicio no se lo impone a nadie. Ya se conoce que usted ama por primera vez. ¿Qué ha ocurrido? La inquietud se apoderó de mí, y, si no temiese descubrir los secretos de mi corazón, habría ido a saber qué acontecimiento feliz o desgraciado le ocurrió. Pero ¿salir a aquellas horas a pie o en coche, no era perderse? He sentido la desgracia de ser mujer. Tranquilíceme, explíqueme por qué no vino después de lo que le dijo mi padre. Me enfadaré, pero le perdonaré. ¿Está usted enfermo? ¿Por qué vivir tan lejos de mí? Una palabra, por favor. Hasta muy pronto, ¿verdad? Si está ocupado, con cuatro letras me bastará. Dígame: "voy" o "sufro". Pero si usted se encontrase mal, mi padre hubiera venido a decírmelo. ¿Qué habrá ocurrido...?

—Sí, ¿qué habrá ocurrido? — exclamó Eugenio entrando precipitadamente en el comedor y guardando la carta sin acabar de leerla—. ¿Qué hora es?

—Las once y media — dijo Vautrín mientras tomaba el café.

El ex presidiario dirigió a Eugenio esa mirada fríamente fascinadora de que disponen algunos hombres eminentemente magnéticos, con la cual, según dicen, cálmase a los locos en los manicomios. Eugenio tembló de pies a cabeza. El ruido de un coche oyóse en la calle, y un criado con la librea del señor Taillefer entró precipitadamente, con aire azorado, exclamando:

—¡Señorita, su señor padre la llama: ocurre una gran desgracia. El señorito Federico se batió en duelo, recibió una estocada en la frente, y los médicos desesperan de salvarle. Ya no tiene conocimiento, y difícilmente llegará usted a tiempo para despedirse de él.

—¡Pobre joven! —exclamó Vautrín—. ¿Cómo hay quien se bate teniendo treinta mil francos de renta? No hay duda que la juventud es muy loca.

—¡Caballero! —le gritó Eugenio.

—¿Qué pasa, jovenzuelo? —dijo Vautrín acabando de beber maquinalmente

su café, operación que la señorita Michonneau seguía con mirada demasiado atenta para que le interesase el extraordinario acontecimiento que asombraba a todo el mundo—. ¿Acaso no hay duelos todas las mañanas en París?

—Victorina, yo la acompaño —decía la señora Couture.

Y aquellas dos mujeres huyeron sin chal ni sombrero. Antes de marcharse, Victorina, con los ojos arrasados en lágrimas, dirigió a Eugenio una mirada que significaba: "No creía que nuestra dicha hubiese de costarme tantas lágrimas".

—¡Caramba! ¿Es usted acaso, profeta, señor Vautrín? —preguntó la señora Vauquer.

—Yo lo soy todo — dijo Jacobo Collín.

—¡Es raro! —repuso la señora Vauquer desembuchando una sarta de frases insignificantes acerca de aquel acontecimiento—. La muerte nos sorprende sin consultarnos, y los jóvenes a veces se van antes que los viejos. Nosotras, las mujeres, tenemos la dicha de no estar expuestas al duelo; pero en cambio sufrimos otras cosas que los hombres no sufren. Tenemos hijos, y el mal de madre dura mucho tiempo. Esto es el premio gordo para Victorina, porque su padre no tendrá más remedio que adoptarla.

—Así es el mundo —dijo Vautrín mirando a Eugenio—. Ayer no tenía un centavo y hoy nada en millones.

—Vaya, señorito Eugenio, veo que usted tuvo buen ojo —exclamó la señora Vauquer.

Al oír esto, el padre Goriot miró al estudiante, y vió que éste tenía en la mano la carta de su hija y la arrugaba.

—¡Cómo!, ¿no ha acabado usted de leerla? ¿Qué significa eso? ¿Será usted también como los otros? —le preguntó el padre Goriot.

—Señora, yo nunca me casaré con la señorita Victorina —dijo Eugenio, dirigiéndose a la señora Vauquer con un tono de horror y de desprecio que sorprendió a los asistentes.

El padre Goriot hubiera querido besarle la mano, pero contentóse con estrechársela.

—¡Oh!, ¡oh! — exclamó Vautrín — *¡Col tempo!*, suelen decir los italianos.

—Espero contestación —dijo a Rastignac el recadero de la señora Nucingen.

—Dígale que iré.

El recadero se fué. Eugenio estaba en tal estado de irritación, que no le permitía ser prudente.

—¿Qué hacer? — decía en voz alta hablando consigo mismo—. No hay pruebas.

Vautrín se sonrió. En aquel momento la poción comenzaba a hacer sus efectos. Sin embargo, el presidiario era tan robusto, que se levantó, miró a Rastignac y con voz hueca le dijo:

—Joven, cuando menos uno se lo figura, se está labrando la felicidad.

Y cayó desplomado como un cuerpo muerto.

—¿Hay, pues, una justicia divina? — dijo Eugenio.

—¿Qué le pasa al pobre señor Vautrín?

—¡Una apoplejía! — gritó la señorita Michonneau.

—¡Silvia, hija mía, vaya a buscar al médico, corra! —dijo la viuda—. ¡Ah!, señor de Rastignac, suba a escape a la habitación del señor Bianchón, porque es fácil que Silvia no encuentre a nuestro médico, el señor Grimpel.

Rastignac, satisfecho de tener un pretexto de abandonar aquella caverna espantosa, se fué corriendo.

—Vamos, Cristóbal, corra a la farmacia a pedir algo contra la apoplejía.

Cristóbal salió.

—Pero, padre Goriot, ayúdenos a llevarle allá arriba —dijo la señora Vauquer agarrando a Vautrín y disponiéndose a llevarlo a su cama.

—Yo no les sirvo de nada, y, por consiguiente, me voy a ver a mi hija.

—Vete, viejo egoísta; ¡ojalá que te vea morir como un perro!

—Vaya usted a ver si tiene éter —dijo a la patrona la señorita Michonneau, la cual, ayudada por Poiret, le había desabrochado las ropas a Vautrín.

La señora Vauquer bajó a su habitación y dejó dueña del campo a la señorita Michonneau, la cual había recibido orden de que diese al presidiario una fuerte palmada en la espalda a fin de ver si en medio de la rubicundez que le produjese el golpe, aparecían dos letras, las cuales serían señal de que el tal señor Vautrín era el presidiario fugado.

—Vamos, sáquele usted la camisa y déle vuelta en seguida. Sírvame usted al menos para algo, y no se quede ahí como un tonto — dijo agriamente la Michonneau a Poiret.

Vuelto Vautrín, la señorita Michonneau le dió una palmada en la espalda, y las dos fatales letras aparecieron en blanco en medio del color rojo que había producido el golpe.

—Vamos, bien pronto ganó usted su gratificación de tres mil francos —exclamó Poiret manteniendo en pie a Vautrín, mientras la señorita Michonneau le bajaba la camisa—. ¡Uf!, ¡cómo pesa! —repuso acostándole.

—¡Cállese usted! ¿Y si tuviese una caja? —apresuróse a decir la solterona, cuyos ojos examinaron con tanta avidez todos los muebles del cuarto, que parecían atravesar los muros—. ¿Si pudiésemos abrir ese *secreter* con un pretexto cualquiera?

—¡Oh!, acaso haríamos mal —respondió Poiret.

—No, el dinero robado que ha pertenecido a mucha gente no es de nadie. Pero nos falta tiempo, ya oigo a la Vauquer.

—Aquí está el éter —dijo la patrona—. ¡Vaya por Dios!, hoy es día de aventuras. Pero este hombre no tiene aspecto de estar enfermo, porque está blanco como un pollo.

—¿Cómo un pollo? —repitió Poiret.

—Sí; y el corazón le late con regularidad.

—¿Con regularidad? — dijo Poiret asombrado.

—Sí, me parece que no está muy mal.

—¿Le parece? — preguntó Poiret.

—Hombre, ¿no ve que está como dormido? Silvia fué a buscar un médico. Mire, señorita Michonneau, mire cómo aspira el éter. ¡Bah!, es un *sepasa* (un espasmo). El pulso está bien. Es fuerte como un turco. ¿Ve usted, señorita, qué pecho más robusto? Este hombre vivirá cien años. Y la peluca veo que se le sostiene. ¡Toma!, como que está pegada. Lleva peluca postiza porque es rojo. Siempre oí decir que los rojos son todos buenos o malos. ¿Será éste bueno?

—Sí, para colgarlo de un árbol —dijo Poiret.

—Querrá usted decir del cuello de alguna mujer bonita —exclamó vivamente la señorita Michonneau—. Vaya, señor Poiret, rétirese, que el cuidar enfermos es cosa nuestra. Además, ¿de qué nos sirve usted aquí? Váyase a paseo, que ya la señora Vauquer y yo cuidaremos a Vautrín.

Poiret se fué muy despacio sin murmurar. Rastignac había salido para tomar aire, porque se ahogaba. Había querido impedir aquel crimen cometido a una hora dada. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué debía hacer? Temía ser cómplice de aquel asesinato, y la sangre fría de Vautrín le asustaba.

Sin embargo, si Vautrín muriese sin hablar... —decíase Rastignac al mismo tiempo que corría a través de los paseos del Luxemburgo, cual si fuese perseguido por una jauría de perros cuyos ladridos le parecía oír.

—¡Hola!, ¿leíste *El Piloto*? — le dijo Bianchón.

El Piloto era una hoja radical dirigida por el señor Tissot, que se tiraba para provincias algunas horas después de los periódicos de la mañana y que siempre anticipaba las noticias.

—Trae el relato de un hecho sensacional. El hijo de Taillefer se batió en duelo con el conde de Franchesini y recibió en la frente una herida de dos pulgadas de profundidad. Mira tú por dónde Victorina pasa a ser una de las más ricas herederas de París; ¿eh?, si hubiésemos sabido esto... ¡Qué gran lotería es la muerte! ¿Es verdad que Victorina te miraba a ti con buenos ojos?

—Calla, Bianchón; yo no me he de casar nunca con ella. Amo a una mujer deliciosa y soy amado.

—Dices eso como si te batieses en retirada para no ser infiel. Pero, dime, ¿qué mujer puede valer el sacrificio de la fortuna de la señorita Taillefer?

—Hombre, parece que hoy todos los demonios del infierno me persiguen —exclamó Rastignac.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Estás loco? — dijo Bianchón—. Dame la mano, que te tomaré el pulso. Tienes fiebre.

—Mira, ahora que me acuerdo, corre a la pensión, porque acaba de caer como muerto por un accidente ese bandido Vautrín —le dijo Eugenio.

—¡Hombre! Tus palabras me confirman ciertas sospechas que yo tenía — expresó Bianchón, dejando solo a Rastignac.

El largo paseo del estudiante de derecho fué solemne, y durante él tuvo en cierto modo una verdadera lucha con su conciencia. Se probó, se examinó, titubeó; pero al menos su probidad salió templada de aquella áspera y terrible discusión. Recordó las confidencias que le había hecho la víspera el padre Goriot, se trasladó con el pensamiento a la habitación tomada para él al lado de Delfina, sacó la carta de ésta, la volvió a leer y la besó con placer.

—Este amor es mi tabla de salvación —se dijo—. Ese pobre anciano sufrió mucho, y no quiere contar sus penas; pero ¿quién no las adivina? Sí, cuidaré de él como un padre y le procuraré mil goces. Si ella me ama, vendrá a menudo a mi casa a pasar los días a su lado. Esa gran condesa de Restaud es una infame que no tiene cariño a su padre. Mi querida Delfina es mejor para él y la considero digna de ser amada. ¡Ah!, esta noche al fin seré feliz —dijo sacando el reloj y admirándolo—. Todo me salió bien. Cuando dos se quieren de verdad y para siempre, les está permitido ayudarse. De modo que bien puedo yo recibir esto sin escrúpulo. Por otra parte, yo seguramente medraré y podré devolvérselo centuplicado. En esta unión no hay crimen ni nada que pueda hacer fruncir las cejas a la virtud más severa. Nosotros no engañamos a nadie, y lo que envilece al hombre es la mentira. ¿Mentir no es abdicar? Ella ya hace tiempo que está separada de su marido, y, por otra parte, yo le diré a ese alsaciano que me ceda a su mujer,

ya que él no puede hacerla feliz.
El combate de Rastignac duró mucho, y, aunque hubiesen salido vencedoras las virtudes de la juventud, una invencible curiosidad le llevó al obscurecer, a eso de las cuatro y media, a la pensión Vauquer, pensión que había jurado abandonar para siempre. Eugenio quería saber si había muerto Vautrín. Después de haberle administrado un vomitivo, Bianchón hizo llevar al hospital las materias vomitadas por Vautrín, a fin de analizarlas químicamente. Al ver la insistencia de la señorita Michonneau para arrojarlas al estercolero, las dudas del estudiante aumentaron. Por lo demás, Vautrín quedó pronto restablecido para que Bianchón no tuviese la seguridad de que algún complot se había tramado contra el alegre bromista de la posada. Cuando Rastignac volvió, Vautrín hallábase ya de pie al lado de la estufa del comedor. Atraídos antes que de costumbre por la noticia del duelo de Taillefer, los pensionistas, curiosos por conocer los detalles del hecho y la influencia que había de tener en el destino de Victorina, hallábanse reunidos todos, menos el padre Goriot, y comentaban la aventura. Cuando Eugenio entró, sus ojos se encontraron con los del imperturbable Vautrín, cuyas miradas penetraron de tal modo en su corazón, que le hicieron temblar.
—Hijo mío —le dijo el presidiario evadido—, la muerte tardará en vencerme. Según estas señoras, soporté victoriosamente una apoplejía que hubiera podido matar a un buey.
—Hombre, ¡ya podría usted decir a un toro! —exclamó la señora Vauquer.
—¿Le disgusta acaso encontrarme vivo? —preguntó Vautrín al oído a Rastignac, cuyos pensamientos creyó adivinar—. Ese proceder sería propio de un hombre muy ladino.
—¡Caramba! —dijo Bianchón—, la señorita Michonneau hablaba ayer de un señor llamado Burla-la-Muerte, y ese nombre le sentaría perfectamente a usted.
Esta palabra produjo el efecto de un mazazo en Vautrín, el cual palideció y vaciló, y su mirada magnética cayó como un rayo de sol sobre la señorita Michonneau, la que sintió que las piernas le flojeaban. La solterona sudaba la gota gorda, y Poiret apresuróse a interponerse entre Vautrín y ella al verla en peligro; tan ferozmente significativa habíase vuelto la cara del forzado, abandonando la benigna máscara con que ocultaba su verdadero modo de ser. Sin comprender aún nada de aquel drama, todos los pensionistas guardaron silencio. En este momento oyéronse pasos de varios hombres en la calle y el ruido de algunos fusiles contra la acera. En el instante en que Collín buscaba maquinalmente una salida, cuatro hombres se presentaron a la puerta del comedor. El primero era el jefe de policía, y los otros tres oficiales.
—¡En nombre de la ley y del rey! —dijo uno de los oficiales, cuyas palabras fueron ahogadas por un murmullo de asombro.
El silencio no tardó en reinar en el comedor y los pensionistas se separaron para dejar paso a los tres hombres, que llevaban la mano en el bolsillo del costado acariciando sendas pistolas cargadas. Dos gendarmes que seguían a los agentes ocuparon la puerta del salón, y otros dos la que daba a la escalera. El paso y los fusiles de varios soldados resonaron en el arroyo; así que toda esperanza de huída para Burla-la-Muerte, en quien se habían fijado todas las miradas, desapareció. El jefe de policía encaminóse hacia él, y comenzó a darle en la cabeza un cachete con tanta violencia, que hizo saltar la peluca de Collín y dejó al descubierto su horrible cabeza. Provisto de rojos y cortos cabellos que le daban un espantoso aspecto de fuerza y de astucia, aquella cabeza y aquella cara, que armonizaban con el busto, fueron iluminadas por los ojos como si los fuegos del infierno los hubiesen alumbrado. Entonces todo el mundo comprendió el pasado, el presente y el porvenir de Vautrín, sus doctrinas implacables, el imperio que le daba el cinismo de sus pensamientos y de sus actos, y la fuerza de una organización acostumbrada a todo. La sangre subiósele a la cabeza, sus ojos brillaron como los de un gato y dió un salto con tan feroz energía, que todos los pensionistas lanzaron un grito de terror. Al ver este gesto de león, los agentes sacaron las pistolas. Collín comprendió el peligro viendo brillar el caño de las armas y de pronto dió prueba de un gran fuerza de voluntad. ¡Horrible y majestuoso espectáculo! Su fisonomía ofreció un fenómeno que sólo puede compararse con el de la caldera llena de ese vapor humeante que levantaría montañas y que es disuelto en un instante por una gota de agua fría. La gota de agua que enfrió su rabia fué una reflexión rápida como el rayo. Collín sonrió, contempló su peluca y le dijo al jefe de policía:
—Ya no estás en tus buenos tiempos.
Y tendió las manos a los gendarmes llamándoles con un movimiento de cabeza.
—Señores gendarmes, pónganme las esposas o los grillos. Tomo a estos señores por testigos de que no opuse resistencia.
Un murmullo admirativo, arrancado por la rapidez con que la lava y el fuego salieron y entraron en aquel volcán humano, resonó en el comedor.
—Con esto no podrás hacer lo que pretendes, señor farsante —repuso el presidiario dirigiéndose al célebre jefe de policía.
—Vamos, que se desvista —dijo con desprecio el hombrecito de la calle de Santa Ana.
—¿Para qué? — preguntó Collín —. Hay damas, y yo no niego nada y me rindo —añadió Burla-la-Muerte haciendo una pausa y luego, mirando a la asamblea como un orador que va a decir cosas sorprendes:— Escriba usted, papá Lachapelle —repuso dirigiéndose a un anciano de cabellos blancos que se había sentado a un extremo de la mesa después de haber sacado pluma y papel—. Reconozco ser Jacobo Collín, apodado Burla-la-Muerte y condenado a veinte años de trabajos forzados. Acabo de probar que tengo merecido mi apodo. Si yo hubiese levantado únicamente la mano —dijo a sus compañeros de pensión—, estos tres espías me hubieran descuartizado en el propio hogar de mamá Vauquer.
—¡Dios mío! ¡Esto es para matar a cualquiera! —exclamó la señora Vauquer al oír estas palabras—. ¡Y yo que ayer estaba con él en el Teatro de la Alegría!
—Filosofía, mamá —repuso Collín—. ¿Acaso es una desgracia haber ido ayer a mi palco? ¿Creen ustedes ser mejores que nosotros? Nosotros tenemos menos crímenes en la conciencia que ustedes en el corazón, miembros podridos de una sociedad gangrenada; el mejor de ustedes no me gana a nobleza —añadió fijando sus ojos en Rastignac, al cual dirigió una graciosa sonrisa que contrastaba singularmente con la ruda expresión de su rostro—. En caso de aceptación, tengo entendido que el trato continúa, ángel mío, ¿me comprende?
Y se puso a tararear esta canción:

Me encanta mi querida
Con su gran sencillez.

El presidio con sus costumbres y lenguaje, con sus bruscas transiciones de lo horrible a lo cómico, su espantosa grandeza, su familiaridad y su bajeza, fué de pronto representado por aquel hombre que no fué ya un hombre, sino el tipo de toda una nación degenerada, de un pueblo salvaje y brutal. En un momento, Collín pasó a ser un poema infernal, donde se pintaron todos los sentimientos humanos menos el arrepentimiento. Su mirada era la del arcángel caído que quiere seguir en guerra. Rastignac bajó los ojos aceptando aquel parentesco criminal como una expiación de sus malos pensamientos.
—¿Quién me ha delatado? — preguntó Collín paseando su terrible mirada por la asamblea—. ¿Fuiste tu, vieja bruja? —dijo fijando sus ojos en la señorita Michonneau—. Sí, tú fuiste la que provocó mi accidente. Diciendo dos palabras, podría hacer que estuvieses muerta dentro de ocho días; pero te perdono porque soy cristiano. Además, tú no eres la que me has vendido. Pero, ¿quién? ¡Ah!, ¿estáis registrando el cuarto? —exclamó al oír que los oficiales de policía judicial abrían los armarios y apoderábanse de sus efectos—. Los pájaros volaron ayer y no sabréis nada. Mis libros de comercio están aquí —dijo golpeándose en la frente—. Ahora ya sé quién me ha vendido. Sólo pudo ser ese maldito *Hilo de Seda*, ¿verdad, padre apresador? —le dijo al jefe de policía—. La cosa concuerda demasiado con la permanencia de los billetes de banco allí arriba. Pero ya no hay nada, amigos míos. Respecto a *Hilo de Seda*, estará muerto antes de quince días, aunque toda la gendarmería lo custodie. ¿Qué le habéis dado a esa bruja? ¿Mil escudos? —preguntó a los agentes de policía—. Vieja cascada, Pompadour andrajosa, Venus de cementerio, yo te hubiera dado más, y si me hubieses advertido, ahora tendrías seis mil francos. ¡Ah!, no lo sospechaste siquiera, sino hubieras acudido a mí. Pero, sí, te los hubiera dado por evitar un viaje que me contraría y que me hace perder dinero —decía mientras le esposaban—. Esta gente se va a complacer en retenerme una infinidad de tiempo para aturdirme. Si al menos me enviasen pronto a presidio, no tardaría en reanudar mis ocupaciones, porque todos trabajarían para que su general Burla-la-Muerte se evadiese. ¿Hay alguno de vosotros que tenga como yo más de diez mil hermanos dispuestos a sacrificarse? — preguntó con orgullo —. ¿Sabéis de qué depende esto? De que aquí hay algo bueno — dijo golpeándose el corazón —. Yo no hice nunca traición a nadie. Mira, lechuza, mira — dijo, dirigiéndose a la solterona—, todos me miran con terror, mientras que tú les inspiras asco. Recoge el premio de tu acción. ¿Sois tontos vosotros? ¿No habéis visto nunca a un presidiario? — preguntó después de una pausa dirigiéndose a los pensionistas —. Un presidiario del temple de Collín es un hombre que vale más que los otros. Yo lucho solo contra el gobierno con sus tribunales, oficinas y gendarmes y me burlo de él.
—¡Diantre! — dijo el pintor —, qué buen cuadro podría sacarse ahora.
—Dime, menino del señor verdugo, gobernador de la VIUDA (nombre que los

presidiarios dan a la guillotina); sé buen muchacho — agregó dirigiéndose al jefe de policía —, dime si fué *Hilo de Seda* el que me vendió. Sentiría que pagase por otro, lo cual sería injusto.

En ese momento, los agentes, que todo lo habían inventariado y abierto en su cuarto, hablaron en voz baja al jefe de policía. El proceso verbal había concluído.

—Señores —dijo Collín dirigiéndose a sus compañeros de pensión —, van a llevarme; todos ustedes se portaron bien conmigo, y yo se lo agradezco y les digo adiós. Ya me permitirán que les mande higos de Provenza.

Dicho esto, dió algunos pasos y volvióse para mirar a Rastignac.

—Adiós, Eugenio — le dijo con voz amable y triste que contrastaba con el brusco tono de sus palabras —. Si necesitas ayuda, te dejo un amigo adicto.

A pesar de las esposas, Collín pudo ponerse en guardia, y gritando "¡uno!,¡dos!" tiróse a fondo.

—En caso de desgracia, dirígete allí. Hombre y dinero, puedes disponer de todo.

Aquel extraño personaje dijo estas últimas palabras con tono bastante burlón para que sólo pudiesen ser entendidas por Rastignac. Cuando los gendarmes y los agentes de policía abandonaron la casa, Silvia, que humedecía con vinagre las sienes de su ama, miró a los asombrados pensionistas y les dijo:

—De todos modos, el señor Vautrín era un buen hombre.

Esta frase rompió el encanto que les producía a todos la afluencia y diversidad de sentimientos nacidos a causa de aquella escena. En aquel momento los pensionistas, después de examinarse unos a otros, fijáronse en la señorita Michonneau, la cual, arrugada, seca y fría como una momia, estaba acurrucada junto a la estufa con los ojos bajos, como si temiese que la sombra de la pantalla de la lámpara no bastase para ocultar la expresión de sus miradas. Aquella figura, que desde hacía ya tiempo les era antipática, acabó por ser comprendida. Un murmullo que, por la perfecta unidad de su sonido, denotaba una repugnancia unánime, resonó sordamente. La señorita Michonneau lo oyó, y no se atrevió a moverse. Bianchón fué el primero que acercándose a su vecino, le dijo en voz alta:

—Si esa mujer sigue viviendo con nosotros, yo me largo al instante.

En un abrir y cerrar de ojos, todos los presentes, menos Poiret, aprobaron la proposición del estudiante de medicina, el cual, mediante la adhesión general, dirigióse a Poiret, diciéndole:

—Usted que está en buenas relaciones con ella, háblele y hágale comprender que debe irse al instante.

—¡Al instante! — repitió Poiret asombrado.

Después dirigióse a la solterona y le dijo algunas palabras al oído.

—Yo pagué el mes y estoy aquí por mi dinero, como todo el mundo — dijo la Michonneau dirigiendo una mirada de víbora a sus compañeros de pensión.

—Que no quede por eso — dijo Rastignac —. Nosotros le satisfaremos el importe.

—Sí, el señor apoya a Collín y se comprende — respondió dirigiendo una furiosa e interrogadora mirada al estudiante.

Al oír estas palabras, Eugenio dió un paso para precipitarse sobre la solterona y estrangularla. Aquella mirada, cuya perfidia comprendió, acababa de iluminarle el espíritu.

—Déjela usted, hombre — gritaron los pensionistas.

Rastignac cruzóse de brazos y permaneció mudo.

Acabemos de una vez con la señorita Judas — dijo el pintor dirigiéndose a la señora Vauquer—. Señora, si usted no pone a la puerta a la señorita Michonneau, todos dejamos su barraca y diremos en todas partes que sólo da albergue a delatores y a bandidos. En el caso contrario, todos guardaremos silencio acerca de este acontecimiento, que, después de todo, podría pasar en cualquier parte, mientras no se marque en la frente a los presidiarios y no se les prohiba disfrazarse de personas decentes.

Al oír estas palabras, la señora Vauquer recobró milagrosamente la salud, levantóse, se cruzó de brazos y abrió los ojos, sin señales de lágrimas.

—Pero, señores, ¿ustedes quieren arruinarme? ¡Oh! Dios mío, ya se fué el señor Vautrín, al que no puedo menos de llamar por su nombre de hombre honrado. Con su marcha me queda una habitación vacía, ¿y quieren que me queden dos más en una época en que todo el mundo tiene casa?

—Señores, tomemos los sombreros y vayamos a comer a la plaza de Sorbona, a casa de Flicoteaux — dijo Bianchón.

La señora Vauquer calculó de un vistazo cuál sería el partido más ventajoso, y acercándose a la señorita Michonneau, le dijo:

—Vamos, hermosa mía, ¿desea usted la muerte de mi establecimiento? Ya ve a qué extremo me reducen estos señores. Vaya a su cuarto por esta noche.

—No, no —gritaron los pensionistas—, queremos que se marche al instante.

—Pero si no ha comido aún la pobre— dijo Poiret con lastimero tono.

—¡Que se vaya a comer adonde quiera! —gritaron varias voces.

—¡A la puerta con la espía!

—¡A la puerta los espías!

—Señores — exclamó Poiret —, respeten ustedes a una persona del sexo...

—Los espías no tienen sexo — dijo el pintor.

—¡Vaya un *sexorama!*

—¡A la *puertorama* con ella!

—¡Señores, esto es indecoroso! Cuando se despide a una persona se deben guardar las formas. Nosotros hemos pagado y nos quedamos — dijo Poiret poniéndose la gorra y sentándose en una silla al lado de la señorita Michonneau, que escuchaba los ruegos de la patrona.

—¡Pillín! — le dijo el pintor con aire cómico —. ¡Más que pillín!

—Bueno, si ustedes no se van, nos iremos nosotros — dijo Bianchón.

Y todos los pensionistas hicieron un movimiento hacia el salón.

—Señorita, ¿quiere usted arruinarme? —dijo la señora Vauquer—. Si se queda, harán alguna violencia con usted.

La señorita Michonneau se levantó.

—¡Se irá!

—¡No se irá!

—¡Se irá!

—¡No se irá!

Estas palabras, pronunciadas alternativamente, y la hostilidad de los dichos que empezaban a oírse acerca de la señorita Michonneau, la obligaron a marcharse, después de algunas estipulaciones hechas en voz baja con la patrona.

—Me voy a casa de la señora Buneaud — dijo con aire amenazador.

—Váyase adonde le plazca, señorita — expresó la señora Vauquer, que vió una cruel injuria en la elección de una posada que competía con la suya y que, por lo tanto, le era odiosa—. Váyase a casa de la Buneaud, que allí tendrá un vino capaz de hacer reventar a cualquiera y platos comprados a los revendedores.

Los pensionistas se pusieron en dos filas guardando el mayor silencio. Poiret miró con tanta ternura a la señorita Michonneau y mostróse tan indeciso por si seguirla o quedarse, que los pensionistas, satisfechos con la marcha de la señorita Michonneau, se miraron riéndose.

—Je, je, je.

—Poiret —le gritó el pintor—, vamos, hombre, ¡ánimo!

El empleado del Museo púsose a cantar cómicamente una conocida canción.

A la Habana me voy
Te lo vengo a decir..

—Vamos, que se muere usted de gana, *trahit sua quemque voluptas* — dijo Bianchón.

—Cada cual sigue a la suya, traducción libre de Virgilio — dijo uno de los concurrentes.

La señorita Michonneau hizo ademán de tomar el brazo de Poiret mirándole, y éste, no pudiendo resistir a esta llamada, fué a unirse a la solterona. Este hecho provocó una explosión de risas y de aplausos.

—¡Bien, por Poiret!

—¡Bravo, Poiret!

—¡Apolo Poiret!

—¡Marte Poiret!

—¡Valeroso Poiret!

En ese momento entró un recadero y entregó una carta a la señora Vauquer, la cual dejóse caer sobre una silla después de haberla leído, diciendo:

—Parece que el fuego de Dios quiere destruir mi casa. El hijo de Taillefer murió a las tres, y ahora sufro el castigo por haber deseado el bien a esas señoras en detrimento de aquel joven. La señora Couture y Victorina me piden su ropa y se marchan a vivir a casa de su padre. El señor Taillefer permite a su hija que conserve a su lado a la señora Couture como dama de compañía. Cuatro habitaciones vacías y cinco huéspedes menos. La desgracia se metió en mi casa — añadió sentándose y amenazando llorar.

El ruido de un coche que se detenía a la puerta resonó de pronto en la calle.

—¿Alguna noticia nueva aun? — dijo Silvia.

Goriot presentóse de pronto con una cara tan radiante de alegría, que hubiera hecho creer a cualquiera en la regeneración.

—¡Goriot en coche! —dijeron los pensionistas—. ¡Esto es el fin del mundo!

El buen hombre encaminóse directamente hacia Eugenio, que permanecía pensativo en un rincón, y tomándole de un brazo vigorosamente, le dijo:

—Venga.

—¿No sabe usted lo que pasa? — le preguntó Eugenio—. Vautrín era un presidiario escapado y la policía acaba de detenerle, y el hijo de Taillefer ha muerto.

—¿Y qué nos importa todo eso? — respondió el padre Goriot.—. Hoy como con mi hija en la habitación de usted. Ella nos espera allí, vamos.

Y tan violentamente tiró a Rastignac del brazo, que le hizo andar a la fuerza y pareció secuestrarlo.

—¡Comamos! — gritó el pintor.

Todo el mundo tomó su silla y sentóse

a la mesa, cuando la gruesa Silvia dijo de pronto:

—Hombre, todo es desgracia, hoy se me quemaron las judías; pero, en fin, tendrán que comerlas así.

La señora Vauquer no tuvo valor para pronunciar ni una sola palabra al ver únicamente a su mesa diez personas en lugar de las dieciocho de costumbre; pero todo el mundo procuró consolarla y alegrarla. Si al principio hablaron de Vautrín y de los acontecimientos del día, luego no tardaron en obedecer a la marcha serpentina de su conversación y se pusieron a charlar de duelos, de presidio, de la justicia, de las leyes y de las cárceles, tanto, que al terminar estaban ya a mil leguas de Jacobo Collin, de Victorina y de su hermano. Aunque sólo eran diez, gritaron más que veinte y parecían ser más numerosos que de ordinario: ésta fué la única diferencia que hubo entre esta comida y la de la víspera.

La indiferencia habitual de este mundo egoísta que al día siguiente debía tener en los acontecimientos cotidianos de París alguna otra víctima que devorar, imperó, y hasta la misma señora Vauquer se dejó calmar por las frases de esperanza que la gruesa Silvia le dirigió.

Aquel día debía de ser hasta la noche una fantasmagoría para Eugenio, el cual, a pesar de la fuerza de su carácter y de la firmeza de su razón, no sabía cómo clasificar sus ideas cuando se halló en el coche, al lado del padre Goriot, cuyas palabras denotaban una inusitada alegría y resonaban en su oído, después de tantas emociones, como las palabras que oímos en sueños.

—Esta mañana se acabó todo. Cenaremos los tres juntos, ¡juntos! ¿Comprende usted? Hace ya cuatro años que no he comido con mi pequeña Delfina, que va a ser mía toda la noche. Estamos en su habitación desde esta mañana. Trabajé como un obrero, en mangas de camisa, y ayudé a llevar los muebles. ¡Ah!, usted no sabe lo cariñosa que ella es en la mesa. Se ocupará de mí, diciéndome: "Papá, coma usted esto, que está bueno". Y entonces yo ya no podré comer. ¡Oh!, cuánto tiempo hacía que no estaba tranquilo con ella como voy a estarlo esta noche.

—Pero, ¿se ha trastornado hoy el mundo? — preguntó Eugenio.

—¿Trastornado? — dijo el padre Goriot—. En ninguna época estuvo tan bien el mundo. Yo no veo más que caras alegres en las calles, gentes sonrientes que se dan apretones de manos y que se abrazan y personas felices como si fuesen a comer a casa de sus hijos una buena comida que ella misma encargó delante de mí al dueño del Café de los Ingleses. Pero, ¡bah!, al lado de ella el acíbar me sabría tan dulce como la miel.

—Creo volver a la vida — dijo Eugenio.

—Pero ¡apure usted, cochero! — gritó el padre Goriot abriendo la ventanilla delantera—. Vaya más aprisa, y si me lleva en diez minutos donde usted sabe, le daré cinco francos de propina.

Al oír esta promesa, el cochero atravesó París con la rapidez del rayo.

—¡Qué poco apura este cochero! — decía Goriot.

—Pero, ¿adónde me lleva usted? — le preguntó Rastignac.

—A su casa.

El coche detúvose en la calle de Artois. El buen hombre bajó primero y le dió diez francos al cochero con la prodigalidad de un hombre viudo que, en el paroxismo de su placer, no tiene en cuenta nada.

—Ya podemos subir — dijo a Rastignac haciéndole cruzar un patio y conduciéndole a la puerta de una habitación situada en el tercer piso, en la parte trasera de una casa nueva de hermosa apariencia.

El padre Goriot no necesitó llamar. Teresa, la camarera de la señora Nucingen, les abrió la puerta. Eugenio encontróse en una deliciosa vivienda de soltero compuesta de una antesala, un saloncito, un dormitorio y un gabinete con vistas al jardín. En el saloncito, cuyo mobiliario y adornos podía sostener la comparación con lo más bonito y elegante que se conocía, vió a la luz de las bujías a Delfina, que se levantó en un sofá colocado al lado del fuego, dejó su abanico sobre la chimenea y le dijo con voz cariñosa:

—¿Conque ha sido necesario ir a buscarle?

Teresa salió. El estudiante tomó a Delfina en sus brazos, la estrechó fuertemente contra su corazón y lloró de alegría. Este último contraste entre lo que veía y lo que acababa de ver el mismo día en que tantas emociones habían fatigado su corazón y su cabeza, determinó en Rastignac un acceso de sensibilidad nerviosa.

—Ya sabía yo que te quería —dijo el padre Goriot en voz baja a su hija, mientras que Eugenio, abatido, yacía en el sofá sin poder pronunciar palabra y sin darse cuenta siquiera de las sensaciones que sufría.

—Pero, venga y verá — le dijo la señora de Nucingen tomándole por la mano y llevándole a un cuarto cuyas alfombras, muebles y menores detalles le recordaban, en pequeño, el mobiliario de Delfina.

—Aquí falta una cama — dijo Rastignac.

—Sí, señor — asintió ella ruborizándose y estrechándole la mano.

Eugenio la miró y, aunque joven, comprendió todo el pudor verdadero que encerraba el corazón de una mujer amante.

—Usted es una de esas criaturas a quienes se debe adorar siempre — le dijo Delfina al oído—. Sí, puesto que nos comprendemos tan bien, me atrevo a decírselo: cuanto más vivo y sincero es el amor, más misterioso y velado debe ser. No descubramos nuestro secreto a nadie.

—¡Oh!, yo prometo no ser alguien — dijo el padre Goriot gruñendo.

—Usted ya sabe que es *nosotros*.

—¡Ah!, eso es lo que yo quería. No haréis caso de mí, ¿verdad? Yo iré y vendré como un espíritu que está en todas partes y que se sabe que está presente sin verle. Bien, Delfina, bien. ¿No tuve razón en decirte: "Hay una habitación muy bonita en la calle de Artois, alquilémosla?" Tú no querías. ¡Ah!, yo soy el autor de tus goces, como soy el autor de tus días. Los padres tienen que dar siempre para ser felices. El dar siempre es lo que constituye a un padre.

—¡Cómo! — dijo Eugenio.

—Sí, ella no quería; temió que dijesen tonterías, como si el mundo valiese lo que vale la dicha. Pero todas las mujeres sueñan con hacer lo que hace ella.

El padre Goriot hablaba solo ya, porque la señora Nucingen había llevado a Rastignac al gabinete, donde se oyó un ligero huido de un beso. Este gabinete estaba en armonía con la elegancia de todo el piso, en el cual nada faltaba.

—¿Se han adivinado bien sus deseos, caballerito? — preguntó Delfina volviendo al salón para sentarse a la mesa.

—¡Ay de mí! Sí, demasiado bien. Este lujo tan completo, estos hermosos sueños realizados y todas las poesías de una vida de hombre joven y elegante, las siento demasiado bien para merecerlas; pero no puedo aceptarlas de usted, y aun soy demasiado pobre para...

—¡Ah! ¡Oh! ¿Se resiste usted ya? — exclamó Delfina con cierta autoridad burlona, haciendo una mueca de esas que hacen las mujeres cuando quieren burlarse de algún escrúpulo para disiparlo mejor.

Eugenio se había consultado demasiado solemnemente aquel día, y acababa de corroborar sus nobles sentimientos la prisión de Vautrín, demostrándole la profundidad del abismo en que había estado a punto de caer, para que cediese a aquella cariñosa refutación de sus generosas ideas. Una tristeza profunda se apoderó de él.

—¡Cómo! — dijo la señora de Nucingen — ¿Se negaría usted a aceptar ¿Sabe lo que significa semejante negativa? Usted duda del porvenir y no se atreve a unirse a mí. Teme acaso hacer traición a mi cariño? Si me ama usted, si yo le amo, ¿por qué duda ante tan poca cosa? Si conociese usted el placer que he experimentado en ocuparme de este hogar de soltero, no titubearía y me pediría perdón. Tenía en mi poder dinero suyo y lo he empleado bien, eso es todo. Cree usted ser grande y es pequeño. Además, pide usted cosas de más importancia — añadió el ver una apasionada mirada de Eugenio—, y en cambio hace mil remilgos para recibir cosas que nada valen. Si usted no me quiere, entonces, sí, no acepte. Mi suerte está en una palabra. Hable usted. Pero, padre, dígale algo — añadió volviéndose hacia su padre después de una pausa—. ¿Cree acaso que no estoy tan celosa de su amor como él mismo?

Escuchando esta bonita disputa, el padre Goriot sonreía como un ingenuo.

—Niño, usted está a la entrada de la vida— repuso Delfina tomándole una mano a Eugenio—. Encuentra usted una barrera insuperable para muchas gentes, una mano de mujer se la abre, ¿y usted? ¡Oh!, drará, el éxito está escrito en su frente y hará una gran fortuna. ¿Y no podrá entonces devolverme lo que hoy le presto yo? ¿Las damas no daban antaño a sus caballeros armaduras, espadas, cascos, cotas de malla y caballos para que pudieran ir a combatir en su nombre en los torneos? Pues bien, Eugenio, las cosas que yo le ofrezco son las armas de la época, útiles necesarios para el que quiere ser algo. Bonito es el granero que usted habita, que se parece al cuarto de papá. Vamos, ¿no comemos? ¿Quiere entristecerme? Responda — agregó sacudiéndole el brazo—. Dios mío, papá, decídale usted, o me voy y no vuelvo nunca más.

—Yo no voy a decirle — dijo el padre Goriot saliendo de su éxtasis—. Señorito Eugenio, usted iba a pedir dinero prestado a unos judíos, ¿verdad?

—¿Qué remedio me queda? — contestó el joven.

—Bueno, pues ya le he pescado a usted — repuso el buen hombre sacando del bolsillo una vieja cartera de cuero—. Yo me hice judío y pagué todas las facturas. Aquí lo tiene usted. No debe un centavo de todo lo que hay aquí, lo cual no es gran cosa, pues asciende a lo sumo a cinco mil francos. Yo se lo presto, y a mí supongo que no me lo rechazará, porque no soy mujer. Me extenderá un recibo, y ya me devolverá la suma cuando pueda.

Algunas lágrimas brotaron a la vez de

los ojos de Eugenio y de Delfina, los cuales se miraron sorprendidos. Rastignac tendió la mano al buen hombre y se la estrechó.

—¿No sois vosotros mis hijos? — dijo Goriot.

—Pero, papá — repuso la señora de Nucingen —, ¿cómo se arregló usted?

—¡Ah!, ya verás — respondió el anciano —. Cuando te decidí a traerle a tu lado y te vi comprando cosas como una recién casada, me dije: "Se va a encontrar apurada". El procurador afirma que el pleito con tu esposo para que te devuelva tu fortuna durará lo menos seis meses. Así que vendí mis mil trescientos cincuenta francos de renta perpetua, conseguí quince mil francos, tomé mil doscientos francos de renta vitalicia y pagué vuestras compras con el resto del capital, hijos míos. Yo tengo arriba un cuarto que me cuesta cincuenta escudos al año, y con dos francos diarios tendré bastante y aun me sobrará. Yo no gasto apenas nada ni necesito casi ropa. Hace ya quince días que me decía para mis adentros: "Ahora vais a ser felices". ¿Verdad que lo sois?

—¡Oh! papá, papá — exclamó la señora de Nucingen abrazándose al cuello de su padre, cubriéndole de besos, acariciando sus mejillas con sus rubios cabellos y bañando de lágrimas aquel rostro viejo radiante de alegría —. Padre querido, usted es un padre y no hay otro igual en la tierra. Eugenio le quería a usted ya; ¿qué será ahora?

—Pero hijos míos — decía Goriot, que hacía diez años que no había sentido latir junto al suyo el corazón de su hija—; pero, Delfinita, ¿quieres matarme de alegría? Mi pobre corazón estalla. Vaya, señorito Eugenio, ya estamos en paz — agregó el anciano estrechando a su hija con delirio.

—¡Ay!, ¡me hace daño! — dijo Delfina.

—¿Te hago daño — dijo Goriot palideciendo.

Para describir la expresión que puso aquel Cristo de la paternidad sería preciso hacer comparaciones con las imágenes que los príncipes de la paleta han inventado para describir la pasión sufrida, en beneficio de los mundos, por el Salvador de los hombres. El padre Goriot besó cariñosamente la cintura que había sido oprimida por sus dedos, diciendo:

—No, no, yo no te hago daño; eres tú la que me disgustas con tus gritos. Todo esto cuesta más caro — dijo al oído a su hija besándola con precaución —; pero hay que engañarle para que no se enoje.

Eugenio estaba petrificado ante la inagotable abnegación de aquel hombre, y lo contemplaba expresando esa sencilla admiración que es la fe de la juventud.

—Seré digno de todo esto — exclamó Rastignac.

—¡Oh!, Eugenio mío, ¡qué hermoso es lo que acaba usted de decir! — profirió Delfina besando en la frente al estudiante.

—Por ti ha despreciado a la señorita Taillefer y sus millones — dijo a su hija el padre Goriot —. Sí, aquella pequeña le quería a usted, y una vez muerto su hermano será rica como Creso.

—¡Oh!, ¿por qué lo dice usted? — exclamó Rastignac.

—Eugenio — le dijo Delfina al oído —, esa noticia me causa pena, y contribuirá a que le quiera toda mi vida.

—He aquí el día más feliz que pasé desde que os habéis casado — exclamó el padre Goriot —. El buen Dios puede hacerme sufrir cuanto quiera, porque con tal que no sea por vosotros, me diré siempre: "En febrero de este año fui por un momento más feliz que cualquier hombre durante su vida entera". Fifina, mírame — dijo a su hija —. Es muy linda, ¿verdad? Dígame, ¿ha visto usted nunca mujeres que tengan colores tan hermosos y tan bonitos hoyuelos? No, ¿verdad? Pues bien, yo soy el autor de esta encantadora mujer. Y en lo sucesivo, si usted la hace feliz, se pondrá mil veces más hermosa. Vecino, si necesita usted mi parte de cielo, ya se la doy: yo me iré al infierno. Comamos, comamos, porque no sé lo que me digo.

—¡Pobre padre!

—¡Hija mía! — dijo Goriot levantándose; aproximóse a su hija, le asió la cabeza, besó sus cabellos y siguió diciendo —: ¡Si supieras con cuán poco me puedes hacer feliz! Ven a verme alguna vez, yo estaré allí arriba y no tendrás más que dar un paso. ¿Me lo prometes?

—Sí, papá querido.

—¿De veras?

—Sí, papaíto.

—Bien, bien, me agrada tanto escucharte, que te lo haría repetir mil veces. Comamos, ahora.

La velada entera fué empleada en estas puerilidades, y el padre Goriot no se mostró el menos loco de los tres: acostábase a los pies de su hija para besárselos, se miraba en sus ojos, rozaba la cabeza contra su bata, hacía, en fin, locuras como pudiera hacerlas el más joven y tierno amante.

—¿Ve usted? — dijo Delfina a Eugenio —. Cuando mi padre está con una de nosotras, hay que ser toda de él, lo cual no deja de ser a veces molesto.

Eugenio, que ya había sentido varias veces el impulso de los celos, no podía vituperar estas palabras, que encerraban el principio de todas las ingratitudes.

—¿Y cuándo estará acabada de arreglar la habitación? — preguntó Eugenio mirando en torno suyo —. ¿Tendremos que separarnos esta noche?

—Sí, pero mañana usted vendrá a comer conmigo — le dijo ella con aire malicioso —. Mañana es día de Italianos.

—Yo iré al paraíso — dijo el padre Goriot.

Eran las doce de la noche, y el coche de la señora de Nucingen esperaba abajo. El padre Goriot y el estudiante volviéronse a la casa Vauquer hablando de Delfina con un entusiasmo creciente, que produjo un curioso combate de expresiones entre aquellas dos violentas pasiones. Eugenio no podía menos de ver que el amor del padre eclipsaba al suyo por su persistencia y por su extensión. El ídolo era siempre puro y hermoso para el padre, y su adoración extendíase al pasado y al porvenir. Al llegar a la pensión, encontraron a la señora Vauquer en el rincón de la estufa, entre Silvia y Cristóbal. La posadera estaba allí como Mario sobre las ruinas de Cartago, y esperaba a los dos únicos huéspedes que le quedaban, desahogando su pena con la cocinera. Aunque lord Byron haya atribuído hermosos lamentos a Tasso, éstos están muy lejos de igualar a los de la señora Vauquer.

—Silvia, mañana por la mañana no habrá que hacer más que tres tazas de café. ¿No es para morirse al ver mi casa desierta? ¿Qué es la vida sin mis pensionistas?, nada. He aquí mi casa desprovista de sus hombres, que eran su vida. ¿Qué delito cometí para merecer estos desastres? Habíamos hecho provisión de judías y de patatas para veinte personas. ¡La policía en mi casa! Tendremos que comer patatas solas, y habrá que despedir a Cristóbal.

El saboyano, que dormía, despertóse de pronto y dijo:

—¿Señora?

—¡Pobre muchacho! Es fiel como un perro — exclamó Silvia.

—En un momento tan malo, porque todo el mundo tiene casa, ¿de dónde van a venir los pensionistas? Yo me volveré loca. Y esa bruja Michonneau que se me lleva a Poiret. ¿Qué le dará para que ese hombre le sea tan adicto y la siga como un perrito faldero?

—¡Ah!, ¡diantre! — dijo Silvia moviendo la cabeza —, ¡esas solteronas tienen unas artes!

—Y ese pobre señor Vautrin, que dicen que es presidiario. Vamos, Silvia, yo no puedo creerlo. ¡Un hombre tan alegre, que gastaba y pagaba como un príncipe!

—Y que era generoso — agregó Cristóbal.

—Debe haber algún error — aventuró Silvia.

—Pero, no, él mismo lo ha confesado — repuso la señora Vauquer —. ¡Y decir que todas esas cosas pasaron en mi casa, en un barrio donde no transita un alma! A fe que me parece estar soñando, porque, mira, hemos visto morir a Luis XVI, hemos visto caer al Emperador; lo vimos volver a caer otra vez, todo lo cual estaba dentro de lo posible, mientras que no hay medio de destruir las posadas, porque se puede pasar sin el rey, pero nadie pasa sin comer. Y cuando una mujer honrada que se apellida Conflans da de comer conveniente, a menos que se acabe el mundo... ¡Pero si esto es el fin del mundo!

—Y pensar que la señorita Michonneau, que le causó todo este daño, va a recibir, según dicen, mil escudos de renta — exclamó Silvia.

—No me hables de esa infame — repuso la señora Vauquer —. Y por si esto no fuese bastante, aun se va a casa de la Buneaud. La creo capaz de todo, y en sus buenos tiempos creo que habrá hecho horrores: matar, robar. ¡Oh!, debía de estar en presidio reemplazando a ese pobre hombre.

En ese momento llamaron el padre Goriot y Eugenio.

—¡Ah!, ahí están mis dos fieles — dijo la viuda suspirando.

Los dos fieles, que sólo tenían un ligero recuerdo de los desastres de la posada, anunciaron sin ceremonia a su patrona que se iban a vivir a la Calzada de Antín.

—¡Ah!, Silvia — dijo la viuda —, ¡esto es lo único que me faltaba! Señores, me acaban de dar un golpe de muerte. Me parece tener en el estómago una barra de hierro. ¡Oh!, este día me hará envejecer diez años. ¡Palabra de honor que me volveré loca! ¿Qué hacer de las judías? ¡Ah! Cristobal, si me quedo sola te irás mañana.

—Pero, ¿qué tiene? — preguntó Eugenio a Silvia.

—¡Diantre, que todo el mundo se fué, debido a lo que pasó, y esto le ha trastornado la cabeza! Vamos, ya la oigo que llora. Más vale que se desahogue. Esta es la primera vez que la veo derramar lágrimas desde que estoy a su servicio.

Al día siguiente la señora Vauquer habíase tranquilizado, y si parecía afligida como mujer que había perdido todos sus pensionistas y cuya vida estaba trastornada, gozaba de toda su razón y demostró lo que era el dolor verdadero, el dolor profundo, el dolor causado por los intereses heridos y las costumbres destruídas.

La mirada que un amante echa a los lugares habitados por su amada al abandonarlos, no es ciertamente más triste que la que la señora Vauquer dirigió a la mesa vacía. Eugenio consolóla diciéndole que Bianchón, cuyo internado acababa pocos días después, iría sin duda a reemplazarle; que el empleado del Museo había manifestado muchas veces deseos de tener la habitación de la señora Couture y que en pocos días habría sustituído el personal.

—¡Dios le oiga, señorito! Pero lo dudo, porque la desgracia se metió aquí. Ya verá usted como antes de diez días nos visitará la muerte — dijo dirigiendo una lúgubre mirada al comedor—. ¿A quién vendrá a buscar?

—Entonces vale más largarse —susurró en voz baja Eugenio al padre Goriot.

—Señora — dijo Silvia asustada—, ya hace tres días que no he visto a Mistigris.

—¡Ah! ¡Dios mío! Si mi gato ha muerto, si nos ha abandonado, yo...

La pobre viuda no pudo acabar la frase, juntó las manos y dejóse caer en su sofá, anonadada por este terrible pronóstico.

A eso de las doce, hora en que los carteros llegaban al barrio del Panteón, Eugenio recibió una carta, cuyo elegante sobre ostentaba las armas de Beauseant. Aquella carta contenía una invitación dirigida a los señores de Nucingen para el gran baile anunciado hacía un mes, que debía celebrarse en casa de la vizcondesa. A esta invitación iban unidas cuatro letras para Eugenio:

Caballero: He pensado que usted tendría un placer en ser el intérprete de mis sentimientos para con la señora de Nucingen; le envío la invitación que me ha pedido, y tendré mucho gusto en conocer a la hermana de la condesa de Restaud. Tráigame a esa bonita persona, y haga de modo que no le conquiste todo su afecto, toda vez que usted me debe alguno en cambio del que yo le profeso.

VIZCONDESA DE BEAUSEANT.

—Pero la señora de Beauseant me dice claramente que no quiere ver al barón de Nucingen — se dijo Eugenio volviendo a leer la carta.

Y marchó inmediatamente a casa de Delfina, muy satisfecho de poder procurarle un goce cuyo premio sin duda iba a recibir. La señora de Nucingen estaba en el baño, y Rastignac la esperó en el gabinete con esa impaciencia propia de un joven ardiente. Esta clase de emociones no se repiten dos veces en la vida de los jóvenes.

—La señora está en su cuarto — fué a decirle Teresa, haciéndole estremecerse.

Eugenio encontró a Delfina tendida sobre el sofá en el rincón del fuego, fresca como una rosa.

—¿Conque ya estamos aquí? —dijo ella con emoción.

—¿A que no sabe lo que le traigo? — le preguntó Eugenio sentándose a su lado y tomándole el brazo para besarle la mano.

La señora de Nucingen dió muestras de contento leyendo la invitación, fijó sus ojos en Eugenio y se abrazó a su cuello llevada de un delirio de vanidosa satisfacción.

—Y ¿es a usted (a ti —le dijo al oído—; pero Teresa está en mi tocador y hemos de ser predentes), es a usted a quien yo debo esta dicha? Sí, me atrevo a llamar a esto dicha. Obtenida por usted, ¿no es algo más que un triunfo de amor propio? Nadie quiso presentarme en ese mundo. En este momento tal vez me encuentre usted ligera, pequeña y frívola como una parisiense; pero piense, amigo mío, que estoy dispuesta a sacrificárselo todo, y que si deseo más ardientemente que nunca frecuentar el arrabal Saint-Germain, es porque usted, amigo mío, lo frecuenta.

—¿No opina que la vizcondesa de Beauseant parece decir que no cuenta ver al barón de Nucingen en su baile? —inquirió Eugenio.

—Es claro —dijo la baronesa devolviendo la carta a Eugenio—. Esas mujeres tienen el genio de la impertinencia; pero no importa, iré. Mi hermana tiene que ir también y sé que prepara un traje delicioso. Eugenio —le dijo en voz baja—, Anastasia va para disipar espantosas sospechas. ¿No sabe usted los rumores que corren? Esta mañana Nucingen vino a decirme que ayer se hablaba mucho de ella en el círculo, con gran descaro. ¡Oh!, Dios mío, ¡de qué poco depende el honor de las mujeres y de las familias! Me sentí atacada y herida en mi pobre hermana. Según ciertas personas, el señor de Trailles ha firmado letras por valor de cien mil francos, y como han vencido, iba a ser perseguido. En esta situación se dice que mi hermana vendió sus diamantes a un judío; aquellos hermosos diamantes que le vió usted y que provienen de la madre de Restaud. En fin, hace dos días que no se habla más que de esto, y concibo que Anastasia desee atraerse todas las miradas en casa de la vizcondesa de Beauseant presentándose con todos los diamantes. Pero yo no quiero quedar por debajo de ella, pues siempre ha querido rebajarme y nunca fué buena para mí, a pesar de que le hice muchos favores y de que siempre le daba dinero cuando ella no lo tenía. Pero dejemos el mundo. Hoy quiero ser completamente feliz, sobre todo estando tú a mi lado — agregó en voz baja.

A la una de la mañana Rastignac estaba aún en casa de la señora de Nucingen, la cual, al darle el adiós de los amantes, le dijo con melancólica expresión:

—Soy tan miedosa, tan supersticiosa (dé usted el nombre que quiera a mis presentimientos), que temo pagar mi dicha con alguna espantosa catástrofe.

—¡Niña! — le dijo Eugenio.

—¡Ah!, ¿me toca a mí esta noche ser la niña? —dijo Delfina riéndose.

Rastignac volvióse a la casa Vauquer con la seguridad de abandonarla al día siguiente, y por el camino se entregó a esos sueños que tienen todos los jóvenes cuando sienten aún en los labios el gusto de la dicha.

—¿Qué hay? ¿Qué tal? —preguntó el padre Goriot cuando Rastignac pasó por delante de su cuarto.

—Mañana se lo diré a usted todo — respondió Eugenio.

—Todo, ¿verdad? — gritó el buen hombre—. Acuéstese usted, que mañana daremos principio a nuestra vida feliz.

Al día siguiente, Goriot y Rastignac sólo esperaban al mozo de cuerda para abandonar la pensión, cuando, a eso de las doce, el ruido de un coche que se detenía precisamente a la puerta de la casa Vauquer, resonó en la calle. La señora de Nucingen bajó de su coche, preguntó si su padre estaba aún en la casa, y al oír la respuesta afirmativa de Silvia subió apresuradamente las escaleras. Eugenio hallábase en su habitación sin que su vecino lo supiese, porque, mientras almorzaban, había rogado al padre Goriot que se llevase sus efectos, diciéndole que se encontrarían a las cuatro en la calle de Artois. Pero mientras el buen hombre fuera a buscar un mozo de cuerda, Eugenio, después de asistir a la lista en la clase, había vuelto, sin que nadie le hubiese visto, para pagar a la señora Vauquer, pues temía que el padre Goriot se encargase de satisfacer su cuenta. La patrona había salido. Eugenio subió a su cuarto para ver si dejaba algo olvidado y celebró haber tenido este pensamiento al ver en el cajón de su mesa la aceptación a favor de Vautrín de la letra que él había arrojado allí indiferentemente el día que la había pagado. Como no tenía fuego, iba a romperla en pedacitos, cuando reconoció la voz de Delfina, y no queriendo hacer ruido, detúvose para oírla, pensando que su amada no debía tener ningún secreto para él. Desde las primeras palabras, Eugenio encontró demasiado interesante la conversación entre el padre y la hija para no escucharla.

—¡Ah!, padre mío, quiera Dios que usted haya pedido cuenta a mi marido de mi fortuna bastante a tiempo para que no esté arruinada. ¿Puedo hablar?

—Sí, no hay nadie en la casa — dijo el padre Goriot con alterada voz.

—Pero ¿qué tiene, padre mío? —le preguntó la señora de Nucingen.

—Acabas de darme un hachazo en la cabeza — respondió el anciano—. Dios te perdone, hija mía. Si supieses lo que te quiero, no me habrías dicho bruscamente semejantes cosas, sobre todo no sabiéndolas de cierto. ¿Qué ha ocurrido para que hayas venido tan aprisa a buscarme aquí, cuando dentro de algunos instantes estaríamos en la calle de Artois?

—Papá, ¿quién es dueño de contener la primera impresión que nos causa una catástrofe? Estoy loca. Su procurador nos hizo descubrir un poco antes la desgracia que sin duda estallará más tarde. Su experiencia comercial nos va a ser necesaria, y he acudido a buscarle como el que, en peligro de ahogarse, se agarra a cualquier objeto que encuentre para mantenerse en la superficie. Cuando el señor Derville vió que Nucingen oponía mil dificultades, le amenazó con un pleito, diciéndole que no tardaría en obtenerse la autorización del presidente de la audiencia. Nucingen vino esta mañana a mi cuarto para preguntarme si quería ser su ruina y la mía. Yo le contesté que no sabía nada de todo ello, que era dueña de una fortuna, de la cual debía estar en posesión, y que todo lo que atañía a ese asunto era cosa de mi procurador, porque yo estaba y estaré ignorante de todas esas cosas. ¿No era esto lo que usted me había encargado que le dijese?

—Sí —respondió el padre Goriot.

—Pues bien —repuso Delfina—, Nucingen quiso ponerme al corriente de sus negocios. Al parecer, empleó su capital y el mío en empresas que empiezan ahora y que le han absorbido por completo todos los fondos. Si yo le obligo a entregarme la dote, tendrá que presentar un balance; mientras que si quiero esperar un año, se compromete, por su honor, a devolverme una fortuna doble o triple que la mía colocando mi capital de manera que yo sea dueña de él. Papá querido, me pareció que me hablaba con sinceridad, me ha asustado, me pidió perdón por su conducta, me devolvió mi libertad y me permitió obrar a mi antojo, con la condición de que le deje enteramente dueño de dirigir las empresas en mi nombre. Para probarme su buena fe, me permitió llamar al señor Derville siempre que quiera, para que juzgue de si están bien redactadas las actas en virtud de las cuales me ha

de instituir propietaria. En fin, que se me entregó atado de pies y manos. Quiere llevar la dirección de la casa dos años, me suplicó que arregle mis gastos a lo que me tiene concedido, me ha probado que lo único que podía hacer era guardar las apariencias, me aseguró que había abandonado a la bailarina y, por fin, me dijo que se iba a reducir a la más estricta economía, a fin de llegar al término de sus especulaciones sin alterar su crédito. Yo le traté muy mal y dudé de sus palabras para sacar más ventaja, y entonces él me mostró sus libros, llorando. Nunca vi un hombre en semejante estado; parecía loco, hablaba de matarse, deliraba y llegó a inspirarme lástima.

—Y ¿diste crédito a todas esas farsas? —exclamó el padre Goriot—. Es un comediante. Yo traté con alemanes, que son casi todos gente de buena fe y cándidos; pero cuando se proponen ser malignos y charlatanes cubriéndose con la capa de la franqueza y de la honradez, lo son más que nadie. Tu marido te engaña, se siente atacado de cerca, se hace el muerto y quiere permanecer dueño de todo, aprovechando esta circunstancia para ponerse a salvo de los riesgos del comercio. Es un mal sujeto tan astuto como pérfido. No, no, no me iré yo al cementerio dejando a mis hijas desprovistas de todo. Aun entiendo algo los negocios. ¿Te dijo que ha comprometido su capital en empresas? Pues bien; sus intereses han de estar representados por valores, por contratos, por recibos, por tratados; que los muestre y que liquide contigo. Escogeremos las mejores especulaciones, correremos sus riesgos, y las sociedades figurarán con nuestro nombre de Delfina Goriot, *esposa separada del barón de Nucingen en cuanto a los bienes.* Pero ¿nos toma por tontos ese hombre? ¿Cree que yo podría soportar dos días la idea de dejarte sin fortuna y sin pan? No lo soportaría ni un día, ni una noche, ni dos horas, y si esta idea fuese verdadera, sucumbiría ante ella. ¡Cómo! ¿Habré trabajado durante cuarenta años, habré llevado bolsas al hombro, habré sudado a mares, me habré impuesto privaciones toda mi vida por vosotras, ángeles míos, que contribuíais a que todo trabajo y a que toda carga me pareciesen ligeros, y hoy vería mi fortuna y mi vida desvanecida en humo? Esto me haría morir de rabia. Por todo lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra, vamos a esclarecer esto, a examinar los libros, la caja, los impresos. Yo no duermo, no me acuesto, no como hasta que me prueben que tu fortuna entera se ha salvado. A Dios gracias, está separada en bienes y tendrás por procurador al señor Derville, que, afortunadamente, es un hombre honrado. ¡Por vida de...!, has de guardar tu milloncito, tus cincuenta mil francos de renta hasta el fin de tus días, o armo un escándalo en París. ¡Ah!, me dirigiría a las cámaras si los tribunales te hiciesen víctima. Saber que estabas tranquila y que eras feliz por lo que atañe al dinero, era pensamiento que aliviaba todos mis males y calmaba mis penas. El dinero es la vida, la moneda lo puede todo. ¿Qué viene a contarnos ese imbécil alsaciano? Delfina, no hagas ninguna concesión a ese animal que te encadenó y te hizo desgraciada. Si te necesita, ya le arreglaremos y le haremos andar derecho. ¡Dios mío!, me arde la cabeza y me parece que tengo dentro algo que me abrasa. ¡Mi Delfina en la miseria! ¿Tú, Fifina mía? ¡Mil rayos! ¿Dónde están mis guantes? Vamos, marchémonos, quiero ir a verlo todo, los libros, los negocios, la caja, la correspondencia, al instante. No estaré tranquilo hasta que me prueben que tu fortuna no corre ya riesgo, y hasta que lo vea con mis propios ojos.

—Papá querido, tenga prudencia. Si emplea usted el menor síntoma de venganza en este asunto y si hace ver que sus intenciones son hostiles, estaría perdida. El le conoce a usted, y encontró muy natural que yo me preocupase de mi fortuna a instancias suyas; pero, se lo juro, quiso tener mi fortuna en sus manos, la posee, y es bastante infame para huir con todo el capital y dejarnos. El sabe bien que yo no deshonraría el nombre que llevo persiguiéndole. Es a la vez fuerte y débil. Le conozco bien. Si le apuramos, estoy arruinada.

—Pero, entonces ¿es un bribón?

—Sí, sí, padre mío —dijo Delfina llorando, al mismo tiempo que se dejaba caer en una silla—. Yo no quería confesárselo para ahorrarle la pena de haberme casado con un hombre de esa especie. Costumbres secretas y conciencia, alma y cuerpo, todo está en él de acuerdo y es espantoso. Le odio y le desprecio. Sí, después de lo que me dijo, jamás podré estimar a ese vil Nucingen. Un hombre capaz de terciar en las combinaciones comerciales de que me ha hablado no tiene delicadeza, y mis temores provienen de lo que he leído claramente en su alma. El, mi marido, me propuso sin ambages mi libertad (y ya sabe usted lo que esta palabra significa) si yo me prestaba, en caso de desgracia, a ser instrumento suyo, a servirle de testaferro.

—Pero, para esa clase de yernos están las leyes y el patíbulo —exclamó Goriot—, y yo mismo le guillotinaría si faltara verdugo para hacerlo.

—No, padre mío, no hay leyes contra él. Escuche en dos palabras su lenguaje, desprovisto de las circunlocuciones de que él lo ha rodeado: "O todo está perdido y queda usted arruinada, pues yo sólo puedo tener a usted por cómplice, o me deja llevar a buen término mis negocios". ¿No está clara la cosa? El confía aún en mí, y mi probidad de mujer le tranquiliza, porque sabe que le dejaría su fortuna y me contentaría con la mía. En fin, que so pena de quedar desposeída, tengo que consentir en formar parte de una asociación ímproba e infame. Compra mi conciencia a costa de dejarme vivir a mi antojo con Eugenio. "Te permito cometer faltas, déjame hacer crímenes arruinando a pobres gentes". ¿No es bastante claro este lenguaje? ¿Sabe usted a lo que él llama hacer negocios? Compra terrenos a su nombre, y luego hace que un testaferro construya casas en ellos. Estos testaferros contratan la construcción con los maestros de obras, a quienes pagan a largos plazos, y, mediante una ligera suma, consienten en pagar a mi marido, que pasa a ser el dueño de las casas, mientras que los testaferros se declaran en quiebra robando a los maestros de obras. El nombre de la casa Nucingen sirvió para deslumbrar a los pobres constructores. Yo comprendí esto y comprendí también que para probar, en caso de necesidad, el pago de enormes sumas, Nucingen ha enviado considerables valores a Amsterdam, a Londres, a Nápoles y a Viena.

Eugenio oyó el pesado ruido de las rodillas del padre Goriot que, sin duda, cayó sobre el piso de su cuarto diciendo:

—¡Dios mío! ¿Qué te he hecho? ¡Mi hija entregada a ese miserable, que exigirá de ella lo que quiera! ¡Perdón, hija mía!

—Sí, sí, si estoy en un abismo, tal vez es suya la culpa. ¡Tenemos tan pocos años cuando nos casamos! ¿Conocemos nosotras el mundo, los negocios, las costumbres? Los padres deberían pensar por nosotras. No, padre mío, no le reprocho nada, perdone estas palabras, la culpa es toda mía. No, no llore usted, papá —dijo Delfina besando a su padre en la frente.

—No llores tú tampoco, Delfinita mía, y dame tus ojos para que yo te los enjugue con mis besos. No temas. Volveré a emplear mi inteligencia, y desembrollaré los negocios de tu esposo.

—No, déjeme usted hacer a mí, yo sabré manejarme. El me ama, y yo podré servirme del imperio que ejerzo sobre él para lograr que coloque a mi nombre algunas propiedades. Mañana venga únicamente a examinar sus libros y sus negocios. El señor Derville no entiende nada de lo que es comercial. Pero, no, no venga usted mañana, porque no quiero amargarme la sangre. Pasado mañana es el baile de la vizcondesa de Beauseant, y deseo cuidarme para estar bella y descansada, a la vez que halagar el orgullo de mi querido Eugenio. Vamos a ver su cuarto.

En este instante se detuvo un coche en la calle Nueva de Santa Genoveva y oyóse en la escalera la voz de la señora de Restaud, que le decía a Silvia:

—¿Está mi padre en casa?

Afortunadamente, esta circunstancia libró a Eugenio de ser sorprendido.

—¡Ah!, papá, ¿le hablaron a usted de Anastasia? —dijo Delfina reconociendo la voz de su hermana—. Al parecer, en su casa ocurren cosas realmente extraordinarias.

—¿Qué le pasa? —dijo el padre Goriot—. ¿Será esto el fin de mis días? Mi pobre cabeza no podría soportar otra desgracia.

—Buenos días, padre —dijo la condesa entrando—. ¡Ah!, ¿estás aquí, Delfina? —añadió al ver a su hermana, cuya presencia pareció contrariarle.

—Buenos días, Nasia —dijo la baronesa—. ¿Encuentras mi presencia aquí extraordinaria? Yo veo a mi padre todos los días.

—¿Desde cuándo?

—Si vinieses lo sabrías.

—No me molestes, Delfina —dijo con voz lastimera la condesa—. Soy muy desgraciada, estoy perdida, padre mío. ¡Oh!, esta vez completamente perdida.

—¿Qué tienes, Nasia? —gritó el padre Goriot—. Dínoslo todo, hija mía.

La condesa palideció.

—Vamos, Delfina, socórrela, sé buena para ella, y te querré aún más, si ello es posible.

—¡Pobre Nasia! —dijo la señora de Nucingen sentando a su hermana—. Habla. Nosotros somos las dos únicas personas que te aman bastante para perdonártelo todo. Mira, los afectos de familia son los más seguros.

Delfina le hizo aspirar sales y la condesa volvió en sí.

—Esto me hará morir —dijo el padre Goriot—. Vamos —repuso removiendo el fuego—, aproximaos las dos, tengo frío. ¿Qué tienes, Nasia? Dilo pronto, porque me mata la impaciencia.

—Pues bien —dijo la pobre mujer—: mi marido lo sabe todo. ¡Figúrese usted, padre mío! ¿Se acuerda de aquella letra de Máximo de hace algún tiempo? Pues no era la primera, yo había pagado ya muchas. A principios de enero, el señor de Trailles me parecía que estaba muy triste. El no me decía nada; pero, aparte de los presentimientos, es tan fácil leer en el corazón de aquellos a quienes se ama, que

con un nada basta. En fin, lo cierto es que él estaba conmigo más amante y más cariñoso que nunca y yo seguía siempre feliz. ¡Pobre Máximo! Según me dijo, en su interior se iba despidiendo de mí: quería levantarse la tapa de los sesos. Al fin yo permanecí dos horas a sus pies, le atormenté tanto, y tanto le supliqué, que me dijo que debía cien mil francos. ¡Oh!, papá, ¡cien mil francos! Perdí la cabeza. Usted no los tenía, y yo lo había devorado todo.

—No, no hubiera podido dártelos, a menos que hubiese ido a robar. Pero habría ido, Nasia; iré.

Al oír estas palabras pronunciadas lúgubremente y que acusaban la agonía del sentimiento paternal reducido a la impotencia, las dos hermanas guardaron silencio.

¿Qué egoísmo habría permanecido impasible ante aquel grito de desesperación que, como una piedra lanzada al abismo, revelaba su profundidad?

—Los hallé disponiendo de lo que no me pertenecía, padre mío —dijo la afligida condesa derramando abundantes lágrimas.

—¿De modo que todo es cierto? —preguntó Delfina conmovida, rompiendo en llanto y apoyando la cabeza en el hombro de su hermana.

Anastasia inclinó la frente, la señora de Nucingen la abrazó tiernamente, y, apoyando la cabeza contra su corazón, le dijo cariñosamente:

—Aquí siempre serás querida sin ser juzgada.

—Angeles míos —dijo Goriot con voz débil—, ¿por qué es debida a la desgracia vuestra unión?

—En fin, para salvar la vida de Máximo, para salvar toda mi dicha —repuso la condesa animada por aquellos testimonios de sincero y franco cariño—, llevé a casa de ese usurero que usted conoce, de ese hombre fabricado por el infierno, de ese señor Gobseck a quien nada enternece, los diamantes de familia que tanto aprecia el señor Restaud, los suyos, los míos, todo, y los he vendido, ¡vendido! ¿comprende usted? Y le salvé a él; pero yo puedo decir que estoy muerta. Restaud lo supo todo.

—¿Por quién? ¿Cómo? ¡Dímelo, que lo mato! —gritó el padre Goriot.

—Ayer me mandó recado de que fuese a su cuarto, y fuí... "Anastasia, me dijo con una voz que me bastó para adivinarlo todo, ¿dónde están sus diamantes?" "En mi cuarto". "No, me dijo mirándome, están aquí, en mi cómoda". Y me mostró el estuche que había cubierto con su pañuelo. "¿Sabe usted de dónde vienen?" me preguntó. Entonces yo caí de rodillas, lloré y le pregunté de qué muerte quería verme morir.

—¿Dijiste eso? —exclamó el padre Goriot—. ¡Por vida de Dios! ¡El que os haga daño a una o a otra mientras yo viva, que esté seguro de que le calcinaré los huesos! ¡Oh! sí, lo haré picadillo, como...

El padre Goriot enmudeció, porque las palabras expiraban en su garganta.

—Al fin, querida mía, me pidió algo que es más difícil que la muerte. ¡Libre Dios a toda mujer de oír lo que yo oí!

—¡Yo asesinaré a ese hombre! —dijo el padre Goriot tranquilamente—. Pero no tiene más que una vida, y me debe dos. Veamos, ¿qué pasó? —repuso mirando a Anastasia.

—Mi marido —continuó la condesa después de una pausa— me miró y me dijo: "Anastasia, lo sepulto todo en el silencio, y permaneceremos juntos porque tenemos hijos. No mataré al señor de Trailles, porque podría errar el tiro batiéndome en duelo, y si me deshiciera de él por otros medios, tendría que chocar con la justicia humana. Matarle en los brazos de usted sería deshonrar a los hijos. Pero, para no ver perecer a los hijos de usted, ni a su padre, ni a mí mismo, le impongo dos condiciones. Responda usted: ¿tengo algún hijo mío?" Yo le contesté que sí. "¿Cuál?", me preguntó. "Ernesto, nuestro primogénito". "Bien. Ahora jure obedecerme en lo sucesivo en un solo punto". Yo juré. "Firmará usted la venta de sus bienes tan pronto como yo se lo pida".

—¡No firmes eso! —gritó el padre Goriot—, nunca firmes eso! ¡Ah, señor de Restaud!, usted no sabe lo que es hacer a una mujer feliz, y porque ésta va a buscar la dicha donde la halla, la castiga, debiendo castigarse o sí mismo por su necia impotencia. Pero, ¡alto, que estoy yo aquí y me opondré en su camino! Nasia, no tengas cuidado. ¡Ah! ¿conque él quiere a su heredero? Bueno, bueno. Yo le secuestraré a su hijo, que es mi nieto. ¡Por vida de...! ¿Puedo ir a ver a ese muchacho? No tengas cuidado, que lo llevaré a mi aldea y lo cuidaré. Yo le haré capitular a ese monstruo diciéndole: si quieres a tu hijo, devuelve la fortuna a mi hija y déjala que obre a su antojo.

—¡Padre mío!...

—Sí, padre tuyo. ¡Ah!, soy un verdadero padre. ¡Por vida de...!, que se guarde de ese piliastre de maltratar a mis hijas, porque me parece que llevo sangre de tigre en las venas para devorar a esos dos hombres. ¡Ah!, hijas mías, ¿es ésa vuestra vida? ¿Sí?, pues ella es mi muerte. ¿Qué será de vosotras cuando yo no viva? Los padres deberían vivir tanto como los hijos. ¡Dios mío, qué mal arreglado tienes este mundo! Y sin embargo, según dicen, tú tienes un hijo y deberías impedir que nosotros sufriésemos por los nuestros. ¡Cómo!, ángeles queridos, ¿sólo a vuestros dolores se debe vuestra presencia? ¿No me dais a conocer más que vuestras lágrimas? Pero, en fin, sí, ya veo que me queréis. Venid, venid siempre a quejaros aquí, que mi corazón es muy grande y puede recibirlo todo. Sí, en vano lo dividiréis, porque cada pedazo será un corazón de padre. Quisiera tener vuestras penas, sufrir por vosotras. ¡Ah!, qué felices erais cuando pequeñas.

—Aquellos fueron nuestros únicos buenos tiempos —dijo Delfina—. ¿Dónde están ya los días en que saltábamos por encima de las bolsas del granero?

—Padre mío, no es esto todo —dijo Anastasia al oído de su padre, que dió un salto—. Los diamantes no fueron vendidos en cien mil francos, Máximo es perseguido y sólo restan pagar doce mil francos. Me prometió ser juicioso y no jugar más. Su amor es lo único que me queda en el mundo, y lo pagué demasiado caro para no morir por él. Le sacrifiqué mi fortuna, mi honor, mi descanso, mis hijos. ¡Oh!, haga usted al menos que mi Máximo quede libre y honrado y pueda permanecer en el mundo, donde sabrá crearse una posición. Ahora sólo puede pensar en hacerme feliz, y no debe olvidar que tenemos hijos que quedarían sin fortuna. Si le meten en Santa Pelagia todo está perdido.

—¡No los tengo, Nasia! ¡Nada, nada; esto es el fin del mundo! ¡Oh!, no hay duda que el mundo se acaba. ¡Marchaos, escapaos! ¡Ah!, aun me quedan mis cadenas de plata y seis cubiertos, los primeros que tuve en mi vida. Además, tengo mil doscientos francos de renta vitalicia.

—Pues ¿qué hizo usted de sus rentas perpetuas?

—Las vendí, reservándome esta pequeña renta para mis necesidades. Tenía necesidad de doce mil francos para arreglarle una habitación a Delfina.

—¿En tu casa, Delfina? —dijo la señora de Restaud a su hermana.

—¡Oh!, ¿qué más da? Lo cierto es que los doce mil francos están gastados.

—Lo adivino, para el señor de Rastignac. ¡Ah!, ¡mi pobre Delfina, detente, mira cómo estoy yo!

—Querida mía, el señor de Rastignac es un joven incapaz de arruinar a su querida.

—Gracias, Delfina. No esperaba oír eso, en el estado en que me hallo; pero, en fin, nunca me quisiste.

—Sí que te quiere, Nasia —gritó el padre Goriot—, ahora mismo me lo decía. Hablábamos de ti, y sostenía que tú eras hermosa y que ella sólo era bonita.

—¿Ella? Lo que es fría como un mármol —repitió la condesa.

—Aunque así fuese —dijo Delfina poniéndose roja de rabia—, ¿cómo te portaste tú conmigo? Renegaste de mí, me has cerrado todas las puertas de todas las casas adonde yo deseaba ir, y no perdonaste ocasión de disgustarme. ¿He venido yo acaso como tú a arrancarle a nuestro pobre padre su fortuna mil a mil francos y reducirle al estado en que se encuentra? He aquí tu obra, hermana mía. Yo vi a mi padre cuando pude, no le he echado nunca de mi casa, y no vine a lamerle las manos cuando le he necesitado. Ni siquiera sabía yo que hubiese empleado los doce mil francos por mí. Ya sabes que soy mujer ordenada. Además, cuando papá me hizo regalos, no fué porque yo se los pidiese.

—Tú eras más feliz que yo; el señor de Marsay era rico y supiste aprovecharte de ello. Siempre fuiste vil como el oro. Adiós, me haré de cuenta que no tengo hermana ni...

—¡Cállate, Nasia! —gritó el padre Goriot.

—Eres un monstruo, y sólo una hermana como tú puede repetir lo que ni siquiera el mundo cree —le dijo Delfina.

—¡Hijas mías, hijas mías, callaos, o me mato ahora mismo aquí en vuestra presencia!

—En fin, Anastasia, eres desgraciada y te perdono —continuó la baronesa—. Pero conste que yo soy mejor que tú. Decirme lo que me dices en el momento en que me sentía capaz de todo para socorrerte, hasta de entrar en el cuarto de mi marido, cosa que no haría por mí ni por... eso sólo es digno de todo el mal que tú me hiciste de nueve años a esta parte.

—¡Hijas mías, hijas mías, sois dos ángeles, abrazaos! —dijo el padre.

—No, déjeme usted —dijo la condesa rehuyendo el abrazo de su padre—. Delfina tiene menos piedad de mí que mi marido, y sin embargo, viéndola, cualquiera diría que es la imagen de todas las virtudes.

—Prefiero pasar por deudora del señor de Marsay que confesar que el señor de Trailles me cuesta más de doscientos mil francos —respondió Delfina.

—¡Delfina! —gritó la condesa dando un paso hacia ella.

—Yo te digo la verdad, mientras que tú me calumnias —replicó fríamente la baronesa.

—¡Delfina, eres una...!

El padre Goriot abalanzóse hacia la condesa y le impidió hablar tapándole la boca con la mano.

—Dios mío, papá, ¿qué ha tocado usted esta mañana?

—¡Ah! sí, es verdad, hice mal —dijo el padre limpiándose las manos en el pantalón—. No sabía que vendríais y estaba preparándome para la mudanza.

El padre Goriot sentíase feliz de haberse atraído un reproche que dirigía contra él la cólera de su hija, y repuso sentándose:

—¡Ah!, ¡me habéis destrozado el corazón! Hijas mías, ¡me muero! Me hierve la cabeza como si tuviera fuego. ¡Sed juiciosas y quereos, porque si no me haréis morir! Delfina, Nasia, vamos, las dos tenéis razón y las dos tenéis la culpa. Vamos, Delfina —agregó fijando en la baronesa sus ojos bañados en lágrimas—, necesito doce mil francos, busquémoslos. ¡Por Dios, no os miréis de ese modo, pues me hacéis mucho daño!

Después, arrodillándose delante de Delfina, le dijo al oído:

—Pídele perdón por darme gusto; ¿no ves que es más desgraciada que tú?

—¡Pobre Nasia! —dijo Delfina asustada de la descompuesta y loca expresión que imprimía el dolor al rostro de su padre—. He obrado mal, abrázame.

—¡Ah!, ¡derramáis un bálsamo sobre mi corazón! —gritó el padre Goriot—. Pero ¿dónde encontrar doce mil francos? ¡Si yo me vendiese como sustituto!

—¡Ah! no, padre mío —dijeron las dos muchachas rodeándole.

—¡Dios le recompensará de ese pensamiento, que no podríamos pagar con vuestra vida!, ¿verdad, Nasia?—repuso Delfina.

—Además, papá querido, eso sería una gota de agua —advirtió la condesa.

—Pero, ¿no tiene uno medio de vender su sangre? —gritó el anciano, desesperado—. ¡Yo me entrego al que te salve! ¡Nasia, mataré a un hombre por él, haré como Vautrín, iré a presidio! Yo... —se detuvo como herido por un rayo, y después prosiguió, mesándose los cabellos:—Pero no, nada. Si yo supiese dónde pudiera robar... Pero ¡no!, ¡hasta robar es difícil! Además, para asaltar el Banco se necesitaría gente y tiempo. Vamos, ya no me queda más que morir. Sí, no sirvo para nada, ni siquiera soy padre. Nasia necesita, me pide, y yo no puedo darle nada. ¡Ah!, ¡viejo chocho, te has creado una renta vitalicia y tenías hijas! ¿Conque ya no las quieres? ¡Pues perece, perece como un perro viejo! ¡Sí, soy aún menos que un perro, porque un perro no obraría como yo! ¡Oh!, ¡mi cabeza va a estallar!

—Pero papá, sea usted razonable —gritaron las dos jóvenes rodeándole para impedirle que se rompiera la cabeza contra las paredes.

El anciano sollozaba. Eugenio, asustado, tomó la letra de cambio suscrita a Vautrín, cuyo sello servía para una suma mayor, corrigió la cifra, hizo una letra de cambio de doce mil francos a la orden de Goriot y entró.

—Señora, aquí tiene usted el dinero —dijo presentándole el papel—. Estaba durmiendo, su conversación me ha despertado, y de este modo he podido saber lo que le debía al señor Goriot. Pueden ustedes negociar esta letra, y yo la pagaré puntualmente.

La condesa, inmóvil, tenía la letra en la mano.

—Delfina —dijo al fin pálida y temblando de rabia, de cólera y de furor—, Dios es testigo de que te lo perdonaba todo, pero esto ¡nunca! ¡Cómo!, ¿estaba el señor ahí? ¡Tú lo sabías y tuviste la bajeza de vengarte permitiendo que adivinase mis secretos, mi vida, la de mis hijos, mi vergüenza, mi honra! ¡Bah!, ¡no eres nadie, te odio, te haré todo el daño posible, te...!

La cólera le cortó la palabra y su garganta se secó.

—Pero ¡si es mi hijo, nuestro hijo, tu hermano, tu salvador! —gritaba el padre Goriot—. ¡Abrázale, Nasia! Mira cómo le abrazo yo —repuso estrechando a Eugenio con una especie de furor—. ¡Oh!, hijo mío, seré para ti más que un padre y quisiera ser Dios para poner el universo a tus pies. Pero bésale, Nasia, porque no es un hombre, es un ángel, un verdadero ángel.

—Padre mío, déjela, porque en este momento está loca —dijo Delfina.

—¡Loca, loca! Y tú ¿qué estás? —preguntó la condesa.

—Hijas mías, si continuáis de ese modo me muero —gritó el anciano cayendo sobre su cama como herido por un rayo—. ¡Me matáis!

La condesa miró a Eugenio que permanecía inmóvil, asombrado ante aquella escena violenta.

—Caballero —le dijo Anastasia interrogándole con el gesto, con la voz y con la mirada sin hacer caso de su padre, cuyo chaleco acababa de desabrochar Delfina.

—Señora, pagaré y guardaré silencio —respondió Rastignac sin esperar la pregunta.

—¡Nasia, mataste a nuestro padre! —dijo Delfina señalándole el cuerpo de su padre a su hermana, la cual desapareció precipitadamente.

—Se lo perdono, porque su situación es espantosa y volvería loco a cualquiera —dijo el anciano abriendo los ojos—. Consuela a Nasia, sé cariñosa con ella, prométeselo a tu pobre padre, que se muere —dijo Goriot a su hija estrechándole las manos.

—Pero, ¿qué tiene usted? —le preguntó Delfina asustada.

—Nada, nada —respondió el padre—, esto me pasará. Tengo algo que me oprime la frente, jaqueca. ¡Pobre Nasia!, ¡qué porvenir!

En este momento entró la condesa y arrojóse a los pies de su padre, gritando:

—¡Perdón!

—Vamos, aun me haces más daño con esto.

—Caballero —dijo la condesa a Rastignac con los ojos arrasados en lágrimas—, el dolor me hizo ser injusta; ¿será un hermano para mí? —repuso tendiéndole la mano.

—Nasia, mi querida Nasia —le dijo Delfina abrazándola—. Mi querida Nasia, olvidémoslo todo.

—No, yo me acordaré siempre —contestó Anastasia.

—Angeles míos —exclamó el padre Goriot—, me quitáis el velo que cubría mis ojos, vuestra voz me reanima, daos un abrazo, ¿te salvará esa letra de cambio, Nasia?

—Así lo espero. ¿Quiere usted poner su firma, papá?

—¡Toma!, ¡es verdad!, qué tonto soy en olvidar eso; pero no te enojes por ello, porque ¡me encontraba tan mal! Mándame a decir que saliste del apuro. Pero, no, ya iré yo. Pero, no, no, no iré, porque si viese a tu marido lo mataría. Respecto a apoderarse de tus bienes, yo estaré aquí. Anda, hija mía, corre y procura que Máximo sea juicioso.

—Esa pobre Anastasia siempre fué de carácter violento, pero tiene buen corazón.

—Ha vuelto por el endose —dijo Eugenio a Delfina al oído.

—¿Cree usted?

—No quisiera creerlo. Sin embargo, le aconsejo que desconfíe de ella —respondió Eugenio levantando los ojos como para dirigir al cielo pensamientos que no se atrevía a expresar.

—Sí, siempre fué un poco comedianta, y mi pobre padre se dejó engañar.

—¿Cómo sigue usted, mi buen padre Goriot? —preguntó Eugenio Rastignac al anciano.

—Tengo sueño —respondió éste.

Eugenio ayudó al padre Goriot a acostarse, y cuando el buen hombre se durmió teniendo entre sus manos la mano de Delfina, ésta se retiró diciéndole al estudiante:

—Esta noche, en los Italianos, ya me dirás cómo está. Mañana espero que te mudarás de casa. Vamos a ver tu cuarto. ¡Oh!, ¡qué horror! —dijo entrando—. ¡Pero si estabas peor que mi padre! Eugenio, te portaste bien, y ahora te querría más si fuese posible. Pero, hijo mío, si quieres hacer fortuna, has de mirar más por el dinero, y no entregar así, sin más ni más, doce mil francos. El conde de Trailles es jugador, mi hermana no quiere comprenderlo, y él habría ido a buscar los doce mil francos al mismo sitio donde sabe ganar o perder montones de oro.

Un gemido les hizo volver a la habitación de Goriot, que estaba aparentemente dormido; pero cuando los dos amantes se aproximaron a él oyeron estas palabras:

—Mis hijas no son felices.

Que durmiese o que estuviese despierto, el acento de esta frase conmovió de tal modo a Delfina, que ésta aproximóse a la cama en que yacía su padre y le besó en la frente. Al sentir la impresión de sus labios, el anciano Goriot abrió los ojos diciendo:

—Es Delfina.

—Sí, ¿cómo se encuentra? —le preguntó la joven.

—Bien, no te inquietes por mí, que luego saldré. Andad, andad, hijos míos, sed felices.

Eugenio acompañó a Delfina hasta su casa; pero inquieto por el estado en que había dejado a Goriot, negóse a comer con ella y volvió a la casa Vauquer, encontrando al padre Goriot de pie y dispuesto a sentarse a la mesa. Bianchón se había colocado de manera que podía examinar bien la cara del antiguo fabricante de pastas, y cuando vió que éste tomaba el pan y lo olía para saber con qué harina estaba hecho, hizo un gesto siniestro, porque observó en aquel movimiento una ausencia total de lo que podría llamarse conciencia del acto.

—Venga a mi lado, señor interno —dijo Eugenio a Bianchón.

Este acudió a su lado con gusto, cuando vió que iba a estar cerca del anciano Goriot.

—¿Qué tiene? —le preguntó Rastignac.

—Si no me engaño, está muerto. Debió pasarle algo extraordinario, y me parece que está bajo el peso de una apoplejía serosa inminente. Aunque la parte baja de la cara tiene buen aspecto, las facciones superiores del rostro se inclinan hacia la frente a pesar suyo, mira. Los ojos están en ese estado que denota que el suero ha invadido el cerebro. ¿No parece que están llenos de un polvo fino? Mañana por la mañana sabremos quizá algo más.

—¿No hay algún remedio?

—Ninguno. Tal vez se podrá retardar la muerte si se encuentran los medios de

determinar una reacción hacia las extremidades, hacia las piernas. Pero si mañana por la noche no cesan los síntomas, el pobre hombre está perdido. ¿Sabes tú cuál es la causa de la enfermedad? Debió tener algún gran disgusto que lo ha anonadado.

—Sí —dijo Rastignac recordando la disputa de las dos hijas—. Pero al menos Delfina ama a su padre —se decía Eugenio.

Por la noche, en los Italianos, Rastignac tomó algunas precauciones para no alarmar a la señora de Nucingen; pero, a las primeras palabras de Eugenio, aquélla le respondió:

—No se apure usted, mi padre es fuerte; únicamente que esta mañana lo hemos disgustado un poco. Nuestras fortunas corren peligro. ¿Ha pensado en la extensión de esta desgracia? Si el cariño de usted no me hiciese insensible a lo que habría considerado poco ha como una angustia mortal, ya no viviría. Hoy ya no temo otra desgracia que la de perder el amor que me hizo sentir el placer de vivir. Aparte de este sentimiento, todo me es indiferente; nada me interesa en el mundo. Usted es todo para mí. Si me halaga la idea de ser rica, es para agradarle más. Para vergüenza mía, en estos instantes me siento más amante que hija. ¿Por qué? No lo sé. Toda mi vida está concentrada en su amor. Mi padre me dió su corazón; pero usted lo hizo latir. Podrá vituperarme el mundo entero, pero no me importa con tal que usted, que no tiene derecho a quererme mal, me absuelva de los crímenes a que me condena un sentimiento irresistible. ¿Me cree usted una mujer desnaturalizada? ¡Oh!, no, es imposible dejar de amar a un padre tan bueno como el nuestro. ¿Podía yo impedir que él viese al fin las consecuencias naturales de nuestros deplorables matrimonios? ¿Por qué los ha permitido? ¿No le tocaba a él reflexionar por nosotras? Hoy ya sé que sufre tanto como nosotras mismas; pero ¿qué podemos hacer para evitarlo? ¿Consolarle?, no lo lograríamos. El dolor que le causa nuestra resignación es mayor que el daño que le harían nuestros reproches y nuestras quejas. Hay situaciones en la vida en que todo es amargura.

Eugenio permaneció mudo, embargado por la ternura que le inspiraba la sencilla expresión de un sentimiento verdadero. La señorita Nucingen le llamó la atención el silencio que guardaba Eugenio y le preguntó:

—¿En qué piensa usted?

—Escucho aún las palabras que usted acaba de decir. Hasta ahora creía amarle más de lo que usted me ama.

Delfina sonrióse y procuró hacerse fuerte contra el placer que sintió, para dejar la conversación en los límites impuestos por las conveniencias. Aquella mujer no había oído nunca expresiones tan vivas de un amor joven y sincero, y con algunas palabras más no hubiera podido contenerse.

—Eugenio —dijo, cambiando de conversación—, ¿no sabe usted lo que pasa? Mañana todo París estará en casa de la vizcondesa de Beauseant. Los Rochefide y el marqués de Adjuda se han entendido para que no se sepa nada; pero el rey firma mañana el contrato de matrimonio, y su prima está ignorante de lo que ocurre. No podrá menos que recibir, y el marqués no estará en el baile. Esta aventura es hoy objeto de todas las conversaciones.

—Y el mundo se ríe de una infamia y toma parte en ella. ¿Ignora usted que esto causará tal vez la muerte a la vizcondesa Beauseant?

—¡No! —dijo Delfina sonriéndose—. Usted no conoce a esa clase de mujeres. Mañana todo París estará en su casa, y yo no faltaré. A usted le debo esta enorme dicha.

—¿No será esto alguno de esos falsos rumores que corren con tanta frecuencia en París? —preguntó Rastignac.

—Mañana sabremos la verdad.

Eugenio no fué a dormir a la casa Vauquer por hallarse sin valor para dejar de gozar de su nueva habitación. Si la víspera se había visto obligado a abandonar a Delfina a la una de la madrugada, aquel día fué Delfina la que le dejó a eso de las dos para volver a su casa. Al día siguiente el estudiante durmió hasta bastante tarde, y esperó hasta la una a la señora de Nucingen, que fué a almorzar con él. Los jóvenes sienten tal avidez por gozar de estas pequeñas dichas, que Eugenio casi había olvidado al padre Goriot. Acostumbrarse a cada una de aquellas elegantes cosas que le pertenecían fué para él gran placer, sin contar con que la señora de Nucingen estaba allí realzando el valor de aquel lujo. Sin embargo, a eso de las cuatro los dos amantes acordáronse del padre Goriot, al pensar en la dicha que éste se prometía yendo a vivir a aquella casa. Eugenio advirtió que era necesario transportarle a ella y dejó a Delfina para correr a la casa Vauquer.

Ni el padre Goriot ni Bianchón estaban sentados a la mesa.

—El padre Goriot está derrengado —le dijo el pintor— y Bianchón está a su lado. El buen hombre vió a una de sus hijas, a la condesa; quiso salir y su enfermedad empeoró. La sociedad va a verse privada, ciertamente, de uno de sus más hermosos adornos.

Rastignac corrió precipitadamente hacia la escalera.

—¡Eh!, ¡señorito Eugenio!

—¡Señorito Eugenio! La señora le llama— gritó Silvia.

—Señorito Eugenio —le dijo la viuda—, el señor Goriot y usted debían marcharse el 15 de febrero, y ya hace tres días que ha pasado el 15, estamos a 18. Tendrá, pues, que pagarme un mes por usted y por él, pero si usted me responde del padre Goriot, me bastará solamente con su palabra.

—¿Por qué? ¿No tiene usted confianza en él?

—¿Confianza? Si el buen hombre llegase a morir, sus hijas no me darían un centavo, y todas sus ropas no valen diez francos. Se había vestido como un pollo, y estaba tan rejuvenecido que, ¡Dios me lo perdone!, yo he creído que se había puesto colorete.

—Yo respondo de todo —dijo Eugenio temblando de horror y presintiendo una catástrofe.

Subió a la habitación del padre Goriot. El anciano yacía en su cama y Bianchón estaba a su lado.

—¡Buenos días, padre! —le dijo Eugenio.

El buen hombre le sonrió cariñosamente y le respondió fijando en él sus vidriosos ojos.

—¿Cómo está usted?

—Bien, ¿y usted?

—Bien.

—No lo fatigues mucho —dijo Bianchón llevando a Eugenio a un rincón del cuarto.

—¿Qué hay? —le preguntó, inquieto, Rastignac.

—Sólo un milagro puede salvarle. La congestión serosa ha tenido lugar, le puse sinapismos, y, afortunadamente, los siente.

—¿Puede transportársele?

—Imposible; hay que dejarlo aquí, ahorrándole todo movimiento físico y toda emoción.

—Amigo Bianchón, le cuidaremos entre los dos —dijo Eugenio.

—Ya mandé llamar al médico-jefe de mi hospital.

—¿Y qué?

—Mañana por la noche nos dirá si hay alguna esperanza. Me prometió volver después de hacer sus visitas. Desgraciadamente este maldito hombre ha cometido esta mañana una imprudencia acerca de la cual no quiere explicarse. Es testarudo como un mulo. Cuando le hablo, finge no oír y duerme para no responder, y si tiene los ojos abiertos, empieza a quejarse. Salió por la mañana, y fué a pie a no sé qué sitio de París, llevándose todas las cosas que tenía de algún valor. Sin duda ha debido hacer algún maldito tráfico. Vino una de sus hijas.

—¿La condesa? —dijo Eugenio—. ¿Una alta, morena, de ojos grandes y vivos, pie bonito y flexible talle?

—Sí.

—Déjame un momento a solas con él —dijo Rastignac—. Voy a confesarle; a mí me lo dirá todo.

—Entretanto, yo voy a comer; pero procura no agitarle demasiado, porque aun hay alguna esperanza.

—No tengas cuidado.

—Mañana sí que van a divertirse, porque van a un gran baile —dijo el padre Goriot a Eugenio cuando ambos estuvieron solos.

—Pero, papá, ¿qué hizo usted esta mañana para estar tan agobiado y verse obligado a guardar cama?

—Nada.

—¿Vino Anastasia? —le preguntó Rastignac.

—Sí —respondió el padre Goriot.

—Pues bien, no me oculte nada, ¿qué es lo que vino a pedirle?

—¡Ah! —repuso el anciano haciendo un esfuerzo para hablar—, era muy desgraciada, hijo mío. Nasia no tiene un centavo desde la cuestión de los diamantes, y para este baile había encargado un traje que debía sentarle a las mil maravillas. Su costurera, una infame, no quiso concederle crédito, y su camarera había pagado mil francos a cuenta por el traje. ¡Pobre Nasia!, ¡haber llegado a ese extremo! Esto me desgarró el corazón. Pero la camarera, al ver que ese Restaud retiraba su confianza a Nasia, temió perder su dinero y se entendió con la costurera para que no le entregase el traje hasta que no le devolviese los mil francos. El baile es mañana, el traje está listo y Anastasia, que está desesperada, vino a pedirme los cubiertos para empeñarlos. Su marido quiere que vaya a ese baile para enseñar a todo París los diamantes que aseguran que ella vendió. Ahora bien, ¿puede acaso decirle ella a ese monstruo: "Debo mil francos, páguelos usted?" No, yo lo comprendí así. Su hermana Delfina irá mañana a ese baile soberbiamente vestida, y Anastasia no debe ser menos que su hermana menor. ¡Qué triste estaba mi pobre hija! Me sentí ayer tan humillado al ver que no tenía los doce mil francos para sacarla de su apuro, que habría dado el resto de mi miserable vida por rescatar esa culpa. Mire usted, tuve valor para soportarlo todo; pero esa falta de dinero me laceró el corazón. ¡Oh!, ¡oh!, me vestí inmediatamente, vendí cubiertos y cadenas por seiscientos francos y empeñé por cuatrocientos, en casa de papá

Gobseck, mis títulos de renta vitalicia. ¡Bah!, comeré pan. Esto me bastaba cuando era joven, y lo mismo me ocurrirá ahora. Así, al menos, mi pobre Nasia pasará una noche feliz. Tengo un billete de mil francos aquí, debajo de mi almohada, y considerando únicamente que tengo aquí, debajo de mi cabeza, lo que ha de causar un placer a mi pobre Nasia, me siento revivir. ¡Ahora podrá poner a la puerta a su camarera Victoria. ¡Habráse visto criados que no tienen confianza en sus amos! Mañana ya estaré bien. Nasia vendrá a las diez, y no quiero que me crean enfermo, porque no irían al baile y se quedarían a cuidarme. Nasia me abrazará mañana como a su hijo, y sus caricias me harán revivir. ¡Qué!, ¿no habría gastado mil francos en botica? Pues prefiero dárselos a mi *cúralotodo*, a mi Nasia. Al menos yo podré consolarla en su miseria, y esto me absolverá de la culpa de haberme quedado sin dinero. Está en el fondo del abismo, y yo no tengo ya fuerzas para sacarla. ¡Oh!, volveré a dedicarme al comercio, e iré a Odesa a comprar granos. Los trigos de allí valen tres veces menos que los nuestros, y si la introducción de cereales en grano está prohibida, los hombres que hicieron las leyes no pensaron en prohibir las fabricaciones en que entra como elemento principal el trigo. ¡Oh!, esta mañana se me ocurrió esto, y creo que he de hacer un buen negocio con los almidones.

—Está loco —se dijo Eugenio mirando al anciano—. Vamos, cálmese, no hable ya más.

Eugenio bajó a comer cuando Bianchón subió, y luego ambos velaron alternativamente al enfermo, ocupándose el uno en leer sus libros de medicina, y el otro en escribir a su madre y a sus hermanas. Al día siguiente, según Bianchón, los síntomas que se declararon en el enfermo fueron de feliz augurio, pero exigieron cuidados que sólo eran capaces de prodigar los dos estudiantes y cuyo relato creemos ocioso hacer. Las sanguijuelas aplicadas al raquítico cuerpo del anciano fueron acompañadas de cataplasmas, de baños de pies y de maniobras médicas que exigían la fuerza y la abnegación de los dos jóvenes. La señora de Restaud no se presentó, pero, en cambio, envió a buscar los mil francos por un recadero.

—Yo creí que vendría ella misma; pero me alegro de que no lo haya hecho, porque así se evita el disgusto de verme enfermo —dijo el pobre padre celebrando esta circunstancia.

A las siete de la noche, Teresa presentóse para entregar a Eugenio una carta de Delfina, que decía:

¿Qué hace usted, amigo mío? ¿Me veré olvidada ya al empezar a amar? En nuestras íntimas confidencias, usted me demostró tener un alma demasiado hermosa para no ser de aquellos que permanecen siempre fieles al ver los muchos matices que tienen los sentimientos. Como ha dicho usted al escuchar la plegaria de Moisés: "Para unos, es una misma nota; para otros, es el infinito de la música". No olvide que le espero esta noche para ir al baile de la señora de Beauseant. El contrato del señor de Adjuda se firmó esta mañana en la corte y la pobre vizcondesa no lo supo hasta las dos. Todo París irá a su casa, como acude el pueblo a la plaza de Greve el día de una ejecución. ¿No es horrible ir a ver si esta mujer ocultará su dolor y sabrá morir bien? Amigo mío, yo no iría si hubiese estado alguna vez en su casa; pero es seguro que no volveré a recibir nunca más, y si no aprovecho esta ocasión, todos mis esfuerzos habrán sido inútiles. Mi situación es muy diferente a la de los demás. Por otra parte, yo voy allí por usted. Le espero. Si no está a mi lado dentro de dos horas, no sé si le perdonaré jamás esta felonía.

Rastignac tomó una pluma y respondió de este modo:

Estoy esperando al médico para saber si su padre tiene esperanzas de vida. Está moribundo. Iré a comunicarle a usted la sentencia, y mucho me temo que sea una sentencia de muerte. Usted verá si, después de esto, puede ir al baile. Mil afectos.

El médico presentóse a las ocho y media y, sin que su opinión fuese favorable, dijo creer que la muerte no era inminente, anunciando mejorías y recaídas de las cuales dependerían la vida y la razón del enfermo.

—Sería preferible que muriese en seguida —acabó por decir el doctor.

Eugenio confió el padre Goriot a los cuidados de su amigo y fué a comunicar a la señora de Nucingen las tristes nuevas que debían suspender toda alegría en ella.

—Dígale que no deje de divertirse —le gritó el padre Goriot, que parecía amodorrado, pero que en el momento en que Rastignac salió se irguió en la cama.

El joven presentóse lleno de dolor en casa de Delfina, encontrándola peinada, calzada y dispuesta a ponerse su traje de baile.

—¡Cómo!, ¿aun no está usted vestido?

—Pero, señora, su padre...

—¿Otra vez mi padre? —exclamó interrumpiéndole—. Supongo que no querrá usted enseñarme lo que yo debo a mi padre, al cual conozco de sobra. Ni una palabra, Eugenio. No le escucharé hasta que no esté vestido. Teresa lo ha preparado todo, mi coche está dispuesto, tómelo y venga en seguida. Hablaremos de mi padre por el camino. Hay que marchar temprano, porque si nos sorprende la fila de coches, quizá no podamos llegar a las once.

—Señora...

—Ande, no diga nada —pidió Delfina entrando en su gabinete para ponerse un collar.

—Pero ande usted, señorito Eugenio, mire que se enojará la señora —dijo Teresa empujando al joven, que estaba realmente asombrado ante aquel elegante parricidio.

Fué a vestirse haciéndose las más tristes reflexiones. Eugenio veía el mundo como un océano de lodo, en el cual se hundía un hombre hasta el cuello si osaba poner sobre él su planta.

—No se cometen más que crímenes mezquinos. Vautrín es más grande —se dijo el estudiante.

Había visto las tres grandes expresiones de la sociedad: la obediencia, la lucha y la revolución; la familia, el mundo y Vautrín, y no se atrevía a decidirse. La obediencia era enojosa, la revolución imposible y la lucha incierta. Su pensamiento lo llevó al seno de su familia, recordando las emociones puras de aquella vida tranquila y los días pasados en medio de los seres que le eran queridos. Al conformarse con las leyes naturales del hogar doméstico, aquellos seres queridos encontraban en éste una dicha continua y sin angustias. No obstante sus buenos pensamientos, Eugenio no se sintió con valor para ir a confesar a Delfina la fe de las almas puras, ordenándole la virtud en nombre del amor. Su educación, comenzada ya, había dado sus frutos. Amaba egoístamente, su tacto le había permitido reconocer la naturaleza del corazón de Delfina, presintía que ésta era capaz de pasar sobre el cuerpo de su padre para ir al baile, y él no se sentía con fuerzas para desempeñar el papel de moralista, no tenía valor para desagradarla ni poseía la virtud de abandonarla.

—Nunca me perdonaría el haber tenido razón en contra de ella en esta circunstancia.

Después comentó las palabras de los médicos, se congratuló al pensar que el padre Goriot no estaría tan peligrosamente enfermo como se creía y, por fin, buscó razonamientos asesinos para justificar a Delfina. Esta no conocía el estado en que se encontraba su padre, y el mismo enfermo la enviaría al baile si ella fuese a verle.

Eugenio quería engañarse a sí mismo, y estaba dispuesto a sacrificar su conciencia por su amante. Hacía dos días que había cambiado por completo. La mujer le había comunicado sus desórdenes, había eclipsado a la familia y lo había confiscado todo en provecho propio.

Al poseer a aquella mujer, Eugenio notó que hasta entonces no había hecho más que desearla y que no la había amado hasta el día siguiente: el amor tal vez no es más que el agradecimiento del placer. Infame, o sublime, adoraba a aquella mujer por las voluptuosidades con que la había dotado, del mismo modo que Delfina amaba a Rastignac tanto como Tántalo hubiera amado al ángel que hubiese ido a satisfacer su hambre o a extinguir su sed.

—Bueno, ¿cómo está mi padre? —dijo la señora de Nucingen a Eugenio tan pronto como estuvo de vuelta, vestida en traje de baile.

—Muy mal —respondió el estudiante—, y si quiere darme una prueba de cariño, corramos a verle.

—Bueno, sí, pero después del baile. Mi buen Eugenio, sé juicioso, no me prediques moral y vamos.

Los dos amantes partieron, y Eugenio permaneció silencioso durante una gran parte del camino.

—Pero, ¿qué le pasa? —le preguntó Delfina.

—Oigo el estertor de su padre —le respondió con seriedad el estudiante.

Y dicho esto, púsose a contar con la calurosa elocuencia de un joven la feroz acción que había cometido la señora de Restaud por vanidad, la crisis mortal que había acarreado a su padre el último esfuerzo, y lo que costaría el traje de baile de Anastasia. Delfina lloraba; pero de pronto pensó: "Voy a estar fea", y sus lágrimas se secaron.

—Iré a velar a mi padre y no me separaré de la cabecera de su cama —repuso al poco rato.

—¡Ah!, así era como quería verte —exclamó Rastignac.

Los faroles de quinientos coches iluminaban los alrededores del palacio de Beauseant. A ambos lados de la puerta, soberbiamente alumbrada, veíase un gendarme a caballo, y el gran mundo afluía en tan gran tropel, deseoso de ver a aquella gran mujer en el momento de su caída, que las habitaciones del piso bajo del palacio ya estaban llenas cuando la señora de Nucingen y Rastignac se presentaron. Desde el día en que toda la corte llenó la casa de aquella gran señorita a quien Luis XIV arrancaba a su amante, ningún desastre del corazón fué más célebre que lo era el de la vizcondesa de Beauseant.

En esta circunstancia, la última hija de la casa casi real de Borgoña mostróse superior a su mal y dominó hasta el último momento al mundo, cuyas vanidades había aceptado únicamente para que sirviesen al triunfo de su pasión. Las más hermosas mujeres de París animaban los salones con sus joyas y sus sonrisas. Los hombres más distinguidos de la corte, los embajadores, los ministros, emperifollados con cruces, placas y cordones multicolores, rodeaban a la vizcondesa. La orquesta hacía resonar los motivos de su música bajo las doradas bóvedas de aquel palacio. La señora de Beauseant manteníase de pie en su salón para recibir a sus pretendidos amigos. Vestida de blanco y sin ningún adorno en sus cabellos, sencillamente peinados, parecía tranquila y no denotaba dolor, orgullo ni falsa alegría. Nadie podía leer en su alma. Diríase que era una Níobe de mármol. Su manera de sonreír a sus amigos íntimos fué a veces burlona; pero, de todos modos, supo mostrarse tan impávida, que los más insensibles la admiraron, imitando en esto a las jóvenes romanas que aplaudían al gladiador que sabía sonreír al expirar. El mundo parecía haberse vestido de gala para despedir a una de sus soberanas.

—Temía que usted no viniese —le dijo a Rastignac al entrar.

—Señora —le respondió Eugenio, conmovido, creyendo que estas palabras encerraban un reproche—, vine para ser el último en marchar.

—Bien —le dijo su prima estrechándole la mano—, tal vez es usted aquí el único de quien yo pueda fiarme. Amigo mío, ame usted a una mujer a quien pueda amar siempre y no abandone nunca a ninguna —agregó tomando el brazo de Rastignac y yendo con él a sentarse en un canapé situado en el salón de juego—. Vaya a casa del marqués. Jacobo mi ayuda de cámara, le llevará a usted allí y le entregará una carta para él. Le pido mi correspondencia, y espero que me la devolverá toda. Una vez que tenga mis cartas, suba a mi habitación y espéreme allí.

Dicho esto, la señora de Beauseant fué al encuentro de la duquesa de Langeáis, su mejor amiga. Rastignac partió al palacio de Rochefide, preguntó por el marqués de Adjuda, le entregó la consabida carta, y éste, luego de leerla, subió a su habitación y entregó una caja al estudiante, diciéndole:

—Ahí están todas.

El marqués de Adjuda sintió deseos de hablar a Eugenio, ya para interrogarle acerca de los acontecimientos del baile o bien para confesarle que ya estaba arrepentido de su matrimonio, como hizo más tarde; pero un rasgo de orgullo brilló en sus ojos y tuvo el deplorable valor de guardar secreto acerca de sus más nobles sentimientos.

—No le diga nada de mí, mi querido Eugenio —dijo estrechándole cariñosamente la mano a Rastignac y haciéndole seña de que se fuese.

Eugenio volvió al palacio de Beauseant y fué introducido en el cuarto de la vizcondesa, donde vió los preparativos de marcha. El estudiante sentóse al lado del fuego, contempló la cajita de cedro y cayó en profunda melancolía. Para él, la señora de Beauseant tenía las proporciones de las diosas de la *Ilíada*.

—¡Ah!, amigo mío —dijo la vizcondesa entrando y apoyando su mano en el hombro de Rastignac.

Después, Eugenio vió que su prima, anegada en llanto, tomaba de pronto la cajita y la arrojaba al fuego.

—¡Están bailando! Todos fueron puntuales, y sólo la muerte llegará tarde. Silencio, amigo mío —dijo la vizcondesa colocando una mano sobre la boca de Rastignac cuando éste se disponía a hablar—. Nunca más volveré a ver París y el mundo. A las cinco de la mañana me voy a sepultar en el interior de Normandía. Desde las tres de la tarde me vi obligada a hacer los preparativos, firmar actas, arreglar asuntos, y no podía enviar a nadie a casa de...

Se detuvo.

—Era seguro que le encontrarían en casa de...

Y volvió a detenerse anonadada por el dolor. En momentos de esta índole, todo es sufrimiento y hay palabras cuya pronunciación es imposible.

—En fin, esta noche contaba con usted para que me hiciese este último favor. Quisiera darle una prueba de mi amistad. Pensaré muy a menudo en usted, que me pareció noble y bueno, joven y cándido, en medio de este mundo donde son tan raras estas cualidades. Yo deseo que usted piense alguna vez en mí. Mire —dijo fijando una mirada en derredor suyo—, he aquí el cofre donde guardaba mis guantes. Siempre que abría esta caja antes de ir al baile o al teatro, me consideraba hermosa porque era feliz, y nunca la cerraba sin dejar en ella algún pensamiento gracioso: hay mucho de mí ahí dentro; ese cofrecito encierra a toda una señora de Beauseant que no existe ya. Acéptelo; yo daré orden de que lo lleven a su casa de la calle de Artois. La señora de Nucingen está muy hermosa esta noche; quiérala bien. Amigo mío, si no nos vemos más, esté seguro de que haré fervientes votos por usted, que tan bueno fué. Bajemos; no quiero que crean que lloro; me queda una eternidad por delante, donde estaré sola y donde nadie me pedirá cuenta de mis lágrimas. Una última mirada a este cuarto.

Dicho esto, la señora de Beauseant se detuvo, y después de ocultar un momento la cara en las manos, enjugóse los ojos, se los lavó con agua fresca y tomó al estudiante del brazo, diciéndole:

—Vamos.

Rastignac nunca había sentido una emoción tan violenta como la que le causó la vista de aquel dolor tan noblemente contenido. Al entrar en el baile, Eugenio dió una vuelta con la vizcondesa de Beauseant, última y delicada atención de esta graciosa mujer, y al poco rato vió a las dos hermanas, a la señora de Restaud y a la de Nucingen. La condesa estaba hermosísima, ostentando por última vez todos sus diamantes, que debían ser de fuego para ella. Por grande que fuese su orgullo y su amor, no podía sostener la mirada de su marido. Este espectáculo, que no tenía nada de grato, contribuyó a entristecer más a Rastignac, el cual vió, bajo los diamantes de las dos hermosas, el inmundo catre en que yacía el padre Goriot. La vizcondesa, engañada por su melancólica actitud, no tardó en abandonar su brazo diciéndole:

—Vaya usted, no quiero quitarle un placer.

Eugenio fué reclamado por Delfina, la cual estaba satisfecha del efecto que producía, y ansiaba poner a los pies del estudiante los homenajes que recogía en aquel mundo donde esperaba ser adoptada.

—¿Cómo encuentra a Nasia? —le preguntó Delfina.

—Bien; ha disipado hasta el producto de la muerte de su padre —dijo Rastignac.

A las cuatro de la mañana la multitud comenzó a desfilar y la música dejó de oírse. La duquesa de Langeáis y Rastignac halláronse solos en el salón. La vizcondesa, creyendo encontrar solo al estudiante, acudió allí, después de haber dicho adiós al señor de Beauseant, el cual fué a acostarse repitiéndole:

—Querida mía, usted hace mal en retirarse del mundo a su edad. Quédese con nosotros.

Al ver a la duquesa, la señora de Beauseant no pudo contener una exclamación.

—Clara, he adivinado lo que intenta —dijo la señora de Langeáis—. Quiere marcharse para no volver nunca más; pero no lo hará sin haberme oído y sin que nos hayamos comprendido.

Y dicho esto, tomó a su amiga por el brazo, la llevó al salón vecino, y allí, contemplándola con ojos velados por las lágrimas, la estrechó entre sus brazos y la besó en las mejillas.

—No quiero separarme de usted fríamente, querida mía, porque mis remordimientos serían demasiado grandes. Cuente conmigo como con usted misma. Esta noche fué usted grande, me he sentido digna de usted y quiero probárselo. Querida mía, perdóneme si no me porté siempre bien con usted. Lamento haber dicho cosas que hayan podido molestarla, y quisiera poder recoger mis palabras. Un mismo dolor reúne nuestras almas, y no sé cuál de las dos será más desgraciada. El señor de Montriveau no estaba esta noche aquí, ¿comprende usted? Clara, los que la vieron en este baile no la olvidarán jamás. Yo intento un último esfuerzo, y si fracaso, iré a encerrarme en un convento. ¿Adónde se va usted?

—A Normandía, a Courcelles, a amar y a orar hasta el día en que Dios me saque de este mundo. Señor de Rastignac, venga —dijo la vizcondesa con voz conmovida, creyendo que el joven esperaba.

El estudiante hincó una rodilla en tierra, tomó una mano de su prima y la besó.

—Adiós, Antonieta —repuso la señora de Beauseant—, que sea usted muy feliz. Respecto a usted —dijo al estudiante—, ya sé que lo es, porque aun es joven y puede creer en algo. Al retirarme del mundo me queda el consuelo de haber dejado en torno mío sinceras y religiosas emociones, como algunos moribundos privilegiados.

Rastignac abandonó el palacio a las cinco de la mañana, después de haber visto a la señora de Beauseant en su berlina de viaje y de haber recibido su último adiós con lágrimas que probaban que las personas más elevadas no pueden eludir las leyes del corazón ni vivir sin penas, como quieren hacer creer algunos halagadores del pueblo.

Con tiempo húmedo y frío, Eugenio encaminóse a pie a la casa Vauquer. Su educación tocaba a su término.

—Me parece que no podremos salvar al pobre padre Goriot —le anunció Bianchon tan pronto Rastignac entró en su cuarto.

—Amigo mío —le dijo Eugenio después de haber mirado al anciano dormido—, sigue adelante en el modesto destino a que aspiras. Yo estoy en un infierno y me veo obligado a permanecer en él. Por mucho mal que te digan del mundo, créelo. No hay Juvenal que pueda describir el horror cubierto de oro y de pedrerías.

Al día siguiente, Rastignac fué despertado a las dos de la tarde por Bianchon, el cual, como tuviese que salir, le rogó que cuidase al padre Goriot, cuyo estado

había empeorado mucho durante la madrugada.

—Quizá no le queden al pobre hombre ni diez horas de vida —dijo el estudiante de medicina—, y sin embargo no podemos cesar de combatir el mal. Va a ser necesario prodigarle costosos cuidados, y nosotros podremos ser sus enfermeros; pero yo, por mi parte, te confieso que no tengo un centavo. Registré los armarios y los bolsillos del enfermo, pero no encontré nada. Le he interrogado un momento en que disponía de razón y me dijo que carecía por completo de recursos. ¿Qué tienes tú?

—Me quedan veinte francos —respondió Rastignac—; pero iré a jugar y ganaré.

—¿Y si pierdes?

—Les pediré dinero a sus yernos y a sus hijas.

—¿Y si te lo niegan? —repuso Bianchón—. En este momento, lo más urgente es encontrar dinero: es necesario aplicar al enfermo un sinapismo desde los pies hasta la mitad de los muslos. Si grita, aun habrá esperanzas. Ya sabes cómo se hace. Por otra parte, Cristóbal te ayudará. Voy a pasar por la farmacia para decirle al boticario que respondo de todos los medicamentos que tomemos. Es lástima que el pobre hombre no haya podido ser trasladado a nuestro hospicio, porque allí estaría mejor. Vamos, ven y no te separes de él hasta que yo haya regresado.

Los dos jóvenes entraron en el cuarto donde yacía el anciano. Eugenio quedó admirado al ver el cambio que se había operado en aquella faz convulsa, lívida y profundamente débil.

—¿Cómo está usted, papá? —le dijo inclinándose hacia la cama.

Goriot fijó en Eugenio sus ojos empañados y le miró atentamente sin reconocerle. El estudiante no pudo sostener aquella mirada, y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Bianchón, ¿no sería conveniente poner cortinas en las ventanas?

—No, las circunstancias atmosféricas ya no le afectan. Sería demasiado feliz si sintiese frío o calor. Sin embargo, necesitamos fuego para hacerle tisanas y preparar otras cosas. Yo enviaré leña. Ayer y esta noche quemé la tuya y toda la turba que tenía el pobre hombre. Este cuarto es húmedo, veíase correr el agua por las paredes y apenas si logré secarlo. Cristóbal lo barrió, porque estaba hecho una verdadera cuadra, y yo quemé un poco de enebro porque olía demasiado mal.

—¡Dios mío! —dijo Rastignac—, ¿y sus hijas?

—Mira; si quiere beber, dale de esto —dijo el estudiante a Rastignac enseñándole un gran pote blanco—. Si le oyes quejarse y el vientre está ardiente y duro, dile a Cristóbal que te ayude y adminístrale... Ya sabes. Si por casualidad tuviese una gran exaltación, hablase mucho y diese pruebas de demencia, déjale, que no es mala señal; pero envía a Cristóbal al hospicio Cochín, porque nuestro médico, mi compañero o yo vendríamos a aplicarle moxas. Esta mañana, mientras tú dormías, tuvimos una gran consulta con un discípulo del doctor Gall y con el médico-jefe del Hospital provincial. Estos señores creyeron reconocer curiosos síntomas y vamos a seguir el curso de la enfermedad a fin de instruirnos en ciertos puntos científicos bastante importantes. Uno de estos señores pretende que si la presión del suero fuese mayor sobre un órgano que sobre otro, podría originar hechos particulares. Escúchale, pues, bien, caso de que hablase, a fin de decirnos a qué género de ideas pertenecen sus palabras: sin son efectos de memoria, de penetración, de juicio; si se ocupa de materialidades o de sentimientos; si calcula, si recuerda el pasado; en fin, no dejes de hacernos un relato fiel de lo que ocurra. Es posible que la invasión tenga lugar de pronto, y entonces morirá imbécil, como está en este momento. Todo es raro en esta clase de enfermedades. Si la bomba estallase por aquí —dijo Bianchón señalando el occipucio del enfermo—, hay ejemplos de fenómenos singulares, el cerebro recobra algunas de sus facultades y la muerte es más lenta. Por otra parte, las serosidades pueden apartarse del cerebro y tomar rutas cuyo curso únicamente se conoce por medio de la autopsia. Hay en los Incurables un anciano tonto en el cual el suero siguió la columna vertebral y sufre horriblemente, pero vive.

—¿Se han divertido mucho? —preguntó el padre Goriot reconociendo de pronto a Eugenio.

—¡Oh!, no piensa más que en sus hijas —dijo Bianchón—. Esta noche me dijo más de cien veces: "Están bailando; ella tiene su traje", las llamaba por sus nombres, y lléveme el diablo si no me hacía llorar con sus exclamaciones: "¡Delfina!" "¡Delfinita mía!" "¡Nasia!" Su acento haría conmover a las piedras.

—¡Delfina! —dijo el anciano—, está ahí, ¿verdad? ¡Oh!, ya lo sabía.

Y sus ojos recobraron una gran actividad para mirar las paredes y la puerta del cuarto.

—Bajo a decir a Silvia que prepare los sinapismos, el momento es favorable —dijo Bianchón.

Rastignac quedóse solo al lado del anciano, sentado al pie de su cama y con los ojos fijos en aquella cabeza cuya vista causaba espanto y dolor.

—¡La señora de Beauseant huye, éste se muere! —exclamó Eugenio—. Las almas hermosas no pueden permanecer mucho tiempo en este mundo. En efecto, ¿cómo han de aliarse los buenos sentimientos con una sociedad mezquina y superficial?

Las imágenes de la fiesta a que había asistido acudieron a su mente y contrastaron con el espectáculo de aquel lecho de muerte. Bianchón presentóse de pronto.

—Mira, Eugenio, acabo de ver a nuestro médico-jefe y volví corriendo. Si presenta síntomas de razón, si habla, acuéstale sobre un sinapismo de manera que la mostaza le agarre desde la nuca hasta los riñones, y mándanos a llamar.

—Querido Bianchón —dijo Eugenio.

—¡Oh!, se trata de un hecho científico —repuso el estudiante con todo el ardor de un neófito.

—Vamos —dijo Eugenio—, ¿seré yo el único que cuide a este pobre anciano por cariño?

—Si me hubieses visto esta mañana, no hablarías así —repuso Bianchón sin ofenderse por el dicho—. Los médicos que han ejercido ya no ven más que la enfermedad, pero yo aun veo al enfermo.

Dicho esto salió, dejando solo con el anciano a Eugenio, el cual temía una crisis que no tardó en declararse.

—¡Ah!, ¿es usted, hijo mío? —dijo el padre Goriot reconociendo a Eugenio.

—¿Está mejor? —le preguntó el estudiante tomándole una mano.

—Sí, sentía oprimida mi cabeza como si la tuviera encerrada en un círculo de hierro. ¿Ha visto a mis hijas? Vendrán en seguida, tan pronto como sepan que estoy enfermo, y m[illegible] mo cariño que en [illegible] ¡Dios mío!, quisiera [illegible] viese limpio para re[illegible] esta noche un joven, [illegible] la turba que tenía.

—Ya sube Cristóbal [illegible] que le envía ese joven [illegible] suave Eugenio.

—Bueno, pero ¿cómo va[illegible] leña? Yo no tengo un cén[illegible] lo di todo, todo, y ahora [illegible] de caridad. ¿Era, al menos, b[illegible] de mi hija? (¡Ah!, ¡cuánto [illegible] cias, Cristóbal, Dios le recomp[illegible] mío; yo no podré hacerlo, por[illegible] queda nada.

—Yo os pagaré bien a ti y a [illegible] dijo Eugenio al oído al criado.

—Te dijeron mis hijas que iban [illegible] nir, ¿verdad, Cristóbal? Anda, corr[illegible] vez allá, y te daré cinco francos. [illegible] que no me encuentro bien, y que quis[illegible] abrazarlas y verlas una vez más antes [illegible] morir. Diles esto, pero sin asustarlas [illegible] masiado.

Cristóbal partió, obedeciendo a una s[illegible] ña de Rastignac.

—¡Oh!, yo las conozco, vendrán —[illegible] puso el anciano—. Si yo muero, qué p[illegible] va a tener esa pobre Delfina. Y Na[illegible] también. Quisiera no morir por no [illegible] cerlas llorar. Mi buen Eugenio, morir [illegible] no verlas ya más. ¡Cuánto voy a aburr[illegible] me sin ellas en el otro mundo! Para [illegible] padre, el infierno es no estar con sus h[illegible] jos, y yo ya he hecho mi aprendiza[illegible] desde que ellas se casaron. Mi paraís[illegible] estaba en la calle de la Jusiana. Diga usted: si voy al cielo, ¿podré venir a verlas en espíritu a la tierra? He oído deci[illegible] estas cosas; ¿son ciertas? En este momento creo verlas tal como eran en la calle de la Jusiana. Bajaban por la mañana y me decían: "Buenos días, papá". Y entonces yo las tomaba en mis rodillas, les hacía mil caricias y mil fiestas y ellas me correspondían. Almorzábamos todas las mañanas juntos, comíamos; en fin, que era padre y gozaba de mis hijas. Cuando estaban en la calle de la Jusiana no razonaban, no conocían el mundo y me querían bien. ¡Dios mío!, ¿por qué no habrán sido siempre pequeñas? (¡Oh!, ¡cuánto sufro, mi cabeza estalla!) ¡Ah!, ¡ah!, hijas mías, sufro horriblemente, y cuando lo digo, muy grande debe ser mi dolor, porque vosotras me habíais hecho grande para el mal. ¡Dios mío! Si yo tuviese únicamente sus manos entre las mías, ya no sentiría dolores. ¿Cree usted que vendrán? ¡Este Cristóbal es tan bestia! Debía de haber ido yo mismo. El va a tener la dicha de verlas. Pero usted estuvo ayer en el baile; dígame, ¿cómo estaban? No sabían nada de mi enfermedad, ¿verdad? ¡Oh!, las pobrecitas no hubieran bailado. ¡Bah!, no quiero estar ya más enfermo, porque aun precisan de mí. Sus fortunas están comprometidas. ¡Y a qué maridos se han entregado! Cúreme usted, cúreme usted. (¡Oh!, ¡cuánto sufro! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!) ¿Ve usted? Es necesario que sane, porque precisan dinero y yo sé dónde ir a ganarlo. Iré a hacer almidón a Odesa y ganaré millones, porque yo entiendo el negocio. (¡Oh!, ¡qué dolor más horrible!)

Goriot guardó un instante de silencio, pareciendo reunir todas sus fuerzas para soportar el dolor.

—Si ellas estuviesen aquí no me quejaría; ¿por qué, pues, he de quejarme ahora?

A estas palabras siguió un amodorramiento que duró algún rato. Cristóbal presentóse entretanto, y Rastignac, que creía dormido al padre Goriot, le dejó que diese cuenta de su misión en voz alta.

al m[illegible]rito, primero fuí a casa de la hija [illegible] condesa, y no pude hablarle porde[illegible]ía asuntos importantes con su masa[illegible]omo yo insistía, el señor de Restaud E[illegible]n persona y me dijo lo siguiente: [illegible] muere el señor Goriot? Es lo mejor [illegible]e puede hacer. La señora de Restaud [illegible]ene que ventilar conmigo asuntos importantes e irá tan pronto como acabe". [illegible]quel señor tenía trazas de muy mal humor. Iba ya a salir, cuando la señora en[illegible]ró en la antesala por una puertecita que yo no veía y me dijo: "Cristóbal, dile a mi padre que estoy disputando con mi marido, y que es cuestión de vida o de muerte para mis hijos; pero que tan pronto como acabe, iré". Respecto a la señora baronesa, no pude verla ni hablarle. "¡Ah! —me dijo la camarera—, la señora volvió el baile a las cinco y cuarto, está durmiendo, y si la despierto antes de las doce me reñirá. Cuando me llame le diré que su padre está peor. Siempre es pronto para dar malas noticias". En vano rogué y solicité ver al señor barón, porque éste había salido.

—¡Cómo!, ¿no vendrá ninguna de sus hijas? — exclamó Rastignac—. Voy a escribirles.

—¡Ninguna! — exclamó el anciano irguiéndose en la cama —. Tienen negocios, duermen, no vendrán; ya lo sabía. Es necesario morir para saber lo que son los hijos... ¡Ah, amigo mío!, no se case usted nunca, no tenga hijos. Les da usted la vida y ellos le pagan con la muerte. Les da usted acceso al mundo, y ellos le arrojan de él. No, no vendrán. Hace ya diez años que lo sé. A veces me lo decía a mí mismo, pero no me atrevía a creerlo.

Y diciendo esto, dos lágrimas asomaron a sus ojos, permaneciendo adheridas, sin caer, a sus enrojecidos párpados.

—¡Ah!, si yo fuese rico, si yo hubiese guardado mi fortuna, si no se la hubiese dado, ellas estarían aquí, me lamerían las mejillas con sus besos, viviría en un palacio, tendría buenas habitaciones, fuego, criados, y una y otra llorarían mi muerte en unión de sus maridos y de sus hijos. Tendría todo esto; pero ¡nada, nada! El dinero lo da todo, hasta hijas. ¡Oh, dinero mío, ¿dónde estás? Si tuviese tesoros que dejar, ellas me velarían y yo las oiría y las vería. ¡Ah!, hijo mío, mi único hijo, prefiero mi abandono y mi miseria. Al menos, cuando un desgraciado es amado, está seguro de que le aman. No, quisiera ser rico, porque las vería. Y a fe, ¿quién sabe? Ambas tienen corazones de roca. Yo sentía demasiado amor por ellas para que ellas lo sintiesen por mí. Un padre siempre debe ser rico y sostener a sus hijos por la brida cual si fueran caballos falsos, y yo, en cambio, les di rienda suelta.

"¡Miserables!, ¡cómo pagan mi conducta para con ellas hace diez años! ¡Si supiese usted con cuánto mimo me trataban los primeros tiempos de su matrimonio! (¡Oh!, ¡estoy sufriendo un cruel martirio!). Como acababa de darles ochocientos mil francos a cada una, ni ellas ni sus maridos podían mostrarse duros conmigo. Me recibían diciéndome papaíto por aquí, papaíto por allá, y siempre me tenían puesto un cubierto en su mesa a fin de que comiese con sus maridos, que me trataban con mucha consideración. ¡Claro!, ¡como que aun creían que tenía algo! ¿Por qué? No lo sé, porque yo no les había dicho nada de mis asuntos. Pero un hombre que da ochocientos mil francos a cada una de sus hijas es digno de ser cuidado. ¡Y con cuánto miramiento me trataban! Pero no era a mí, era a mi dinero. Me he convencido de que el mundo no tiene nada de hermoso. Me llevaban en coche al teatro, asistía cuando quería a sus veladas, se decían hijas mías y confesaban que yo era su padre. No crea usted que soy tonto, no se me escapaba nada. Todo aquello era astucia y me laceraba el corazón; pero el mal no tenía remedio; no estaban tan a gusto en su mesa como en la de abajo, y yo no sabía qué decir. Pero cuando algunas de sus visitas preguntaban al oído a mis yernos que quién era aquel señor, ellos contestaban:

"Es el padre del dinero, es rico", y entonces las gentes de mundo exclamaban: "¡Diablo!", y me miraban con respeto por mi dinero.

"Si a veces les molestaba un poco, en cambio pagaba bien sus molestias y ocultaba bien mis defectos. Pero ¿quién es perfecto en este mundo? (¡Ah! ¡mi cabeza es una llaga!) Mi querido Eugenio, sufro en este momento lo que es preciso sufrir para morir, y sin embargo esto no es nada en comparación con el dolor que me causó la primera mirada con que Anastasia me hizo comprender que acababa de decir una estupidez que la humillaba: su mirada me abrió todas las venas. En aquel momento hubiera querido saberlo todo; pero lo que supe fué que estaba de más en la tierra. Al día siguiente fuí a casa de Delfina para consolarme, y allí cometo otra tontería que la hace encolerizarse.

"Estuve unos días como loco, sin saber lo que debía hacer, y no me atrevía a ir a verlas por temor a sus reproches. Y heme ya a la puerta de mis hijas. ¡Oh!, ¡Dios mío!, tú que conoces las miserias y los sufrimientos que yo he soportado, tú que contaste las puñaladas que recibí en todo este tiempo, que me hizo encanecer y envejecer, ¿por qué me haces sufrir tanto hoy? Yo expié bien el pecado de quererlas demasiado, y ellas mismas se han vengado de mi cariño convirtiéndose en mis verdugos. ¡Oh!, pero los padres son tan tontos, yo las amaba tanto, que volví a ellas como el jugador al juego. Mis hijas eran mi vicio, mis queridas, eran todo para mí. Cuando alguna necesitaba algo, joyas, dinero, sus camareras me lo decían, y yo se lo daba para ser bien recibido.

"Me dieron algunas lecciones acerca de la manera de presentarme en el mundo; pero, de todos modos, lo cierto es que comenzaban a avergonzarse de mí. He aquí lo que es educar bien a los hijos. Y, sin embargo, a mi edad ya no podía ir a la escuela. (¡Oh! ¡Dios mío!, ¡sufro horriblemente! ¡Los médicos!, ¡los médicos! ¡Si me abriesen la cabeza, no sufriría tanto!) ¡Mis hijas!, ¡mis hijas! ¡Anastasia! ¡Delfina! ¡Quiero verlas! ¡Enviad a buscarlas por los gendarmes, a la fuerza! ¡La justicia está de mi parte! ¡Todo está de mi parte, la naturaleza, el Código Civil! ¡Protesto! ¡La patria perecerá si los padres se ven pisoteados! Esto es clarísimo. La sociedad, el mundo, se basan en la fraternidad, y todo se derrumba si los hijos no quieren a sus padres. Oh!, ¡verlas, oírlas, no importa que me digan lo que quieran, con tal que oiga su voz! Esto calmaría mis dolores; Delfina sobre todo. Cuando estén aquí, dígales que no me miren fríamente, como acostumbran. ¡Ah!, mi buen amigo Eugenio, usted no sabe lo que es encontrar el oro de la mirada trocado de pronto en plomo gris. Desde el día en que sus ojos dejaron de mirarme con cariño, siempre ha sido invierno para mí, sólo tuve penas que devorar, y las he devorado. Viví para ser humillado, insultado, y las quiero tanto, que soportaba inauditas afrentas por gozar de cualquier insignificante favor. ¡Esconderse un padre par[illegible] sus hijas! Yo les di mi vida y ellas no me concederán hoy una hora.

"Tengo sed, hambre, mi corazón arde, y ellas no vendrán a refrescar mi agonía, porque comprendo que me muero. Pero ¿acaso ignoran ellas lo que es marchar sobre el cadáver de su padre? Hay un Dios en los cielos que nos venga a los padres, a pesar nuestro. ¡Oh!, ¡vendrán! ¡Venid, queridas mías, venid aún a besarme, un último beso, el viático de vuestro padre, que rogará a Dios por vosotras, que le dirá que habéis sido buenas hijas y que os defenderá siempre! Después de todo, sois inocentes. Amigo mío, ellas son inocentes. Dígaselo usted a todo el mundo, y que nadie las inquiete por lo que a mí atañe. Toda la culpa es mía, que las acostumbré a pisotearme, porque me gustaba esto. Y esto no importa a nadie, ni a la justicia humana ni a la divina. Dios sería injusto si las condenase por mi culpa. Yo no supe obrar, y cometí la torpeza de abdicar a mis derechos. Me habría envilecido por ellas. ¡Qué quiere usted! El natural más hermoso, las dos mejores almas, habrían sucumbido ante la corrupción que supone la debilidad paterna.

"Soy un miserable y me veo justamente castigado. Yo sólo he causado los desórdenes de mis hijas y las he echado a perder. Hoy quieren el placer como querían antes los bombones. Siempre les he permitido satisfacer sus caprichos de chiquillas. ¡A los quince años tenían coche! Nada les negué, yo soy el único culpable, pero culpable por amor. Su voz me conmovía. Ya las oigo, ya vienen. ¡Ah!, sí, vendrán. La ley quiere que el hijo vaya a ver morir a su padre, la ley está de mi parte.

"Además, esto no costará más que una carrera, y si es necesario yo la pagaré. Escríbales usted diciéndoles que voy a dejarles millones, palabra de honor. Iré a Odesa a hacer pastas de Italia. Yo entiendo de eso. Con mi proyecto se pueden ganar millones. Nadie ha pensado en ello. Las pastas no se estropean con el transporte como el trigo y como la harina. ¡Oh!, ¡Oh!, ¿y el almidón? Hay para ganar millones. Dígaselo usted, millones, y no tema mentir, que yo, aunque vinieran por avaricia, no me importa con tal que pueda verlas. Yo quiero a mis hijas, son mías — dijo irguiéndose sobre la cama y mostrando a Eugenio su despeluznada y amenazadora cabeza".

—Vamos, papá Goriot, acuéstese usted que yo voy a escribirles —dijo Eugenio—; y si no vienen, yo iré a buscarlas tan pronto como regrese Bianchón para quedarse con usted.

—¿Si no vienen? — repitió el anciano sollozando —. ¡Oh!, si no vienen, estaré muerto de rabia, porque siento que la rabia se apodera de mí. En este momento veo mi vida entera, he sido engañado; ellas no me quieren ni me han querido nunca, bien claramente lo demuestran. Si no han venido ya, no vendrán, y cuanto más lo piensen, menos se decidirán a causarme este pequeño goce. Las conozco; nunca supieron adivinar ni mis penas, ni mis dolores, ni mis necesidades, y tampoco adivinarán mi muerte. Ni siquiera han conocido mi cariño. Sí, ahora lo comprendo. Para mis hijas su costumbre de desgarrarme las entrañas quitó valor a todo lo que yo hacía por ellas. Si me hubiesen pedido que me arrancase los ojos, yo les habría dicho: "Arrancádmelos". Soy demasiado estúpido. Ellas creen que todos los padres son como el suyo. Es preciso hacerse valer siempre. Sus hijos me vengarán. Pero, ¡si ellas mismas debían estar interesadas en venir por aquí! Adviértales usted que comprometen su ago-

nía, que cometen todos los crímenes en uno solo. Dígales que el no venir es un parricidio. ¿No han cometido bastantes crímenes sin añadir éste? Grite como yo: "¡Eh, Nasia! ¡Eh, Delfina! Venid a ver a vuestro padre, que ha sido tan bueno para vosotras y que sufre!" ¡Nada! ¡Nadie! ¿Moriré, pues, como un perro? He aquí mi recompensa, el abandono. Son unas infames, unas desalmadas. Yo las abomino, las detesto, las maldigo y por la noche me levantaré de la tumba para maldecirlas, porque, en fin, amigos míos, ¿tengo yo la culpa? Ellas se portan muy mal. ¡Eh!, ¿qué he dicho? ¿No me ha anunciado usted que Delfina estaba aquí? Es la mejor de la dos. Eugenio, usted es mi hijo, ámela, sea un padre para ella. La otra es muy desgraciada. ¿Y sus fortunas? ¡Ah!, ¡Dios mío!, ¡yo muero! ¡Sufro demasiado! Córtenme la cabeza y déjenme únicamente el corazón.

—Cristóbal, vaya a buscar a Bianchón y tráigame un cabriolé — exclamó Eugenio asustado al ver el carácter que tomaban las quejas y los gritos del anciano —. Mi buen padre Goriot, yo voy a buscar a sus hijas y las traeré.

—¡A la fuerza! ¡A la fuerza! Llame usted a la tropa, a los gendarmes! ¡Todo, todo! — dijo dirigiendo a Eugenio una última mirada en que brilló la razón —. Diga al gobierno y al juez que me las traigan, que yo lo quiero.

—Pero usted las ha maldecido.

—Y, ¿quién dijo eso? — respondió el anciano, estupefacto —. Usted sabe que yo las quiero, que las adoro. Si las veo, me curo, me pongo bueno. Corra, vecino mío, hijo querido, corra; yo quisiera pagarle este favor, pero sólo puedo prodigarle las bendiciones de un moribundo. ¡Ah!, quisiera al menos ver a Delfina para decirle que le recompense. Si la otra no puede venir, tráigame usted a ésta, dígale que usted no la amará más si no viene. Le quiere tanto que vendrá. ¡Agua!, mis entrañas arden. Póngame algo en la cabeza. ¡Ah!, la mano de mis hijas me curaría, lo comprendo. ¡Dios mío! ¿Quién recobrará su fortuna si yo me voy? Quiero ir a Odesa para hacer pastas.

—Beba usted esto — dijo Eugenio levantando al moribundo con el brazo izquierdo, mientras con el derecho le llevaba una tisana a la boca.

—Usted sí que debe querer a su padre y a su madre — dijo el anciano estrechando una mano de Eugenio entre las suyas —. ¿Comprende usted lo terrible que es morir sin ver a sus hijas? Tener sed siempre y no beber nunca: he aquí lo que me ocurre desde hace diez años. Mis dos yernos mataron a mis hijas. Sí, desde que se casaron murieron para mí. ¡Padres, pedid a las Cámaras que dicten una ley acerca del matrimonio! En fin, no case usted nunca a sus hijas si es que las quiere. El yerno es un desalmado que lo mancha todo en la hija. ¡No más matrimonio! Esto es lo que nos priva de nuestras hijas, obligándonos a morir sin ellas. ¡Haced una ley acerca de la muerte de los padres! ¡Esto es espantoso! ¡Venganza! Mis yernos son los que no las dejan venir. ¡Matadlos! Muerte a Restaud! ¡Muerte al alsaciano!, que son mis asesinos. La muerte, o mis hijas. ¡Ah!, ¡esto se ha acabado! ¡Muero sin ellas! ¡Nasia! ¡Delfina! ¡Vamos, venid! Vuestro papá sale...

—Mi buen padre Goriot, cálmese, vamos, esté tranquilo, no se agite, no piense usted en eso.

—No verlas. He aquí mi agonía.

—Ahora las verá!

—¿De veras? — gritó el anciano con entusiasmo—. ¡Oh!, ¡voy a verlas, oír su voz! Moriré feliz. Bien, sí, cuando las haya visto ya no quiero vivir, porque, después de todo, mis penas iban creciendo. ¡Pero verlas, tocar sus ropas, es bien poco! Pero que sienta yo algo suyo. Dejadme tocar sus cabellos... Quiero...

Antes de terminar la frase, su cabeza cayó sobre la almohada como si recibiese un golpe de maza, y sus manos agitáronse sobre la frazada, como para asir los cabellos de sus hijas.

—Yo las bendi...go — dijo haciendo un esfuerzo, y cayó desvanecido.

En ese momento entró Bianchón:

—Encontré a Cristóbal y me dijo que va a buscar un coche.

Después miró al enfermo, le levantó los párpados, y los dos estudiantes pudieron ver un ojo frío y empañado ya.

—No creo que vuelva en sí — dijo Bianchón tomándole el pulso y colocando una mano sobre el corazón —. La máquina sigue adelante; pero, en la situación que se halla, esto es una desgracia; sería preferible que muriese.

—A fe que sí — dijo Rastignac.

—Pero, ¿qué tienes?, estás pálido como un muerto.

—Amigo mío, acabo de oír quejas y gritos... ¡Hay un Dios! ¡Oh!, sí, hay un Dios que nos procurará un mundo mejor que esta maldecida tierra. Si esto no hubiera sido tan trágico, lloraría como un niño; pero no puedo hacerlo, porque mi corazón y mi estómago están horriblemente contraídos.

—Bueno, vamos a necesitar muchas cosas. ¿De dónde sacaremos el dinero?

—Toma, empéñalo en seguida — dijo Rastignac sacando su reloj —. No quiero detenerme en el camino, porque temo perder un minuto. Espero a Cristóbal, y, como no tengo un centavo, tendré que pagar el coche a la vuelta.

Rastignac bajó a toda prisa la escalera y encaminóse a la casa de la condesa de Restaud. Por el camino, su imaginación, impresionada por el horrible espectáculo que acababa de presenciar, caldeó su indignación. Cuando llegó a la antesala y preguntó por la condesa, le respondieron que no estaba visible.

—Es que vengo de parte de su padre, que se muere — le dijo al ayuda de cámara.

—No importa, recibimos severas órdenes del señor conde.

—Si el señor de Restaud está, dígale el estado en que se encuentra su suegro y adviértale que necesito hablarle ahora.

Eugenio esperó un rato, y mientras tanto pensaba:

—Acaso se estará muriendo en este instante.

El ayuda de cámara introdujo al estudiante en el primer salón, donde el señor de Restaud le recibió.

—Señor conde — le dijo Rastignac —, su señor suegro expira en este momento en un infame chiribitil sin tener un centavo para leña, y desea ver a su hija.

—Caballero — le respondió el conde de Restaud con frialdad —, ya usted habrá podido ver el poco cariño que siento por el señor Goriot. El formó el carácter de la señora de Restaud, fué la desgracia de mi vida y veo en él al enemigo de mi reposo. Me es completamente indiferente que viva o que muera. Estos son los sentimientos que me animan respecto a él. El mundo podrá vituperarme; pero no me importa, yo desprecio la opinión. Ahora tengo que hacer cosas más importantes que pensar en lo que opinarán de mí los estúpidos o los indiferentes. Respecto a la señora de Restaud, ahora no está en situación de salir. Dígale, pues, a su padre, que tan pronto como haya cumplido sus deberes para conmigo y para con sus hijos, irá a verle. Si ella quiere a su padre, puede estar libre dentro de algunos instantes.

—Señor conde, usted es dueño de su esposa y no me toca a mí juzgar su conducta, pero, ¿puedo contar con su lealtad? Pues bien, si es así, prométame únicamente decirle que a su padre no le queda un día de vida y que ya la maldijo al ver que no estaba a la cabecera de su cama.

—Dígaselo usted mismo — respondió el señor de Restaud sorprendido de los sentimientos de indignación que denotaba el acento de Eugenio.

Rastignac, conducido por el conde, penetró en el salón donde estaba la condesa, a la que encontró anegada en lágrimas y sepultada en una poltrona como mujer que desease morir. A Eugenio le dió lástima. Antes de mirar a Rastignac, Anastasia dirigió a su marido tímidas miradas que denotaban una postración completa de fuerzas, agotadas a causa de una tiranía moral y física. El conde hizo una inclinación de cabeza, y entonces la condesa dijo:

—Caballero, lo oí todo. Dígale a mi padre que si conociese la situación en que me hallo me perdonaría. No contaba con este suplicio, que es superior a mis fuerzas; pero resistiré hasta el fin — le dijo a su marido —, porque soy madre. Dígale a mi padre que mi conducta con él es irreprochable, a pesar de las apariencias — le gritó al estudiante con desesperación.

Eugenio saludó a los dos esposos, y adivinando la terrible situación de aquella mujer, retiróse sin decir nada. El tono del señor de Restaud le demostró la inutilidad de su paso, y comprendiendo que Anastasia no era libre, corrió a casa de la señora de Nucingen, a la que halló en la cama.

—Amigo mío, estoy enferma y espero al médico. Me agarró el frío al salir del baile, y temo tener un fuerte resfrío.

—Aunque tuviese usted la muerte en los labios, tiene que venir al lado de su padre — le dijo Eugenio interrumpiéndola —. Si pudiese oír el más ligero de sus agudos gritos, ya no se sentiría enferma.

—Eugenio, mi padre no está tal vez tan enfermo como usted dice; pero de todas suertes, no quiero aparecer culpable a sus ojos y haré lo que desea. Ya sé que él se moriría de pena si mi enfermedad se agravase con esta salida. Pero no importa, iré tan pronto como haya venido mi médico. ¡Ah!, ¿por qué no lleva ya mi reloj? — dijo Delfina al ver que Eugenio no llevaba su cadena.

Eugenio se puso colorado.

—Eugenio, me disgustaría grandemente saber que usted lo ha vendido o perdido.

El estudiante inclinóse sobre la cama de Delfina y le dijo al oído:

—¿Quiere saberlo? Pues bien, sépalo: su padre no tiene con qué comprarse el sudario que ha de cubrir esta noche su cadáver. Como no tenía dinero, el reloj está empeñado.

Delfina saltó de pronto de la cama, corrió a su *secreter*, tomó de él un portamonedas y se lo entregó a Rastignac exclamando:

—¡Oh!, voy, voy al instante, Eugenio, deje que me vista. El no ir sería una monstruosidad. Vaya delante, que yo le alcanzaré. Teresa — dijo a su camarera —; dígale al señor de Nucingen que deseo hablarle al instante.

Eugenio, satisfecho de poder anunciar

al moribundo la presencia de una de sus hijas, llegó casi alegre a la calle Nueva de Santa Genoveva y echó mano a la bolsa para pagar inmediatamente al cochero. El portamonedas de aquella mujer tan joven, tan rica y tan elegante no contenía más de setenta francos. Al llegar al cuarto del padre Goriot, encontró a éste sostenido por Bianchón, y operado por el cirujano del hospital en presencia del médico. Le quemaban la espalda con moxas, último remedio de la ciencia, pero remedio inútil.

—¿Las siente? —le preguntó el médico.

Como el padre Goriot hubiese entrevisto al estudiante, le preguntó:

—Vienen, ¿verdad?

—Sí, Delfina me sigue.

—Vamos — dijo Bianchón —, hablaba de sus hijas, a las que ni un segundo olvida.

—Cese usted — dijo el médico al cirujano —, no hay nada que hacer, no hay medio de salvarle.

Bianchón y el cirujano colocaron al moribundo sobre su infecta cama.

—Sin embargo, sería necesario cambiarle de ropa — dijo el médico —. Aunque no hay esperanza, es preciso respetar en él la naturaleza humana. Luego volveré, Bianchón — dijo al estudiante —. Si se queja, póngale opio sobre el diafragma.

El cirujano y el médico salieron.

—Vamos, Eugenio, valor, amigo mío — le dijo Bianchón a Rastignac cuando se hallaron solos —. Pongámosle una camisa limpia y cambiémosle la ropa de la cama. Vete a decirle a Silvia que suba sábanas y que venga a ayudarnos.

Eugenio bajó y halló a la señora Vauquer ocupada en poner la mesa con Silvia. A las primeras palabras que le dijo Rastignac, la viuda aproximóse a él tomando esa actitud especial del comerciante desconfiado que no quiere perder su dinero ni enfadarse con el consumidor.

—Mi querido señorito Eugenio — le dijo —, usted sabe como yo que el padre Goriot no tiene un centavo. Dar sábanas a un hombre que está a punto de morir, es perderlas, tanto más cuanto que habrá que emplear alguna en la mortaja. Me debe usted ya ciento cincuenta y cuatro francos, agregue cuarenta francos de sábanas y algunas otras cosillas como la candela que le dará Silvia, y ya tiene usted doscientos francos que una pobre viuda como yo no está en estado de perder. ¡Diantre!, sea usted justo, señorito Eugenio. Bastante he perdido en estos cinco días en que la suerte se cebó en mí. Daría de buena gana diez escudos porque ese hombre se hubiera marchado, como me anunció. Esto perjudica a los demás pensionistas, y si no fuese por usted lo hubiese llevado al hospital. En fin, póngase en mi lugar. Ante todo mi establecimiento, que es mi vida.

Eugenio subió rápidamente a la habitación del padre Goriot.

—Bianchón, ¿dónde está el dinero del reloj?

—Sobre la mesa hay trescientos sesenta y tantos francos. Lo que falta lo empleé en pagar lo que debíamos. La papeleta de empeño está junto al dinero.

—Tenga usted, señora — dijo Rastignac después de haber bajado a toda prisa las escaleras —. Cóbrese. Al señor Goriot le queda poco tiempo de estar en su casa.

—Sí, el pobre hombre saldrá con los pies para adelante — dijo la patrona contando los doscientos francos con aire entre alegre y melancólico.

—Acabemos — dijo Rastignac.

—Silvia, saca sábanas y sube a ayudar a estos señores. Supongo que usted no olvidará a Silvia, que hace ya dos noches que vela — dijo la señora Vauquer en voz baja a Eugenio.

Tan pronto como Rastignac volvió la espalda, la vieja aproximóse a su cocinera para decirle al oído:

—Toma las sábanas viejas del número 7. ¡Qué diablo!, para un muerto son demasiado buenas.

Eugenio, que había subido algunos escalones de la escalera, no oyó estas palabras.

—Vamos — le dijo Bianchón —, cambiémosle la camisa, mantenle derecho.

Eugenio se puso a la cabecera de la cama y sostuvo al moribundo, al que Bianchón sacó la camisa. El padre Goriot hizo un gesto como para guardar algo sobre su pecho y lanzó plañideros e inarticulados gritos como los animales cuando dan muestras de un gran dolor.

—¡Oh!, ¡oh! — dijo Bianchón —. Pide una cadenita de pelo y un medallón que le sacamos para ponerle las moxas. ¡Pobre hombre!, hay que volver a ponérsela, está sobre la chimenea.

Eugenio fué a tomar una cadena hecha con cabellos castaños pertenecientes, sin duda, a la señora de Goriot, y de un lado del medallón leyó: *Anastasia*, y del otro: *Delfina*. Aquella era la imagen de su corazón que descansaba siempre sobre su pecho. Los rizos que contenía el medallón eran tan finos, que debieron haber sido cortados durante la infancia de sus dos hijas. Cuando el medallón tocó su pecho, el anciano lanzó un prolongado ¡ah! que denotaba su inmensa satisfacción. Esa era una de las últimas muestras de su sensibilidad, que parecía retirarse al centro desconocido de donde parte y adonde se dirigen nuestras simpatías. Su cara convulsa tomó una expresión de alegría, y los dos estudiantes, sorprendidos ante la terrible fuerza de un sentimiento que sobrevivía al pensamiento, derramaron lágrimas sobre el moribundo, el cual lanzó un agudo grito de placer diciendo:

—¡Nasia! ¡Fifina!

—Aun vive — dijo Bianchón.

—¿Para qué le sirve? — dijo Silvia.

—Para sufrir — respondió Rastignac.

Después de haber hecho una seña a su compañero para que le imitase, Bianchón arrodillóse para pasar los brazos por debajo de las pantorrillas del enfermo, mientras que Rastignac hacía otro tanto por debajo de la espalda. Silvia estaba allí para sacar las sábanas y mudárselas cuando el moribundo estuviese levantado. Engañado, sin duda por las lágrimas, Goriot hizo un último esfuerzo para extender las manos, encontró a cada lado de la cama las cabezas de los estudiantes, las asió violentamente por los cabellos y se le oyó decir débilmente: "¡Ah!, ¡ángeles míos!", dos palabras, dos murmullos acentuados por el alma, que voló después de producirlos.

—¡Pobre hombre! — dijo Silvia enternecida al oír aquella exclamación que denotaba un supremo sentimiento, exaltado por última vez por la más horrible y más involuntaria de las mentiras.

El último suspiro de aquel padre debía ser un suspiro de alegría, la expresión de toda su vida, pues también se engañaba. El padre Goriot fué colocado cuidadosamente sobre su cama. A partir de aquel momento, su fisonomía conservó la dolorosa huella del combate que se libraba entre la muerte y la vida. Su destrucción ya no era más que cuestión de tiempo.

—Va a permanecer así algunas horas y morirá sin dar muestras de ello, sin estertor siquiera.

tamente invadido.

En aquel momento oyóse el paso de una joven jadeante.

—Llega demasiado tarde — se dijo Rastignac creyendo que era Delfina.

Pero, no, no era ésta, sino Teresa, su camarera, que se apresuró a decirle:

—Señorito Eugenio, con motivo del dinero que la pobre señora le pedía para su padre, se promovió en casa una violenta escena entre el señor y la señora. Ésta se ha desmayado y tuvo que ir el médico a sangrarla, porque gritaba como una loca: "¡Mi padre se muere! ¡Quiero ver a papá!"

—Bueno, Teresa, aunque viniera ahora sería inútil, porque el señor Goriot no tiene conocimiento.

—¡Pobre señor! ¿Tan malo está? — dijo Teresa.

—Como ya son las cuatro y media y no me necesitan, me voy a arreglar la comida — dijo Silvia, que tropezó en la escalera con la señora de Restaud.

Aparición grave y terrible en verdad fué la de la condesa, la que contempló el lecho de muerte mal iluminado por una sola candela, y derramó abundantes lágrimas al ver el rostro de su padre, donde aun palpitaban los últimos chispazos de vida.

Bianchón retiróse por discreción.

—No me escapé bastante a tiempo — dijo la condesa a Rastignac.

El estudiante hizo con la cabeza un signo afirmativo lleno de tristeza. La señora de Restaud tomó la mano de su padre y la besó.

—Perdóneme usted, padre mío. Decía que mi voz le haría salir de la tumba; pues bien, vuelva un momento a la vida para bendecir a su arrepentida hija. Oígame. Esto es terrible, porque su bendición es la única que puedo recibir en la tierra en lo sucesivo. Todo el mundo me odia. Sólo usted me ama. Hasta mis propios hijos me odiarán. Lléveme consigo, que yo le amaré y le cuidaré. ¡Ya no oye! ¡Yo me vuelvo loca! — añadió la condesa cayendo de rodillas y contemplando aquellos despojos con expresión de delirio —. Nada falta a mi desgracia — dijo mirando a Eugenio —. El señor de Trailles se marchó dejando enormes deudas, y supe que me engañaba. Mi marido no me perdonará nunca, y yo le hice dueño de mi fortuna. He perdido todas mis ilusiones. ¡Ay de mí! ¿Por qué hice traición al único corazón que me adoraba? — añadió señalando a su padre —. ¡Oh!, ¡le he desconocido, le he rechazado, le he causado mil males, qué infame soy!

—El lo sabía — dijo Rastignac.

En este momento el padre Goriot abrió los ojos por efecto de una convulsión, y el gesto que revelaba la esperanza de la condesa no fué menos horrible que el movimiento de ojos del moribundo.

—¿Me habrá oído? — gritó la condesa —. No — se dijo, sentándose al lado de la cama.

Como la señora de Restaud hubiese manifestado deseos de estar al lado de su padre, Eugenio bajó para tomar un poco de alimento. Los huéspedes de la pensión estaban reunidos.

—¿Conque parece que vamos a tener arriba un muertecito? — preguntó el pintor.

—Carlos — le dijo Eugenio —, me parece que ya podría usted bromear con algo menos lúgubre.

—Hombre, ¿no se va a poder reír aquí? — repuso el pintor —. ¿Qué importa esto, si Goriot ya no tiene conocimiento según dice Bianchón?

—Vamos — repuso el empleado del Mu-

seo —, morirá como ha vivido.

—¡Mi padre ha muerto! — gritó la condesa.

Al oír este terrible grito, Silvia, Rastignac y Bianchón subieron y hallaron desmayada a la señora de Restaud. Después de haberla hecho volver en sí, la transportaron al coche que la esperaba. Eugenio confió su cuidado a Teresa, ordenándole que la llevase pronto a casa de la señora de Nucingen.

—¡Oh!, está bien muerto — dijo Bianchón al bajar.

—¡Vamos, señores, a la mesa, que va a enfriarse la sopa! — dijo la señora Vauquer.

Los dos estudiantes sentáronse el uno al lado del otro.

—¿Qué es necesario hacer ahora? — preguntó Eugenio a Bianchón.

—Ya le cerré los ojos y dispuse todo convenientemente. Cuando el médico forense venga a certificar la defunción que nosotros declararemos, lo coseremos a una mortaja y lo enterraremos. ¿Qué quieres que se haga?

—Ya no volverá a oler el pan de este modo — dijo un huésped imitando el ademán que solía hacer el pobre viejo.

—¡Pardiez!, señores, dejen ya al padre Goriot. No sé a qué viene hablar tanto de él. Uno de los privilegios de la buena ciudad de París, es que se puede nacer, vivir y morir sin que nadie haga caso de uno. Aprovechémonos, pues, de las ventajas de la civilización. Hoy hay sesenta muertos en París. ¿Quieren ustedes apiadarse de las hecatombes parisienses? Si el padre Goriot ha muerto, mejor para él. Si tanto le quieren, vayan arriba a velarle y déjennos comer tranquilamente.

—¡Oh!, sí, mejor para él que se haya muerto, porque, al parecer, el pobre hombre tuvo muchos disgustos durante su vida — dijo la viuda.

Esta fué la única oración fúnebre que se pronunció por un ser que, para Eugenio, representaba la Paternidad. Los quince pensionistas pusiéronse a charlar como de ordinario. Cuando Eugenio y Bianchón comieron, el ruido de los tenedores y las cucharas, las risas de la conversación, las diversas expresiones de aquellas caras glotonas e indiferentes les helaron de horror. Salieron para ir a buscar un sacerdote que rogase y velase por el muerto durante la noche. Tuvieron que tributar los últimos honores a aquel buen padre con el poco dinero de que podían disponer. A las nueve de la noche, el cuerpo fué colocado dentro de una sábana, entre dos hachas, en aquel cuarto desnudo, y un sacerdote fué a sentarse a su lado. Como Rastignac hubiese preguntado al sacerdote el precio del entierro y de los funerales, antes de acostarse puso cuatro letras al barón de Nucingen y al conde de Restaud, rogándoles que enviasen a sus administradores a fin de sufragar los gastos del entierro de su suegro. Le entregó las cartas a Cristóbal, y después acostóse rendido de fatiga. A la mañana siguiente, Bianchón y Rastignac tuvieron que ir en persona a declarar la defunción, cuyo certificado quedó extendido a las doce. Dos horas después, ninguno de los dos yernos había mandado dinero, nadie se había presentado en nombre de ellos y Rastignac habíase visto obligado a pagar ya los gastos del sacerdote. Como Silvia hubiera pedido diez francos por amortajar al difunto y coserlo a una mortaja, Eugenio y Bianchón calcularon que si los parientes del muerto se negaban a intervenir en nada, ellos no podrían, con gran pena, sufragar los gastos. El estudiante de medicina encargóse, pues, de poner él mismo el cadáver en un ataúd de pobre que mandó traer del hospital, donde le saldría más barato.

—Hazles a esos pillastres una jugarreta — le dijo Bianchón a Eugenio —. Vete a comprar un nicho en el cementerio del Père-Lachaise por cinco años, y encarga un entierro de tercera clase. Si las hijas y los yernos se niegan a pagarte lo que hayas gastado, haz grabar este epitafio en su tumba:

"Aquí yace el señor Goriot, padre de la condesa de Restaud y de la baronesa de Nucingen, enterrado a expensas de dos estudiantes".

Eugenio no siguió el consejo de su amigo hasta después de haber estado infructuosamente en casa de los señores de Nucingen y de Restaud, cuya puerta no pudo trasponer, porque los criados, cumpliendo órdenes severas, le dijeron:

—Los señores no reciben a nadie; su padre ha muerto y están sumidos en el más vivo dolor.

Eugenio tenía bastante experiencia del mundo parisiense para saber que no debía insistir, y sintió oprimido su corazón al ver que le era imposible hablar a Delfina; pero le escribió estas palabras:

"Venda usted una alhaja para que su padre sea conducido decentemente a la última morada".

Después de encerrar esta misiva en un sobre, se la entregó al criado del barón, rogándole que se la diese a Teresa para su ama; pero aquél se la entregó al barón de Nucingen, el cual la arrojó al fuego. Después de haber dispuesto lo necesario para el entierro, Eugenio volvió a la pensión a eso de las tres y no pudo contener una lágrima al ver en el portal de la posada el ataúd cubierto apenas con un paño negro y colocado sobre dos sillas. Un mal hisopo, que nadie había tocado aún, permanecía sumergido en una fuente de cobre plateada llena de agua bendita. La puerta no estaba siquiera cubierta con un paño negro. Aquella era la muerte de los pobres, que no tiene fausto, ni comitiva, ni amigos, ni parientes. Bianchón, obligado a ir al hospital, había escrito cuatro letras a Rastignac dándole cuenta de lo que había hecho en la iglesia. El interno le decía que como una misa era muy cara, era preciso contentarse con un sencillo responso, y había enviado a Cristóbal con una carta a las pompas fúnebres. En el momento en que Eugenio acababa de leer la esquela de Bianchón, vió en manos de la señora Vauquer el medallón de oro que contenía los cabellos de las hijas del difunto Goriot.

—¿Cómo se atrevió usted a agarrar eso? — le preguntó.

—Hombre, ¿querrá usted enterrarlo con él? Si es de oro — dijo Silvia.

—¿Y qué? — repuso Eugenio con indignación —. Que lleve al menos consigo la única cosa que puede representar a sus dos hijas.

Cuando llegó el coche fúnebre, Eugenio ordenó a los mozos que subiesen el ataúd, lo desclavó y colocó religiosamente sobre el pecho del muerto una imagen que se remontaba a la época en que Delfina y Anastasia eran jóvenes, vírgenes y puras y no *razonaban*, como había dicho Goriot en medio de sus gritos de agonía. Rastignac y Cristóbal, acompañados de dos enterradores, fueron los únicos acompañantes del coche que llevaba al pobre hombre a San Esteban del Monte, iglesia poco distante de la calle Nueva de Santa Genoveva. Llegado allí el cadáver, fué depositado en una vieja y sombría capilla, en torno de la cual buscó en vano el estudiante a las dos hijas de Goriot o a sus maridos. Estuvo solo con Cristóbal, que se creía obligado a tributar los últimos honores a un hombre que le había hecho ganar algunas buenas propinas. Al oír a los dos sacerdotes, al sacristán y al monaguillo, Rastignac estrechó la mano a Cristóbal sin poder pronunciar palabra.

—Sí, señorito Eugenio — dijo Cristóbal —, era un hombre bueno y honrado que jamás decía una palabra más alta que otra ni hacía daño a nadie.

Los dos sacerdotes, el sacristán y el monaguillo, tributaron al difunto las plegarias que se pueden obtener por setenta francos en una época en que la religión no es bastante rica para rezar de balde. El clero cantó un salmo, el *Libera* y el *De Profundis*. La ceremonia duró veinte minutos, y al terminar, sólo había un coche para el sacerdote y el monaguillo, que consintieron en recibir consigo a Eugenio y a Cristóbal.

—Como no hay comitiva y ya son las cinco y media, podremos ir más aprisa para no retrasarnos.

Sin embargo, en el momento en que de nuevo fué colocado el cuerpo en el coche fúnebre, dos coches, cuyas portezuelas ostentaban las armas de la nobleza, pero que estaban vacíos, el del conde de Restaud y el del barón de Nucingen, presentáronse y siguieron al cortejo hasta el cementerio del Père-Lachaise. A las seis, el cuerpo del padre Goriot fué colocado en su fosa, en torno de la cual estaban los criados de sus hijas, los cuales desaparecieron con el clero tan pronto como éste pronunció la corta plegaria pagada con el dinero del estudiante. Una vez que los dos enterradores hubieron arrojado algunas paletadas de tierra sobre el ataúd para enterrarlo, irguiéronse, y uno de ellos, dirigiéndose a Rastignac, le pidió la propina. Eugenio metió mano en el bolsillo, lo encontró vacío y se vió obligado a pedirle prestado un franco a Cristóbal. Este hecho tan sencillo en sí mismo, determinó en Eugenio un horrible acceso de tristeza.

El día comenzaba a declinar, un húmedo crepúsculo excitaba los nervios. Eugenio contempló la tumba y sepultó en ella su última lágrima de joven, esa lágrima arrancada por las santas emociones de un corazón puro, una de esas lágrimas que, desde la tierra donde caen, rebotan hasta los cielos. Después cruzóse de brazos y contempló las nubes. Al verlo de este modo, Cristóbal decidióse a dejarle.

Ya solo, Rastignac dió algunos pasos hacia la parte alta del cementerio, y desde allí contempló la ciudad de París tortuosamente extendida a lo largo de las dos orillas del Sena, a la hora en que empezaban a brillar las luces. Sus ojos fijáronse casi con avidez en la columna de la plaza Vendôme y los Inválidos, allí donde vivía aquel hermoso mundo que tanto había deseado frecuentar. Dirigió a aquella colmena bulliciosa una mirada con la cual parecía absorber de antemano su miel, y pronunció estas palabras:

—¡Ahora nos veremos los dos!

Y como primer acto del reto que lanzaba a la Sociedad, Eugenio Rastignac se fué a comer con la baronesa de Nucingen.

Fin de "EL PADRE GORIOT"

UNA TRANCA DE DIEZ PESOS

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 29)

(Aparte):

He tomando el peso,
melico, a esta guayaba.

(Observa. Idéntico juego. Vuelve a la carga. Con tono displicente):

¿Compraré la casita
o volveré a la estancia?

(Al vigilante, mientras deferentemente lleva la mano al rotoso sombrero):

¿Cómo dijo, señor?

(El vigilante lo mira sin contestarle, sin oirle):

¿Qué?... ¿Qué dice?...

("Para la oreja". Luego, componiéndose el pecho compadronamente):

¡Pensaba!...

(Breve pausa. Levanta la cintura de la bombacha, aprieta la faja. Se requinta el sombrero.Hace gestos de pícaro y de guapo):

¡Se apichonó el melico!

(Contoneándose):

¡También con la topada!...

(Se anima con un trago):

Yo lo gozo un ratito
y salga lo que salga...

(Dirigiéndose a uno de los parroquianos):

¿Cómo era la milonga,
aquella, que empezaba...?

(Finge recordar y, punteando una imaginaria guitarra, canta con voz destemplada):

¿Se ha fijado como brillan
hoy los botones, cuñao?
Si vale más el recao
que el mancarrón que lo ensilla...

(Con la última sílaba, se encoge súbitamente, el brazo en alto, como atajándose un golpe que nadie piensa amagarle. El vigilante y el patrón apenas lo miran. Los restantes, ni eso. Dirigiéndose al vigilante en tono altivo):

¡Epa!... No lo provoco
ni le he faltao en nada.

(Conciliador):

No se enoje, mi cabo.

(El vigilante ríe silenciosamente, manteniendo su inmovilidad):

¡No me ponga esa cara!...
¿Cómo dice?

(El mismo juego anterior):

¡Caracho,
que tiene la voz baja!...
Le juro, mi sargento,
que no oigo ni palabra.

(El vigilante apenas le hace un ademán con la mano, como indicándole que no lo moleste. Luego se vuelve al dueño. El Mamao reacciona. Torna a levantarse la cintura de la bombacha, apretarse la faja, requintarse el sombrero. Muy altanero):

¿Y por qué voy a irme
derechito a mi casa,
si aun queda una botella
y en la botella caña?...
Si no he faltado a naides...
Si he pagado hasta... el agua...;
Me quedo en el boliche,
mientras me dé la gana.

(El vigilante se yergue. Parece que va a dar un paso hacia el Mamao. Este, instantáneamente, le vuelve la espalda y levanta los brazos, en la actitud del sujeto que sabe que va a ser "palpado de armas". No hace tal cosa el vigilante, que quiebra la cadera nuevamente, recostándose contra el mostrador. Pero el Mamao sigue protestando):

¿Y aúra?... ¿Pa' qué me soba
mondongo y riñonada?

(Provocativo):

¿Fruncís como jareta
por temor a mis armas?

(Sarcástico):

No cargo más que aquellas
que, usando viejas mañas,
el comesario y vos
me pondrán en el acta.

(Bravucón):

Para los entreveros
con guapos de tu laya,
una de mis chancletas
bien manejada, basta...

(Altivo):

Pa tigres, solamente
uso el poncho y la daga.

(Con "terrible modestia"):

¿Ves estas cicatrices
de cien trenzadas bravas?

(Con reserva y petulancia):

Rezale a los finaos
que marcaron mi cara...

(Ahora todos los personajes ríen silenciosamente):

Dejá de jeringarme
y despejá la cancha...

(Despectivo):

Con vos, pa disgraciarme
tengo poca disgracia.

(Severo):

Pero si andás buscando
que se arme la jarana,
acercate no más...

(Enfático:)

¡Vas a ver qué pavada!...

(Burlón):

¿Pensás que soy de arriar
mesmo que el viento al agua,
soplándole a su gusto,
despacito o con rabia?

(Jactancioso):

¿No, m'hijito...? ¿Diande
te saldrá tan barata?

(Como escuchando).

¿Quién soy yo?... ¿Dónde vivo?

(Como escupiendo):

Preguntale a tu mama...

(Instantáneamente trastabilla, cual si hubiera recibido un fuerte empellón. Nadie se ha movido, sin embargo):

No rempujés, melico,
y respetá mis canas...

(Pega un saltito ridículo, alejándose del inmóvil y risueño vigilante. Se prepara para la pelea):

¡A ver!... ¡Venite al humo!...
¡Demostrá tus agallas!...

(Como para sí):

¡Aúra sí que se armó
la de copar la banca!...

(Se quita una alpargata que esgrime como un facón, mientras enrolla un invisible poncho en el antebrazo izquierdo. Retador, al vigilante que lo mira riéndose, igual que todos los demás personajes, sin que ninguno abandone el puesto indicado):

Me está sobrando el cuero,
lo juego en la parada...

(Despreciativo):

Y a vos —si no es jabón—,
¡qué te va a sobrar nada!...
¿Me buscaste las pulgas?
Vas a ver cómo saltan...

(Frenético):

¡Atropellame, flojo!

(A los otros que, repitámoslo una vez más, no se han movido, y forcejeando cual si, en efecto, lo agarraran):

¡No me sujeten, maulas!

(Autoritario):

Dejen espacio libre.

(Al vigilante, estallando):

¡Peliá, si tenés alma!
Hacé un dentre siquiera
pa demostrar entrañas

("Sobrador"):

Si viniste a llevarme,
andá pidiendo cuarta.
¡Y ni aun ansina!... ¡Cuándo!...
¿Llevarme?... ¡Ni a la rastra!...

(Compasivo):

De veras que no envidio
ni un chiquito la changa.

(Se detiene asombrado. La borrachera, que llega al máximo, le multiplica la imagen del vigilante que enfrenta. Ahora ve dos, cuatro, diez. El actor, con su talento interpretativo y repetidas señales con la alpargata que esgrime, dará la sensación requerida):

¡Oya!... ¡Más vigilantes!...

(Al verdadero, al real):

¿Para que te ayudara,
llamaste a la partida?

(Irónico):

¡Miren todos qué hazaña!

(Resuelto):

No importa. En montonera
verán como disparan.

(Epico):

Así, en montón, se arrean
tropillas y majadas.

(Atropella y empieza a pelear, repartiendo zapatillazos a diestro y siniestro —al aire, por supuesto—, sin descuidar, con rápidos quites, la defensa de imaginarios hachazos y puñaladas. Gritando):

¡Atajá este revés
en medio de las guampas!...

(Como si el "otro" se quejara):

No, si te voy a dar
confites por la gracia...

(A otro):

¡Para vos, un planazo!...

(A otro):

¡A vos, de punta y hacha! ..

(A otro):

¡Un tajo pa tu jeta!

(A otro):

Un ojal pa tu panza...

(En un grito indignado):

¡¡No echen tierra a los ojos, pandilleros canallas!!...

(Se limpia los ojos, cual si realmente lo hubieran enceguecido con tierra. Amenazando al fantasmagórico y desleal adversario):

¡En cuantito te alcance
te dejo como tarja!...
Cantarán las lechuzas
sobre el techo 'e tu casa.

(Pasa la mirada en círculo, cual si los enemigos los rodearon a distancia):

¿Ande está el toro qu'iba
a llevarme a la rastra?

(De súbito se encoge, tambalea. La alpargata cae de su mano trémula. Con voz tremenda que pronto se torna dolorida, estertorosa):

¡Ay!... ¡Perros!... ¡Me han herido
a traición, por la espalda!...

(Indignado):

¡Cobardones chirinos!
¡Tan sólo así —malhaya—
fueron matando a todos
los de mi raza gaucha!

(Y, efectivamente, cae redondo al suelo. Se revuelca por unos instantes y se aquieta, por fin, mientras todos los restantes personajes, riendo, recién, sonoramente):

VIGILANTE.

¡Qué peludo tremendo!...

PATRÓN *(orgulloso)*

¡Es hereje mi caña!...

UNO *(asombrado)*

¡Ahí, no más, en el suelo,
se durmió con la tranca!

OTRO

El pobre hablaba solo...

UN TERCERO

¡Creiba que peliaba!...

VIGILANTE *(como antes)*

¡Qué peludo tremendo!...

PATRÓN *(ídem)*

¡Es hereje mi caña!...

T E L O N

LA NIÑA MILAGROSA..

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 27)

pose como modelo para una serie de *affiches* de propaganda de ciertas harinas malteadas. La propuesta es aceptada, y a los pocos meses la pequeña Evelyn Paris muestra su carita angelical a todo los Estados Unidos, estampada en innumerables cartelones. Es que comienza la popularidad de la futura Ann Shirley. Es que el celuloide ya la está llamando...

Pasaporte para Hollywood

Entonces quedamos en que nuestra heroína inicia la brega por la vida a los catorce meses de edad, como modelo, sin enterarse ella misma casi...

Evelyn crece día a día. Pasan los años. Sigue trabajando de modelo. Unas veces para avisos de pastas dentífricas, otras para propaganda de golosinas... Los dibujantes tienen especial predilección por esta muchachita sencilla, que a todo el mundo sonríe dulcemente. La invitan a visitar sus casas, a jugar con sus retoños, a acompañarlos a los teatrillos de títeres.

—Creo que no se podía encontrar en aquel entonces chica más confiada y feliz que yo entre todas las niñas, hasta las más encumbradas, de Nueva York —ha dicho Ann Shirley en alguna oportunidad.

Pero el secreto de su triunfo en la vida, su mejor pasaporte para entrar en Hollywood por la puerta grande, está en la enorme simpatía que irradia.

Alguien que en una ocasión va a Coney Island y le saca una fotografía, le dice: "Eres tan fotogénica que pareciera que hubieses nacido especialmente para el cine". Eran palabras proféticas.

La primera película en que interviene lleva por título "La niña milagrosa".

Y eso es ella precisamente en la Meca del cine: una niña milagrosa. Porque en aquella época, cuando Evelyn ingresa en el mundo del celuloide, los directores andan desesperados buscando chicas para interpretar papeles semirromanticones, para encarnar a personajes color rosa. Ella cae como del cielo... Y se convierte en Evelyn Dawn, de la noche a la mañana.

El principal actor de "La niña milagrosa", el fornido William Farnum, llega a ser al poco tiempo el dilecto amigo y excelente guía de la nueva y juvenil estrella.

En vista de la victoria obtenida en su primer film, Pola Negri, la vampiresa latina, la reclama para que actúe junto a ella en "La bailarina española". Otro gran éxito se adjudica la artista adolescente. La celebridad ya le devuelve todas sus sonrisas. Decide cambiar de nombre estelar. De ahora en adelante se llamará Ann Shirley.

"Niña milagrosa"

Uno tras otro se suceden los triunfos. 1939 significa un jalón espléndido en su brillante carrera, pues es durante ese año cuando Ann filma "Ana, la de las faldas verdes", aquella inolvidable producción en la que realizó una labor insuperable. Esta cinta y "Madre" figurarán entre sus más preciados galardones. ¿Y cómo no mentar, siquiera "de pasada", la destacada actuación que le cupo en "El legado de un médico", "Volvamos al ayer", "Juventud indómita" y muchas otras que sería largo citar?

Hay diferentes tipos de mujer entre las jóvenes figuras del séptimo arte norteamericano. El de "mujer fatal", al estilo de Gene Tierney o Lana Turner; el de la exótica, a lo María Montez o Ella Raines; el de deportiva, como Esther Williams o Jinx Falkenburg, y el de... el de "chica de su casa", el de muchacha candorosa, dulce, cuya belleza es una belleza serena, apacible.... A este último grupo pertenece, a juicio nuestro, Evelyn Paris, "Ann Shirley", la estrella que un día fué "la niña milagrosa" de Hollywood.

EL NIETO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 15)

El peñasco, que tenía más de dos varas en cuadro, figuraba una serie de cerros hechos con corcho y cartón piedra, dispuestos en caprichosos declives con las cimas cubiertas de nieve y en la parte baja serpeados por un arroyuelo de agua verdadera que venía a morir en un estanque con surtidor de hoja de lata. En un picacho estaba el depósito y, para ocultarlo, veíase agrupado en torno del monte el caserío de cartón que fingía ser la ciudad de Belén, sobre cuyos minaretes de cartulina ondeaba la bandera española. Por unos vericuetos en que el vidrio molido hacía papel de escarcha, venían en sendos camellos sus reales majestades Gaspar, Melchor y Baltasar, seguidos de abigarrada servidumbre; al borde del arroyo había un grupo de lavanderas; en un altillo, junto a la hoguera de talco en que se freían las migas, los pastores apacentaban las ovejas de patitas de alambre, mientras los pavos de abermellonada cabeza y peana verdosa destacaban sobre el musgo aterciopelado [illegible] de Dentro un macizo de follaje salía una pareja de guardia civil, cuyos tricornios enfundados de blanco casi llegaban al campanario de una torre, y en la fachada de un ventorrillo de cartón se leía la palabra "vino". El portal de Belén era grandiosa fábrica greco-romana de corcho con sus columnas estriadas; dentro estaba el pesebre, guarnecido de verdadera paja, y sobre ella el Niño Jesús, enteramente desnudo y boca arriba; a sus lados el buey y la mula esculpidos con rigidez hierática, y delante, colocados en adoración, San José con traje amarillo y la Virgen con manto más brillante y rojo que un pimiento, ambas cabezas coronadas por descomunales resplandores en que se habían derrochado panes de oro.

Pastores con pellicos de algodón en rama bailaban ante la Sagrada Familia, en tanto que otros rendían al suelo la carga de sus ofrendas, y del centro del frontón pendía la estrella de rabo, casi de tamaño natural, tan cuajada de ángulos y facetas que era maravilla de los ojos. Luego, por todas partes ciñéndolo y adornándolo todo, ramas de [illegible]ímera, de espino, de abeto, de tomillo, de tuya, de romero, grandes trozos de musgo y un sinnúmero de velitas y candelas amarillas, rojas, blancas y verdes, de cuyas llamas se desprendía un humo tenue y vaporoso, que envolvía el conjunto en una neblina misteriosa y poética...

Cuando el general vió el nacimiento, faltó poco para que tomase un rabel; si no lo hizo fué porque no quedara mal parado el principio de autoridad.

A la tarde siguiente, Pepito salió de paseo con su madre. Cuando volvían oyó llorar en el patio a uno de los chicos del portero y preguntó la causa.

—Envidia, nada más que envidia.... señora —dijo dirigiéndose a su ama el criado adulador—; mis chicos han visto subir el nacimiento y se han emberrenchinado en que les compre muñecos.

La dama, sin hacer caso, subió lentamente la escalera y Pepito la siguió en silencio, con la cabecita baja y las manitas a la espalda, sintiendo cosas que no podía comprender, como un filósofo chiquitín.

De pronto, al llegar al recibimiento, echó a correr hacia su cuarto, y pocos momentos después bajó al portal por la

escalera de servicio, llevando una cesta cuyo contenido ocultaba cuidadosamente.

A la noche, terminada la comida, el general quiso ver de nuevo el nacimiento por gozar con la alegría del niño.

La decepción fué horrible. El nacimiento estaba encendido; pero, a pesar de las luces, triste y despoblado. Parecía que los muñecos de barro habían huído al sentirle llegar; faltaban más de la mitad. Los reyes magos, reducidos a dos; de la pareja de civiles, un número; la mula del pesebre, ausente; los borregos, pastores y zagalas, en cuadro; el caserío de Belén, medio derribado para arrancar algunas fincas, y ¡oh cosa inverosímil!, San José permanecía junto a su divino hijo, mas la Virgen había desaparecido.

—¡¡Pepito!! ¿Qué ha pasado aquí? —gritó enojado el abuelo.

El niño se presentó cabizbajo, pero sin miedo; no muy contento, pero sereno.

—¿Qué es esto? ¿Has roto ya todo lo que falta? ¿Es ese el aprecio que has hecho?...

—No he roto nada —repuso Pepito—. Los chicos de abajo lloraban mucho porque no tenían nacimiento... y les he dado la mitad. ¿No me están diciendo a todas horas y en todas las lecciones que todos somos hijos de Dios, y que Dios da a los ricos para que den a los pobres? Pues ya está hecho... aunque no me compres más.

El general tomó a su nieto, alzándolo hasta sí, le dió no un beso, sino un abrazo, como si fuese un hombre, y salió del cuarto juntamente enternecido y pesaroso.

—¿Qué tiene usted? —le preguntó su hijo al verle entrar en el despacho con los ojos llorosos.

—Tengo... tengo que tú me has salido liberal y, a pesar de los pesares..., tu chico me has salido socialista. ✧

AQUI SE INVENTAN CRIMENES

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 10)

Auge del detectivismo

La popularidad universal que alcanzó el héroe de Conan Doyle fué poderoso estímulo para policías y detectives profesionales, singularmente para los de Scotland Yard, a quien su actuación tocaba más de cerca y a los que no perdía ocasión de zaherir.

Desde su aparición, el detectivismo adquiere un auge extraordinario, y los policías de todo el mundo procuran emular las glorias del flemático caballero inglés de traje a cuadros y pipa siempre humeante.

La popularidad de Sherlock Holmes empezó a declinar cuando Conan Doyle, su creador, pasó del detectivismo al espiritismo. Indudablemente aquél era motivo para desilusionar a los lectores, que habían dado sus preferencias a un héroe cuyos éxitos se basaban en el análisis minucioso de los hechos; pero lo que debió ocurrir, en realidad, fué que había pasado su tiempo: el detectivismo, al que había dado tan grande impulso, seguía adelante, en tanto él se quedaba en el lugar que ocupó al aparecer, un lugar de avanzada entonces, pero que estaba ya rebasado.

De aquella especie de prueba o pugilato, que habían sostenido los sabuesos de Scotland Yard con Sherlock Holmes, Scotland Yard salió remozado y fortalecido, pues el auge del detectivismo influyó grandemente en su progreso.

Al estallar la última guerra, había llegado a un grado de perfección casi perfecto. Pero Scotland Yard también hubo de sufrir las consecuencias de la terrible contienda. Las fuerzas policiales de la Gran Bretaña, al igual que todas las demás profesiones, dieron su contribución directa a la causa de las Naciones Unidas.

En un principio, la mayoría de los agentes jóvenes se unió a una u otra rama de las fuerzas armadas. Más tarde, los oficiales de Scotland Yard estuvieron en Europa con los ejércitos libertadores, ayudando a poner orden en el caos producido por la espantosa conflagración. Y a esto hay que añadir que, durante los años de guerra, no hubo admisión de nuevos agentes, lo que dió por resultado que el advenimiento de la paz encontrara a más de una estación de policía desempeñándose con un personal excesivamente reducido.

Pero los directores de Scotland Yard no pierden el tiempo, y ya se están aplicando las medidas necesarias para que las fuerzas policiales inglesas vuelvan a ser lo que eran antes de la guerra y se superen en lo posible, procurando que los policías y detectives estén capacitados y equipados como no lo estuvieron nunca.

Continuidad de una brillante tradición

Con esta finalidad, ha iniciado sus cursos en Hendon, Middlesex, la nueva Escuela Policial Metropolitana de Detectives, en la que no se ha escatimado esfuerzo para que sea la mejor de su género, ni se ha dejado nada al azar en la selección de los hombres encargados de velar por los prestigios de Scotland Yard y dar continuidad a su brillante tradición.

Según el reglamento de la nueva escuela, ningún hombre puede ser adiestrado como detective, sin antes haberse desempeñado algún tiempo como agente de policía, poniendo a prueba su capacidad. Sólo así puede aspirar al ingreso en la nueva escuela, pues para ello necesita contar con el informe favorable del jefe departamental donde haya prestado sus servicios.

Actualmente se dictan dos cursos por separado: uno es intensivo, para detectives inspectores y detectives sargentos, y dura ocho semanas; el otro dura diez semanas y es para simples agentes.

Dirige la escuela el Detective-Superintendente Leonard Rundle, que lleva 31 años de excelentes servicios en la Policía Metropolitana. Es ayudado en sus tareas por cuatro detectives inspectores. Y, además, la escuela cuenta, entre sus profesores, con médicos ilustres, hombres de ciencia, abogados eminentes, expertos conferenciantes y catedráticos.

Durante las semanas del curso, los alumnos deben asimilarse muchos conocimientos mediante la atenta lectura de diversos libros. Esta parte del programa resulta acaso poco atractiva y tal vez pesada; pero su efecto es contrarrestado por la parte práctica, de extraordinario interés. En ella se incluye lo que podríamos llamar la puesta en escena de crímenes imaginarios. Cada detalle es cuidadosamente estudiado de antemano, y, en el caso de un supuesto crimen, un maniquí es utilizado como presunto cadáver.

Los estudiantes son llevados a la escena del "crimen" y puestos en seguida a la tarea del examen de rutina. Actúan bajo la escrutadora mirada del inspector, y se les califica con puntos, tanto por la manera con que realizan el examen de rutina, como por la exactitud de las deducciones a que llegan.

Lo que no pudo soñar Sherlock Holmes

En *Estudio en escarlata*, libro en que Sherlock Holmes se presenta como un hombre extraño, el doctor Watson anota las materias en las cuales le parece que su amigo Sherlock Holmes está muy fuerte.

En literatura, filosofía, astronomía y política, pone "nada" o "conocimientos muy superficiales". Pero la cosa cambia ya al llegar a la botánica, donde si bien apunta su "desconocimiento absoluto de horticultura práctica", dice al mismo tiempo: "Versadísimo en todo lo que se refiere a la belladona, el opio y toda clase de venenos".

Pues bien: la nueva escuela cuenta con una sección dedicada ampliamente a las drogas peligrosas, bajo la dirección de expertos en la materia, y con un muestrario vastísimo de todas las especies.

En cuanto a química, anota el doctor Watson: "conocimientos profundísimos". Pero, por profundos que fueran los conocimientos de Sherlock Holmes en química, no podrían competir, ni con mucho, con los que se enseñan en esta nueva escuela, que además de disponer de las mejores inteligencias entre sus profesores, cuenta con el equipo más completo y moderno, de un costo elevadísimo.

Uno de los aparatos más extraordinarios que forman parte de ese equipo, es un espectrógrafo, por medio del que puede hacerse un examen visual de pistas o claves fragmentarias, demasiado pequeñas para someterlas al análisis químico. Gracias al espectrógrafo, una diminuta mancha de pintura puede convertirse en un detalle de la mayor importancia.

También forma parte del instrumental de la nueva escuela un microscopio de comparación, aparato muy necesario si se trata de esclarecer un crimen realizado con arma de fuego. Por medio de este microscopio, dos balas pueden ser estudiadas en detalle, una junto a la otra, y establecerse, con absoluta certidumbre, si las dos han sido disparadas con la misma arma.

Pertenece igualmente a este equipo una lámpara ultravioleta de extraordinario interés. Bajo sus rayos, las características especiales de diversos tejidos, las manchas, lacres y distintas sustancias químicas, quedan inequívocamente reveladas.

Estos laboratorios especiales del crimen, con los que no pudo soñar Sherlock Holmes, pero que le hubieran encantado, están bajo la dirección del doctor J. Davidson.

Tampoco pudo soñar con los adiestramientos físicos a que son sometidos en esta escuela los futuros detectives, nada menos que bajo la dirección del coronel Harold Fairburn, que fué quien adiestró a los comandos británicos durante la guerra. En esta materia, los recursos de Sherlock Holmes se reducían a lo siguiente: "maneja bien el bastón y la espada, y es diestro en el boxeo".

Quizás sea en este punto donde mejor se advierte lo que va de ayer a hoy, donde más claramente se nos revela Sherlock Holmes como una figura perteneciente al pasado, con el anacronismo de los personajes de viejas películas, que no podemos mirar sin una sonrisa.

Y aun reciben otras enseñanzas los alumnos de esta nueva escuela de detectives. Pero de ellas nada podemos decir, porque se trata de enseñanzas que necesariamente han de permanecer en secreto, ya que su divulgación sería de gran provecho para los delincuentes, quienes así podrían ponerse en guardia contra procedimientos cuya eficacia está precisamente en que los ignoren.

Con todo esto, es de suponer que, en el futuro, ningún aficionado pueda competir

EL VIENTO. BROMISTA ...



Eolo se impacienta.

En la naturaleza casi siempre reina la armonía. El movimiento de los astros está sometido a leyes rigurosas, lo mismo que en nuestro planeta el flujo y reflujo de las mareas. Pero si esto sucede en los océanos, no ocurre otro tanto en el aire. En este dominio parece como si Eolo, el dios del viento, hastiado de correr siempre a la misma velocidad, se impacientara y diese rienda suelta a su furor desatando tormentas, ciclones y huracanes. El viento, que generalmente sopla a una velocidad de diez a cincuenta kilómetros por hora, alcanza en esos momentos culminantes los cien, ciento treinta y hasta ciento cincuenta kilómetros; entonces vuelan los techos de algunas casas y los árboles se retuercen como bajo la acción de inverosímiles convulsiones.

En todos estos despliegues de fuerza eólica, el viento huracanado barre extensas zonas, pero, de cuando en cuando, en ciertas regiones, sobre todo en el sur y el centro de los Estados Unidos, parecería que busca concentrarse en un punto determinado girando a grandes velocidades. Cuando ello ocurre, las gentes que ven aproximarse lenta, pero inexorable, a la siniestra nube negra, corren despavoridas tratando de salir fuera de su trayectoria, pues bien saben que se encuentran frente a la forma más destructora del viento: el tornado.

Los que han visto un tornado, nunca olvidan el espectáculo. Desde una densa acumulación de nubes negras se extiende hasta el suelo una proyección semejante a una enorme trompa de elefante que se retuerce como una serpiente. Algunas veces avanza zigzagueando y otras en línea recta, a razón de treinta, cuarenta, cincuenta o sesenta kilómetros por hora; pero la nube en realidad está formada por un remolino de viento que gira a la fantástica velocidad de quinientos o seiscientos kilómetros por hora y deja tras de sí una huella de trescientos a quinientos metros de ancho, donde no queda nada en pie, tal como si sobre ella hubiera pasado una gigantesca aplanadora. En el centro del tornado la presión del [illegible] mucho más baja que en las zonas circundantes. Esta es una de las causas que explican los estragos causados por este fenómeno

O ASESINO

A VECES, LA INEXPLICABLE FURIA DE LOS ELEMENTOS DESENCADENADOS SE ENSAÑA CON LA OBRA DEL HOMBRE, Y EL VIENTO PARECE UNA DEIDAD CIEGA, CRUEL E INEXORABLE

Por el Doctor Syntax

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

eólico, pues cuando la tromba pasa al lado de un edificio cerrado, la presión atmosférica afuera es menor que dentro del edificio, lo cual hace que éste "explote". El viento que gira vertiginosamente alrededor de esa área de baja presión es capaz de levantar en vilo a personas, animales o automóviles, y de arrancar ventanas y techos de los edificios y dejarlos caer a gran distancia.

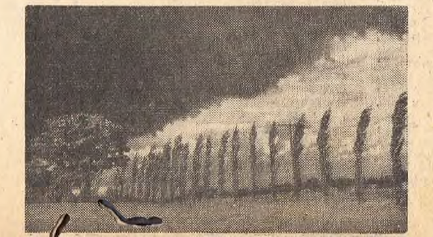
Aunque el tornado es caprichoso y puede aparecer en cualquier hora del día y en cualquier época del año, empero generalmente tiene lugar o se forma durante las tardes de los meses de verano.

Criminal, Juguetón y Bromista.

Por lo mismo que el tornado es un remolino, obra a modo de un enorme estilete manejado por una deidad perversa y fantasista, que ora se complace en destruir, ora en asustar, ora en dar bromas pesadas y hasta inocentes a sus víctimas. Algunas veces el tornado arranca los arreos de un tronco de caballos que tira de un carro, sin lastimar a los equinos. Puede también que haga jirones el traje de un hombre sin causarle mayor daño.

Uno de los tornados que han tenido efectos más destructores fué el que asoló la ciudad de Saint Louis en los Estados Unidos, el 27 de mayo de 1896. Al caer la tarde de ese día, el viento comenzó a soplar con violencia. Cuando el tornado penetró en la ciudad, la zona que iba destruyendo a medida que avanzaba tenía más de mil quinientos metros de ancho, pero gradualmente fué disminuyendo. La base del remolino no tocaba el suelo, como generalmente acontece, sino que pasó a diez metros de altura. Las ramas altas de los árboles fueron arrancadas, no así las bajas, en tanto que los edificios fueron destruídos o sufrieron grandes daños; pero únicamente del segundo piso para arriba. La planta baja y el primer piso de las casas, a no ser por los escombros que cayeron de arriba, quedaron intactos. Durante la media hora que duró el paso del tornado por St. Louis mató a quinientas personas, hirió a más de setecientas y causó perjuicios por más de diez millones de dólares.

El 27 de marzo de 1890, un tornado de terrible violencia "cruzó" la ciudad de Louisville, estado de Kentucky, E.E. U.U., matando a setenta y cinco personas e hiriendo a doscientas; el ancho del área destruída que dejó tras de sí no pasaba de trescientos metros; pero en esa zona devastada, grandes árboles fueron arrancados de cuajo, edificios de piedra se desmoronaron y algunos fragmentos de madera fueron lanzados con tal violencia contra chapas de metal, que se incrustaron en ellas. Debido al fenómeno de la presión atmosférica que ya hemos mencionado, los corchos saltaban de las botellas. Según lo manifestado por los habitantes de la ciudad, el ruido que producía el tornado equivalía al que podrían haber hecho mil trenes expresos en marcha.



Se ha generalizado la creencia de que en estos últimos tiempos aumenta el número de tornados, pero ello probablemente se debe a que

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 110)

EL TORO COLORADO

(CONTINUACION DE LA PAGINA 11)

energía contrajo los músculos y se encontró enhorquetado en la rama, a tiempo que el toro cabeceaba para ensartarlo en una de sus astas, agudas como puñales.

El "colorao" mugió, como rabioso por haber marrado el golpe, y se puso a escarbar el suelo, levantando nubes de polvo.

Rojas, extendido sobre la rama protectora, medio inconsciente por la fatiga, sólo atinó a sujetarse con brazos y piernas a su precario asiento. Lentamente, su respiración se fué serenando y su nublada vista fué recobrando la claridad. De su muñeca aun pendía el talero, y con rápido movimiento se cercioró de que el puñal seguía en su cinto. Dió un suspiro de satisfacción, pero, acto seguido, tuvo que reconocer que, con semejantes armas, no podía enfrentarse con la fiera. Miró hacia abajo y observó que el toro se hallaba parado, a corta distancia, inmóvil ahora y los ojos clavados en el árbol.

Flaco, de remos largos y nerviosos y enorme testuz, cubierto el huesudo cuerpo con largo pelo de un color rojo descolorido, el viejo toro ofrecía, a pesar de su aparente decrepitud, un aspecto imponente.

Sus "guampas" descomunales, verdaderas piezas de museo, muchas veces se habían teñido con la sangre de sus víctimas. Infinidad de caballos despanzurrados jalonaban la larga senda de crímenes que representaba la vida de este viejo salteador de la pampa. Según se decía, en su haber también se contaban dos víctimas humanas. El santiagueño Mujica, viejo poblador del pago, sostenía, convencido, que el toro colorado no era otro que Zupay, el diablo, que había abandonado la selva santiagueña para asolar la campaña pampeana.

Al contemplar la siniestra catadura del toro, que ahora se había puesto a rondar el árbol, y cuyos ojos, extrañamente vivaces, no se apartaban del hombre, Rojas llegó a pensar que, realmente, había algo diabólico en la conducta del animal. Era evidente que el toro se había propuesto sitiarlo. Al recordar que, en ocasiones similares, tal sitio se había prolongado por dos días, el mozo sintió que su temor cedía el puesto a una sorda irritación que crecía a medida que el tiempo pasaba.

El sol estaba ya en el cenit y el implacable sitiador no daba muestras de querer alejarse. Era imposible que Rojas pudiera mantenerse por mucho tiempo en la incómoda posición en la cual se hallaba. Además sentía hambre y sed, y el ridículo de su situación hizo que su irritación se transformara en cólera; se puso a gritarle insultos al toro, hasta cansarse. Después, viendo la inutilidad de su acción, se serenó. Era necesario reflexionar. Por un largo rato permaneció sumido en honda meditación, recostado sobre la gruesa rama. De pronto, con gesto decidido, se incorporó y con toda cautela, levantando primero una pierna y luego la otra, se quitó las alpargatas y las colocó en una horqueta del ramaje. Después, con las mismas precauciones, para no perder el equilibrio, se remangó las bombachas hasta más arriba de las rodillas, dejando en descubierto las musculosas y velludas pantorrillas. Hecho esto, descansó, recostándose sobre la rama.

Al poco rato reanudó sus preparativos. Se levantó las mangas de la camisa hasta los codos, ajustó cuidadosa y firmemente la faja y cuidó que el puñal quedara afirmado en su sitio, en la cintura.

Finalmente, desanudó el pañuelo que llevaba atado al cuello y se lo sujetó en la cabeza, a guisa de vincha. Después arrancó una rama delgada de un gajo vecino, la despojó de sus ramitas y espinas y, extrayendo de un bolsillo de su bombacha un pañuelo de seda, de color rojo vivo, primorosamente bordado, lo ató en la punta de la vara.

Andrés Rojas sonrió satisfecho, al terminar sus extrañas maniobras. Después, inclinándose, alargó el brazo hacia abajo y agitó el improvisado banderín. El toro, que había interrumpido su ronda y se hallaba a corta distancia, pastando displicentemente, levantó la cabeza y avistó la señal roja. Bufó con fuerza y se acercó al trote, balanceando la testa formidablemente armada. Al encontrarse cerca del pañuelo provocador, embistió con rapidez fulminante, pero el banderín manejado por el mozo desapareció en los aires, y la bestia, desconcertada, lanzó un corto mugido.

El juego se repitió varias veces, y el toro se movía debajo del árbol con rápidos movimientos, persiguiendo el pañuelo que, siempre, esquivaba sus cornadas.

Por fin, Rojas recogió el banderín y el toro se quedó inmóvil, atento a la reaparición del pañuelo. Ahora se hallaba colocado, exactamente, debajo de la rama gruesa que sostenía al mozo. Este, con gran cuidado, recogió las piernas hasta apoyar los pies en la rama, y de pronto, con agilidad felina, se arrojó del árbol, cayendo a horcajadas sobre el lomo del toro colorado.

La temeraria acción debió sorprender a la bestia, que permaneció un instante como petrificada, dando tiempo a su extraño jinete para acomodar las piernas que se cerraron, como garfios de acero, sobre los secos flancos de su extraordinaria cabalgadura.

De poca duración fué el estupor del toro. Un sordo y prolongado bramido anunció su reacción ante el peligro y, dando un violento bote, se "arrastró" a corcovear con tal vigor que Andrés Rojas tuvo que desplegar toda su destreza de domador para mantenerse sobre el lomo del animal.

Pero el hombre estaba animado por una indomable voluntad de vencer. El pesado rebenque, manejado con brazo hercúleo, azotaba incansablemente los flancos y la cabeza del toro, que brincaba con furia para desembarazarse de su peligrosa carga; ensayaba todos los saltos y contorsiones imaginables; mugía y se revolvía con velocidad y agilidad desconcertantes, pero el implacable enemigo permanecía, inconmovible, sobre su lomo y le infligía terrible y doloroso castigo.

El toro apeló, entonces, a su a[illegible] repentinamente, dejó de corcovear e inició una carrera hacia el fachinal cercano, poblado de espinosos piquillines y chañares, con la aviesa intención de dejar al jinete ensartado en las zarzas, librándose así de su carga. Pero una verdadera lluvia de lonjazos cayó sobre su cabeza, cegándolo en tal forma que perdió el rumbo y salió al descampado, donde reanudó sus inútiles esfuerzos para voltear al jinete.

La titánica lucha se reinició con renovada furia. Una nube de polvo, levantada por las pezuñas de la enloquecida bestia, se levantaba sobre el solitario escenario. El toro había cesado de bramar. Parecía ahora concentrado silenciosa y torvamente en la lucha sin cuartel que libraba contra el hombre, y su oscuro instinto animal le señalaba el tremendo peligro de muerte que se aferraba a su lomo. El terror le fué ganando poco a poco. Un ansia irrefrenable de vivir lo lanzó en loca carrera, hacia adelante, hacia el monte que tantas veces lo había albergado y sustraído de la persecución de los hombres.

Pero su fiero enemigo no le dió tregua. Ahora el pesado "talero" empezó a golpear duramente en sus astas y en su cabeza. El macizo mango del rebenque, confeccionado con madera de alpataco, dura y pesada como el hierro, caía en mazazos acompasados sobre el testuz del bruto, aturdiéndolo y acentuando en él el convencimiento de su derrota.

Largo y trémulo mugido se escapó de las babeantes fauces del toro. Ya no galopaba. Un vacilante y pesado trote había sucedido a los briosos corcovos y ágiles cabriolas, y el animal avanzaba a tropezones hacia su trágico destino. Su aspecto era lamentable. La sangre, brotando de numerosas heridas, le cubría las vidriosas pupilas, y la lengua le pendía negra y reseca, barriendo el suelo. Uno de los cuernos, astillado y casi desprendido de su base, le colgaba sobre un lado de la cabeza.

Andrés Rojas estaba exhausto. El sudor le corría a chorros por el cuerpo y tenía el rostro desfigurado por el polvo que lo cubría. En esa máscara negra y grotesca, sus dientes blanqueaban en una sonrisa de triunfo que separaba sus resecos labios. Los ojos chispeaban con resolución indomable. Redobló la energía de sus golpes y la bestia cedió, al fin.

Un lúgubre bramido anunció su derrota definitiva. Cayó hacia adelante, dobló las rodillas, y su otrora orgullosa testa golpeó el suelo con ruido sordo. El hombre aflojó, por fin, la férrea presión de sus piernas y se apeó de su vencida cabalgadura. Las piernas, acalambradas, se negaron a sostenerlo, pero la voluntad lo mantuvo en pie. Se volvió hacia el toro tambaleante y, de un tremendo puntapié en las costillas, lo tumbó. El bruto cayó sobre un costado y quedó sin movimiento. Su respiración era estertorosa. Un total agotamiento lo fijó, indefenso, en el suelo.

El paisano se sentó para descansar. Las piernas le dolían horriblemente. A pesar de la fatiga que lo agobiaba, comenzó en seguida a frotarse, vigorosamente, las pantorrillas hasta que la dolorosa contracción de los músculos cesó, y los miembros recuperaron su flexibilidad primitiva.

Luego se levantó. Una expresión de triunfo contraía su rostro en una mueca jubilosa. Acercándose al toro caído, que gemía débilmente, le espetó:

—¡Oíganlo al duro! Aura vas a sentir lo que es güeno...

Desnudó el cuchillo, y agachándose sobre el bruto vencido, calmosamente, fríamente, lo degradó, y después, de un hachazo, le cortó la cola, tronchándola casi en su raíz.

Y mientras la bestia torturada mugía con fúnebre entonación y trataba, en vano, de levantarse, el hombre se irguió con los sangrientos despojos en la mano y los arrojó lejos, entre las malezas, mientras decía:

—Pa' los caranchos... ◆



Un domador

Cuento, por ***Ana Nieva***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIÓN DE MARIANO ALFONSO

De todos los casos que me ha tocado defender —exclamó el doctor Z—, éste fué el más difícil y extraordinario. Fuera de lo común, por la índole y el móvil del crimen, y lleno de dificultades psicológicas que sortear. Se trataba de un domador, único en su género...

—¿Qué clase de fieras domaba? — inquirí yo, llena de interés.

—Las más difíciles de manejar y que va no se exhiben en los circos. ¡Era un domador de pulgas!

Yo di un salto en mi silla. ¿Pero es que existen aún domadores de pulgas, y han existido? Recordaba que en mi último viaje a Europa, había ido en Berlín al célebre circo Barnum. Junto a la carpa de Fatma, la a[illegible]vinadora, recuerdo haber visto un modest[illegible]cio con un nombre, no preciso cuál, y debajo de él el título de marras: "Domador de pulgas". La gente se aglomeraba en tal forma frente al lugar que no me fué posible entrar entonces. Continuando su exposición, siguió el doctor Z:

—Existen aún y existieron muchos de estos héroes anónimos del circo. El oficio se heredaba de padres a hijos, y la enseñanza requería una paciencia ilimitada y continua. En el caso de mi cliente, había aprendido el oficio de su padre, mas este fué un secreto que me reveló solamente cuando se trató de defenderlo. Imagínese al hombre más pacífico y tranquilo del mundo, al ser más cándido e ingenuo que darse pueda, ¡convertido de la noche a la mañana en asesino! El caso me interesó desde un principio.

—Vaya por partes —exclamé yo, llena de curiosidad al escucharlo—. Quisiera enterarme del asunto desde el principio.

—Se llamaba Stephan —comenzó el doctor Z—. Era un hombrecillo tímido y rubio, que contaría unos cuarenta y cinco años de edad; sus sienes empezaban a encanecer, pero tenía un aspecto juvenil y fuerte. Amaba con pasión a los animales y había vivido siempre en los circos. Hasta la época de su "desgracia", ningún acontecimiento notable le había ocurrido en su vida... Después de la muerte de sus padres, que murieron, naturalmente, de vejez, habíase hecho un tanto solitario y reconcentrado, aun dentro del ambiente en que vivía.

"—Se imaginará usted, doctor —me decía—. Yo me pasaba las horas enteras amaestrando mis pulgas. Había conseguido de ellas verdaderos milagros de arte. Figúrese que Amanda, mi pulga estrella, subía en una carroza y las demás pulgas arrastraban el coche, haciendo de caballos. Daban toda la vuelta a la mesa y se detenían frente a mí. Enseñarles esto me costó años de trabajos e innumerables noches de insomnio..."

—Yo lo escuchaba, divertido a pesar mío. En verdad existen en la tierra oficios inconcebibles y tremendos. Pero nunca había hallado nada más prodigiosamente inútil y solitario que este domador de pulgas —continuó el doctor Z—. El no había comprendido jamás lo ingrato de su tarea, hasta el día en que se enamoró.

Aquí empezaba a humanizarse el singular cliente del doctor Z. Yo era toda oídos.

—Se enamoró perdidamente, y por primera vez, de la mujer que sería su desgracia. Era una inglesa, blanca como la leche, de cabellos rubios como el sol. Se llamaba Arabella. Siendo inglesa, no es raro que se llamara así —agregó el doctor Z, con un dejo de ironía en la voz—, y era dama de compañía de una verdadera dama del lugar. Por esta razón —continuó el doctor Z—, Stephan se avergonzó por vez primera de su oficio. ¿Cómo iba a confesárselo a una señorita tan distinguida? Las mujeres no entienden de ciertas cosas... Guardando, pues, silencio sobre su verdadera vida, se vió precisado a mentir. Esto ya era un martirio para él, cuya naturaleza era franca y abierta. Fué un segundo error; el primero había sido el enamorarse como un colegial. Miss Arabella lo creía ayudante del administrador, algo casi tan importante como él mismo. Así, cuando pasaba horas enteras con la pulga Amanda, miss Arabella lo creía entregado a los arduos problemas del "debe y el haber". Poco a poco, debido a que Stephan disponía de escaso tiempo para dedicarlo a su amada, comenzaron las rencillas y las dificultades. Además, y esto era gravísimo en un ser tan ensimismado

(CONTINÚA EN LA PÁGINA

LAS ISLAS DEL PARAISO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 31)

cibir la barca: el sacerdote, el médico —que atiende también la taberna, con el dispensario en un extremo y el bar en el otro—, granjeros, pescadores, amas de casas, niños, y los dueños de los pequeños comercios de ramos generales.

Kilronan, la localidad "capital" de las islas Aram, tiene el encanto pintoresco de una ilustración de cuento de hadas. Pronto me enteré de la forma excelente en que el gobierno vela por los 2.000 isleños: pensiones para los ancianos y los ciegos, subsidios para los niños, subvenciones cuando las tormentas tornan imposible la pesca u otros trabajos, y hasta un regalo de Navidad de cinco libras esterlinas para los niños que hablan buen gaélico. Esto alivia mucho la dureza de una existencia que antaño era penosa para muchos.

Quedaba todavía por resolver el misterio de la falta de pago de los impuestos. En esa gran isla, Inishmore, las personas pagaban. ¿Por qué no en las otras dos? El recaudador de impuestos de Kilronan me dijo:

—No ha sido fácil. Tuve que mostrarme muy firme. Pero ahora el 98 % pagan, y comprenden que si reciben beneficios de las autoridades nacionales, es justo que paguen por ellos.

—¿Y por qué no hace lo mismo en las otras dos islas? —le pregunté.

Hizo un gesto ambiguo, y meneó la cabeza:

—No vale la pena —respondió.

Cuestión de impuestos

Por los otros isleños me enteré que hace más de 20 años, cuando el Eire era gobernado por Gran Bretaña, los impuestos fueron cobrados por soldados. Hubo acuchillamientos y perturbaciones constantes; las mujeres formaban brigadas para arrojar piedras, y ofrecían una resistencia más formidable todavía que la opuesta por los hombres.

Pero, por los habitantes de las otras dos islas, supe cuál era el motivo "real". Me dijeron que los trataban bien en lo que se refería a pensiones, subsidios, etc. Era cierto que tenían su escuela y su iglesia, y hasta una línea telefónica con tierra firme. Pero no tenían puerto ni muelle. Las autoridades locales de Galway y el gobierno no tenían la obligación de construir un puerto. Hasta que lo hicieran, no pagarían impuestos.

—Y si construían el puerto, ¿pagarían? —pregunté.

Hubo un murmullo general. Eran pobres, muy pobres. Luego, un viejo pescador contestó por todos:

—Si nos dan el puerto, tendrán los impuestos.

Pero su maliciosa sonrisa, parecía querer decir: "Jamás".

A medida que pasaban los días en esas islas bañadas por el sol, donde el tiempo no existe, donde nadie tiene un reloj (el sol y el estómago le dicen a uno cuando es hora de levantarse, comer o dormir), me sentí más avergonzada de mi curiosidad "ciudadana" por esas personas curiosas. Porque allí, donde los automóviles, tranvías y cinematógrafos son desconocidos; donde la única actividad bulliciosa es el alegre baile de los sábados por la noche, bajo la mirada benévola del cura, y donde el teatro consiste solamente en obras en gaélico, escritas y representadas por los mismos isleños, ¿qué necesidad tenían de un muelle para que desembarcaran con más facilidad otros visitantes de las ciudades, con sus ideas de la bomba atómica y sus híbridos problemas de paz? En los breves meses de verano, libres de tormentas, llegan docenas y docenas de turistas; pero los isleños los explotan suavemente, se benefician sin excesos, y miran sus tacones altos y sus ropas incómodas más bien con lástima que con envidia.

El mundo está lejos

Ocasionalmente, me formularon preguntas acerca de Londres y las condiciones en Europa; pero siempre sin envidia por las cosas del mundo exterior, moderno.

Unos cuantos muchachos de Aram hicieron la guerra como marineros, y a su regreso han dado cuenta de los sufrimientos del mundo. Había genuina compasión en el rostro de un agricultor, mientras cortaba un gran pedazo de jamón curado en casa y decía:

—El hambre en Europa, en la India y otras partes, debe ser terrible.

Alzó la vista y añadió:

—El mundo tal vez nos llame simples. No hemos cambiado en centenares de años. Todavía nos procuramos nuestros propios alimentos y tejemos nuestra ropa. No tenemos excitaciones, aparte de las que nos da la naturaleza. Y sin embargo, algunos visitantes nos preguntan cómo podemos soportarlo. Sin embargo, somos nosotros los que nos preguntamos cómo puede soportarse la vida fuera de aquí.

Seguí su mirada hasta que se posó en un pequeño grupo de hombres y niños tendidos al sol. En sus semblantes tranquilos y apacibles se reflejaba el proverbio de Aram: "Siempre hay un mañana". Eran felices. ¿Qué más podían apetecer?

Cuando tuve que marcharme, los isleños vinieron a despedirme, y hallé difícil ocultar la impresión que se despertaba en mi interior. Un anciano me estrechó la mano y me dijo:

—Se sentirá muy sola lejos de Aram.

Y era cierto. Durante años, como tantas otras personas que viven en ciudades populosas, apretadas, entre infinidad de problemas y de intereses encontrados, con preocupaciones diarias y complicaciones voluntarias e involuntarias, había pensado que tal vez hubiera en el mundo algún lugar como ése, incontaminado y feliz. Por fin lo había encontrado, y tenía que dejarlo. ◈

EL VIENTO, BROMISTA... O...

(CONTINUACION DE LA PAGINA 107)

ahora se les estudia científicamente. En alguno que otro año los perjuicios ocasionados por estas tormentas no alcanzan siquiera a cien mil dólares, pero en otros un solo tornado que convierte en ruinas un distrito densamente poblado o una ciudad puede ocasionar pérdidas por muchos millones de dólares.

Trombas marinas

El mismo fenómeno que se produce en tierra firme puede ocurrir sobre la superficie del agua, en el océano. Cuando un tornado que viene de tierra adentro se interna en el mar, automáticamente se convierte en una tromba marina. Algunas veces la tromba forma un remolino de agua que se eleva sobre la superficie dos o tres metros, pero el agua pulverizada alcanza una altura considerablemente mayor. Antaño se creía que toda la tromba estaba formada por agua sorbida al océano y se decía que cuando un buque entraba en contacto con ella cientos de toneladas de ese líquido caían sobre él desde gran altura, destruyéndolo. También se creía que era posible deshacer la tromba a tiros, y por eso cuando se acercaba una de ellas a un buque, la tripulación tomaba sus fusiles y los descargaba sobre la columna de agua. Por supuesto estas sólo son creencias equivocadas. Generalmente, por el contrario, las trombas no representan un peligro grave para los barcos.

Lo mismo que el tornado, la tromba marina hace gala de su espíritu bromista; por ejemplo, el 17 de mayo de 1763 se permitió el lujo de brindarle al capitán Cook, célebre explorador y navegante, la ocasión de contemplar seis trombas en ese día. Otras veces la tromba marina atrae en el vértice de su remolino a pequeños peces y los eleva a gran altura, para depositarlos más tarde, cuando el viento amaina, a gran distancia de la costa, dejando estupefactos a los habitantes de los campos o de las ciudades, que no saben cómo interpretar el fenómeno.

El tifón.

Una extensa región del océano Pacífico, entre las Filipinas y el Japón, suele ser azotada por vientos que también describen círculos, aun cuando mucho más amplios que el tornado, pues cubren una superficie de mil kilómetros o más. El círculo entero avanza a razón de veinte o treinta kilómetros por hora, pero los vientos que lo forman pueden alcanzar la velocidad de trescientos kilómetros en ese mismo intervalo. Cuando un buque se encuentra en el trayecto del tifón recibe primeramente el impacto de los vientos que forman el círculo, luego entra en una zona de calma chicha, el centro del círculo, y después nuevamente es sacudido por rachas de viento correspondientes a los vientos del otro lado del círculo, que ahora soplan en sentido contrario.

Este viento huracanado levanta olas enormes, que no sólo hacen zozobrar buques, sino que también barren islas enteras, causando la muerte a millares de personas.

Uno de los tifones de efectos más desastrosos fué el que asoló la costa de Chittanong, el 25 de octubre de 1897. La tormenta provocó un gran maremoto que lo destruyó todo a su paso. Los infelices habitantes de la región no tuvieron tiempo de refugiarse en los árboles y se calcula que el número de muertos alcanzó a doce mil. Desgraciadamente no corrieron mejor suerte los que lograron sobrevivir a la catástrofe, pues casi todos ellos sucumbieron más tarde, víctimas del hambre y de enfermedades contagiosas.

La ciencia del hombre que acumula reservas enormes de electricidad, que ha conquistado el éter y logrado desintegrar el átomo, nada puede hacer para aplacar la ira del viento. El hombre es tan impotente hoy frente a un tornado o un tifón como su antepasado de hace mil años. ◈

"PUROS CIELOS DE DIOS,..."

(CONTINUACION DE LA PAGINA 25)

mientras viviese. Murió don Juan Cobo en 1835. Durante ese tiempo, en el cual Mendoza sufrió todos los trastornos de la guerra civil, con su secuela de terror y persecuciones, ninguno de sus gobernantes, sin excluir a los más bárbaros caudillos, dejó de respetar lo acordado en 1814, en beneficio del "propagador del álamo", por el Cabildo, bajo la égida de San Martín, entonces gobernador de Cuyo. Era como si su gran amor a los árboles pusiera a aquel hombre por encima de las pasiones políticas, o como si todos sintieran ante él el común amor a la patria, en algo común a todos: el paisaje.

Puros cielos de Dios, plácidos montes,
montaña carmesí, río sonoro!...

El agua es en Mendoza como una deidad antigua, que baja de las cumbres vestida de blanco. De ella depende su fertilidad y su riqueza. Pero sus siete ríos parecen detenerse al pie de la montaña, con el temor de llevar adelante su caudal. Y las tierras llanas claman por él.

Antes de la conquista, los primitivos pobladores —huarpes, mentullanes, huiliches, tunuyanes—, ya conocieron ese anhelo del agua de la tierra sedienta, tan hermosamente fecunda cuando la recibe. Y el cacique Guaimallán hizo venir técnicos del imperio del Inca, para el trazado del primer canal, que lleva su nombre, en el límite oriental de la ciudad de Mendoza. Fué el precursor. Hoy se aplican en la provincia todos los conocimientos en materia de irrigación y funciona un organismo que la administra.

El agua fué en Mendoza motivo de conflictos, de angustias, de pleitos, de dramas, como el que se encierra, simbólicamente, en la vida de Fernando Fader, uno de los más ilustres hijos de aquella provincia. El gran pintor perdió todo cuanto poseía con la esperanza de convertir en fuerza motriz el cauce del río Mendoza. Alfredo R. Bufano nos ha contado su historia en un bello romance:

Te estoy viendo, don Fernando,
entre mis ásperos cerros,
aprisionando a las aguas
con tus puños y tus sueños.
Pero la gloria quería
que fueses de ella y del tiempo,
y las aguas se llevaron
tu pan, tu casa y tu lecho,
y te quedaste desnudo
como la luna y el fuego.

Acaso el perderlo todo, fué sin duda para que salvase lo que más valía en él: su arte. Las desdichas de su fortuna le hicieron volver, con más ahinco, a su obra pictórica, como a seguro puerto. Allí, lejos del mundo de los negocios que le había sido hostil, buscó consuelo en aquella fiesta de colores que le ofrecía el paisaje de su tierra natal. Fiesta de colores a la que él era como un invitado de honor; más aun: que parecía celebrarse sólo para él, y que él descubría a los demás a través de sus lienzos, por la magia de sus pinceles.

Fiesta de colores de la que no puede gozarse si no allí mismo, lo que da al paisaje un valor en sí, que compite con la riqueza de su suelo. Es como una primicia de la tierra, que no se puede envasar, ni gustarse lejos, sino que hay que ir a buscarla allí. Por eso se levantan en medio del paisaje grandes hoteles para los turistas, como las grandes bodegas se levantan junto a los viñedos...

Imposible detenernos en lugares como Potrerillos —lugar de encantamiento—, sin que acuda a nuestra mente el recuerdo del insigne artista. Además, que allí nos encontramos con los dos motivos fundamentales de su existencia: el paisaje y el río. De allí precisamente se llevan a la ciudad de Mendoza las aguas del río de su nombre, esas aguas tan necesarias para su vida y su próspera fortuna. Y la naturaleza agreste se urbaniza con las obras sanitarias y los depósitos de agua, que son como las reservas de oro de la capital mendocina. Pero aquello es sólo un punto perdido en el paisaje, que se extiende ante nuestros ojos inmensamente, maravillosamente... En él hallan su fuente de inspiración pintores y poetas, como hallan también los suyos su fuente de riqueza quienes cultivan los frutos de la tierra. ◈

UN ANGEL EN EL BAÑADO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 23)

Aquiles escucha los decires más curiosos. El viejo Melitón González habla con fruición y no exento de extrañeza. Su voz es una caricia para los oídos: "Válgame mi Dios, con este frailecito... Y había sido de a caballo... Pensar que pasaba por mi lado y yo no lo tenía en cuenta".

La vieja del rancho, hecha un demonio asustado, a cada persona que llega le repite lo mismo, con aspavientos en los ademanes y en los gestos: "Esto ha sido un milagro... Un milagro para que tengamos en algo a este hombre que no queríamos".

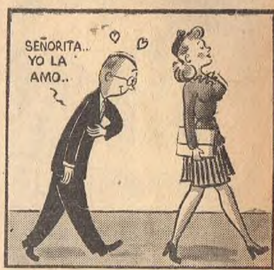
Como un contracanto a las voces que se oyen, surge la voz metálica de una mujer enlutada que nadie conoce ni sabe de qué lugar llegó: "Tenemos un ángel en el bañado, que nos lo guarde Dios".

El cura Juan Bautista regresa, y antes de que se desmonte, le forman corro. Se tira cansado del caballo, y como fué ese mismo caballo el que recogió de la calle, a la calle lo entrega con toda la libertad que tenía. Tiene que desistir del descanso, porque la gente lo cerca, no lo deja que camine, que vaya a echar sus huesos sobre un banco de la capilla. El les dice con humildad que no le den al suceso más profundidad ni alcance del que tiene: que de la misma manera lo hubiera hecho cualquier hombre como él que fuese un campesino de a caballo, que él era del sur de Buenos Aires.

La gente lo mira como a un ser sobrenatural, con extrañeza. Pero él es el más extrañado o el único que se extraña del acontecimiento inusitado que tiene frente a sus ojos. Nunca vió junto a la capilla una reunión semejante. Oye la palabra "milagro", la oye de todas las bocas, y dicen también que él es la nueva resurrección de Jesús. Rodeado de todos, siente el gozo, se frota las manos con gusto, parece luego buscar a Dios en la comba célica y repite en un tono beatífico: "Ya el bañado no está maldito... Ya sus almas han dejado de ser yermas". ◈

DON TEMBLEQUE, UN HOMBRE TIMIDO

Por JAN-KIEL











LA GRANJA

EL GUSANO DE SEDA



Los gusanitos de seda nacen a los quince o veinte días de ser colocados los huevos. Y el ciclo completo de su vida, desde que salen del huevo hasta que se transforman en crisálidas, dura 32 días y comprende cinco edades: la 1ª, termina al 5º ó 6º día; la 2ª, al 4º ó 5º; la 3ª, al 5º ó 6º; la 4ª, del 6º al 8º, y la 5ª, del 8º al 12º.

DEL JARDIN Y LA HUERTA



Como ya la tierra va estando más templada al llegar octubre, es necesario regar el jardín todas las tardes... Se seguirán plantando amarilis, dalias y gladiolos. También se deben injertar de escudete los rosales tempranos... En cuanto a las labores de la huerta, se sembrarán en almácigo: apio, repollo y puerro, y al aire libre las hortalizas de verano.

LA CRIANZA DE

FIGURANDO los pavos entre las mayores aves de corral, su crianza y explotación están produciendo en los actuales momentos pingües ganancias a quienes se dedican a ellos, pues por la abundancia y bondad de su carne se cotizan a precios elevados.

Los pavipollos

Durante los dos primeros días de vida los pavipollos no necesitan alimento, pues la yema del huevo que han absorbido antes de romper la cáscara les basta para sostenerse ese tiempo. El tercer día necesitan agua, algo de verdeo y arena gruesa donde picotear. Después, en los días sucesivos, deben soltarse a pastorear, con lo que podrán sostenerse sin necesidad de darles raciones de refuerzo. Debe procurarse que siempre estén con algo de hambre.

Si el alimento natural escasea o no se dispone de campo donde soltar a los pavipollos, entonces se les suministrarán raciones ligeras cinco veces por día, en las que abunden los granos de cereales y el afrecho.

Mezclas

Los criadores especializados en la crianza de pavipollos les suministran diversas clases y mezclas de alimentos:

1ª Huevos duros desmenuzados y corteza de pan de maíz, durante los



RAZAS CAPRINAS



Aunque en nuestro país no se le da a la cría e intensificación de cabras la importancia que merece, existen dos razas que están bastante propagadas: son la Saanen, propia para las zonas montañosas, y la Anglo - Nubian, que vive bien en regiones desiertas, arenosas y calientes.

por Emilio Pérez



PAVIPOLLOS

ocho primeros días.

2ª Pan viejo empapado en leche, y afrecho, todo mezclado.

3ª Cortezas de pan de maíz desmenuzadas en leche cuajada, condimentada con sal y pimienta.

4ª Trigo, avena y maíz, quebrados en partes iguales.

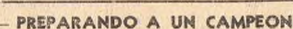
5ª Harina de maíz y afrecho, mezclados en la siguiente proporción: tres partes de afrecho y una de harina.

6ª Afrecho o semita, una parte; sorgo, media parte; trigo y avena descascarados, media parte.

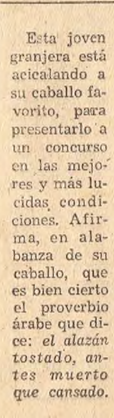
A todas estas fórmulas puede agregárseles, si se dispone de ello, suero de manteca. También es un buen método dar a los pavipollos, como bebida, leche por la mañana y agua por la tarde.

Además, y cuando ya la edad los va acercando al momento en que deben salirles las carántulas, es necesario que cuenten siempre con abundante cantidad de cebolla picada y mezclada en las raciones de comida. Asimismo, como complemento indispensable que les ayuda a digerir bien los alimentos, necesitan tener siempre a su disposición piedras pequeñas.

Siguiendo estas someras prácticas alimenticias, los pavipollos crecerán gordos y lucidos y se obtendrá de ellos, cuando se lleven al mercado, buenos precios, que compensarán con creces los gastos demandados por su crianza.



PREPARANDO A UN CAMPEON



Esta joven granjera está acicalando a su caballo favorito, para presentarlo a un concurso en las mejores y más lucidas condiciones. Afirma, en alabanza de su caballo, que es bien cierto el proverbio árabe que dice: *el alazán tostado, antes muerto que cansado.*



MISCELANEA

Una buena manera de cazar enjambres es cuando se posan en la rama de un árbol. Entonces se pulverizan las abejas con un poco de agua, y cuando éstas, por efectos del agua, se agrupan, se corta la rama y se sacude sobre la colmena que se les destina.



* ★ *

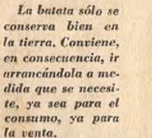
Los terrenos ricos en materias orgánicas producen más si se aran profundamente.

* ★ *



Una gallina ponedora consume por año aproximadamente 40 kilos de alimento seco, ya en mezcla o ya en grano. Además, necesita el verdeo suficiente.

* ★ *



La batata sólo se conserva bien en la tierra. Conviene, en consecuencia, ir arrancándola a medida que se necesite, ya sea para el consumo, ya para la venta.



* ★ *



Como los patos duermen en el suelo, es indispensable que éste esté cubierto de paja, la que debe renovarse todas las veces que sea menester.

BUZON DE GRANJA

Todas las preguntas que sobre temas de granja nos formulen nuestros lectores serán contestadas, sucintamente, en la página 114 de este magazine. La correspondencia debe dirigirse a "La granja", revista "LEOPLAN", Esmeralda 116, Capital.

Lea su respuesta en la pág. 114

UN DOMADOR

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 109)

y serio como él, Stephan empezó a sentir unos celos silenciosos y devoradores.

"El hecho de no hallarse en condiciones para apresurar la boda, unido a la pasión que sentía por Arabella, fueron tornándolo cada día más irascible y neurasténico. Fué entonces cuando comenzó a dudar de la sinceridad de la joven. Creía ver en ella ciertas ocultaciones que no le agradaban. ¿Qué clase de vida llevaba aquella señorita, cuando sus ojos no podían vigilarla? ¿Era cierto que estaba permanentemente cerca de la anciana señora que la empleaba? Había en aquella casa, continuamente, huéspedes de todas clases, parientes de la anciana y amigos de éstos... Miss Arabella era la única joven para atenderlos.

"—Cierta vez —me dijo Stephan—, tuve la certeza de que me engañaba. No podría decirle exactamente por qué. Hay ocasiones en que la perfidia asoma a los ojos, o se vende en el tono de la voz amada. Comencé a espiarla y tuve la evidencia de que había un entendimiento grande con s[illegible]o de la dueña de casa... Pero no tenía forma de decírselo ni podía probarlo. Era aquella una tortura espantosa; yo la amaba, ¿comprende usted?, y mi respeto era todavía grande a pesar de todo lo que me temía...

"Yo soy hijo de aldeanos —continuó Stephan—, pero en mi aldea, el honor de las mujeres es una cosa sagrada. No me atrevía a pensar que aquella mujer, a quien había pedido que se casara conmigo, me engañara con otro... Esto no lo hacían las mujeres de nuestro pueblo. Por lo demás, ¿acaso no la engañaba yo también, ocultándole mi verdadera ocupación? ¿No era una ilusión insensata la mía, la de querer encadenar a mi vida de nómada la existencia de aquella mujer que parecía nacida para el lujo y el placer? Yo le hubiera perdonado todo, doctor, habría seguido siempre cerrando los ojos a la evidencia, convenciéndome de que "aquello" no podía ser, a pesar de mis celos... Hacía semanas enteras que no dormía, pero todo esto no tenía importancia, desde el momento en que estábamos juntos. Verla, oír otra vez su voz cristalina y dulce; sentir sus manitas suaves entre las mías de hombre fuerte... ¿Qué otra cosa podía yo desear? Yo la amaba, doctor, y eso era todo..."

—Al llegar aquí, el pobre Stephan estaba ya desesperado. Se acercaba el momento terrible de la confesión del crimen. Había empezado a transpirar y su voz se quebraba al hablarme.

"—Para colmo de desgracias —continuó mi cliente—, mi número no atraía ya tanto público como al principio. Debido a mi estado de ánimo, posiblemente mis pulgas no me obedecían como antes. Esta era una tortura más. Piense que yo no sabía ganarme la vida de otra manera, que desde niño había visto esto y nada más que esto. Los demás números del circo me parecían inferiores comparados al sacrificio que significaba el adiestramiento de estos insectos tan pequeños y tan mal comprendidos por la gente..."

Yo miré a Z. La incomprensión que sufrían las pulgas era algo en lo que nunca me había detenido a pensar. Y por lo visto, él también se dejaba llevar por el entusiasmo de su cliente, pues siempre hablando por boca de él, continuó:

"—Arabella, por ejemplo, tenía horror a los bichos. A toda clase de insectos. Recuerdo que las luciérnagas, tan hermosas, la ponían nerviosa cuando volaban a su alrededor, en las noches de primavera. ¿Cómo confesarle, entonces, que yo me ocupaba de un oficio que le habría causado náuseas? Una tarde vino a verme después de una disputa en la que casi rompimos nuestro compromiso. Yo le había dicho frases durísimas, arrastrado por los celos que me devoraban. Ella, casquivana, quiso ver hasta dónde llegaba el poder que ejercía sobre mí.

"Y se presentó inesperadamente en mi casa, adonde no había ido nunca. Yo, doctor, estaba tan ajeno a ello, que tenía a Amanda sobre la mesa, y estábamos ensayando un número nuevo.

"En el instante en que entró mi novia, yo estaba en la pequeña cocina que tenía contigua al comedor. Fué todo rápido e inesperado.

"Ella gritó de pronto:

"—¡Una pulga! —y antes de que yo pudiera hacer algo, se quitó el zapato y la mató. Entonces, doctor, lo vi todo rojo; me pareció que me estallaba algo dentro del cerebro, y abalanzándome sobre ella comencé a apretarle el cuello hasta que la estrangulé."

—Aquí termina la confesión de Stephan —continuó Z—. De más está decirle que traté de reducir la condena en lo posible, y lo conseguí, pues le había tomado simpatía a mi cliente. Muchas veces voy a verlo a la cárcel y a menudo he pensado en hacer un acopio de pulgas y llevárselas, para tener una atención con él.

Aquí le contestamos

CASIANO FERNÁNDEZ, *Tapiales.* — El mejor sistema para injertar esos frutales es el llamado de escudete.

EDMUNDO R. HEVIA, *Deán Funes.* — Es indudable que las fases de la luna ejercen alguna influencia en la eclosión de huevos y en las siembras. Suele ocurrir que se adelante algunas horas el nacimiento de los pollitos y que afloren con cierta anticipación las plantas al llegar la luna llena. El explicarle las causas nos ocuparía un espacio del que no disponemos.

ANGEL LLERA, *Balcarce.* — En efecto, existen fórmulas para preparar esa fibra; pero el prepararlas usted, le resultaría difícil y costoso. Le aconsejamos que la compre, pues le será mucho más conveniente y económico.

A. R. C., *Misiones.* — El medio de conservar esos jugos sin que se alteren es mediante la pasteurización.

ARMANDO RÍOS, *Concordia.* — El faisán se cría bien y procrea en cautiverio. Sin embargo, es necesario que el espacio destinado a encierro sea grande y esté en lugar tranquilo.

JUAN F. RIOS, *Capital.* — Celebramos que le agraden tanto las novelas que publica "Leoplán". En lo que se refiere a sus amables sugerencias, las tendremos en cuenta a su debido momento.

FLOR DEL CAMPO. — Puede escribirle a la Casa del Teatro, Santa Fe 1243.

HELENA, *La Plata.* — *Cálatos* es el nombre de unos cestos de mimbre que se usaban en la antigüedad clásica para poner la lana. También servían para otros usos domésticos y era atributo de la diosa Minerva ya que ésta les enseñó a las mujeres el arte de hilar, tejer y bordar. Era asimismo atributo de Ceres, diosa de la recolección, porque en tales cestos se recogían los frutos y las flores, e igualmente de Proserpina que lo llevaba al ser raptada por Plutón. En general era emblema de poder y fecundidad en manos de la Fortuna.

LUZ-SOL, *La Paz (Bolivia).* — No, "sebnia" es un pañuelo que usan principalmente las mujeres en Marruecos. Es de varias clases. Los tres más comunes son: "Sebnia baida". Es blanco y muy fino; las mujeres casadas se cubren con él la parte superior de la cabeza. "Sebnia de herir". Es de seda y lo llevan también las moras casadas, atado debajo de la barba. "Sebnia-el-dchab". Es listado —una lista de seda encarnada, verde, etc.; otra de oro y otra de plata—. Una de las listas de oro viene a caer en la frente, sobre la orla de plata de la "xerbia" (faja). Sobre estas dos listas de oro y plata forman otra negra con la misma "xerbia" y, una vez efectuada esta operación, sueltan a la espalda los dos extremos tejidos de oro. Con tal prenda se atavían únicamente las moras casadas.

N. N. DE MENDOZA. — La parafina es un cuerpo blanco, de aspecto alabastrino, que se forma en la destilación seca de hulla, madera, turba. No reacciona con ningún reactivo químico, siendo tanto más apreciada cuanto más alto sea su punto de fusión. Se emplea en la fabricación de velas y barnices y para impregnar vasijas de madera y toneles de cervecería. Según su procedencia (de petróleo, helmotina, ozoquerita, cera mineral, pez mineral) varía su punto de fusión, siendo éste más elevado 90º. Existe parafina líquida (el llamado aceite de parafina), masa mantecosa denominada vaselina, y la parafina sólida, de aspecto cristalino. Esta última es la que tiene más valor empleándose ya sola, ya mezclada, para fabricar velas. Esperamos que estos datos serán de utilidad a usted.

LEOPLANISTA DE CHUBUT. — La última novela de Alejandro Dumas publicada en esta revista (Nº 292) fué "Las aventuras de John Davys". De Pierre Benoit, la última fué "La señorita de la Ferté" (Nº 293). Muy agradecidos por sus amables palabras.

FRANCISCO ANDRÉS MARTÍNEZ, *Casbas.* — El pueblo de Herrera de Alcántara pertenece a la provincia de Cáceres, España. Se halla situado cerca de la frontera portuguesa.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

"LEOPLÁN"

Anual .... $ 9.60
Semestral .... „ 5.—

Estos precios rigen para todo el país, América y España.



...MISMO envienos su nombre y dirección, y a vuelta de correo recibirá usted, GRATIS Y SIN COMPROMISO, la "GUIA DE ENSEÑANZA", interesante libro de 92 páginas ilustradas, con los detalles completos de los cursos que en... por correo, desde el año 1923.

... SABER ... Y ESCRIBIR es suficiente para estudiar cualquiera de los cursos Comerciales, Técnicos y Especiales, pues nuestros textos, exclusivamente preparados para la enseñanza por correo, son de fácil comprensión. Usted estudiará en su casa en sus MOMENTOS LIBRES, hasta llegar al fin de sus estudios y recibir su DIPLOMA.

NUESTRA ORGANIZACION, moderna y perfecta, instalada en EDIFICIO PROPIO, con un cuerpo de Profesores competentes, numeroso personal técnico, administrativo y ...ntos mecánicos, permite a las ESCUELAS LATINO AMERICANAS ofrecer una enseñanza práctica, útil y eficaz a un costo reducido.

PIDA USTED gratuitamente, la "GUIA DE ENSEÑANZA". Hágalo AHORA MISMO.

SU PORVENIR ASEGURADO

GUIA DE ENSEÑANZA

ENSEÑANZA POR CORREO

ESCUELAS LATINO AMERICANAS

Av. BOYACA 932 BUENOS AIRES

...SEQUIOS A LOS ALUMNOS

...scripto como alumno en las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS recibirá algunos de los siguientes obsequios:

...LOCIGRAFIA: "el nuevo método de escritura rápida". Regalamos el material de estudios y la enseñanza completa de VELOCIGRAFIA.

...CIONARIO: 512 páginas y 50.000 palabras.

...RNET DEL ESTUDIANTE: Con letras doradas y terminación artística.

EXTERIOR

Los interesados deben dirigirse a nuestra SUCURSAL, especialmente instalada en su PAIS para solicitar, GRATUITAMENTE, la "Guía de Enseñanza" y otros informes.

URUGUAY: Calle Sarandí 492, Montevideo.
CHILE: Calle San Antonio 126, Santiago.
BOLIVIA: Calle Ayacucho 160, La Paz.
PERU: Jirón Quilca 251, Lima.
ECUADOR: Calle Venezuela 858, Quito.
COLOMBIA: Carrera 13, Nº 18-95, Bogotá.
VENEZUELA: Norte 11, Nº 19, Caracas.

CURSOS QUE ENSEÑAMOS
PRECIOS EN MONEDA ARGENTINA

SECCION COMERCIAL	$
Empleado de Comercio	50
Cajero	50
Secretario Comercial	90
Tenedor de Libros	70
Perito en Contabilidad	90
Técnico en Publicidad	90
Administrador de Estancias	110
Empleado de Banco	60
Vendedor	60
Jefe de Ventas	90
Gerente Comercial	200

SECCION TECNICA	$
Técnico Mecánico	95
Técnico Maquinista	95
Técnico Metalúrgico	95
Motores Diesel	95
Motores a Explosión	95
Mecánico de Automóvil	95
Técnico Tornero	95
Técnico Fresador	95
Técnico en Máquinas de Taller	95
Carpintería y Ebanistería	95
Técnico Electricista	95
Instalador Electricista	60
Bobinajes	95
Fotografía Artística	95
Calefacción	95
Refrigeración	110
Construcciones	110

SECCION TEXTIL	$
Técnico en Hilados	100
Técnico en Tejidos	120
Técnico en Tejidos de Punto	100
Técnico en Hilados de Algodón	70
Técnico en Hilados de Lana	70
Técnico en Tintorería Textil	90
Técnico en Dibujo Textil	90



SECCION RADIO	$
Técnico en Radio y Televisión	95
Técnico en Radio F. M.	40
Armador de Radio	70
Televisión y Radio F. M.	60



SECCION INDUSTRIAL	$
Técnico en Industria Lechera	75
Técnico Avicultor	75
Técnico Apicultor	75
Perito Enólogo	75
Técnico Jabonero	75
Técnico Curtidor	90

SECCION QUIMICA	$
Técnico Químico	90
Químico Industrial	150
Químico Agrícola	100



SECCION IDIOMAS	$
Inglés	90
Francés	90

SECCION DIBUJO	$
Dibujo Artístico	90
Dibujo Lineal	90
Dibujo Mecánico	90
Dibujo Arquitectónico	90
Caricaturas e Historietas	90
Dibujos Animados	90
Dibujo Comercial	90
Dibujo de Letras	90



SECCION FEMENINA	$
Profesora de Corte y Confección	40
Labores	40
Confección de Sombreros	40
Cocina	40
Arte de Tejer	40

SECCION ESPECIAL	$
Periodismo	90
Taquigrafía	40
Aritmética	40
Aritmética Comercial	50
Gramática y Ortografía	40
Caligrafía	40
Dactilografía	40
Velocigrafía	25
Escriba Bien	15





GRATIS

Llene y envíenos el cupón y de inmediato le será despachado el interesante libro la "GUIA DE ENSEÑANZA", de 92 páginas ilustradas.

ESCUELAS LATINO - AMERICANAS LAS MAS ACREDITADAS

Señor Director de las ESCUELAS LATINO - AMERICANAS
Avenida Boyacá 932 Buenos A...
...ase enviarme GRATIS y SIN COMPROMISO, el ...ante libro "GUIA DE ENSEÑANZA".
...mbre. ...
...micilio. ...
...lidad. ...
...o que le intere...

DESDE $5 POR MES PUEDE USTED ESTUDIAR EN LAS ESCUELAS LATINO - AMERICANAS